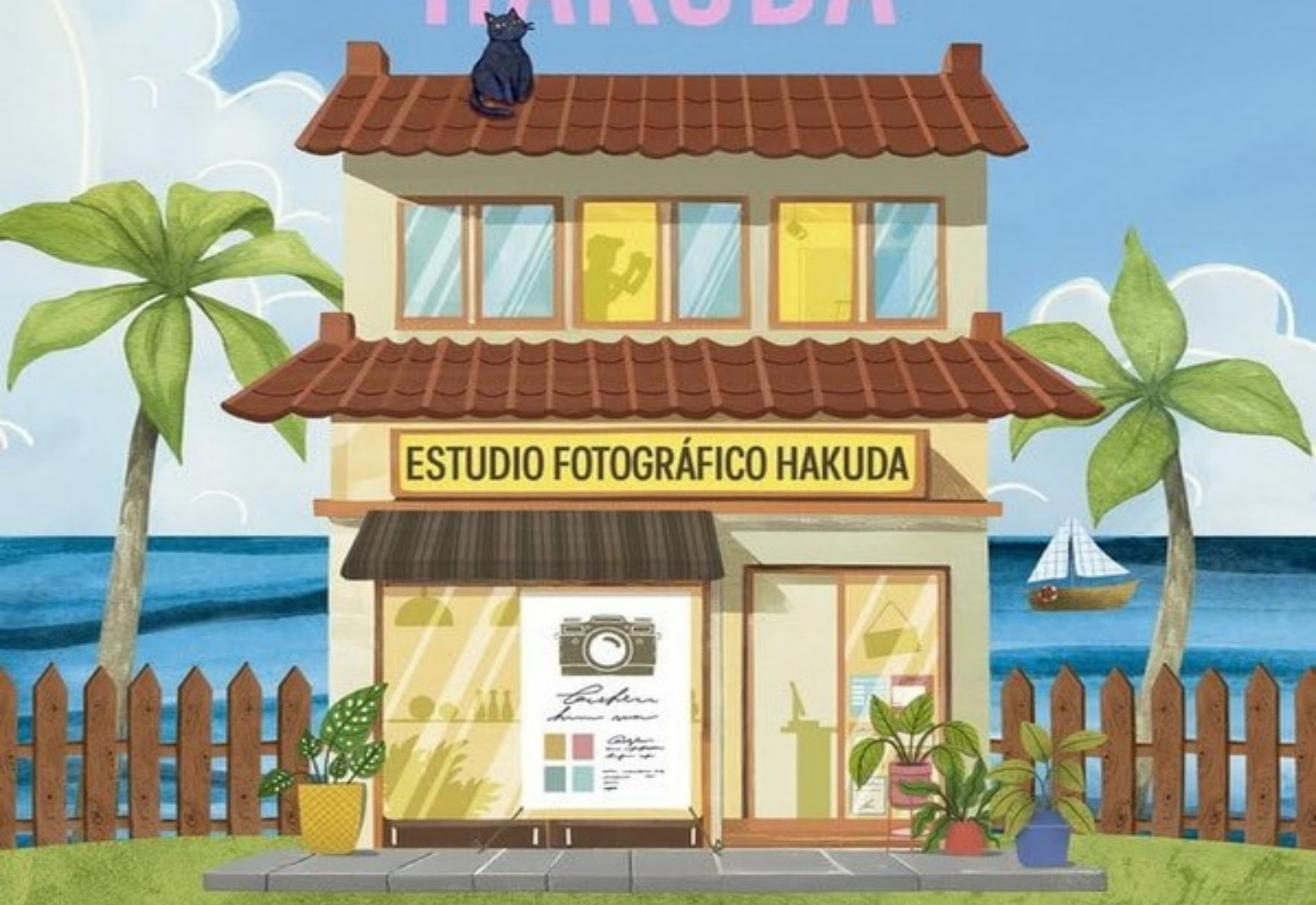
Her Taeyeon

LA TIENDA DE FOTOGRAFÍA HAKUDA



Hay veranos tan perfectos que te quedarías a vivir en ellos...

Jebi está cansada de la ruidosa y abarrotada Seúl y de su aburrido trabajo en un estudio de fotografía de la ciudad, así que, cuando ve un anuncio acerca de la hermosa isla de Jeju, decide dejar su trabajo y pasar allí el verano.

Pero como si fuera una señal, el último día de su viaje, justo cuando debe regresar a su vida real, Jebi lo pierde todo: el teléfono, las tarjetas de crédito y el billete de avión. Mientras pasea por un pueblo de pescadores pensando qué hacer, tropieza con una pequeña tienda de fotografía. Así empieza su segunda oportunidad.

Una joven pareja de novios, un anciano expolicía atormentado por su pasado, las bellas haenyeo de Jeju, buceadoras locales que se zambullen para pescar… Todos habitan las fotos de Jebi y cuentan la magia de la isla y de la pequeña tienda de fotografía donde se cumplen los sueños.

Her Taeyeon

La tienda de fotografía Hakuda

Título original: *Hakuda Photo Studio*
Her Taeyeon, 2022
Traducción: Laura Cervantes, 2025

Revisión: 1.0

 04/12/2025



Capítulo 1
Se acaban las vacaciones

El mar azul cobalto se extendía más allá de la arena de la playa y unas nubes de algodón decoraban el cielo. El agua brillaba bajo el sol de mediodía.

—No quiero irme a casa —se quejó Jebi con pesadez, igual que la mochila que llevaba en la espalda. A su alrededor había turistas haciéndose fotos con bañadores de colores. Se notaba la felicidad en el ambiente. Jebi recordó cómo se había sentido cuando llegó a la isla de Jeju: disfrutó tanto como ellos.

«¿Ya ha pasado un mes? Parece que fue ayer». La entristeció pensar en despedirse del verano.

—¡Venga, date prisa! —gritó una mujer que sujetaba una tabla de surf de color amarillo neón mientras pasaba junto a Jebi.

—¡Espera! —le respondió su acompañante.

La mujer, sonriente y con un neopreno negro, se dirigió al mar. Dejó caer la tabla en el agua, se tumbó boca abajo sobre ella y empezó a remar en el oleaje.

Jebi se puso una mano sobre los ojos. Mientras se aproximaba una ola, la mujer se levantó, estiró los brazos y dobló las rodillas para mantener el centro de gravedad bajo.

Algunas personas que nadaban cerca la observaban. Alguien silbó y, como si lo hubiera planeado, el agua se elevó. La mujer

montó la ola con elegancia e inmediatamente, a Jebi no le dio tiempo ni a pestañear, se giró para hacer el pino en la tabla.

Cuando la ola chocó con la orilla, la mujer cayó al agua y la espuma blanca le pasó por encima.

Las personas que la observaban desde la playa rompieron en aplausos y vítores.

—Qué guay. Ojalá pudiera hacerlo.

Jebi bajó la vista a sus pies descalzos. Estaban algo hundidos en la arena húmeda mientras el agua transparente le acariciaba con suavidad los tobillos.

Las deportivas que llevaba en la mano le resultaban algo incómodas. Justo entonces sonó su móvil. «¿Quién me escribe?», se preguntó al mismo tiempo que lo sacaba del bolsillo con dificultad.

Era Bora, su compañera del estudio fotográfico de Seúl.

Sobre lo de quedarte en mi casa…
Creo que no podrá ser :(
Lo siento, *eonnie*[1].

Jebi se quedó de piedra y enfurecida. «Espera, ¿cómo? Al menos explícame por qué». Molesta por este repentino cambio de planes, empezó a notar el calor subiéndole por el cuello.

Su teléfono volvió a sonar.

A mi novio no le gusta nada no poder venir cuando le apetezca >_<

—¿Desde cuándo tiene novio? —murmuró Jebi para sí misma. «Ah… Ese imbécil arrogante».

Justo antes del viaje, se dio cuenta de que algo pasaba entre Bora y el nuevo fotógrafo del estudio. Jebi lo consideraba un egocéntrico, así que le advirtió a su amiga que no se acercara

mucho a él, pero al parecer no le había hecho caso.

—Como de costumbre, se ha pillado del todo y muy rápido —resopló Jebi.

Iba a acribillar a Bora a preguntas cuando de repente algo la golpeó en el ojo.

—¡Au! —gritó mientras perdía el equilibrio. El peso de la mochila la echó hacia atrás hasta caer al agua.

Jebi, anonadada, gateó jadeando sobre la arena. Cuando estaba en preescolar casi se ahogó jugando en el agua. Se quedó traumatizada después del incidente y no volvió a nadar en el mar desde entonces. Aunque le encantaba la playa, tardó unos cuantos días durante este viaje en armarse de valor para bañarse.

—¡Qué co…! —Un hombre en bañador se masajeaba la frente, furioso, mirando a Jebi.

Ella pestañeó perpleja. ¿Qué le pasaba? Veía al hombre y todo a su alrededor en blanco y negro.

—¡Ay, Dios mío, mis ojos! —Se desplomó en la arena y se apretó los ojos con las manos—. ¿Qué hacías? —gritó al desconocido.

—¿No piensas disculparte? —masculló el hombre.

—¿Disculparme yo? ¿Y tú qué? —Seguía sin ver colores. Jebi empezaba a sentir pánico, así que siguió masajeándose los ojos con una mano mientras con la otra buscaba a tientas su móvil en el bolsillo y lo sacaba.

No funcionaba.

—¡Mis tarjetas! ¡Mi billete! —Sacudió el teléfono con desesperación rezando para que se encendiera.

Solo veía la pantalla en negro.

—No, no, no. ¡No puede estar pasando esto!

El hombre seguía observándola.

—¿Por qué no miras por dónde vas? Estúpidos mochileros.

—Oye, ¡tienes la frente roja! —le dijo al hombre su acompañante. Parecían de la misma edad, rondando los veinte, y tenía una coleta rosa que le rozaba los hombros. La chica se volvió hacia Jebi—. Deberíamos denunciarte.

«¿Rosa?».

Uf, ya volvía a distinguir los colores.

—Tú deberías mirar por dónde vas —respondió Jebi mientras intentaba levantarse, aunque con el peso de su mochila casi le resultaba imposible.

—Como si tú lo hubieras hecho.

A Jebi no se le ocurrió qué responder a eso.

La mujer de pelo rosa agarró del brazo al hombre.

—Vamos, cariño, no echemos el día a perder.

—Tienes razón. —Se giró con furia y se alejó; su novia le seguía los talones.

Jebi notaba varios pares de ojos observándola desde debajo de las sombrillas de playa. Se levantó, muerta de vergüenza. Le caía agua de la mochila por las piernas.

Mantuvo la cabeza baja mientras daba unos cuantos pasos antes de echar a correr; tenía la respiración entrecortada y el corazón le latía con fuerza.

Quería poner toda la distancia posible entre ella y esa escena humillante, así que giró por una esquina llena de maleza y no miró atrás hasta que llegó a un sitio desierto. Se había alejado de la arena por completo.

Después de asegurarse de que no había nadie, se sentó sobre unas rocas. La mochila llena de agua le pesaba más que nunca. La soltó en el suelo y, por fin, dejó salir las lágrimas.



Capítulo 2
El estudio fotográfico del acantilado

—Me muero de hambre.

Jebi sacó el móvil para buscar alguna cafetería cerca, pero recordó que el teléfono había muerto. Ni siquiera estaba segura de que se pudiera reparar.

—Debería haber insistido en que me lo pagara —murmuró mientras tocaba la pantalla en negro.

Se preguntaba qué hora sería, miró a su alrededor, pero no había ni un alma.

Suspiró y se levantó. El viento le había secado el pelo y la camiseta, pero notó la humedad de la mochila en cuanto se la puso de nuevo. Recordó que había una parada de autobús frente al hostal, así que iba a volver por donde había venido, pero se detuvo. La gente de la playa la recordaría. ¿Y si se volvía a encontrar con ese hombre?

En lugar de eso, Jebi se dio la vuelta y siguió en otra dirección por una carretera que llevaba hacia el interior de la isla. Mientras caminaba, estiró un brazo hacia atrás, abrió un bolsillo de la mochila y sacó la cartera. Como su teléfono no funcionaba, necesitaría algo de dinero en efectivo para el autobús.

Separó con cuidado los billetes mojados.

—¡No! ¿Solo tengo siete mil wones…? —«Da igual». Si conseguía

llegar al aeropuerto, todo saldría bien. Allí le repararían el móvil, pagaría la reparación con la cartera digital y accedería al billete de avión.

Dejó atrás la costa y siguió caminando por la carretera de asfalto, sus deportivas mojadas hacían ruido. Bajó un poco el ritmo. «Hm… ¿a dónde volveré? Ni siquiera tengo alojamiento en Seúl».

Se le vino a la mente una imagen de Bora pillada hasta las trancas por su nuevo novio.

—Uf, ¿en serio? ¡Poner a un hombre por encima de sus amigas! —Jebi negó con la cabeza.



«Estoy harta de ver personas felices».

El día que escribió eso en su diario, Jebi había dejado su trabajo en el estudio fotográfico.

Ver parejas jóvenes con sus bebés adorables la deprimía, y odiaba que los fotógrafos la mandaran ir de aquí para allá.

«¿Cuándo volveré a ser la protagonista de mi propia vida?».

Ese pensamiento le rondaba la cabeza todas las tardes en el viaje en metro de vuelta a casa. Hasta que un día se topó con un cartel de la isla de Jeju. Jebi se decidió en ese momento. La vida y el trabajo eran agotadores; se merecía darse el gusto. «Allá voy, isla de Jeju». Y no fue solo a pasar un fin de semana, se quedó todo el verano.

Jebi canceló enseguida el contrato de alquiler de su apartamento. Estaba amueblado, así que no tenía muchas cosas que guardar. Era hora de viajar y explorar todas las posibilidades increíbles que ofrecía el futuro. Se imaginó volviendo a Seúl renovada y lista para encontrar otro trabajo y empezar un nuevo capítulo de su vida. Y hasta que llegara su primer sueldo, podría dormir en el sofá de Bora.

Al principio, Bora no estaba convencida, pero después de que Jebi la persuadiera —le prometió traerle un montón de regalos de

Jeju y contribuir en los gastos diarios y en el del alquiler—, aceptó.

Y así fue como Jebi llegó a pasar un mes en Jeju.



Mientras seguía el sinuoso camino por la costa, Jebi recordó el tiempo que había pasado en la isla.

Su viaje empezó perfectamente. Visitaba la biblioteca local todos los días. Se sentaba en la sala de lectura, observaba los preciosos jardines y el mar y leía atentamente libros como *Bienvenida a los veinte años, Aprende a gestionar tus finanzas como una mujer de veinte años y 101 hábitos para mejorar la autoestima*, anotando diligentemente frases sabias y consejos.

Pero la belleza de la isla la desconcentró, y en lugar de leer, se hacía fotos con los libros y el increíble paisaje de fondo para subirlas a Instagram.

En su lista de tareas había incluido aprender a nadar y surfear, pero al final se acobardó. Se había imaginado probando una gran cantidad de cosas nuevas, pero lo único que hizo fue observar desde la playa a otros que surcaban las olas. Su gran plan de hacer senderismo hasta el lago Baengnokdam, en el monte Hallasan, tampoco salió bien: se sintió muy segura de sí misma y escogió la famosa y difícil ruta de Gwaneumsa. Llevaba un tercio del recorrido cuando se rindió, y el descenso era tan vertiginoso que tuvo que gatear. Cuando llegó al pie de la montaña, le temblaban las piernas.

Tampoco completó la ruta Olle que bordea toda la isla de Jeju. Sus deportivas no sobrevivieron en Hallasan, así que tuvo que ir al centro de la ciudad para conseguir unas nuevas. Allí alucinó con las tiendas y cafeterías preciosas. Iba todas las tardes a tomar el té y probar especialidades locales exquisitas en restaurantes famosos.

Sus publicaciones de Instagram llegaban a los cientos de me gusta, lo que la animó a seguir descubriendo cafeterías y restaurantes. Antes de darse cuenta, se había gastado todo el

presupuesto del viaje e incluso había sacado algo de la cuenta de los gastos de manutención que guardaba para los próximos meses.



Incluso si pudiera quedarse en el piso de Bora, Jebi no sería capaz de mantener su promesa de compartir gastos.

«Supongo que podré usar la tarjeta de crédito. Pero lo que gane irá directo a saldar la deuda. Entraré en ese círculo vicioso del que advierten los libros de finanzas. ¿Y qué otra opción tengo? Lo primero que haré cuando vuelva a Seúl será alquilar una pequeña habitación en un *gosiwon*[2] y conseguir un empleo. Trabajar duro, escatimar gastos un par de meses, saldar la deuda… Pero ¿me contratará alguien?».

Jebi notó un escalofrío por la espalda. El mes en la isla se le había pasado volando y seguía siendo la misma de antes. Nada había cambiado a mejor. No había progresado con el inglés ni aprendido habilidades nuevas.

«Estoy estancada».

Ninguna empresa consideraría un viaje de un mes como «experiencia laboral». Al final, tendría que volver a una guardería o un estudio especializado en fotos de bebés.

Estudió Educación Infantil en un colegio universitario; lo único que se le daba bien era manejar a los niños.

«¡Ojalá hubiera cursado asignaturas de otras facultades…!».

Conseguir un trabajo ni siquiera era lo más urgente: no tenía dónde vivir ni nadie de confianza. Sus padres se divorciaron cuando era niña y eso fue lo último que supo de ellos. La crio su abuela, pero falleció el invierno pasado. Aunque nunca fue cariñosa con ella, al menos la cuidaba. A Jebi le habría encantado quedarse en el apartamento que tenía alquilado su abuela, pero era una vivienda de protección oficial que había que abandonar cuando moría el inquilino original.

Por suerte, Jebi tenía ingresos en aquel momento, así que pudo mudarse a un estudio de una habitación. Pero se apresuró al cancelar el contrato.

«Tal vez encuentre un trabajo en alguna parte con alojamiento y pensión completa…». De esa forma, podría ahorrar algo en el alquiler. Pero ¿estaría cualificada para esa clase de trabajo?

Absorta en sus pensamientos, Jebi no sabía cuánto había caminado: el cemento sustituía al asfalto de la carretera. Se detuvo frente a un cartel.



Haciendo visera con una mano, Jebi entrecerró los ojos para leer el cartel. Estaba escrito en el dialecto de la isla. Después de un mes en Jeju, Jebi empezaba a entender palabras y frases. El cartel debía de llevar ahí bastante tiempo, estaba rasgado en algunas partes —posiblemente por el viento seco y racheado— y apenas se distinguían las letras.

Detuvo la mirada en el *jangseung* —un guardián del pueblo— que estaba junto al letrero. El tótem parecía tallado en el basalto oscuro propio de la isla. Era una cabeza redonda con ojos fieros y un pelo que parecía las espinas de un erizo de mar. Tenía el cuello grueso y largo, como el de una jirafa, y de él colgaba un adorno, ¿la aleta de un pez sable? En lugar de piernas, tenía ocho brazos gruesos clavados en el suelo.

Jebi leyó el cartel que había al lado.

> *Mulkkureok* significa «pulpo» en el dialecto de Jeju. El pueblo Daewang Mulkkureok —el Pueblo del Pulpo Gigante— presume de las mejores capturas de pulpo de toda la isla.

> Desde la dinastía Joseon se nos conoce por crear obsequios de la mejor calidad, dignos de un rey. Según el *Gyuhap Chongseo —La enciclopedia de consejos y conocimientos para mujeres*— el huevo de un pulpo gigante es una medicina única y preciada. El pulpo tiene fama de ser un animal muy inteligente. La leyenda transmitida de generación en generación dice que, una vez, un pulpo gigante salvó de ahogarse a una *haenyeo* —una buceadora de la isla—, y se cree que los huecos en las dunas de la costa son las huellas del pulpo gigante. Todos los años hay una veda del pulpo. El festival *mulkkureok* se celebra para pedir una temporada de pesca de pulpo abundante…

—¿El Pueblo del Pulpo Gigante? —Jebi paseó la mirada por el resto del texto y ladeó la cabeza en la última frase:

«Mete la mano en la boca del pulpo y pide un deseo. Se hará realidad».

—¿En la boca? ¿Ese bicho tiene boca? —Observó la estatua de piedra. Al no ver nada que se pareciera en lo más mínimo a una boca, se encogió de hombros y se alejó. Pero solo había caminado un par de pasos cuando se detuvo en seco y dio la vuelta. Pasó las manos por el *jangseung* y encontró una abertura alargada escondida entre los brazos. Metió la mano en la grieta y cerró los ojos.

El sol había calentado la piedra y Jebi notó el calor en el cuerpo. En ese instante, la envolvió un sentimiento extraño, como si se levantara del suelo.

Abrió los ojos de inmediato.

—Qué raro —murmuró para sí misma.

Y mientras se alejaba, Jebi no pudo evitar girar la cabeza para echar un vistazo a la piedra.

Después de una curva cerrada, Jebi se encontró a los pies de una cuesta que terminaba en un afilado precipicio. Al borde del acantilado había una tienda blanca de dos plantas.



—¿Estudio fotográfico Hakuda? Pensaba que sería una cafetería…

Jebi subió la cuesta hasta el edificio con la lengua fuera. Exhausta, se quitó el sudor de la frente y miró alrededor. Había dos palmeras en el jardín. A lo largo de los muros de piedra crecían hortensias de color azul cielo. A lo lejos se veía el mar brillante.

Jebi se despegó la camiseta sudada y se abanicó con la mano. Pasó por la verja con cautela. A través de la ventana, el interior parecía el de una cafetería. El reloj de la pared indicaba que eran las dos y media.

«Si salgo de aquí pronto, aún llegaría a mi vuelo de las cuatro».

En la puerta de cristal estaba escrito un menú de bebidas: café, cerveza artesanal y zumo de mandarina casero. En ese momento tenía más sed que antes, así que agarró el pomo y abrió la puerta.

La tienda estaba completamente vacía, aunque sonaba música y olía a café. ¿Tendría razón y no había nadie?

Jebi se acercó a una mesa con vistas al océano. Esperaría a que volviera el dueño; seguramente habría salido.

En cuanto dejó la mochila, oyó el llanto de un bebé. Jebi levantó la vista y se puso tensa mientras miraba alrededor. Seguía sin ver a nadie.

Pero mientras rebuscaba en la mochila para sacar la cartera, escuchó una voz.

«¡Cucú, cosita bonita!».

Jebi giró la cabeza con brusquedad. Por primera vez se fijó en las escaleras que había en la esquina de la habitación. La voz parecía provenir de allí. Volvió a colgarse la mochila al hombro y se acercó a las escaleras como si fueran un imán.

Cuando apareció en la primera planta, vio a un hombre alto de hombros anchos. Estaba agachado y llevaba una camisa azul empapada de sudor. Una perrita con manchas le olisqueaba los pies.

El hombre sonreía incómodo mientras intentaba calmar a la bebé

que lloraba en brazos de una pareja joven. Al ver a una intrusa, la perrita ladró. El hombre se volvió, con los ojos desorbitados por la sorpresa.

«Vaya, qué mono. Es totalmente mi tipo… No, Jebi. Ahora no es el momento».

—Lo siento. Estamos en mitad de una sesión. ¿Podría darme un segundo, por favor? —El hombre hizo un gesto a la pareja joven y entonces, al ver que Jebi no se movía, volvió a hablar—. Eh, no, no espere aquí. Por favor, baje y coja un refresco de la nevera. Lo que quiera. Lo siento, me falta personal ahora mismo. Disculpe, la atenderé enseguida.

—Em, yo… —Jebi no sabía qué decir, así que bajó las escaleras en silencio.

«¿Lo que quiera?». Jebi miró por la cafetería. En una esquina había una mesa con una jarra de agua con hielo y rodajas de limón. Se sirvió un vaso para apaciguar la sed antes de mirar los precios en la lista que había en la nevera de bebidas. El zumo de mandarina era lo más caro y casi lo eligió, pero dudó. Apretó los labios y al final cogió una lata de cola.

Con la bebida fría en la mano, empezó a merodear por la cafetería, ¿o debería llamarlo estudio fotográfico? La entrada de la tienda tenía una ventana enorme con vistas al océano. Al otro lado de la habitación había una ventanita mucho más pequeña desde la que se veían las palmeras y las hortensias. De las paredes de la cafetería colgaban fotos enmarcadas dispuestas de tal forma que el espacio no parecía abarrotado, aunque era pequeño.

Jebi observó detenidamente las fotos. Después de haber trabajado durante once meses en un estudio de fotografía, se sentía orgullosa de su ojo artístico. «Bueno, en lo que a fotos de bebés se refiere, al menos». A la izquierda de la puerta había una imagen que parecía la entrada del pueblo; Jebi reconoció el tótem del pulpo. Pasó la vista a la siguiente foto, que era de un grupo de mujeres vestidas de blanco mirando el mar. En contraste con la costa oscura, las dunas blancas sobre las que posaban parecían montañas de

nieve; la escena era solemne y relajante, como si las mujeres estuvieran despidiéndose de alguien o algo. En el siguiente marco había una foto de un montón de cacahuetes recién cosechados. La tierra oscura aún estaba húmeda, pero por los detalles cuidadosamente definidos de la imagen, Jebi casi podía sentir el calor que irradiaba la tierra. Después se fijó en otra foto de unos erizos de mar recién pescados y un hombre con las manos llenas de zanahorias. En la última imagen aparecía la perrita con manchas que había visto arriba, acurrucada con su madre. La foto parecía de un tiempo atrás. Al contrario que su cachorro, la perra tenía un pelaje negro, brillante, y estaba acurrucada protegiendo a su perrita y lamiéndola.

«Son muy buenas». Jebi se dio cuenta de que las fotos apenas estaban editadas.

Dio un sorbo a su bebida. La bebé seguía llorando en la planta de arriba.

Jebi empezaba a preocuparse cuando escuchó unas patas correteando. La perrita había bajado las escaleras y le ladraba en los pies.

—¡Guau!

—¿Quieres un poco?

Jebi se agachó y estaba a punto de derramar algo de la bebida en el suelo cuando se detuvo de repente. ¿Estaba bien darle una bebida gaseosa a una perra?

«Nunca hagas nada de lo que no estés segura del todo. Primera regla para sobrevivir en sociedad». Recordó el tono con el que le hablaba el fotógrafo con el que trabajó en sus inicios, un hombre que le gritaba cada vez que le apetecía, y le dio un escalofrío.

Apretó los labios, echó algo de agua en un vaso de cartón y se lo ofreció a la perra.

—¡Guau! —La perrita se acercó y bebió haciendo ruido.

«Parece que me he ganado su confianza», pensó Jebi.

—Buena perrita. Te estás haciendo grande, aunque no estés con tu mamá. —Le acarició el pelaje.

En ese momento, la bebé de arriba lloraba con todas sus fuerzas.

—¡Dios mío! —Jebi no podía aguantarlo más. Se dirigió hacia las escaleras con la perrita de patas grandes detrás.

Una vez arriba, Jebi vio que a la bebé se le estaba amoratando la cara mientras la pareja joven vacilaba con nerviosismo, sin saber qué hacer.

El fotógrafo echó una mirada rápida a Jebi. La parte delantera de su camisa estaba empapada y le caían gotas de sudor por las mejillas.

Mientras tanto, la perrita, ajena a lo que pasaba, empezó a corretear por la habitación.

—Quizá podría volver otro…

—¿Tiene una muselina? —Jebi interrumpió al fotógrafo.

—Si necesita servilletas, hay en el mostrador —contestó en un tono educado, pero Jebi percibió que estaba molesto.

—¡No!, me refiero a muselina de bebé. —Jebi se dirigió a la madre del bebé—. Tiene una, ¿verdad?

Sorprendida porque le hubiera dirigido la palabra, la madre lanzó una mirada rápida al fotógrafo antes de hurgar en su bolso.

Jebi la cogió.

—¿Puedo? —Extendió los brazos.

La pareja joven dudó un momento antes de darle su bebé a Jebi. Con una gran sonrisa, se acercó a la niña y la dejó con cuidado sobre la alfombra. La bebé gritaba y se retorcía. Jebi comprobó el pañal con rapidez antes de cogerla de nuevo y darle palmadas en la espalda.

—¿Cuándo comió por última vez?

—Hace una hora. Le di el pecho antes de venir.

—Así que no tiene hambre. —Jebi volvió a comprobar la ropa de la bebé. Llevaba puesta una preciosa prenda de verano de punto, pero el tejido era bastante áspero y se dio cuenta de que tenía la piel roja alrededor de las axilas.

Jebi dobló la muselina y la colocó sobre la sisa de la camiseta de la bebé. Hizo lo mismo en la otra axila y, con la bebé aún en brazos,

cruzó el estudio hacia donde estaba el aire acondicionado, bajó la temperatura y aumentó la velocidad.

—Uy, debes de tener mucho calor —murmuró mientras mecía a la bebé—. Te duelen las axilas, ¿verdad? Pobrecita. ¿Por eso estás enfadada?

Poco a poco, la bebé se fue calmando. Como notaba que aún estaba molesta, Jebi la abrazó y le dio unas palmaditas. Entonces levantó la vista y sonrió a la pareja joven, que le devolvió la sonrisa.

El fotógrafo, sentado, mientras se quitaba el sudor con un pañuelo expresaba gratitud con la mirada.

Cuando la bebé se calmó, Jebi se la devolvió a sus padres. Ya en brazos de su madre, la bebé no lloraba, pero seguía con el ceño fruncido.

Jebi se volvió hacia el fotógrafo.

—Creo que ya puede empezar. Está un poco cansada, así que mejor dese prisa.

La pareja abrazó a la bebé y se colocaron en posición mientras el fotógrafo cogía la cámara.

—¿Cómo se llama? —preguntó Jebi.

—Yoona —respondió la madre.

—¡Yoona! ¡Qué cosita más guapa eres! —Jebi le acarició las mejillas con la esquina de la muselina.

Yoona soltó una risita y, de repente, sus padres esbozaron unas sonrisas amplias. Clic, clic. El fotógrafo pulsó el disparador.



—Enviaré las fotos a la panadería cuando estén listas —le dijo el fotógrafo a la pareja después de terminar la sesión. Agachó de nuevo la cabeza, como pesaroso.

—Gracias —respondió la mujer. Yoona dormía en brazos de su padre.

El fotógrafo acompañó a la pareja hasta la puerta y, cuando se

volvió, hizo un gesto a Jebi con la cabeza.

—Muchas gracias. Me has hecho un gran favor —dijo el fotógrafo tuteándola.

—Si te interesa devolvérmelo —respondió Jebi sonriendo—, podrías decirme dónde puedo coger el autobús al aeropuerto.

Al chico se le borró la sonrisa.

—Ah… ¿No has venido a por una foto?

—Uy, no… La cosa es que… Se me ha caído el móvil en el mar… —Jebi respondió sin entrar en detalles.

—¿A qué hora es tu vuelo?

—A las…

—¡Espera! ¿Qué hora es? —El fotógrafo, nerviosísimo, miró el reloj—. ¡No! Tengo que irme ya.

—Bueno, si pudieras decirme dónde para el…

—Ya lo solucionaremos. ¡Vamos! —El hombre cogió a Jebi de la muñeca y la sacó por la puerta.

La perrita movió la cola e intentó seguirlos.

—No. Bell, quieta. *Oppa*[3] volverá en un abrir y cerrar de ojos.

Bell lloriqueó e intentó meter la nariz por el hueco de la puerta, pero el fotógrafo la echó hacia atrás con firmeza y cerró con llave.

Detrás de las palmeras había una moto. Antes de saber qué pasaba, Jebi, con un casco y el cinturón de seguridad puesto, estaba sentada detrás del hombre sujetándolo por los hombros.

Era la primera vez que montaba en moto. El viento le azotaba en la cara mientras el chico conducía a toda velocidad por la carretera. Jebi gritó cuando los bajos muros de piedra, los tejados de colores, las plantas y los árboles pasaron como una mancha borrosa. Los habitantes del pueblo que estaban en los campos y jardines los miraban pasar.

Enseguida llegaron a la costa. La moto chirrió cuando se detuvo junto a un rompeolas y el fotógrafo bajó rápidamente. Jebi, vacilante, puso un pie en el suelo y se apeó.

A lo lejos, un grupo de *haenyeo* salía de bucear y caminaba hacia la orilla.

El fotógrafo fue directo a una de las buceadoras e intentó quitarle la red de las manos.

—Yanghee-ssi, parece que pesa mucho, déjame llevarla —dijo el fotógrafo pasando cómodamente al dialecto de Jeju.

«¿Su mujer? Seguro. Evidentemente, no podía estar soltero». Jebi se sintió mal por las mariposas que sentía en el estómago.

La mujer lo empujó hacia un lado.

—¡No uses el dialecto conmigo! —gritó molesta; cogió de nuevo la red y se la echó al hombro.

Una de las *haenyeo* mayores dijo:

—Yanghee-ya, no seas así. Está bien dejarse ayudar por un hombre. —Y le tendió al chico su red llena, agradecida.

—¡Sí! No lo rechaces solo por ser del continente —soltó otra con una risita.

—Claro, tú lo dices porque no tiene nada que ver contigo —le espetó Yanghee mientras se alejaba.

Se quitó la capucha de neopreno, sacudió la cabeza y su larga y hermosa melena quedó libre. El traje de neopreno se ceñía a ella mostrando su figura curvilínea.

De repente, se detuvo frente a Jebi.

—Me cortas el camino.

—¿Perdón?

—Bloqueas la puerta.

Jebi se giró y vio que estaba justo delante del vestuario. Rápidamente se hizo a un lado.

—¡Muchas gracias! —decían con entusiasmo las *haenyeo* mayores mientras el fotógrafo dejaba sus redes con cuidado. La pesca fresca de erizos, abulones y pulpos brillaba a la luz del sol. En el trayecto de cien metros desde la orilla hasta el vestuario, su camisa azul cielo se había vuelto azul oscuro por el goteo de las redes.

Las *haenyeo* le pusieron unas cuantas almejas gigantes en las manos.

—Llévatelas. Estarán buenísimas cocinadas al vapor.

Sonriente, el hombre fue hasta la moto y las metió en el baúl antes de volverse hacia Jebi.

—Venga, vamos.

En el camino de vuelta, Jebi lo agarró de la cintura con cautela. Ahora que iba más despacio, podía contemplar el paisaje: las flores de colores de los árboles, las mandarinas brillantes, la mezcla de tejados amarillos y azules, incluso la maleza en las grietas de los muros de piedra; todo le parecía precioso. Cuando se cruzaban con alguien en la calle o en los jardines, el fotógrafo saludaba con la cabeza. Algunas personas le devolvían el gesto, aunque la mayoría lo ignoraba. El viento soplaba y transportaba el olor a mar de sus hombros empapados de sudor.

De pronto, cayó en la cuenta. «Acabábamos de conocernos y esa *haenyeo* me tuteó directamente». Jebi frunció el ceño. Por educación, Yanghee debería haber sido más formal. «Qué maleducada», pensó y frunció la nariz.



—¡Bell! Sentimos haberte dejado atrás. ¿Te has portado bien? —En cuanto abrió la puerta, el hombre cogió en brazos a la perrita. Se volvió hacia Jebi—. Lo lamento. Tu vuelo habrá salido.

Jebi volvió a la realidad en cuanto miró la hora en el reloj de la pared.

—Em. Todavía no… Pero ya no me da tiempo de llegar al aeropuerto.

—Toma mi portátil y haz una reserva para el siguiente vuelo. Te llevaré al aeropuerto —dijo, y dejó el ordenador en la mesa junto a la ventana.

Jebi se metió en la página web de la aerolínea. Tras sopesar sus opciones, suspiró. Su viaje había terminado de verdad.

El hombre regresó a la habitación después de cambiarse de ropa.

Jebi vio que garabateaba algo en un folio y lo pegaba en la

puerta de cristal. Fingió rellenar el vaso de agua para mirar el cartel.



«Ay, sí. Antes dijo algo de falta de personal». A Jebi le empezó a latir el corazón muy deprisa, pero se recordó a sí misma: «¡Dijiste que nada más de estudios fotográficos!».

Llenó el vaso de cartón y volvió a la mesa. A través de la ventana veía el océano extenderse hasta el horizonte.

—Em…, ¿tienes demanda de fotografía de recién nacidos? —Jebi se atrevió a decir con indecisión. El corazón le iba a mil.

—No, la verdad.

Sacó una botella de zumo de mandarina de la nevera y lo sirvió en un vaso con hielo. Colocó encima una hoja de menta, una pajita y se lo tendió a Jebi.

—Pruébalo. Lo hice con mandarinas del pueblo. —Jebi cogió el vaso mientras él seguía hablando—. La pareja que viste vive cerca también. Acaban de mudarse aquí y van a abrir una panadería. Ha sido bastante caótico para ellos intentar establecerse, en especial con una recién nacida. Son la única familia joven por aquí.

Jebi sonrió y entonces dijo:

—Bueno… He visto el cartel de que buscas personal.

Se le iluminaron los ojos.

—¿No estás aquí de vacaciones?

—Sí, pero ya han llegado a su fin.

Se desanimó un poco.

—No busco ayuda temporal. Necesito una persona que pueda

comprometerse.

Jebi negó con la cabeza. Le gustaba Jeju, pero no estaba segura de cuánto podría quedarse. Nunca mantenía un trabajo más de un año.

—Pero va a ser casi imposible contratar a alguien —continuó el fotógrafo—. Así que, si puedes echarme una mano aunque sea temporalmente, te lo agradecería. ¿Cuánto tiempo crees que podrías quedarte?

Jebi intentó contener su entusiasmo.

—No lo he decidido. Tal vez…, ¿tres meses?

—Está bien, dame tu currículum. Puedes redactarlo en mi portátil.

«Por favor, hoy en día todo el mundo tiene su currículum hecho».

Jebi inició sesión en su correo, abrió una de las muchas solicitudes de trabajo e imprimió el archivo adjunto.

—Te llamas… ¿Jebi? —Parecía sorprendido.

—Ajá. —La chica se rascó la mejilla incómoda. Se preguntaba qué le extrañaba. Tal vez nunca había escuchado el nombre, que significa golondrina.

—Y naciste en 1997… ¿Eres del 97?

—Sí, he cumplido veinticinco este año.

Durante un momento, el fotógrafo parecía sumido en sus pensamientos.

«¿Duda?». Jebi sintió una punzada de miedo. ¿Estaba en la edad de saltar de un trabajo informal a otro?

—¿De dónde eres?

—De Seúl.

—¿Has vivido alguna vez en Jeju?

Jebi negó con la cabeza.

—¿Y tus padres?

—No, que yo sepa.

—Ya veo.

Estuvieron en silencio un rato.

«Supongo que volveré a Seúl».

Justo cuando se había convencido de que el trabajo no sería suyo, el fotógrafo abrió la boca.

—Soy Lee Seokyeong —dijo primero su apellido, como era costumbre—. Del 88. Espero con ansias trabajar contigo. —Se detuvo—. Supongo que necesitarás un lugar para vivir.

—Sí… —Jebi dejó las manos quietas sobre el teclado y apartó la mirada—. Yo… Lo siento mucho, pero la cosa es que… ¿Puedo pedirte un adelanto? Me da mucha vergüenza, pero estoy sin blanca. Me he gastado todo en el viaje. La única tarjeta de crédito que tengo está en mi cartera digital y cuando me caí en la playa esta mañana, el móvil se empapó y no se enciende… —Completamente avergonzada, se tapó la cara con las manos. «¿Por qué soy así? Debe de considerarme patética».

—Te pagaré el alquiler del primer mes con una condición.

Jebi tragó saliva y esperó a que continuara.

—Conozco a una mujer mayor que vive cerca y tiene una habitación libre. Me gustaría que te alojaras allí. Parece gruñona, pero en el fondo es cariñosa. Como su casa es vieja, apenas consigue reservas. Te pido ese favor.

Jebi asintió, pero la carcomía la ansiedad. «¿Gruñona pero cariñosa?». La directora de una guardería en la que trabajó se describía como una persona «de temperamento fuerte, pero realmente cariñosa con su personal». Jebi rara vez experimentó ese cariño; en cuanto al temperamento fuerte, se llevó la peor parte todos los días. ¿Sería esta mujer igual de mala o incluso peor?

Jebi sintió un escalofrío al recordar las palabras mordaces y la mirada fría de su abuela. «Los mendigos no pueden elegir».

Entonces, Bell se acercó trotando y moviendo la cola se acomodó a sus pies.

Ver a la perrita mirándola tranquilamente fue todo lo que Jebi necesitó para decidirse.

—Como quieras. —Extendió la mano para coger a Bell, que se acurrucó dócilmente en su regazo aguzando las orejas mientras miraba por la ventana.

Sobre el mar verde azulado, el cielo estaba pintado de color rosa pastel.



Capítulo 3
Un descuento para los lugareños

Después de firmar el contrato de trabajo, Seokyeong le enseñó a Jebi el estudio fotográfico. Iba detrás de él con Bell en brazos.

La planta baja era la cafetería, aunque también servía de galería y escaparate. Además, al fondo había un despacho pequeño donde Seokyeong preparaba las imágenes; arriba hacía las sesiones de fotos. De las cuatro habitaciones de la primera planta, tres las usaba para sesiones con diferentes fondos y disposiciones y la cuarta era la habitación de Seokyeong. Al fondo del pasillo había un baño. Todo estaba limpio y ordenado.

—Antes esto era un *bed and breakfast*. Pero los dueños no podían seguir gestionándolo, así que tuvieron que venderlo.

—¡Vaya, *sajangnim*![4] —Ya era su jefe y Jebi se dirigía a él así—. ¿Cómo pudiste permitirte este sitio? ¿Naciste con un pan debajo del brazo?

—La verdad es que no. —Seokyeong incómodo se rascó la cabeza—. El edificio se subastó y lo conseguí barato. Un golpe de suerte. Pero, en teoría, la primera planta aún es del banco —concluyó con un suspiro.

Subieron a la azotea desde donde solo se veía el mar.

De vuelta en la cafetería, Jebi echó un vistazo a su alrededor.

—Si antes era un *bed and breakfast*, ¿por qué el espacio es diáfano?

Él siguió su mirada.

—Ah. Porque tiré las paredes, solo dejé las vigas de la estructura. Lo hice todo yo en diez meses. —Seokyeong juntó las manos e hizo como que golpeaba con un martillo.

—¿En serio? Impresionante. —Justo en ese momento rugió el estómago de Jebi.

Seokyeong soltó una risita.

Jebi bajó la cabeza completamente avergonzada.

Bell levantó la vista y le lamió la barbilla.



Seokyeong preparó *ramyeon*[5] y añadió las tres almejas gigantes que le habían dado las *haenyeo*. Un olor delicioso inundó el estudio, y Jebi apenas podía estar quieta mientras esperaba que Seokyeong sirviera los fideos.

Bell también estaba tirada en el suelo y movía la cola con ansias. Seokyeong sirvió el pienso en un plato llano y lo cubrió de carne de almeja cortada en rodajas finas. En cuanto lo dejó en el suelo, Bell hundió la nariz en él.

De la misma forma, Jebi se abalanzó sobre los fideos en cuanto Seokyeong cogió los palillos. Era la comida más rica que había tomado en la isla.

Mientras masticaba las rodajas gruesas de carne de almeja miró a la entrada.

—¿Te parece adecuado cocinar en el estudio fotográfico? ¿No les molesta el olor a los clientes?

Antes, con un control remoto, Seokyeong había apagado las luces de la planta baja y había encendido una luz más tenue cerca de la ventana. Entonces, pulsó un pequeño interruptor redondo bajo la ventana y se abrió lentamente un panel para dejar entrar la brisa

fresca marina.

En el exterior, las olas de color violeta llegaban suavemente a la orilla antes de retroceder, y una esfera plateada brillaba por encima del mar.

—La verdad es que voy a convertir este lugar en un espacio cultural integrado. —Seokyeong se llevó a la boca lo que quedaba de fideos y carne de almeja antes de levantar el cuenco y beberse la sopa.

—¿Perdón? ¿Un espacio qué?

—Hoy en día no se puede salir adelante dedicándote solo a una cosa. Por eso ahora las librerías también son cafeterías, y las cafeterías sirven menús completos y productos de la casa.

Jebi asintió. Se acordó de cuando hizo cola para conseguir una bolsa reciclable de Starbucks.

—Quiero vivir de la fotografía. Pero es duro depender solo de las sesiones. He pensado mucho al respecto y voy a convertir este sitio en un estudio fotográfico, cafetería y salón de fiestas.

—¿Salón de fiestas? —preguntó Jebi mientras tragaba la última rodaja de carne de almeja y saboreaba la explosión de sabor.

—Sí. Así los clientes pueden disfrutar de una exposición fotográfica en la galería, posar para una sesión de fotos y, más tarde, sentarse en la cafetería a charlar mientras ven el resultado. Una fiesta con comida deliciosa, buen alcohol y conversación. Incluso puedo hacer fotos de la fiesta y regalárselas a los invitados como recuerdo. ¿Qué te parece?

El ligero titubeo al final de la frase hizo dudar a Jebi. No parecía muy seguro de sí mismo, pero ella sabía lo difícil que era ganar dinero con la fotografía. El estudio en el que trabajaba desde hacía once meses se consideraba uno de los más importantes de Seúl, pero incluso a sus propietarios les costaba llegar a fin de mes. A menos que consiguieran vender paquetes de sesiones fotográficas por valor de millones de wones o marcos caros, rara vez obtenían un beneficio decente. Pero, por supuesto, los clientes no tenían ni idea de lo difíciles que eran las cosas.

Jebi también sospechaba que el estudio en el que trabajó no planteó bien su estrategia de *marketing* desde el principio. La mayoría de los clientes del estudio de fotografía de recién nacidos eran padres primerizos que iban a canjear un álbum gratuito de doce fotos, que formaba parte de un convenio que el estudio firmó con clínicas ginecológicas y centros de cuidado postparto. La idea planteaba atraer a los clientes con un obsequio y, una vez terminada la sesión gratuita, enseñarles lo bonitas que habían quedado las fotos y engatusarlos para que contrataran paquetes caros. Y si los clientes se mantenían reacios, presionarlos para que compraran al menos las fotos sin editar por unos cientos de miles de wones.

Pero con esta venta agresiva solo habían conseguido clientes insatisfechos.

«¿No dijisteis que sería gratis?».

Mientras trabajaba allí, Jebi vio a cientos de parejas enfadadas. Llegaban con su precioso bebé, esperando crear buenos recuerdos, pero acababan marchándose furiosos tras una pelea a gritos con el jefe.

Jebi estaba segura de que se dirigían a los clientes de la peor forma posible.

—No deberíamos ofrecer estos álbumes gratis. ¿Por qué no les mostramos a los clientes lo caro que es hacer una sesión de fotos para que entiendan por qué les cobramos esa cantidad…?

Pero siempre que se lo planteaba, Bora solo se encogía de hombros y decía:

—Ya ves.

Jebi bajó la vista al cuenco. Se había terminado los fideos y solo quedaba la sopa. «Ahora que lo pienso, la fotografía y la comida se parecen: si ese cuenco de porcelana con fideos costaba siete mil wones era porque no solo incluía el coste de los fideos y el marisco. Primero, para preparar el plato se necesita una cocina y un recipiente donde servir los fideos, luego están los gastos de agua y gas, a los que se añaden los de los otros ingredientes frescos, condimentos y el sueldo del cocinero. Con la fotografía ocurre lo

mismo. Una foto cuesta siete mil wones porque no solo incluye el precio del papel fotográfico. Además, está el alquiler del estudio, el equipo que es caro y la iluminación, los gastos de mantenimiento ocasionales y, como es una industria sujeta a tendencias, los fondos para las sesiones deben cambiarse a menudo. Por otra parte, cuesta mucho dinero contratar a un buen fotógrafo y es muy necesario tener al menos otro empleado para atender a los clientes. Por supuesto, los clientes no son conscientes de eso, piensan que ellos podrían hacer la misma foto con la cámara de un móvil así que, ¿por qué molestarse en gastar dinero? Pero el resultado no es igual. Del mismo modo que ella sola nunca sería capaz de hacer ese mismo *ramyeon*».

—¿Cuánto tiempo llevas con el estudio? ¿Va bien? —preguntó Jebi.

Seokyeong se levantó y empezó a recoger la mesa. Jebi lo siguió a la zona de la cocina, pero en cuanto fue a ponerse el delantal, la detuvo.

—Yo fregaré los platos. Cuando empieces a trabajar nos turnaremos.

Jebi asintió y dio un paso atrás.

Seokyeong se puso unos guantes y habló por encima del sonido del agua cuando abrió el grifo.

—Llevo un mes. Viene algún cliente muy de vez en cuando y todos del barrio.

Jebi se sorprendió muchísimo. ¿Podría pagarle su sueldo? Debía de estar acumulando una deuda de al menos dos millones de wones cada mes.

Señaló los cuadros que estaban colgados.

—¿Y de dónde son esas fotos?

Seokyeong miró en la dirección que apuntaba.

—¿Esas? Algunas las hice yo, como la estatua del pulpo y las del festival *mulkkureok*. Las demás quiero venderlas por internet.

—Un festival… ¿de pulpos?

—Sí. Se celebra todos los años en primavera. Es divertido. Jebi-

ya, si sigues aquí para entonces podrás vivirlo en primera persona.

«Qué presuntuoso». Decidió cambiar de tema.

—Pero esas fotos de las zanahorias y los cacahuetes… La fotografía de producto es difícil y cara. ¿Te pagaron bien por ellas?

Mientras enjuagaba los cuencos, se encogió de hombros.

—No puedo ser muy exquisito. Necesitaba el trabajo. De hecho, tuve que suplicar para que me lo dieran.

—¡Esa no es la manera! —Jebi levantó la voz sin darse cuenta—. Si sigues haciendo fotos gratis… Es decir, ¡no puedes hacerlo!

Seokyeong asintió.

—Lo sé. Pero cuando empiezas algo nuevo tienes que invertir, ¿no? Ocurre lo mismo en otros sectores, los *youtubers* empiezan ofreciendo contenido gratuito. Simplemente estoy agradecido porque confían en un forastero como yo para el trabajo. He estado pensando en ofrecer un descuento permanente del treinta por ciento a los locales.

Jebi pestañeó.

—*Sajangnim*, ¿no eres de aquí?

Negó con la cabeza mientras dejaba los platos en el escurridor.

—Pero hablas muy bien el dialecto de Jeju…

—Lo aprendí. Hace tiempo viví aquí con mis padres.

Seokyeong dejó la frase en el aire. Al notar el cambio de ánimo, Jebi desvió enseguida la conversación.

—Hay algo que me he estado preguntando. ¿Qué significa *hakuda*? ¿Es una palabra japonesa?

—Ajá. —Seokyeong sonrió mientras se desabrochaba el delantal —. Es una palabra de la isla de Jeju, de su dialecto. Significa algo así como «yo lo haré».

—Entonces…, ¿estudio fotográfico «Yo lo haré»? —Jebi frunció ligeramente el ceño.

Seokyeong rio. Se irguió y le hizo una pequeña reverencia.

—Haré lo que pueda en todas las sesiones. Eso es lo que espero que el nombre diga a la gente.



Después de cerrar, Seokyeong sugirió que dieran un paseo para ver la habitación que Jebi alquilaría y sacar a tomar el aire a Bell.

La luna llena iluminaba los callejones del pueblo; Jebi incluso podía distinguir las formas de las olas a lo lejos. Mientras notaba la brisa marina en las mejillas, el corazón se le aceleraba. Aunque le ponía un poco nerviosa conocer a la señora mayor gruñona, en el peor de los casos podría marcharse en un mes. Al final, tendría un techo y un trabajo. Y podía quedarse en la preciosa isla de Jeju, al menos por ahora. Y justo en ese momento estaba paseando por la carretera con un chico muy mono.

Jebi recordó el viaje en moto de vuelta al estudio fotográfico. Su espalda cálida y musculosa… De repente, Bell se metió entre sus pies, lo que la devolvió a la realidad.

—No, Bell. —Seokyeong la sujetó con firmeza.

Buscando conversación, Jebi preguntó:

—Por cierto, ¿de qué raza es Bell?

Seokyeong se rio. Como si no quisiera que Bell lo escuchara, se tapó la boca con la mano y susurró:

—Es mestiza.

—¿De qué?

Soltó una risa.

—Bueno, es una mezcla de san bernardo y perro de Jeju.

—¿Perro de Jeju?

—Sí, en apariencia es bastante similar a un perro de Jindo, pero el de Jeju es nativo de la isla. La raza pura está al borde de la extinción. El alcalde del pueblo adora los perros de Jeju. Los cría y, de entre todos los de pura raza que tiene, se encariñó con una que se llama Soondeok, la trata prácticamente como a una hija. Pero a pesar de todos sus intentos, no se preñaba. El veterinario tampoco encontró ningún problema de salud. —Volvió a reírse—. El alcalde la saca de paseo todos los días y, una vez, dejó de vigilarla un segundo

mientras contestaba una llamada. Cuando supo que estaba preñada, se puso muy contento, porque pensaba que el cruce con un perro de raza pura de Jeju había dado resultado. Pero al nacer los cachorros se dio cuenta de que algo iba mal: todos tenían manchas. Entonces recordó haber visto un san bernardo durante el paseo de ese día. Ya podrás imaginar su decepción.

—¿Porque los cachorros no eran de pura raza?

—Sí. Aun así, Soondeok es como su hija, así que, por supuesto, cuidó de ella, incluso le cocinaba sopa de algas. Con un buen suministro de leche, los cachorros crecieron grandes y fuertes.

—¿Y entonces?

—¿Hm?

—¿Qué les pasó a los cachorros?

—Ah, el alcalde los regaló. No eran de pura raza, así que no quería quedarse con ninguno.

—¿Y Bell?

—Le hice unas fotos de zanahorias y me la dio.

—¿Zanahorias? Ah, la foto de la pared.

—Sí, ese es el alcalde… —Seokyeong se detuvo. Habían llegado a una casa con un tejado bajo, de color azul. La rodeaba un muro de piedra sin puerta. En el jardín se veían unos cuantos árboles de mandarinas—. Mokpo *samchon*[6], ¿está ahí? —llamó Seokyeong respetuosamente entrando al jardín delantero.

«¿Tío de Mokpo? ¿No había dicho Seokyeong que aquí vivía una señora mayor?», se preguntó Jebi.

—¿Quién anda ahí? —respondió una voz.

—Soy Seokyeong. Del estudio fotográfico —contestó.

—¿Qué te trae por aquí a estas horas?

La puerta de la casa de piedra se abrió y salió una anciana. Tenía los hombros anchos y su voz llegaba muy lejos. Al fijarse en Jebi la miró de arriba abajo.

Después de que Seokyeong le explicara las circunstancias de Jebi, la mujer cogió la tarjeta de crédito que él le tendía y, con mano experta, completó la transacción en una aplicación de su teléfono.

—Hasta la próxima luna llena, esa habitación es para *jibi*. —Señaló con el dedo un anexo de la casa.

—¿Jebi? Señora, ¿cómo sabe mi nombre?

—¿Jebi qué? He dicho *jibi*. —Después de eso, se dio la vuelta para entrar de nuevo en la casa.

—Significa «tú» o «ti» —explicó Seokyeong.

—Parece que voy a tardar un poco en acostumbrarme al dialecto de Jeju —protestó Jebi mientras iba con Seokyeong al anexo. Como la señora mayor había vuelto a entrar en casa, Seokyeong se tenía que encargar de enseñárselo.

—Bueno, en realidad es el dialecto de Jeolla. La abuela se mudó aquí desde Mokpo después de casarse con su marido. Él era de aquí —explicó el fotógrafo mientras metía la llave en la cerradura.

A Jebi se le encogió el estómago. Ya era bastante difícil entender el dialecto de Jeju, como para hablar con alguien que lo mezcla con el de Jeolla. La cabeza le daba vueltas.

—La habitación está bastante vacía, pero, limpia. Y puedes ducharte sin problema. Yo instalé la ducha. —Seokyeong sonrió mientras la señalaba.

—A Jebi no le gustaba el aspecto de las paredes de piedra sin revestimiento de la ducha —probablemente sería una sauna en verano—, pero no tenía muchas opciones.

—Descansa. Nos vemos mañana a las nueve.

—Buenas noches. —Jebi arrastró su mochila a la habitación.

De pronto, se le ocurrió algo y salió corriendo.

—Por cierto, ¿por qué has llamado a la abuela *samchon*? ¿No significa tío'?

—Ah, en Jeju nos dirigimos así a los mayores, de forma cariñosa. —Sonrió—. El género no importa. —Seokyeong se despidió diciéndole que esperaría a que entrara en la habitación antes de irse.

Mientras tanto, Bell estaba persiguiendo su cola en el jardín.



Al día siguiente, Jebi se despertó temprano. O más bien se despertó del susto cuando algo le cayó en la frente. Un poco aturdida, levantó la mano para ver qué era.

Lo que fuera se movió.

Pegó un grito, se incorporó con rapidez y vio que había un ciempiés enorme en la almohada. No paraba de mover las patas mientras intentaba darse la vuelta.

Jebi saltó de la cama, y se puso a chillar y a dar pisotones.

—¡Ay! ¡Dios mío! ¿Qué demonios pasa? —La abuela de Mokpo entró corriendo con la llave maestra en la mano.

—Cien-cien… —Como no podía hablar, Jebi señaló con el dedo tembloroso la almohada.

Después de ver lo que era, la abuela soltó un suspiro de alivio. Con una escoba y un recogedor apartó al ciempiés sin problema y lo dejó en el huerto.

Cuando regresó, sacó un rollo de cinta adhesiva verde de un cajón y empezó a examinar la pared.

—¡Malditos bichos! Han vuelto a encontrar una forma de entrar —murmuró mientras pegaba varios trozos de cinta sobre un agujero en la pared que ya tenía restos de cinta vieja en diferentes direcciones.

Sin molestarse en pedir disculpas o preguntar cómo había pasado la noche Jebi, la abuela de Mokpo la miró con recelo y exclamó:

—¿Qué es ese olor?

La ropa y la mochila de Jebi desprendían un olor penetrante a humedad. «Oh, claro». Jebi llegó tan agotada la noche anterior que solo se había cepillado los dientes antes de caer rendida en la cama.

Jebi volvió en sí.

—Abuela, ¿qué hora es?

La anciana apuntó con el dedo el reloj que había sobre la televisión. Las siete y media.

—Uf. Tiempo suficiente para una ducha, incluso puedo hacer la colada. Abuela, ¿hay un *keonjogi* aquí? —Recordó haber visto una lavadora en el baño.

—¿*Jogi* seco? Tenemos pulpo seco, si quieres.

—Me refería a una secadora para la colada… —Jebi titubeó mientras se tiraba en la cama de nuevo. Miró a su casera con pena —. Em, lo siento mucho… ¿Puedo pedirle ropa prestada?

Y así fue como Jebi terminó vestida con una blusa blanca y una falda larga azul marino durante el primer día de trabajo.



Se miró en el espejo después de la ducha y abrió los ojos horrorizada. Durante la noche, un moratón se le había extendido por la cuenca del ojo.

—Vaya. No sabía que estaba tan mal…

No tuvo más remedio que coger prestado también uno de los sombreros de ala ancha que usaban los locales cuando trabajan en sus jardines.

Salió con la cabeza decorada con flores y esperaba que eso ocultara su ojo morado. La noche anterior, el callejón estaba oscuro, pero entonces el sol brillaba tanto que tuvo que entrecerrar los ojos. Era un día despejado, sin una nube en el cielo.

Jebi se pegó al muro de piedra, como si pudiera servirle de camuflaje. Se apartaba cada vez que veía a alguien, lo que le valía miradas de desconfianza.

Seokyeong estaba escribiendo en el mostrador cuando ella abrió de un empujón la puerta del estudio. El fotógrafo dejó el bolígrafo, levantó la vista y parpadeó. Justo después, estalló en carcajadas.

—¡Ja, ja, ja! Ay, madre mía, lo siento. ¡Ja, ja, ja! Lo siento, lo siento…

Seguía riéndose mientras subía las escaleras, volvió un segundo después y le dio algo.

Soltó una risita.

—Quítate ese ridículo sombrero y ponte esto. ¿Qué te ha pasado en el ojo?

—No quiero hablar de eso —respondió Jebi con firmeza.

Jebi se puso las gafas de sol y empezó a limpiar. Con cuidado, desempolvó las estanterías donde estaban los equipos y las mesas del café. Había dejado la puerta abierta de par en par, así que disfrutaba de la brisa fresca del mar.

Mientras tanto, Seokyeong estaba concentrado en el portátil.

—¿Qué miras? —preguntó Jebi.

—Las reservas. Me temo que no tenemos clientes hoy.

—¿Puedo echar un vistazo? —Jebi se quitó el delantal y se acercó a la mesa.

—Claro. —Seokyeong giró el portátil en su dirección.

Enseguida Jebi comprobó la página web, el blog e Instagram. En efecto, no había mensajes, pero tampoco nada en las plataformas, solo unas cuantas fotos, las mismas que había visto en la tienda.

Jebi suspiró.

—¿Por qué la página web es tan… simple?

—Bueno, solo comparto las fotos que me parecen adecuadas y, de momento, esas son las únicas. —Seokyeong se rascó la cabeza.

—Esto no sirve. Necesitas publicar a diario y varias fotos a la vez. —Sorprendida por la contundencia de sus palabras, Jebi observó preocupada a su jefe, temía que pudiera ofenderse.

—Hm, ¿ah, sí?

Jebi no sabía si estaba desestimando su sugerencia o considerándola. Buscó en el bolsillo, pero se dio cuenta de que se había dejado el móvil en su habitación. Necesitaba repararlo, pero solo podía ir un miércoles, cuando cerraba el estudio de fotografía.

En lugar de eso, se conectó a su cuenta personal de Instagram en el portátil.

—¿Mil seguidores? ¡Increíble! —exclamó Seokyeong.

Jebi, a pesar de llevar las enormes gafas de sol y la ropa de su casera, se permitió esbozar una sonrisa de satisfacción. No era demasiado, pero en comparación con los treinta seguidores del estudio fotográfico, suponía mucho.

—Déjame a mí, *sajangnim*, tú céntrate en la fotografía, yo me

encargaré de la parte de *marketing*.

Seokyeong abrió mucho los ojos como si no estuviera seguro de si aceptar o negarse.

Jebi siguió con su ofensiva.

—A este ritmo, no podrás pagarme. Y supongo que no quieres acumular más deudas.

Se puso rojo. Al final, asintió. El corazón de Jebi latía con fuerza. Nunca se había dedicado a vender ni a promocionar, pero eso no iba a disuadirla. Se sintió llena de energía y se sentó un poco más erguida.

«Seguridad en una misma… Solo he leído eso en libros. ¿Así se siente?». Jebi sonrió para sus adentros.

—Por cierto…, ¿todas estas fotos son tuyas? —preguntó Seokyeong señalando su cuenta.

—¿Hm? Sí. —Jebi hizo un gesto con la mano—. Sé que no son muy buenas. Solo hago fotos por diversión. No tengo sentido artístico ni nada de eso…

—No, no. Me gusta el estilo, por eso te lo pregunto —explicó—. ¿Te gusta la fotografía?

Jebi asintió.

—Entonces sigue. Si consigues una buena, la expondré en la tienda.

Jebi lo miró sorprendida y sintió que le daba un vuelco el corazón. Y esta vez no fue por el aspecto de su jefe.



Capítulo 4
El sueño de Seokyeong

—Un teléfono que se ha caído al agua salada no dura mucho, ni aunque intentemos arreglarlo —dijo el técnico con cautela—. Como es de hace cuatro años, igual podía cambiarlo por uno nuevo.

Jebi asintió y se compró uno básico, financiándolo en cuotas.

Era su primer día libre desde que empezó a trabajar en el estudio Hakuda y Seokyeong tuvo la amabilidad de acercarla a la tienda de reparaciones.

El alcalde había accedido a cuidar de Bell esa mañana y cuando, más tarde, fueron a recogerla, la perrita, muy contenta, escalaba por encima de su sufrida madre.

En los campos de zanahorias, los agricultores, que habían pasado toda la mañana poniendo plantas en semilleros, almorzaban temprano a la sombra.

Después de ir a buscar a Bell, los tres se dirigieron al alojamiento de Jebi.

—Esa perra negra era Soondeok, ¿verdad? —preguntó Jebi mientras bajaba de la moto.

—Sí.

Seokyeong abrió la cremallera del transportín y Bell asomó la cabeza enseguida, saltó y fue directa al jardín.

—Como se quedó sin cachorros, Soondeok tuvo una depresión

postparto, así que durante un tiempo llevé a Bell de visita a menudo. Pero ya está bien.

Jebi observó que Bell ladraba y entonces, horrorizada, se fijó en que había empezado a escarbar en las lechugas del huerto. Antes de poder ahuyentar a la perrita, la abuela de Mokpo salió por la puerta y gritó:

—¡Maldito animal! ¡Aléjate de mis lechugas!

Bell, sin inmutarse, se fue corriendo con la lengua fuera.



La abuela había preparado un delicioso *bibimbap*[7] de algas, con carne de caracol marino, un tipo de molusco. Después de comer, a modo de agradecimiento, Seokyeong ayudó a arreglar el agujero de la pared.

En cuanto arrancó el amasijo de cinta, cayeron sedimentos sueltos, junto con un ciempiés.

Jebi, que rondaba cerca de la puerta, gritó y salió corriendo de nuevo al jardín.

Seokyeong extendió una mano enguantada, cogió al bicho que se retorcía y lo soltó fuera. Bell miró con recelo al intruso de múltiples patas y gruñó.

Se agachó y acarició a la perrita para calmarla, a ella y a Jebi.

—Es que hay mucha tierra fértil por la zona… Y, si lo miras por el lado positivo, no entrarán cucarachas en la casa. Los ciempiés las cazan.

—¡Aj! ¿Eso significa que lo siguiente que veré serán cucarachas?

—No es lo que quería decir… —Seokyeong soltó una risita mientras volvía a la habitación.

Aplicó una capa de sellador de silicona y esperó a que se secara antes de pegar papel pintado sobre el agujero. La abuela guardaba algunos trozos para eso.

—A los ciempiés les encantan los ambientes húmedos. Ten, usa

esto —dijo tras sacar un deshumidificador de un armario de la cocina—. Acuérdate de vaciar el agua cada vez que se llene… —Sonrió—. Y si ves otro ciempiés, no te agobies. Casi nunca pican. —«Pero con esas piernas, ¿quién no se asustaría?».

Jebi esbozó una sonrisa poco convincente.



Después de que Seokyeong se fuera, Jebi se metió en Google Drive para descargarse todas las fotos en su teléfono nuevo.

Unos meses antes, estaba mirando el móvil cuando se le resbaló de la mano y rebotó contra la acera. Lo recogió con lágrimas en los ojos y corrió a la tienda de reparaciones más cercana. Fuera como fuese, sabía que tenía que recuperar las fotos que tenía guardadas, no podía soportar la idea de perderlas para siempre.

—La pantalla no se puede reparar, pero es su día de suerte, la memoria está intacta. —Las palabras del técnico fueron música para sus oídos—. Es mejor acostumbrarse a hacer una copia de seguridad a menudo de las fotos más importantes.

Jebi asintió enérgicamente con el móvil en la mano.

Jebi estaba tumbada sobre las sábanas rugosas mirando las fotos de su teléfono. Mientras lloraba en silencio, las lágrimas le caían y le manchaban el pelo. Intentando respirar, abrió Instagram.

En solo cuatro días había multiplicado por diez el número de seguidores del estudio fotográfico. La mirada de sorpresa y alegría de Seokyeong cuando se lo dijo quedaría para siempre grabada en su memoria.

—¡Increíble! ¡Hay que celebrarlo!

Jebi negó con la cabeza.

—Lo celebraremos cuando consigamos nuestro primer encargo por Instagram.

Seokyeong asintió sin dejar de sonreír.

«¿Qué podemos hacer para atraer clientela?».

Con la tienda vacía durante días, Jebi pasaba el rato dándole vueltas a esa pregunta. Quedarse de brazos cruzados no era una opción. Solo podría seguir allí si el estudio fotográfico iba bien. Tenía que proteger su trabajo. ¿Dónde iba a encontrar un puesto en el que le gustaran el sitio, la tarea e incluso el jefe?

Por supuesto, no es que ella no tuviera quejas de él: los días que las *haenyeo* salían al mar, Seokyeong lo dejaba todo en un santiamén, iba directo a la costa y regresaba silbando. Jebi encontraba ese comportamiento impropio. Evidentemente, quería ayudar a la *haenyeo* Yanghee con las redes.

Mientras tanto, Jebi se dedicaba a investigar el mercado, consultando las páginas web de estudios fotográficos consolidados. Como Seokyeong quería que la cafetería sirviera de galería, también leyó sobre exposiciones fotográficas.

Un día, por impulso, decidió buscar su nombre en Google y se quedó boquiabierta.

Jebi abordó a Seokyeong en cuanto entró por la puerta.

—*¡Sajangnim!* ¿Ganaste un premio de fotografía?

Seokyeong, que empezaba a limpiar una mesa, levantó una mirada asombrada.

—¿Cómo…?

—¡Así que fuiste tú! Y el primer premio, ni más ni menos.

—Em… A ver…

—¡Tenemos que exponerlo! Y puedes estar seguro de que voy a difundir la noticia por todas nuestras redes sociales. —Jebi sonrió.

—¿Exponer qué? —Seokyeong se irguió con el trapo en la mano.

—El diploma, por supuesto. Y una foto tuya recibiendo el premio. Espera, también expondremos el trabajo con el que lo ganaste.

—Em…

—¿Qué pasa?

—Creo que no les gustará a los clientes. La foto es bastante abstracta.

Jebi resopló.

—Lo que a los clientes les interesa son tus credenciales. Quieren

saber si eres un profesional por el que merece la pena pagar. Les damos la información que necesitan.

«Vaya, ¿acabo de soltar yo todo eso?». Jebi estaba bastante conforme con su análisis. Señaló las fotos expuestas.

—Y no te preocupes porque sea abstracta. Tienes fotos como la del alcalde, Bell o Soondeok que los clientes pueden valorar.

—¿En serio? —Sin inmutarse, Seokyeong empezó a limpiarse la frente con el trapo sucio.

Jebi abrió el portátil, hizo una captura de pantalla de los artículos sobre el premio, de una foto de la obra premiada y las publicó inmediatamente en Instagram.

—Y como tenemos a un fotógrafo galardonado, deberíamos subir los precios…

—¿Estás segura? Los clientes… —Seokyeong mordió distraído el trapo.

Con una mueca, Jebi se lo arrebató.

—Estoy segura de que conoces los precios del mercado.

—Pero nuestros clientes solo vienen para hacerse fotos de recuerdo…

—Puede que sea duro al principio. Pero, *sajangnim*, haces fotos muy buenas. Estoy convencida de que los clientes valorarán tus destrezas. ¿Me traes el diploma? Está arriba, ¿no?

Seokyeong dio un paso atrás.

—¿Por qué?

—Te lo acabo de decir. Tenemos que exhibirlo.

—Sobre eso… Em. ¡Bell! ¿Dónde estás? —Seokyeong buscó a la perrita y usó esa excusa para salir al jardín.

Jebi no lo iba a dejar escapar, así que rápidamente le bloqueó el paso.

—*Sajangnim*, no te olvides de que tienes que pagar mi sueldo. ¿Vas a dejárselo al banco?

Seokyeong suspiró, se dio la vuelta, subió las escaleras poco a poco y regresó con el diploma.

—Has ganado un premio importante. ¿Qué sentido tiene mudarte

aquí y abrir este local si vas a seguir igual? —soltó Jebi sin pensar mientras le quitaba el polvo al marco.

—¿Seguir igual? —contestó Seokyeong con frialdad.

Jebi levantó la vista. «Vaya. No debería haberlo dicho de ese modo».

—Em. Lo que quiero decir es…

—Esta clase de premio no tiene valor —protestó—. Claro que me obsesionaban los elogios… Pero eso solo era la falta de confianza de un necio.

«La falta de confianza de un necio». Escarmentada, Jebi le dio vueltas a la frase en su mente.

—He elegido estar aquí, en Mulkkureok, porque quiero formar una familia y asentarme. Ese es mi sueño. ¿Consigue eso satisfacer tu curiosidad?

Seokyeong se dio la vuelta y se fue ofendido al piso de arriba.



Capítulo 5
Motoristas salvajes

Seokyeong y Jebi discutían sobre dónde colgar el certificado y la foto ganadora del premio.

—En la entrada, no. Se lo pones en las narices a la gente, —Seokyeong tiró del marco.

Jebi lo sujetó con fuerza.

—Aquí está bien. No se quedarán mirándolo. ¿Acaso has visto a alguien que alguna vez haya prestado atención al cartel de «Tirar»?

—Más razón para no ponerlo ahí. Si la gente ni lo mirará.

Irritado, Seokyeong por fin se lo quitó de las manos.

—La cosa es que resulte fácil de ver. —Jebi lo miró frustrada—. Es el mejor sitio.

Bell bostezó desde su esquina y se rascó el cuello con la pata trasera.



Unas horas más tarde Jebi, apoyada en el mostrador de la entrada, abrió el portátil. Había conseguido otros cien seguidores. Revisó varios comentarios de personas que querían hacerse fotos en el

estudio si por casualidad visitaban Jeju, pero, de momento, nadie había concretado una cita.

Mientras tanto, Seokyeong quitaba el polvo a las cámaras con un trapo de microfibra y evitaba la mirada de Jebi.

Detrás del mostrador colgaban el diploma y la foto ganadora del premio.

A cada tintineo de la campanilla con forma de pulpo que Jebi había colgado en la puerta, levantaban la vista con impaciencia. Pero solo era el viento que les jugaba malas pasadas. Jebi llevaba quince días trabajando allí, pero aún no había visto ni a un solo cliente.

Jebi se estaba poniendo nerviosa. Incluso había diseñado un folleto, que podrían imprimir y distribuir en el aeropuerto, como último recurso para captar clientela. Junto a una vista panorámica increíble del estudio hecha con su teléfono, enumeraba los impresionantes logros de Seokyeong.

Por supuesto, él no tenía ni idea.

—¡Hola!

De pronto se abrió la puerta y Seokyeong y Jebi se levantaron con una gran sonrisa.

—Em, ups. Siento decepcionaros. —Era el padre de Yoona, el chico de la pareja joven que Jebi conoció el primer día. Mostró una bolsa de papel que tenía en la mano—. Estamos planeando lanzar un nuevo producto en la panadería, hemos diseñado un envase especial. Me gustaría saber vuestra opinión.

Sacó una caja de la bolsa de papel. Dado su aspecto, más bien desaliñado, parecía que llevaba toda la mañana dando vueltas por el pueblo.

—Este amarillo es el bollo de *kumquat*, el más oscuro es el bollo de pulpo. Usamos la tinta para conseguir el color y está relleno de carne de pulpo.

Jebi cogió un bollo de *kumquat* y le dio un bocado.

—Mm, ¡qué rico! Es tan blando y dulce, no noto el sabor amargo de las semillas y la piel. —Levantó el pulgar en señal de aprobación.

—Solo usamos la pulpa para la mermelada. Y el color es por el

fruto de la gardenia —explicó el padre de Yoona.

Seokyeong dejó el bollo de pulpo después de darle un bocado.

—Sabe exactamente igual que el *takoyaki*[8]. No tiene nada de especial.

Jebi observó al padre de Yoona, que parecía afligido.

—Jajaja. —Soltó una risa incómoda—. ¿De verdad?

—Tal vez debería ser más plano y crujiente. O tener una forma más creativa. Estaría bien darle forma de pulpo.

—Ah. Debería hacerlo, ja, ja, ja.

—Bueno, ¿qué es esto? —interrumpió Jebi—. Parece un aperitivo.

—Galletitas de pulpo. Como las de gambas, pero nosotros usamos pulpo… —El padre de Yoona le lanzó a Seokyeong una mirada incómoda—. Está bien, podría decirse que es otro plagio, supongo.

Seokyeong, que había probado una, asintió.

—Sí, sabe igual que el *jagalchi*[9] de pulpo que se puede conseguir en cualquier parte.

—Pero el bollo de *kumquat* está riquísimo —añadió Jebi enseguida—. ¡Es una creación excelente!

La chica sonrió y levantó ambos pulgares esta vez. «Puede que me esté pasando».

—Gracias. —El padre de Yoona se tiró del lóbulo de la oreja tímidamente—. He oído que trabajas aquí. La madre de Yoona quiere que te diga que, si alguna vez te aburres, puedes pasarte por nuestra casa cuando quieras. Le encantaría verte de nuevo.

Jebi bajó un poco los hombros.

—Oh, claro…

—¡Deberías haber escuchado a mi mujer! No paraba de elogiarte. ¿Cómo se te dan tan bien los bebés?

—Estudió Educación Infantil y antes trabajaba en un estudio especializado en fotografía de recién nacidos —contestó Seokyeong por ella.

—No me extraña. —Esta vez fue el padre de Yoona el que levantó el pulgar en señal de aprobación.



Después de que se marchara, Jebi metió el resto de los bollos en la nevera. El padre de Yoona había sido generoso: después de recorrer todo el barrio, aún le quedaban dos cajas.

Jebi observó cómo Seokyeong comprobaba las cámaras que llevaban tiempo sin usarse. Siempre era amable con Yanghee, con Bell e incluso con ella. ¿Por qué había sido tan grosero con el padre de Yoona?

—Hace falta valor para recorrer todo el pueblo pidiendo opiniones sobre su comida. ¿Por qué te has portado así?

Seokyeong parecía confundido. Un segundo después, lo entendió y asintió.

—Porque Hajun *hyung*[10] es padre. Y ese es su sustento, su vida. —De repente Seokyeong enfocó a Jebi con la cámara y presionó el disparador.

—¿A qué te refieres? —Sorprendida, Jebi levantó tarde una mano para ocultar su rostro.

—Igual que estas cámaras tienen que funcionar bien para ganarnos la vida, el pan de Hajun debe ser excelente para que Yoona crezca bien y pueda hacer lo que quiera…, ¿no crees?

—Vale, lo pillo. Ahora borra la foto.

Seokyeong pestañeó.

—Pero es una cámara analógica.

La campanilla volvió a tintinear y ambos se giraron al mismo tiempo. En el jardín, las hortensias seguían floreciendo, pero no había nadie a la vista. Sin embargo, notaban un leve sonido, como si el suelo vibrara.

Seokyeong y Jebi intercambiaron miradas.

—¡Motoristas!

Seokyeong salió con la cámara en la mano. Jebi lo siguió.

Era un espectáculo impresionante. Una docena de motocicletas circulaban por la carretera de la costa y, en un abrir y cerrar de ojos,

el pelotón subió la cuesta y se detuvo en formación frente al jardín. Entre las motos, Jebi reconoció una Harley Davidson, otra BMW, una Benelli y la Suzuki Hayabusa.

Seokyeong acercó rápidamente el objetivo al ojo y pulsó el disparador.

—¿Un estudio fotográfico? —soltó una mujer bajita de unos cincuenta años mientras se quitaba las gafas plateadas y el casco.

—Sí. Pero lo hemos comprobado, ¿recuerdas? Venden bebidas. ¡Tienes memoria de pez! —replicó otra mujer de hombros anchos más o menos de la misma edad. Se quitó el casco y golpeó el caballete de su moto con sus robustas botas rojas.

La primera mujer soltó una risita avergonzada.

—Ah, sí, lo vimos en el mapa.

—Me muero de sed.

—Podría comer una vaca entera.

El grupo de mujeres de mediana edad aparcó sus motos y entró en el estudio fotográfico. Una que llevaba un jersey con un tigre bordado en la espalda y otra con una cazadora de cuero con tachuelas.

Justo después, una Honda Super Cub amarilla subió la colina a toda velocidad. Una mujer con un simple cortavientos y unas zapatillas de montaña baratas aparcó la moto en la parte trasera, se quitó el casco y siguió a las demás al interior.

Tras recuperarse del estupor inicial, Seokyeong y Jebi se apresuraron a seguirlas. Un par de ellas se apoyaron despreocupadamente en el mostrador, mientras el resto se agolpaba en torno a la nevera de las bebidas.

Jebi había metido unos cuantos vasos en el congelador, pero no esperaba tanta gente. Por suerte, había hielo suficiente para enfriar las bebidas.

—El zumo de mandarina tiene buena pinta. Hyeyeon-ah, ¿puedo pedir uno? —Esa mujer, y las demás, hablaban en un dialecto que Jebi no reconoció. Desde luego no eran locales.

En ese momento, todo el mundo se volvió ansiosamente a mirar

a Hyeyeon.

—Claro, claro. Pero ten en cuenta que eso significa que solo podemos permitirnos cabeza de pez sable para cenar.

—¿Qué? ¡Es solo una bebida!

—Bueno, si estamos tan cortas de fondos, al menos podrías sugerir un pescado más barato, caballa o algo así. Cabeza de pez sable suena patético —espetó otra.

—Vale, vale, parad, chicas. —La dueña de la Harley Davidson se sentó y se quitó las gafas de sol. Ella era la que encabezaba el grupo y, por el tono de voz, parecía la líder—. Como esta parada ha sido inesperada, hagamos *ppumppai*. Solventaremos el problema si dividimos la cuenta, ¿no?

—¿Cuántas veces tengo que decir que *ppumppai* viene del japonés? Usa la palabra coreana, *noneumaegi* —protestó la mujer que estaba junto a la líder y tenía un aire sofisticado.

—Está bien. Kim Yoonja es profesora de literatura coreana por algo. Escuchadla todas. Coged lo que queráis, pero hagamos *noneumaegi* y dividamos la cuenta.

Hubo una oleada de pedidos de zumos de mandarina, de zanahoria y café de Jeju con hielo.

Jebi miró el reloj. Eran las tres de la tarde. Sin pensarlo demasiado, empezó a calentar los bollos de *kumquat* y de pulpo del padre de Yoona. Mientras el delicioso aroma flotaba en el aire, las señoras pidieron algunos bollos para ellas y comieron hasta la última miga en cuestión de minutos.

Una vez recuperadas, las *mujeres se* entretuvieron explorando el estudio fotográfico. Una posó para unas fotos con las palmeras y hortensias del exterior, mientras otras dos acariciaban a Bell. Sin embargo, la mayoría se quedó dentro de la cafetería mirando las fotos. Las más populares parecían ser las de Bell y Soondeok, así como la foto de las *haenyeo* del último festival *mulkkureok*.

—*Sajangnim*, ¿quiénes son estas personas? —preguntó la líder.

—*Haenyeo*. Viven en el pueblo.

—Creía que las *haenyeo* usan trajes de neopreno.

—Sí. Las he visto en la tele —añadieron las demás motoristas.

—Cierto —dijo Seokyeong—. Eso es lo que llevan para bucear. Pero durante el festival *mulkkureok*, —el festival del pulpo gigante, el pueblo prepara una ceremonia especial para devolver al mar los pulpos que han llegado a tierra. Para la ceremonia, las *haenyeo* se visten con trajes tradicionales blancos de algodón. Como los de esa foto.

—Ya veo.

—Qué elegantes.

—En efecto.

Hubo un par de asentimientos y el grupo se quedó en silencio, de modo que solo se oía el suave chapoteo de las olas.

«Quizá quieran hacerse fotos».

Jebi miró a Seokyeong con los ojos muy abiertos. Él se mordió el labio nervioso.

—¿Podríamos hacernos algunas fotos? —preguntó la líder.

«¡Sí!». Jebi tuvo que contenerse con todas sus fuerzas para no levantar el puño. Seokyeong no dijo nada.

—Ayer nos sacamos muchas, ¿no te parece? Ayer y esta mañana. ¿O eso no son fotos? —protestó la mujer que se llamaba Hyeyeon.

«Parece la que administra el dinero del viaje».

—Claro que sí. Pero no montadas en las motos —señaló la líder. Hubo murmullos de acuerdo—. Llevamos años haciendo un viaje en moto cada reunión de instituto, pero no tenemos ni una sola foto montadas.

—Hace años, alguien intentó hacer una foto desde su moto y casi se cae en la cuneta. ¿Fue Miran?

—Ay, sí. Recuerdo que mi marido se burlaba de nosotras diciendo que no íbamos montadas en moto, sino que nos arrastraban.

—Esa es otra palabra japonesa, *yaji*. En coreano «burlarse» es *nollida* —corrigió Yoonja. Aunque, como estaban tan emocionadas, nadie le prestó atención.

Hyeyeon apretó los labios.

—Vale, también dividiremos la cuenta.

—Bien. Oye, señor fotógrafo, ¿puedes hacernos algunas fotos? —preguntó la líder.

—¡Por supuesto! —Jebi estaba encantada.

Pero la líder no se dirigía a ella. Con las piernas cruzadas tranquilamente, le dirigió una mirada penetrante a Seokyeong.

—Me refiero a si podrías sacarnos fotos mientras montamos en moto. O si prefieres hacer un recorrido con nosotras y fotografiarnos durante el trayecto.

Jebi tragó saliva.

Después de un minuto de silencio, Seokyeong respondió:

—Sí, claro.

—Con prudencia, jovencito. No quiero que nadie se haga daño. —Su tono era duro.

Jebi le lanzó una mirada de preocupación a Seokyeong.

—Venga, tiene una moto detrás de las palmeras. ¡Es de los nuestros! —soltó alguien. Detrás de ella, Jebi se fijó en la mujer con las deportivas de senderismo corrientes. Sujetaba una pequeña lata de cola y observaba el mar.

—Ah, ¿sí? —La líder parecía satisfecha—. Bien, entonces debería saber qué sabores buscamos para nuestras fotos. —Sonrió.

—¿«Sabores»? —preguntó Jebi.

La líder se echó el pelo corto hacia atrás.

—El sabor del viento. El dulzor de la velocidad.

Mientras el grupo iba a dar un paseo colina abajo, hacia la playa, Seokyeong se preparó rápidamente.

A Jebi se le aceleró el corazón. En su anterior trabajo, nunca había participado en una sesión al aire libre, y mucho menos en una carrera con un grupo de motoristas.

—*Sajangnim*, ¿estás seguro de esto? —Miró con preocupación cómo Seokyeong metía una batería de repuesto y un fotómetro en su bolsa.

—¿Hm? —contestó Seokyeong mientras ponía una lente gran angular en la cámara—. Por cierto, ¿sabes montar en moto, Jebi-ya?

Jebi, que estaba guardando un cardán y un trípode, frunció el

ceño.

—Por supuesto que no. ¿Te acuerdas de cómo grité todo el camino la primera vez que me llevaste en moto?

—Ah, es verdad. ¿Y tienes carné de conducir? —Seokyeong la miró con entusiasmo.

Jebi bajó la vista.

—Sí, tengo…, pero llevo sin conducir…

—¡Estupendo! —Antes de que Jebi pudiera terminar, Seokyeong ya había salido.



Más tarde, Seokyeong regresó en una camioneta negra que aparcó junto a la cafetería.

—Jebi-ya, tú conduces. Yo me sentaré atrás y haré fotos —dijo mientras le daba la llave a Jebi.

A ella se le cayó la mandíbula al suelo.

—*Sajangnim*, estaremos incumpliendo todas las leyes de tráfico…

Seokyeong se llevó el dedo índice a los labios.

—¿Quién me dijo que tenía que ganar el dinero suficiente para pagar tu sueldo? —Seokyeong echó un vistazo a las motoristas, que subían lentamente la colina, y desapareció en la primera planta.

Se cambió enseguida la camisa blanca abotonada por una camiseta negra de cuello redondo, con la imagen de un hombre de aspecto europeo que miraba a lo lejos a través de una cámara Leica.

Al llegar a la entrada, se detuvo y cerró los ojos. Durante unos segundos, pasó una mano por encima de la camiseta y permaneció en silencio.

—¿Qué haces? —susurró Jebi con urgencia.

—Estoy rezando al gran Stephen Gertz.

—¿Está muerto?

Seokyeong abrió los ojos de repente.

—¿Qué? Claro que no, está en África mostrando los horrores de

la guerra civil. Hoy voy a seguir su ejemplo. Es famoso por acercarse en moto a un campamento guerrillero y conseguir una foto icónica de los líderes en plena discusión. Pulsó el disparador en el momento justo cuando tuvo un ángulo claro entre los hombros de los guardias centinelas.

—Oh, vaya, llegar hasta esos extremos…



Al presentir los riesgos que corría, Jebi se preguntó si debía intentar detener a su jefe, pero en un instante se vio en el asiento del conductor de la camioneta con el cinturón puesto. Por suerte, el vehículo era automático.

Seokyeong confirmó la ruta con el grupo antes de subir a la plataforma de carga. Al sentir la ligera inclinación de la camioneta mientras lo hacía, Jebi recordó la gran responsabilidad que recaía sobre sus hombros, como si la vida de su jefe estuviera en sus manos.

Arrancó el motor y bajó la colina. Detrás la seguían las motos. A la cabeza iba la Harley-Davidson, seguida de la BMW, la Benelli, la Suzuki y el resto.

Mientras intentaba a duras penas mantener el equilibrio en la parte trasera, Seokyeong se puso a trabajar. Jebi agarraba el volante con manos temblorosas: hacía mucho tiempo que no conducía. Eran poco más de las cuatro y el sol aún brillaba con fuerza mientras se desplazaba gradualmente hacia el oeste.

Pensando en la seguridad de Seokyeong, Jebi condujo despacio por la carretera estrecha y sinuosa. Pero, de pronto, las motoristas hicieron sonar sus cláxones. Jebi miró por el retrovisor lateral; la líder le hacía gestos para que acelerara. Jebi se estremeció al verla conducir con una sola mano, pero obedeció y pisó el acelerador.

Soplaba un viento fuerte de mar que ondeaba las chaquetas de las motoristas. Cuando la líder giró en una curva cerrada, las olas

chocaron con el rompeolas y le salpicaron gotas de agua. Seokyeong pulsó rápidamente el disparador. Sorprendida, la líder se inclinó aún más en la curva, igual que todas las demás que venían detrás. Jebi miró por el retrovisor lateral con el corazón en un puño. Por suerte, nadie derrapó.

Jebi pasó por delante de las turbinas eólicas que bordean la costa. Sabía que Seokyeong planeaba enfocar las tomas para que las turbinas aparecieran al fondo. Hizo fotos mientras las *haenyeo* se acercaban a la orilla en la distancia.

El grupo se detuvo en el arcén y se reunió alrededor de Seokyeong para ver las fotos. La líder, que se había quitado las gafas de sol, parecía satisfecha. Pero el resto de las motoristas no.

—¿Eso es todo? —Sentada en su BMW R nineT, Hyeyeon se daba golpecitos en los muslos con impaciencia.

—Opino igual. No son muy *gaegal*. ¡No voy a pagar por esto! —gruñó Yoonja, que se volvió a sentar sobre el cuero suave de su Benelli Leoncino y se quitó el casco.

—¿A qué te refieres? —preguntó la líder.

—Bueno, por favor, prácticamente todas las fotos son tuyas, Jeongsoon. Parecemos hormigas detrás de ti —se quejó Yoonja.

Decidieron rotar para ir delante.



Pasaron dos horas volando y el sol era una bola de fuego mientras se inclinaba hacia el horizonte.

Durante la segunda parada de descanso para comprobar las fotos, todo el mundo parecía contento con sus fotos individuales. Pero no con las de grupo.

—No es que sean malas…

—Claro que no son malas.

Seokyeong observó a las mujeres.

—Dadme vuestra opinión sin problema. ¿Qué puedo mejorar?

—Vale, jovencito. No nos malinterpretes… —La líder empezó a hablar mientras ponía una mano en el hombro a Seokyeong—. Nos gustan las fotos. Pero no consiguen… satisfacernos del todo.

Las motoristas murmuraron que estaban de acuerdo.

—Así que lo que buscáis es…

La líder lo miró fijamente a la cara.

—Jovencito, ¿qué te parecería ir de pasajero conmigo?

Hubo una pausa expectante. Solo se oían las olas rompiendo en las rocas cercanas.

—Me refiero a que el problema es el ángulo, el enfoque. —La líder levantó el dedo índice y apuntó a los ojos de Seokyeong y a los suyos—. Como siempre haces las fotos de frente, no consiguen ser *gaegal*. Tienes que estar entre nosotras…

Frustrada, Jebi intervino.

—Espera. No paráis de decir *gaegal* esto y *gaegal* aquello, pero ¿qué significa?

—Básicamente, que no has dado en el clavo, jovencita —explicó Yoonja y enseguida se tapó la boca con la mano, horrorizada.

—¡Ajá! ¡Te pillé! Acabas de hablar en coreano estándar.

Ante la exclamación de Jeongsoon, las señoras estallaron en carcajadas, dando palmadas y golpeando el brazo a la de al lado.

Yoonja resopló y pataleó, maldiciéndose por haber olvidado hablar en su dialecto.

—Nos debes una comida, ¡ja! Pero luego lo acordamos. —Cuando la líder se volvió hacia Seokyeong, había sustituido las carcajadas por una expresión seria—. ¿Qué dices? ¿Puedes hacerlo o no?

—Venga, es demasiado peligroso —dijo una de las motoristas, que parecía preocupada.

—Sí, es arriesgado. No pongas en peligro al preciado hijo de alguien. —A Hyeyeon tampoco le agradaba la idea.

Las demás motoristas asintieron.

—¡Era una sugerencia! Por supuesto que no quiero que nadie arriesgue su vida. —La líder estaba a punto de levantar la mano de su hombro cuando Seokyeong le agarró la muñeca.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—*Sajangnim…*, ¿y si te haces daño? —murmuró Jebi con urgencia.

—Perdona.

Jebi se dio la vuelta. Era la mujer que llegó la última en la Honda Super Cub. Jebi se fijó que no se puso la primera para la foto cuando le tocó el turno.

—Jefa, si te parece bien, puede montarse conmigo. Mi sillín es mucho más grande que el tuyo.

Seokyeong y Jebi echaron un vistazo a la Honda. El sillín tenía bastantes arañazos, como si hubiese tenido algo pegado encima y luego se lo hubieran quitado.

Las demás motoristas asintieron.

—Buena idea. Hay más espacio.

—De acuerdo, jovencito. Si de verdad te parece bien hacerlo…

Pero la líder parecía dudar.

—¿En serio? Las carreteras tienen muchas curvas y se necesita velocidad…

—Llevo más de veinte años haciendo repartos en un barrio con cuestas —dijo la dueña de la Honda con amabilidad.

Los ojos de las motoristas iban de una a la otra.

—Sí, Jungmi sabe montar bien.

—Tampoco ha tenido la oportunidad de ir delante.

—Deja que encabece el grupo.

—Sí, que lo haga.

En medio de todos estos murmullos, Seokyeong levantó la mano.

—Pero… Esto significa que ella tampoco saldrá en las fotos de grupo, porque estará detrás de la cámara.

Todas se miraron.

—No me importa. —La dueña de la Honda sonrió mientras se ponía el casco—. Mis ojos son mi cámara. Las fotos se quedarán grabadas en mi mente.



Seokyeong subió tranquilamente —de espaldas— al asiento del pasajero de la moto de reparto para comprobar si el asidero estaba firme. Satisfecho, bajó y se acercó a coger la bolsa de la cámara de la parte trasera de la camioneta. La trasladó al asiento delantero del pasajero y sacó de uno de los bolsillos una camarita del tamaño de una galleta.

Mientras él volvía a subirse a la Honda, sentado de espaldas a Jungmi, el resto de las mujeres se montaban con tranquilidad en sus motos.

—No creo que vaya a funcionar. —Yoonja miró con recelo a Seokyeong.

—Es demasiado peligroso. No merece la pena hacer esto por unas cuantas fotos. —Hyeyeon se mostró de acuerdo.

Seokyeong sonrió.

—No pasa nada. Gritaré si me caigo.

—Iré despacio. Como si llevara un bebé. —Jungmi le sonrió por encima del hombro.

—Confío en ti. —Seokyeong asintió con firmeza.



—¡Todas a las motos! ¡No hagamos perder el tiempo a *sajangnim*! —gritó la líder mientras se ponía las gafas de sol y se montaba en su Harley-Davidson.

Las demás todavía parecían dudar.

Jebi se acercó a Seokyeong y no dijo nada mientras lo ayudaba a abrocharse la cinta del casco.

La Honda Super Cub amarilla arrancó primero, seguida de la Harley-Davidson, la BMW, la Benelli y el resto del grupo.

Seokyeong ya había empezado a hacer fotos. Jebi volvió a la camioneta y los siguió.

Más tarde, tuvo que pisar el acelerador cuando las motoristas aumentaron la velocidad. «Parece que han encontrado el ritmo». Algunas *motos* iban por delante de Jungmi y otras por detrás. Alguien lanzó un silbido.

Mientras el sol se ponía en el mar, Jebi vio que Seokyeong había cerrado un ojo y usaba el otro para encontrar los mejores encuadres. Estaba tan centrado en la sesión que iba tambaleándose un poco a la izquierda y luego a la derecha.

—¡Qué locura arriesgar la vida por personas que acaba de conocer! —Jebi tocó el claxon con las manos sudorosas.



—Porque podría ser su última vez.

Jebi frunció el ceño con la respuesta de Seokyeong cuando le preguntó por qué había accedido a hacer algo tan peligroso.

—Pero andan por los cincuenta. ¿A qué te refieres con «última vez»? —Jebi estaba enfadada. Y confusa.

—Es una frase de Stephen Gertz —respondió Seokyeong, mientras dejaba la bolsa de la cámara en el mostrador. Imitó el tono grave de su voz—. «Esta evacuación, esta sesión, esta vigilancia… es la última». A veces te das cuenta de repente, llámalo instinto. Así que, cojo mi cámara y sigo. Por desgracia, mi instinto casi nunca falla.

Seokyeong se aclaró la garganta. Volvía a ser él. Pidió por teléfono surtido de marisco. Como la temporada de pesca del pulpo había terminado la semana anterior, a principios de *agosto*, pidió algunos congelados.

Las motoristas pensaban cenar pez sable a la parrilla en el restaurante donde habían reservado. Después, volverían al estudio fotográfico para celebrar la fiesta y ver las fotos.

Y todo gracias a Jebi.

Justo después de la sesión, cuando las motoristas empezaron a quejarse de que tenían hambre y sed, dijo:

—Organizamos fiestas para ver las fotos en el estudio, y servimos abulón fresco, pulpo…, y bebidas, por supuesto. ¿Os interesaría?

Todas estaban hambrientas y, a pesar de saber que iban a comer sable a la parrilla, no pudieron resistirse al atractivo del festín de marisco que Jebi describía.

—Por supuesto, si no os interesa, podemos enviaros las fotos por correo electrónico o postal. Aunque os perderíais la oportunidad de disfrutar viéndolas juntas la primera vez. Haremos una presentación con nuestro proyector de la mejor calidad y…

—¡Suena genial! Volveremos al hotel para refrescarnos, comer, y luego regresaremos para la fiesta. —La líder se volvió hacia el resto del grupo.

Todas asintieron.



Mientras Seokyeong elegía las mejores fotografías y las imprimía, Jebi fue en coche a recoger el marisco.

—Por cierto, ¿dónde has conseguido esta camioneta? Va bastante suave —comentó Jebi a la vuelta, mientras colocaba las bandejas de marisco en la cocina.

—Me la ha prestado el alcalde. —Después de darle a la impresora, Seokyeong se puso un delantal.

—Vaya, me encanta el espíritu comunitario de aquí. ¿Te prestó la camioneta sin más?

—No sin más. Le prometí una sesión, quiere fotos de sus perros de Jeju para enviarlas a la asociación —dijo Seokyeong lavándose las manos.

Jebi cogió los marcos de la pared, quitó las fotos y las reemplazó por las que se acababan de imprimir. Entretanto, Seokyeong se

ocupaba de preparar la comida, a veces levantaba la vista para decidir dónde iba cada foto.

Después de volver a colgar los marcos, Jebi dio un paso atrás para observar la galería. Qué espectáculo tan impresionante: motoristas a toda velocidad por la costa al atardecer. El chapoteo de las olas aguamarina que amenazaban con romper la formación del pelotón, las turbinas eólicas que parecían alimentar su velocidad, las *haenyeo* emergiendo del mar y caminando hacia la orilla… Cada foto contenía una narrativa cautivadora. En las fotos individuales, los logotipos de las motos aparecían nítidamente enfocados, como si resaltaran sus características individuales.

Mientras Seokyeong cocía el pulpo y los caracoles marinos al vapor, y preparaba el abulón en crudo, cortado en tiras finas, sonó un bocinazo colina abajo. Rápidamente se lavó las manos, apagó las luces principales con el mando a distancia y encendió las de la galería, que proyectaban un cálido resplandor sobre los marcos. Jebi, siguiendo sus instrucciones, puso música. El sonido de un animado octeto *de jazz* se filtró por los altavoces.

Los anfitriones empujaron la puerta y salieron. Bell los siguió moviendo la cola.

Dos taxis monovolumen estaban parados en la base de la colina. Ataviadas con elegantes vestidos y zapatos de noche, las señoras charlaban alegremente mientras subían la colina. Tal vez ya habían bebido durante la cena, parecía que se tambaleaban un poco al caminar.

—*Sajangnim…*, ¿estás seguro de que las clientas pedirán toda la comida que hemos preparado? Hemos trabajado muy duro para conseguir el dinero con la sesión… ¿Y si ahora lo perdemos?

—Antes trabajé en la cocina de un restaurante —dijo Seokyeong mientras se frotaba las manos.

—¿Tú? ¿En un restaurante?

—Sí. Quería abrir mi propio negocio y supuse que esa habilidad me sería útil. Bueno. Solo los adictos al alcohol rechazarían comida con la bebida. Jebi, mira a esas señoras. ¿No te da la impresión de

que les gusta comer? Vamos a gastar todos los platos que hemos preparado, espera y verás. De hecho, puede que no hayamos pedido suficiente pescado.

—Pero recuerda que acaban de cenar.

—Bueno, ya veremos. De todas formas, Jebi, ¿te ocuparás de las fotos de la fiesta? Yo tengo que estar en la cocina. Puedes ayudarme a servir y, mientras tanto, hacer algunas fotos. —Seokyeong le dio una palmada en el hombro.

—¿Yo? Pero se molestarán cuando vean que han salido mal.

Seokyeong sonrió.

—No lo creo. He visto tu trabajo, ¿recuerdas? Y es otra cosa gratis que ofrecemos. Seguro que se pondrán eufóricas. Puedes hacerlo. —Sacó la cámara pequeña del bolsillo y se la dio a Jebi. Era la misma que había usado en la sesión de la tarde. Jebi miró el modelo, una Sony RX0.

«Ay Dios mío. ¿Me acaba de dar una cámara? ¿Una cámara de verdad?».

Jebi no podía creerlo. Su jefe le entregaba el equipo de un fotógrafo profesional, algo con lo que no se habría atrevido ni a soñar en su trabajo anterior. Una vez, cuando no pudo contener su curiosidad y tocó una cámara, el fotógrafo la regañó como si hubiera cometido un delito grave y le gritó «¿Sabes lo caro que es eso?» delante de todos los presentes. Jebi recordaba que se le habían saltado las lágrimas.

—¡Venga, vamos!

Seokyeong se adelantó para saludar a las invitadas, Jebi lo siguió. En sus manos, la cámara era cálida y ligera, como un pollito recién nacido.



Las motoristas se animaron al ver las fotos colgadas en la pared, algunas aplaudieron y otras gritaron de emoción. También se dieron

empujones porque estaban muy ansiosas por hacerse selfis con los marcos de fondo.

Seokyeong y Jebi andaban muy ocupados sirviendo el marisco. Había abulón con compota de mandarina de guarnición, pulpo sancochado con lonchas de alga a la brasa y rábano picante y, en un cuenco de latón, una montaña de caracoles marinos hervidos. Junto a los platos había botellas de *takju*, un vino de arroz elaborado con agua del manantial volcánico de la isla.

—*Sajangnim*, pensaba que solo se te daban bien las cámaras. Pero también eres un hacha con la cocina —dijo Jeongsoon llevándose dos trozos de abulón a la boca. Mientras saboreaba el caracol crudo, crujiente y muy fresco, dejó escapar un suspiro por la nariz y sacudió la cabeza en señal de felicidad. Cogió la botella de *takju* y le hizo un gesto a Yoonja—. ¡Toma, ábrela!

—Venga, ¿crees que tiene ganas? —dijo Hyeyeon quitándole la botella; la abrió y le sirvió a Jeongsoon.

Hyeyeon lanzó una mirada a Yoonja, que intentaba sin éxito mantener la sonrisa. Resultaba evidente que tener que pagar por equivocarse y hablar en coreano estándar era duro para ella.

El grupo se rio en broma.

—Eh, tenemos que agradecer a Yoonja la invitación. —Jeongsoon se desternillaba.

Yoonja resopló.

—*Sajangnim*, ¿puedes apagar la música? Apenas se oyen las olas —gritó irritada. Luego cogió una brocheta de bambú, la clavó en un caracol marino y sacó la carne. Mientras masticaba, su ceño fruncido desapareció.

—¿Quieres un poco? —Jeongsoon cogió la botella de licor.

Yoonja lo rechazó montando un drama y al final tomó una copa.

—¡Ah! —suspiró de satisfacción tras el primer sorbo.

Al verlo, todas se echaron a reír de nuevo.

Mientras las señoras se divertían, Jebi y Seokyeong entraban y salían intercambiando platos sucios por limpios y haciendo todo lo posible para asegurarse de que ninguna mujer quedaba sin atender.

Además, Jebi hacía fotos de la fiesta, así que tardó un poco en darse cuenta de que alguien los ayudaba.

—No, por favor, nosotros nos encargamos de eso. —Jebi le quitó con rapidez los platos de las manos a Jungmi.

—No te preocupes. Soy incapaz de estarme quieta cuando hay cosas que hacer —dijo Jungmi.

Mientras hacían las fotos de la fiesta y servían la comida, Seokyeong y Jebi charlaron con Jungmi y esta les contó cosas de su vida: primero, que habían aceptado ese año a su hijo en una de las mejores universidades del país, y segundo, que había pasado media vida trabajando como costurera en una fábrica de vaqueros y camisas. Su marido era sastre.

—Entonces, nos iba bastante bien. Eran buenos tiempos, mi marido y yo dejamos la fábrica y nos establecimos por nuestra cuenta. Pero un día lo perdimos todo. Los niños aún eran pequeños, nos embargaron todo lo que teníamos, el estrés pudo con mi marido… Mi mundo se desmoronó —relataba Jungmi mientras limpiaba el cuenco de latón con las conchas vacías—. Esas chicas me ayudaron… con la deuda, los gastos escolares de mis hijos…, con todo.

Seokyeong y Jebi observaron en silencio cómo Jungmi se secaba las comisuras de los ojos con la manga. Luego, sacó varios pañuelos de una caja que había en el mostrador, se sonó la nariz y sonrió.

—Fuimos al mismo instituto femenino. Durante años, estuvimos ocupadas con nuestras vidas, trabajando, casándonos… Hasta hace diez años, cuando organizaron esta reunión anual y compraron motocicletas. Escuché algo al respecto, aunque nunca pensé en unirme. Pero seguían invitándome así que…, vine para pagar mi deuda.

—¿Tu deuda?

—Sí. Me dijeron que los cuatro días que paso con ellas solo tengo que sonreír. Así pagaría lo que debía.

Seokyeong estaba troceando el pulpo sancochado con mano experta. Se detuvo y levantó la vista. Ahora entendía por qué

Jungmi quiso ayudar con la sesión, aunque eso significara que no aparecería en las fotos.

—Así que por eso sonríes tanto, por tus amigas —dijo Jebi mirando el rostro de Jungmi en la pantalla de la cámara.

Jungmi asintió.

—Sí, pero no solo por eso, también por mis muelas del juicio de la suerte.

Seokyeong la miró con curiosidad. Jebi, que había vuelto a la cocina después de servir el pulpo troceado, también observó a Jungmi.

—Todas mis muelas del juicio salieron perfectas —continuó Jungmi—. El dentista dijo que nunca había visto a nadie con tanta suerte.

Casi a la vez, Seokyeong y Jebi se pasaron la lengua por sus molares. Se miraron a los ojos y rieron.

—Yo tuve que quitarme dos, las otras no me han salido.

—A mí me quitaron las cuatro. Estaban retenidas.

A Jebi le dio un escalofrío.

Jungmi asintió.

—Ya os digo. No es usual que las muelas del juicio salgan perfectas, y menos las cuatro. El dentista me dijo que las muelas del juicio ayudan a los molares, para que no se gasten con tanta facilidad. Eso significa que cuando la gente mastica carne de costilla con dos molares, yo tengo tres. —Se acercó—. Cuando la fábrica cerró, mi marido se derrumbó y mis hijos tuvieron que dejar la academia…, solía pasar la lengua por las muelas del juicio y decirme «No tengas miedo. Eres una persona afortunada».

Seokyeong se lavó las manos con jabón y se las secó con papel. Se volvió a Jungmi.

—Si no te importa, me encantaría hacerte una foto. Gratis.

—¿Una foto? ¿De qué? —Jungmi abrió los ojos con sorpresa.

Seokyeong sonrió.

—De tus amuletos de la suerte.



Seokyeong dejó a Jebi vigilando la ruidosa reunión en la galería y llevó a Jungmi escaleras arriba. En una de las salas había un decorado sencillo, solo con una silla en el centro.

Mientras Seokyeong preparaba el telón de fondo y las luces, Jungmi se limpiaba los dientes con un cepillo de viaje que siempre llevaba encima.

—Puede que te canses un poco de estar quieta para la fotografía —dijo Seokyeong mientras colgaba un fondo negro detrás de la silla.

—No puede ser tan duro. Seguro que he pasado por cosas peores —contestó Jungmi.

Seokyeong la miró sorprendido. Era la primera vez que la escuchaba hablar en coreano estándar.

Jungmi sonrió. Echó un vistazo a la escalera para comprobar que nadie los escuchaba y explicó:

—Prometimos que cuando nos viéramos, usaríamos el dialecto de nuestro pueblo. Hoy en día, todas vivimos en partes diferentes del país. Cada año pasamos trescientos sesenta y dos días como madre, hija, jefa o empleada de alguien. Salvo a mí, a todas las de nuestra clase les fue bien. Yoonja es profesora universitaria; Hyeyeon, dueña de la tienda más grande de su barrio; y nuestra líder, Jeongsoon, fue una estrella del ciclismo, incluso llegó a participar en las Olimpiadas. Nunca ganó una medalla, pero más tarde se interesó por las motos y ahora tiene una tienda de motos. Este encuentro anual también es idea suya. Gracias a ella, cada año podemos pasar tres días comportándonos de nuevo como adolescentes. Prometimos que estos días serían como cuando éramos jóvenes, así que seguimos hablando el dialecto de nuestro pueblo como entonces. —Jungmi volvió a fijarse en las escaleras con cautela—. Y si nos pillan hablando de otra forma —encogió la nariz y le brillaron los ojos—, tenemos que pagar una multa. Y es cara.

—¿Cuánto?

—Bueno, tenemos que pagar lo de todas. Por eso la fiesta de esta noche la paga Yoonja.

Seokyeong soltó una risita. Como en respuesta, se escucharon risas desde abajo mientras él miraba por el visor y ajustaba la abertura.

—Vale, estoy listo.

—Dios, no puedo hacerlo. —Jungmi bajó la cabeza con las mejillas sonrosadas.

—Dale con la lengua a esos amuletos de la suerte. Pregúntales si están listos.

Jungmi soltó una carcajada.

—Primero haré una foto de los dientes de abajo, luego de los de arriba y las combinaré en el proceso de edición. Di «ah», como si estuvieras en el dentista. ¿Preparada?

Con los ojos cerrados, Jungmi abrió la boca en silencio.

A través del visor, Seokyeong tenía una visión clara de los dientes. En efecto, una dentadura perfecta. Ni señal de caries a la vista, la lengua de un buen color rosado. Seokyeong comprendió por qué el dentista la había felicitado. Era difícil creer que aquella dentadura perteneciera a una mujer de unos cincuenta años; solo algunos empastes de oro brillaban como estrellas.

Seokyeong hizo todo lo que pudo para captar la toma perfecta, pero a medida que pasaban los segundos, Jungmi empezó a quejarse, empezaba a dolerle la mandíbula. Seokyeong también sentía cómo le sudaban las palmas de las manos mientras sujetaba la cámara en ángulos extraños.

—Lo siento. Por favor, un momento más, ya casi está —murmuró.

Cuando por fin consiguió la foto que quería, ambos estaban exhaustos.

Jungmi se masajeó la mandíbula, tenía los labios pálidos resecos.

—Ay, Dios, qué vergüenza. No creo que pueda ver las *fotos* —dijo mientras le subía un rubor por las mejillas.

—Quedarán preciosas, estoy seguro. Las imprimiré para exponerlas junto a las de las motos.

—Oh, ¡no, no! —Jungmi se levantó de un salto, movió las manos en señal de protesta y se le puso el rostro aún más colorado.

Seokyeong sonrió con picardía mientras revisaba las fotos que había hecho.

—Qué muelas del juicio tan bonitas y fuertes. Todo el mundo se quedará asombrado. Créeme.

—¿Te parece? Aunque no lo sabré. No creo que tenga la oportunidad de volver a esta isla —suspiró Jungmi.

—Seguro que sí. Son muelas del juicio de la suerte, ¿no? —Seokyeong volvió a sonreír.

Justo entonces, Jebi subió las escaleras.

—¿Habéis terminado? Estamos listas para ver las fotos.

—Sí.

—Vaya, ¿vas a enseñar las fotos de esta tarde? —preguntó Jungmi. Y antes de que cualquiera pudiera responder, bajó las escaleras con Seokyeong y Jebi detrás.

—Jungmi, ¿dónde has estado?

Jeongsoon, la líder, le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Jungmi sonrió como respuesta y se sentó con las demás.

Las mesas y sillas se habían reorganizado para formar una fila frente a una pantalla colocada en el otro extremo de la sala. Jebi se sentó con las demás mujeres para ver las fotos.

Todas estaban encantadas, se daban codazos y reían alegremente.

Cuando vieron la última foto, las motoristas soltaron un grito ahogado sorprendidas.

—Espera, ¿esa no es Jungmi?

—¡Sí! ¡Al final se ha hecho una foto individual!

Era una foto de Jungmi quitándose el casco, de perfil y con el sol poniéndose como telón de fondo. Al estar sudando, los rizos se le pegaban a la frente. Había algo etéreo en la foto. Su tenacidad se reflejaba en la forma en que levantaba ligeramente la barbilla hacia la puesta de sol, con las pestañas caídas. Era una foto preciosa e impactante.

Seokyeong, sorprendido, miró a Jebi.

Ella se encogió de hombros un poco avergonzada.

—Pensé que estaría bien que todas tuvierais una foto individual. La hice con mi móvil cuando paramos junto a la carretera.

—¡Qué fotogénica es nuestra Jungmi! ¡Maravilloso! Venga, vamos a cantar la canción favorita de Jungmi. —Jeongsoon se levantó y cogió los palillos a modo de micrófono para empezar a cantar con ganas.

La letra, que hablaba sobre el sol saliendo después de una tormenta, hizo que las mujeres no pararan de sonreír y se abrazaran unas a otras. Todo el mundo se unió en el estribillo, el ritmo de las olas las acompañaba…



Seokyeong y Jebi acompañaron a las mujeres a donde las esperaban los taxis. El grupo seguía de buen humor mientras bajaba la colina. Seokyeong les prometió enviarles las fotos a sus diferentes direcciones.

Las motoristas bajaron las ventanillas y se despidieron con la mano, como si no quisieran irse. Entre todas, Seokyeong vio que Jungmi no dejaba de sonreír.

Los taxis partieron, pero, un segundo después, se detuvieron en seco. Sorprendidos, Seokyeong y Jebi se giraron.

Jeongsoon salió del monovolumen y fue hacia Seokyeong.

—¿Has olvidado algo? —preguntó el fotógrafo.

—Toma. De mi parte. Un plus de peligrosidad —dijo entregándole un sobre doblado. Él la observó volver rápidamente al taxi antes de abrir despacio el sobre.

Estaba lleno de billetes de cincuenta mil wones.

A Jebi se le cayó la mandíbula al suelo. Seokyeong se volvió hacia el taxi e hizo una reverencia profunda, de noventa grados.



De vuelta en el estudio, observaron el desastre que había en la cafetería y suspiraron. Un suspiro de felicidad.

Jebi se puso las manos en las caderas.

—*Sajangnim*, sigamos con esto. —Habló con un tono firme y resuelto.

—¿Esto?

—Sí. Que sea nuestro nicho.

—¿Que sea qué nuestro nicho?

—¡Fotografía de vacaciones! —Sin pedir permiso, Jebi cogió el portátil de Seokyeong, abrió Photoshop y empezó a editar los servicios.



Capítulo 6
La sesión de una boda

Jebi se despertó al oír un ruido fuerte en el jardín delantero. Al levantar la cortina, vio que estaba amaneciendo.

La abuela de Mokpo, vestida con unos pantalones de trabajo anchos y una camisa a cuadros, arrastraba un gran cubo por el suelo. Parecía que quería regar el huerto antes de que hiciera más calor.

Jebi suspiró y se tapó la cabeza con la colcha. El día anterior se quedó hasta tarde limpiando el estudio fotográfico antes de subir las fotos del paseo en moto y la fiesta a las redes sociales, con el permiso de las dueñas, por supuesto. En cuanto llegó a casa, se metió en la cama y se durmió.

Jebi cogió el teléfono. Tenía seis mensajes sin leer de cerca de medianoche. Todos eran de Bora.

Eonnie, me ha dejado, lol

Eonnie, me dijiste que no era bueno para mí y debería haberte escuchado, jajaja

¿Cómo voy a aparecer
ahora en el trabajo?

Supongo que por eso la gente no sale
con sus compañeros :(

Mierda, la he jodido, jajaja
Eonnie, ¿estás durmiendo?

Jebi suspiró tras leer el montón de mensajes. No necesitó preguntar para adivinar qué había pasado para que rompieran. Empezó a escribir una respuesta.

¡Te lo dije!

Detuvo el pulgar sobre el botón «Enviar». ¿Qué sentido tenía reprocharle cuando ya había pasado? Borró el mensaje y escribió uno nuevo.

Ay, no, estarás molesta

¿Qué importa él? Ve a trabajar
como si nada, jaja

El siguiente será mejor

Jebi envió un *sticker* adorable.
Sonó el teléfono.

Vaya, *eonnie*, jajaja

Pensaba que estarías enfadada, lol

El siguiente mensaje de Bora fue instantáneo.

De todas formas, hemos vuelto, lol

Acaba de venir a buscarme
y se ha disculpado, lol

Así que me he hecho la dura un poco y
después hemos vuelto, lol, por cierto,
espero que lo estés pasando bien en Jeju

«Qué absurdo». Jebi tiró el teléfono a un lado y se volvió a tapar con la colcha. Se sintió tonta por haberse preocupado por su amiga. «¿Por quién me toma?».

Jebi se incorporó de repente, cogió el teléfono y golpeó con furia la pantalla.

¿Acaso el amor es una broma?
¿Cómo puedes volver con él como si nada?

Pero, de nuevo, dudó sobre si enviar el mensaje al imaginar a Bora hecha polvo. Suspiró, cerró la aplicación y abrió su lista de contactos.

La lista apenas ocupaba una pantalla. La mayoría de los nombres eran de excompañeros o conocidos del trabajo. En ese momento, Jebi sintió profundamente el valor emocional de la existencia de Bora. No sabía muy bien si era amistad, solidaridad o simplemente familiaridad, pero fuera lo que fuese, Jebi no solía tener ese tipo de relaciones.

«¿Bora es una compañera de trabajo o una amiga?», se preguntó Jebi. Tal vez ambas cosas o ninguna. «Si dejo de esforzarme, esta conexión tan débil que tenemos se puede romper para siempre».

Jebi pensó en las motoristas de ayer, unas mujeres de mediana edad que recorrían la carretera de la costa. Fueron amigas en el instituto y treinta años después, seguían siendo un grupo muy unido.

«Dentro de treinta años, ¿tendré amigos así?».

Jebi recordó sus días de instituto. Unos cuantos rostros aparecieron en su mente. ¿Qué hacían ahora sus compañeros de clase? Jebi no tenía ni idea. Nunca se había puesto en contacto con ellos, ni ellos con ella. ¿Y la gente que había conocido en la universidad? Se dio la vuelta y enterró la cara en la almohada. No quería recordar nada de aquellos días. El periodo más oscuro de su vida, cuando todo descarriló.

«¿Es demasiado tarde para hacer amigos en los que pueda confiar?».

Jebi abrazó la almohada con fuerza y se dio la vuelta inquieta. No le parecía posible en ese momento. Ya había pasado la edad de confiar en la gente con facilidad.

Entonces, escuchó otro sonido raspado que venía de fuera. Gateó hasta la ventana y levantó la cortina.

La abuela de Mokpo había terminado de regar el huerto y rastrillaba el jardín. Por un momento, Jebi creyó reconocer la silueta de su propia abuela.

—¿Por qué todas las abuelas son tan trabajadoras? —refunfuñó Jebi en voz baja—. Nunca se toman un día libre.

Volvió a la cama con el teléfono. Al abrir la galería de fotos, la

saludó el atractivo rostro de Seokyeong en la pantalla. Le hizo una foto en secreto, justo después de la de Jungmi con la puesta de sol. Consiguió captar el momento en que él se bajaba de la moto de Jungmi y exhalaba un suspiro de alivio.

«Fuiste tú, conseguiste que se relajara y cantaran, y lo hiciste con tu foto».

Eso le dijo anoche Seokyeong cuando la llevaba a casa de la abuela de Mokpo. Y ella apartó la mirada para que no viera cómo se ruborizaba.

—Ni de cofia, no es nada comparado con tus fotos… —respondió avergonzada dejando las palabras en el aire.

—Es bueno ser autocrítico con el trabajo, pero no te compares demasiado con los demás, Jebi. —Seokyeong la miró—. En palabras de Stephen Gertz, una buena foto no solo debe atraer miradas de admiración. Debe despertar la imaginación de la gente, y la curiosidad por saber más. Los mejores fotógrafos incitan a la acción. Y hoy lo has conseguido con tu trabajo.

Ese era el tipo de afirmación que Jebi llevaba esperando toda su vida. Le latía tan fuerte el corazón en el pecho que le dolía.

—¡Conduce con cuidado! —soltó antes de entrar corriendo en la habitación.

«Si pudiera conocer a un hombre como él».

El rostro de Yanghee apareció en su mente, y sintió celos y tristeza.

«Nunca se fijaría en alguien como yo. Además, es demasiado tarde…».

Cerró los ojos y se quedó dormida.



Después de comer, Jebi se preparó para ir a trabajar; Seokyeong le había dicho que se tomara la mañana de descanso por haber trabajado hasta tarde el día anterior.

Mientras subía por la colina, se percató de que la puerta del estudio estaba abierta de par en par; al otro lado, la ventana también y dejaba entrar la brisa marina en la galería. La campanilla del pulpo tintineaba con fuerza.

Seokyeong estaba sentado junto a la ventana, escribiendo muy concentrado; durante las últimas semanas, Jebi se había dado cuenta de que tenía un diario. Bell se lamía las patas a su lado cuando se fijó en que Jebi estaba en la entrada y trotó enseguida hacia ella.

Jebi se agachó y le acarició la cabeza. Después, se estiró para quitar la campanita de la puerta y se hizo el silencio.

—Gracias. Estaba empezando a molestarme a mí también. —Seokyeong sonrió y se echó el flequillo hacia atrás.

Las fotos de las motoristas seguían colgadas en la pared. Mientras Jebi se ponía un delantal con el logotipo del estudio fotográfico en el bolsillo, volvió a examinar las fotos. Ayer todas parecían llenas de vida y pasión, pero hoy las veía algo diferentes. Quizá porque sabía que su viaje había terminado y que volverían a la rutina diaria. Se las imaginó a todas yendo a trabajar, hablando en coreano estándar y no en el dialecto de su juventud. De alguna manera, la hizo sentirse un poco triste y… sola.

—Ahora vuelvo. —Seokyeong se levantó y fue al baño. Bell lo siguió embobada.

Jebi empezó a limpiar las mesas. Se había acumulado humedad bajo el vaso de café con hielo de Seokyeong. Mientras lo limpiaba, Jebi no pudo evitar echarle un vistazo a la página que estaba escribiendo. Detallaba los gastos e ingresos de la sesión y la fiesta. Jebi sonrió ante su letra inesperadamente diminuta.

En la esquina había escrito: «Plus de peligrosidad, un millón de wones, veinte por ciento para Jebi».

«¡Ay, Dios mío!» A Jebi le empezó a latir muy deprisa el corazón, como si tuviera ya el dinero en las manos. Se preguntaba cómo y cuándo se lo daría.

Oía la voz de Seokyeong desde abajo. Parecía que estaba

hablando por teléfono. Entonces, una ráfaga de viento pasó las páginas del diario, por lo que quedó a la vista una página anterior.

—Oh, no. —Nerviosa, Jebi dio un paso atrás, pero cuando iba a limpiar las demás mesas, echó un vistazo a las escaleras. Seokyeong seguía hablando por teléfono.

Sin poder contener su curiosidad, Jebi volvió a la mesa. ¿Habría algo más sobre ella en el diario?

0710612022

Dejar que mi mujer se tome unos días de descanso para que pueda ir un fin de semana con sus amigas. Pasaré el tiempo con nuestro niño y nos haremos fotos juntos.

Jebi tenía los ojos como platos. «¿Qué? ¿Está casado?». Pasó unas páginas.

19/05/2022

Se han terminado las renovaciones. Preparar una habitación para nuestro hijo. Puede decidir cómo quiere decorarla. Yo podré hacerlo sin problema.

«Ay, Dios mío. ¿También tiene un hijo?». Jebi pasó otras cuantas páginas.

25/07/2021

El primer sitio al que puedo llamar hogar. Aquí formaré una familia, me asentaré, seré un buen padre y marido.

En tres años.

Aturdida, Jebi se metió el paño mojado en el bolsillo del delantal y se quedó mirando el diario. Justo cuando iba a empezar a leerlo desde la primera página, Bell ladró con fuerza desde el piso de arriba. Sobresaltada, se apartó rápidamente y se dirigió a la cocina.

Seokyeong bajó corriendo las escaleras de dos en dos, agitando el teléfono, mientras Jebi enjuagaba el paño de cocina.

—¡Jebi-ya, tenemos una reserva! —gritó Seokyeong—. ¡Acabo de hablar con ellos por teléfono! Quieren hacer una sesión en el exterior antes de su boda. Vieron las fotos de las motos que subiste a las redes y les encanta el rollo.

Jebi se dio la vuelta con los ojos muy abiertos por la sorpresa, sin darse cuenta de que caían gotas de agua del paño de cocina sobre sus zapatillas y el suelo. Seokyeong se apresuró a cerrarle el grifo y resbaló un poco. Al chocar con Jebi, le rozó la frente con los labios.

Jebi contuvo la respiración, no se atrevía a moverse ni un milímetro. Sin embargo, el momento se rompió cuando Bell se acercó corriendo y saltó para unirse a la diversión.

Jebi volvió enseguida al fregadero, escurrió el paño y lo colgó antes de coger a Bell en brazos y calmarse al acariciar el pelaje suave de la perrita.

—*Sajangnim*, ¿alguna vez has hecho una sesión de fotos de boda? —Cogió a Bell con un brazo y abrió el portátil que estaba en la encimera con la mano libre. Abrió la bandeja de entrada y, en efecto, había un correo sobre una sesión preboda.

—Sí, una vez fotografié una ceremonia. —Seokyeong no podía evitar la emoción.

«Em… ¿No son dos cosas distintas? Dentro y…». Jebi no dio voz a estos pensamientos. En lugar de eso, preguntó:

—¿Te han dicho el concepto que quieren?

—Nos dejan elegirlo.

Jebi entrecerró los ojos. No tenía un buen presentimiento.

—¿Nos dejan elegirlo? ¿Eso ha dicho la novia?

—Sí, dijo algo como «Vosotros sabréis qué es mejor». Solo especificó que quería que fuera creativo y muy moderno, esas fueron sus palabras exactas. —Seokyeong sonrió, pero Jebi no compartía su entusiasmo.

—¿Y la ubicación? ¿Han pensado algún sitio?

Seokyeong se encogió de hombros.

—También lo dejan a nuestra elección. De nuevo, sus palabras fueron «No me gustan los sitios corrientes. Quiero un lugar especial, muy moderno». Me ha dicho que detesta cualquier cosa que sea hortera o cursi.

—Oh… —Por primera vez en mucho tiempo, Jebi no tenía ganas de una sesión.

Sin embargo, Seokyeong parecía feliz, inconsciente de lo que les esperaba. Bell se retorcía en sus brazos, así que Jebi la bajó rápidamente y se apartó.

—¿Es una sesión de día completo? —preguntó.

—Sí.

Bell regresó con una pelota que había cogido de la cesta que tenía en la esquina. Seokyeong se la quitó y la tiró. Bell salió corriendo detrás mientras ladraba.

—En ese caso…, ¿qué hacemos con Bell?

—La dejaré con mamá —dijo Seokyeong, mientras estiraba la mano para coger la pelota.

—¿Tu madre?

—No. ¡La de Bell! Mi madre odia a los perros.

Seokyeong volvió a lanzar la pelota; esta vez en dirección al jardín. Bell salió bajo el sol y él la siguió.

Una vez sola en la encimera de la cocina, Jebi se puso a buscar sesiones de fotos preboda.



Una semana después, Seokyeong y Jebi alquilaron un todoterreno y se dirigieron a la ciudad de Jeju. El plan era encontrarse con la pareja en la tienda de novias y empezar allí la sesión. Seokyeong llevaba la bolsa de la cámara y Jebi descargó el resto del equipo. En el ascensor estuvieron en silencio. La sesión de las motoristas surgió de la nada y consiguieron improvisar, pero esta vez tenían que preparar muchas cosas. Para planificar la sesión y conseguir el

equipo necesario trabajaron sin parar durante toda la semana.

En la tienda de maquillaje para novias, una mujer con uniforme los saludó amablemente.

—Estamos aquí para la sesión de fotos de Lee Juhyeon.

La mujer se levantó.

—Por favor, síganme.

—Oh, un momento, por favor. —Seokyeong y Jebi se apresuraron a abrir sus bolsas y sacaron la cámara y el reflector.

El plan consistía en empezar fotografiando a la novia mientras la maquillaban y la peinaban. Como ella no quería que la sacaran con la cara lavada, tenían que llegar cuando la maquilladora estuviera terminando. La idea era captar su emoción mientras se preparaba para el día.

—¡El delineado no es igual en los dos ojos! ¡Dios, los pliegues de las ojeras están llenos de base!

Lo primero que escucharon fue a la novia gritando. Cuando entraron en la gran habitación, vieron a una mujer con un vestido corto de novia de cuello *halter* examinándose el maquillaje en un espejo.

—Es ella —dijo la empleada en tono neutral, antes de volver corriendo a la recepción.



Seokyeong levantó la vista del visor. Jebi, con el reflector en la mano, se dio la vuelta. Las demás clientas de la tienda, todas ellas novias, observaban a la mujer.

—¿Para esto he pagado un millón de wones? —La mujer miró fijamente al personal.

Un hombre, que parecía ser el novio, se le acercó incómodo.

—Mejor empezar la sesión más tarde —le susurró a Seokyeong con una sonrisa falsa.

—Señora, está preciosa. El maquillaje le queda muy bien —dijo la

maquilladora erguida con las manos juntas.

—¿Bien? ¿Qué tiene esto de bien? —La novia giró la cabeza. La furia le ruborizaba las mejillas—. Esto es un desastre. ¿Bien? ¡Ja! ¿Por qué no admites que has hecho un trabajo horrible? ¿No ves que la base está apelmazada? ¡No pienso pagar esto! —La novia se cruzó de brazos y se sentó con fuerza en la silla.

Una mujer con una chaqueta negra se acercó a la novia. En su identificación ponía «Encargada Jeong Jinshim». Mostró una sonrisa profesional y habló con tranquilidad.

—Señora, tiene una sesión de fotos de boda hoy, ¿verdad?

—Sí, ¿y? —La novia levantó la barbilla y observó a la encargada que se había vuelto hacia Seokyeong y Jebi.

—Con un poco de Photoshop, quedaría bien, ¿verdad?

—¿Perdón? —La mujer saltó del asiento y señaló furiosa con un dedo a la encargada—. Quedaría bien si el maquillaje se hubiera hecho en condiciones desde el principio. ¿Por qué tendrían que editar las fotos? ¡Menuda broma!

Jebi estaba cada vez más incómoda mientras las demás empleadas y clientas los miraban.

—Señora, está importunando nuestro negocio —susurró la encargada, y se tapó la boca con una mano.

—¿Importunando tu negocio? ¿Cómo te atreves? ¡Estás importunando mi vida! —La novia, enfadada, cogió el teléfono de la mesilla y empezó a grabar—. Repítelo. Hoy es la sesión de fotos preboda. —La novia giró la cámara y grabó un primer plano de la zona de debajo de los ojos antes de volver la cámara hacia la encargada—. Díselo a la cámara ¿Qué estoy haciendo? ¿«Importunando tu negocio»? ¿Qué pasa con esta tienda de novias? ¿Cómo te llamas? ¿Encargada Jeong Jinshim? ¿«Jinshim» significa «sinceridad»? ¡No veo absolutamente nada de eso en ti!

—Señora, esto es inadmisible. —El personal, que no podía seguir observando de brazos cruzados, rodeó a la mujer y la escoltó fuera de la tienda.

—¡Quitadme las manos de encima! ¿Cómo os atrevéis a tocarme?

¡Cariño!

En el caos que siguió —la novia luchando por escapar del personal y el novio tratando frenéticamente de ayudarla—, Seokyeong y Jebi también acabaron empujados fuera de la tienda.



—¿Qué demonios? —Sentada en el todo terreno del aparcamiento subterráneo, la novia se secó las lágrimas—. Todo se ha estropeado. Se me ha corrido el delineado. Dios mío, se me caen las pestañas. —La novia cerró de golpe el espejo de mano.

—Cariño, no pasa nada. Estás perfecta, como siempre —aseguró el novio—. Y tenemos un reembolso del cincuenta por ciento…

—¿Perfecta? ¿Lo dices en serio? —La novia lo observó a través del maquillaje corrido—. Lo odio, ¿por qué me mientes tan descaradamente? —Empezó a patalear y llorar de nuevo.

—Está bien. Tienes un aspecto horrible…, pero te quiero igual. —Su prometido le dio una palmadita consoladora en el hombro.

De pie junto al todoterreno, Seokyeong y Jebi se lanzaron miradas de complicidad.

«Tenemos que ponernos las pilas. A este paso, la sesión se cancelará».

En silencio, Seokyeong retrocedió unos pasos y levantó la cámara para hacer una foto de las siluetas del todoterreno.

A Jebi, sin embargo, le costaba respirar. El sistema de aire acondicionado del aparcamiento subterráneo no funcionaba bien, el ambiente estaba caldeado y lleno de gases de tubos de escape. La chica se tapó la nariz y la boca con un pañuelo. Mientras Seokyeong se alejaba, Jebi pensó en lo que había pasado por la mañana; su humor no había mejorado desde entonces. Jebi se levantó temprano, dos horas antes de que sonara el despertador. Tenía la mente aletargada y le pesaba el cuerpo como si fuera plomo. Se abrazó fuerte a la colcha, dejándose llevar por sus pensamientos.

«¿Puedo decir que estoy demasiado enferma para ir a trabajar hoy?».

Estaba encantada de que las fotos que había subido hubieran conseguido la primera reserva para el estudio fotográfico. Sentía que por fin ganaba lo que se merecía, y eso la enorgullecía. Pero ¿por qué una sesión preboda? ¿Por qué su primer cliente tenía que ser una mujer que había tenido la suerte de conocer a un hombre al que amaba tanto que quería casarse con él, y el hombre sentía lo mismo? Pasar un día entero siguiendo a la novia y cuidar de ella le parecía… humillante.

«¿Cuándo volveré a ser la protagonista de mi propia vida?».

Jebi estuvo dando vueltas en la cama. Lo mismo le ocurrió los meses después de acabar la universidad, cuando trabajaba en una guardería. No quería dedicar su valioso tiempo a cuidar los hijos de los demás; quería ocuparse del suyo. Y ni siquiera le pagaban bien. El estudio fotográfico de Seúl tampoco fue diferente: entretener a los bebés de otras personas mientras los fotografiaban la deprimía. Al final lo dejó. Y hoy tenía que perder todo un día acompañando a otra persona en su sesión preboda.

«¿Debería huir?».

Apartó la colcha y se levantó. ¿Huir? ¿A dónde? No tenía a dónde ir.

Volvió al presente. La novia, a la que no quería conocer, lloraba porque su sesión de fotos de boda única en la vida estaba arruinada.

De alguna forma, Jebi pudo respirar más tranquila.

—Perdone, señora. —Jebi se acercó al todo terreno y tocó en la ventanilla. Seokyeong, que observaba la escena por el visor, levantó la vista, alarmado. La ventanilla se bajó.

—¿Qué pasa?

El novio no paraba de sudar mientras la novia miraba al frente rígida y resoplando.

Jebi hizo una reverencia con educación.

—Si no es muy presuntuoso por mi parte, ¿podría ayudarla con el maquillaje?

—¿Eh? —Encantado, el hombre se volvió hacia su novia.

De mala gana, la mujer echó un vistazo a Jebi.

—¿Tienes algún título de maquilladora?

—No. —Jebi tragó saliva nerviosa—. Pero a veces ayudo a retocar el maquillaje de nuestros clientes.



Al salir del aparcamiento subterráneo, Seokyeong condujo hasta un parque tranquilo. El agua caía por una cascada artificial y un sol radiante iluminaba los alrededores.

Seokyeong y el novio fueron a la cafetería a comprar bebidas para todos mientras Jebi subía el aire acondicionado del coche y empezaba a limpiar el maquillaje de la novia. Por suerte, había investigado sobre sesiones de fotos de boda y llevaba todo lo necesario para maquillar.

—Deberías usar productos mejores —refunfuñó la novia al ver las marcas baratas y los estuches endebles de plástico que Jebi sacaba.

Jebi se mordió el labio.

—Lo siento.

—No pasa nada. Tú no tienes la culpa. Tu jefe probablemente quería reducir costes. —La novia lanzó una mirada a Seokyeong a través de la ventana—. Al menos tienes una esponja nueva. En la tienda usaban una de látex, ¡y era vieja! Es obvio que la lavan para reutilizarla. Incluso vi cómo a una empleada se le caía la esponja al suelo, la recogía sin más y seguía dándole toques en una de las mejillas a la novia. Ella tenía los ojos cerrados, así que no se dio cuenta, pero yo echaba humo. Me contuve para no decir nada, pero cuando vi lo que me habían hecho en la cara fue el colmo.

—Entiendo.

Jebi empapó discos y bastoncillos de algodón con desmaquillante y limpió con suavidad los restos de maquillaje alrededor de los ojos de la novia. A continuación, aplicó crema hidratante antes de coger

una esponja nueva y extender una ligera capa de base.

La novia aparentaba unos treinta años; tenía algunas arrugas y pecas bajo los ojos. La empleada de la tienda de novias intentó disimularlas con una base espesa que solo había acentuado los pliegues. Entonces, Jebi se esforzaba por aplicar la base en una capa ligera y uniforme.

Poner pestañas postizas era una tarea dura para la que había que tener una mano estable y, como estaba nerviosa, Jebi le dio sin querer a la novia en el párpado.

Se echó un poco hacia atrás pero no dijo nada.

Jebi, que esperaba que la mujer soltara su rabia contra ella, dijo:

—¡Lo siento mucho! ¿Duele?

—No tiene importancia —respondió la novia con los ojos todavía cerrados—. Son cosas que pasan. Gracias por disculparte.

Jebi soltó un silencioso suspiro de alivio.

—Oye, ¡has hecho un trabajo genial! —exclamó la novia mientras se examinaba en el espejo de mano diez minutos más tarde—. ¿A qué te dedicas?

—¿Cómo?

—¿Eres asistente de fotografía o maquilladora?

Jebi dudó. Nunca lo había pensado.

—Ese hombre de allí, ¿es tu jefe? —La mujer señaló con la barbilla a Seokyeong.

Jebi asintió.

La mujer miró a Jebi con ojos perspicaces.

—¿Te obliga a que lo hagas todo por él? ¿Es el tipo de jefe explotador?

—Em…

—Ten claros tus objetivos. Tienes que enfrentarte a cualquier acoso desde el principio. —Levantó las cejas—. No dejes que te engañe con esa sonrisa encantadora para que trabajes más de lo debido.

—Em, él no… —dijo Jebi mientras recogía las brochas que tenía esparcidas en el regazo.

La mujer se encogió de hombros.

—Trabaja duro, aumenta tu currículum y emprende tu propio negocio. No dejes que un hombre se ponga en tu camino. Te veo como a una hermana pequeña, por eso te lo digo.

Después, la novia salió del coche y el novio se acercó a ella.



Durante el viaje a la primera ubicación de la sesión, la pareja estaba en silencio, comprobaba correos y respondía mensajes desde el teléfono.

Seokyeong miró su reloj. Eran poco más de las nueve de la mañana.

De vez en cuando, la novia atendía una llamada. Para no arruinarse el maquillaje, la ponía en altavoz y así no se acercaba el teléfono al oído.

Jebi se maravilló del inglés perfecto de la novia. Solo pudo captar algunas palabras sueltas: «aprobado» y «urgente». Por la forma en que la mujer se presentaba, parecía que tenía un trabajo notorio. Captó el nombre de su empresa: era un conglomerado muy conocido. Y parecía que el novio trabajaba en la misma empresa, como asociado.

—¿… el Museo de Arte Africano?

El novio se puso las manos en las caderas atónito.

Seokyeong miró a la novia.

—Me dijo que no le gustaban los lugares turísticos habituales. Este sitio sigue el modelo de la Gran Mezquita de Djenné, en la República de Malí. Es un edificio de adobe, de una sencillez pasmosa, impresionante y suave al mismo tiempo. Y hoy el cielo es de un azul precioso, que resaltará la belleza del muro de adobe.

—¡Excelente! —exclamó la novia mientras se ponía unos zapatos de tacón blancos—. Me encanta que destaque entre los edificios de alrededor. ¡Es muy diferente!

Como estaba tan entusiasmada, no se percató de la expresión en el rostro de su prometido.

Aliviado por la alegría de la novia con su sugerencia, Seokyeong se puso manos a la obra. Era pronto, así que apenas había nadie y la sesión fue coser y cantar.

Tras hacer algunas fotos con el museo de fondo, Seokyeong dirigió a la pareja hacia un jardín donde había dos esculturas de leopardos. Animó a la novia a posar como si fuera un leopardo persiguiendo al novio. La novia se rio mientras interpretaba su papel. Después de terminar allí, se trasladaron a la siguiente ubicación, frente al Starbucks Jeju Jungmun. La novia subió corriendo las escaleras con los colores del arcoíris y miró el edificio, que había sido diseñado para parecer un monstruo del café en colores vivos.

—Pero este es un lugar turístico. Está repleto de gente. ¿Cómo podemos hacer fotos…? —preguntó el novio mientras iba tras ella.

Justo al lado de las escaleras, había una carretera de seis carriles. Al ver a la novia con el vestido de boda y un ramo, los coches empezaron a pitar.

Ella se puso derecha.

—¡Me encanta! ¡Es muy retro!

—Solo quiero una sesión normal. Aquí hay mucha gente —murmuró el novio.

—Si te molesta, estoy segura de que podrán quitar a los peatones con Photoshop. ¿Verdad? —La novia levantó su ramo, emocionada.

—¡Sin problema! —Seokyeong asomó el pulgar.

—Eso no es lo que quiero decir. La gente está mirando…

—¿Y qué? Como si hieras a volver a verlos.

La novia se echó hacia atrás en una pose exagerada mientras Seokyeong la fotografiaba y le dedicó una sonrisa al novio aturdido.

Jebi levantó el reflector y los siguió, con la cara ligeramente enrojecida por el calor.



Tras la sesión, los cuatro se refugiaron del sol veraniego en el Starbucks y pidieron un café con hielo. Seokyeong y Jebi se sentaron en una mesa aparte e hicieron fotos de la pareja mientras disfrutaba de su bebida.

Seokyeong miraba las fotos en la pantalla cuando Jebi le agarró del brazo.

—*¡Sajangnim!* ¿Y estas fotos? —No eran las típicas de una sesión preboda. No había ni una pose tradicional ni cariñosa; todas parecían provocadoras y artísticas. Echó un vistazo a la otra mesa, donde la pareja estaba sumergida en sus teléfonos de nuevo.

—No pasa nada. Es lo que quieren —aseguró Seokyeong—. Jebi-ya, ¿conoces el origen de las fotografías cándidas? Fue en los tribunales, durante los años veinte, un fotógrafo alemán, Erich Salomón, escondió una cámara Leica en su bombín, entró en la sala de un juzgado y fotografió en secreto el juicio.

Jebi frunció el ceño y los labios.

—¿Quieres decir que intentas hacer *fotos* como de cámara oculta? Eso no tiene nada de dulce o bonito… Van a pedir un reembolso. ¿Has olvidado lo que pasó esta mañana en la tienda de novias?

—Pero la chica quería fotos creativas. Sus palabras exactas fueron «modernas». —Seokyeong sorbió su café con la pajita.

—Claro, pueden ser modernas, pero con aire romántico.

—No te preocupes. Lo notarán. Se quieren mucho, por eso se van a casar, ¿no?

Jebi sacudió la cabeza. Obviamente, no la entendía.

—*Sajangnim*, ¿has tenido pareja?

Seokyeong tosió y dejó el café sobre la mesa. Cerró la boca, con las mejillas coloradas.

«Parece que escribía sus sueños, no su realidad en el diario. No creo que haya tenido novia, y mucho menos mujer y un hijo».

Los cubitos de hielo tintinearon contra el vaso mientras Jebi cogía su café. Temía la reacción de la novia cuando viera las fotos.



El sol se ponía mientras Seokyeong aparcaba el todoterreno en Mulkkureok. La novia se había puesto un precioso vestido de corte sirena. El novio llevaba una camisa de manga corta con una pajarita naranja para dar un toque de color.

—Este sitio es tan… rústico. —La novia frunció el ceño y se puso una mano sobre los ojos para tapar el sol.

—No quería los típicos lugares turísticos. —Le recordó de nuevo Seokyeong con una sonrisa.

—Me parece bien. Me gusta este sitio. Es difícil encontrar un pueblo tan tranquilo. —El novio se había animado ante el silencio de su alrededor.

Seokyeong pidió a la pareja que posara delante de las casas de piedra con tejados de colores. Hizo fotos con los árboles de mandarinas llenos de racimos de fruta, en el camino de barro sin asfaltar, el mar a lo lejos y los campos de zanahorias y cacahuetes de fondo.

—Me encantan estas fotos por lo sencillas que son —dijo el novio.

La novia se levantó la falda para refrescarse del calor.

—Esto es peor que sencillo. Me parece cutre. ¿Por qué nos hacemos fotos aquí? No será por falta de dinero.

—Tampoco somos ricos —replicó el novio.

—Lo que digo es que no me parece bien, como si buscáramos deliberadamente la apariencia de «pobres pero felices». —La chica frunció el ceño.

—Em. El pueblo no es tan pobre… —intervino Seokyeong, pero la pareja no lo escuchó.

—¿Entonces prefieres usar una gran cadena como Starbucks de

decorado?

Jebi tragó saliva nerviosa viéndolos discutir.

Seokyeong le puso una mano en el hombro.

—Espera. Un fotógrafo debe tener paciencia. Palabras del sabio Erich Salomón.

Jebi apretó el reflector y susurró:

—*Sajangnim*, es la segunda vez que mencionas a ese tal Erich. ¿Es famoso? ¿Un fotógrafo millonario?

—Hm… —Seokyeong inclinó la cabeza—. No sé si es millonario, pero sí que en la Segunda Guerra Mundial estuvo prisionero en un campo de concentración y más tarde murió.

A Jebi se le cayó el reflector.



A continuación, se dirigieron a las preciosas dunas costeras. De pie sobre la arena blanca, el novio, incómodo, agitó la camisa.

—¡Por fin! Estaba esperando una ubicación junto al mar. Hace tanto calor.

—No queríamos que el viento fuerte estropeara el pelo de la novia, así que tenía que ser la última parada.

La pareja posó en las laderas irregulares de las dunas, riendo mientras se deslizaban y tambaleaban por ellas.

Más tarde, Seokyeong los llevó al *jangseung* del pulpo que había en la entrada del pueblo.

—¡Esto sí que es moderno! —exclamó la novia al ver la estatua.

Esta vez, quizá sintiéndose más relajado en el campo, el novio no protestó. Introdujeron las manos en la boca del pulpo y pidieron un deseo mientras Seokyeong captaba el momento con la cámara.

Entonces, de pronto, empezó a llover, a pesar del cielo despejado. Jebi se apresuró a utilizar el reflector para proteger a la novia, aunque no la cubrió lo suficiente y su vestido empezó a mojarse. Como Seokyeong cuidaba de la cámara, no tuvo tiempo de

ocuparse del novio y su camisa blanca se empapó rápidamente.

Al ver sus pezones asomando bajo la tela, la novia soltó una risita.

—Oye, hazle una foto, ¡por favor! —Seokyeong pulsó rápidamente el obturador mientras el novio se quedaba allí, sonriente y avergonzado.

Resultaba imposible seguir con la sesión bajo la lluvia, se tomaron un descanso en el todoterreno.

Un cuarto de hora después seguía lloviendo y la novia miró a Seokyeong con dureza.

—Tienes otro plan, ¿verdad?

Sorprendido por su repentina severidad, Seokyeong tanteó las palabras.

—Eh…, hemos preparado… —Se sonrojó y se rascó la cabeza, incómodo.

—Sí. Una sesión con trajes tradicionales —intervino Jebi.

—¿Un *hanbok*? ¿No hace demasiado calor para eso? Y es muy común, nada original.

—Un *hanbok* no. Me refiero al traje tradicional de la isla, el que llevan las *baenyeo*.

A la novia se le iluminaron los ojos y sonrió cuando Jebi sacó el *jeogori* blanco y los pantalones negros del maletero del coche. La novia aplaudió encantada al ver el ramo de algas secas que Jebi sacó a continuación.

—Sin duda es único —dijo Jebi, satisfecha. Mientras esperaban que la pareja se cambiara en el coche, Seokyeong y Jebi dieron un paseo por la playa.

—No sé qué haría sin ti. —Seokyeong sacó un pañuelo y ayudó a Jebi a secarse el pelo—. ¿Cuándo metiste los trajes en el coche? Los compré cuando abrí el estudio y enseguida me olvidé de su existencia.

—Lo pensé en el último momento. Estaba demasiado ocupada preparándolo todo, así que no tuve tiempo de mencionarlo.

Seokyeong dejó escapar un suspiro.

—Anoche lo pensé… Este negocio sería un fracaso sin ti. Tendría que cerrar para pagar el préstamo, igual que el dueño anterior.

Jebi lo miró.

—Pero gracias a que se te ocurrió comprar los trajes, yo he podido traerlos hoy. ¿Cómo dice el refrán? El cielo ayuda a los que se ayudan a sí mismos.

Jebi lo empujó de buen humor y Seokyeong le devolvió un codazo.

—Míranos, elogiándonos el uno al otro.

Se rieron antes de volver a la sesión.

Siguiendo las instrucciones de Seokyeong, el novio presentó a su novia el ramo de algas sobre una rodilla, mientras ella sonreía con un *tewak* —una boya redonda con una red atada, exclusiva de las *haenyeo*— colgado del hombro, como un velo.

A lo lejos, un grupo de *haenyeo* se acercaba a la playa tras una inmersión. Al ver a Yanghee, la expresión de Jebi se congeló.

—*¡Samchon!*

Jebi desvió la mirada al oír la voz de un niño. Corría por el suelo lleno de baches hacia ellos; una anciana con una sombrilla lo seguía. Un segundo más tarde, Jebi sintió que le ponían una cámara en las manos.

—Un momento. Lo siento.

Seokyeong inclinó la cabeza en señal de disculpa hacia la pareja y, un instante después, el niño saltó para abrazarlo.

—¿Quién es…? —preguntó Jebi.

—Hijo.

—¿Qué? ¿Tu hijo?

—Me encantaría. Pero no, es el hijo de Yanghee-ssi. —Seokyeong abrazó al niño, haciéndolo reír.

—*Samchon*, ¿por qué no has venido? Mi madre no se encuentra bien —dijo el niño en el dialecto de Jeju.

—¿No se encuentra bien? —La voz de Seokyeong sonaba apagada. Había estado tan ocupado preparando la sesión que hacía días que no iba a la playa.

—¡Dongwon! —Yanghee se acercó corriendo.

El niño corrió hacia su madre con una sonrisa y dejó que Seokyeong recuperara la cámara y se volviera hacia la pareja que estaba en las dunas.

—¿No dijiste que Yoona era la única niña en el pueblo? —preguntó Jebi con voz nerviosa.

—Dije que era la única bebé —contestó Seokyeong mientras cogía la cámara.

Jebi se alejó un poco para mantener la distancia mientras luchaba por contener sus sentimientos.

Entonces, escuchó una voz familiar a sus espaldas.

—¿Qué pasa? —la abuela de Mokpo se dirigía hacia ella con expresión severa.

—¡Abuela! ¿Acabas de volver de la inmersión? —Jebi la saludó alegremente.

—Pregunto qué demonios estáis haciendo. ¿No me has oído? —Tenía la cara roja y marcas de las gafas de buceo alrededor de los ojos llenos de arrugas.

—Abuela, hacemos una sesión de fotos de boda…

Pero la abuela de Mokpo no le prestó atención.

—¿Crees que nuestro trabajo es una broma? ¡Ponemos nuestras vidas en riesgo cada vez que nos metemos en el agua! —Dejó caer su red e intentó acercarse a la pareja.

Jebi le bloqueó el paso.

—¡Abuela!

Demasiado lejos para oír lo que decían, el resto de las buceadoras miraban con indiferencia. Pero seguramente se habían dado cuenta de que pasaba algo. ¿Por qué no intervenían?

Jebi echó un vistazo por encima del hombro y vio que Seokyeong había terminado la sesión y que la pareja estaba sentada en el todoterreno.

Él encendió el motor, bajó la ventanilla y gritó:

—¡Jebi-ya! ¿A qué esperas?

—Abuela, ¡lo siento mucho!

Dejándola atrás, Jebi corrió de espaldas y se sentó en el asiento del copiloto, disculpándose repetidamente con la pareja que estaba en el asiento trasero.

Mientras Seokyeong arrancaba, Jebi vio por el retrovisor lateral a la abuela de Mokpo persiguiéndolos durante un rato antes de detenerse y agitar el puño tras el vehículo que se alejaba.



La galería del estudio fotográfico Hakuda se había transformado para dar la bienvenida a la pareja. En todas las mesas había globos dorados que decían «FELICIDADES» y ramos de rosas blancas. A través de la ventana, el mar azul cobalto centelleaba. La pareja parecía encantada.

—Por favor, relajaos y disfrutad del espacio durante las próximas dos horas. Aprovecharemos ese tiempo para imprimir las fotos y preparar la fiesta. Y, por supuesto, la comida.

—No sé si podré esperar. Me muero de hambre. —El novio se acarició el estómago plano.

Jebi calentó rápidamente unos bollos de pulpo en el horno. Era la versión 2.0 de la panadería, recién bautizada Yoonas Bakes, y fue un éxito instantáneo.

—¡Es lo más mono que he visto en mi vida! —exclamó la novia mientras sacaba fotos con su móvil. En un moño redondo había cuatro brazos cortos. Los ojos, la nariz y la boca estaban dibujados con tinta de pulpo, lo que le daba un aspecto aún más mono.

—¿Cómo puede ser tan suave por dentro y estar crujiente por fuera? Me encanta el aroma de la salsa picante de ajo. Qué rico.

La pareja se zampó los ocho bollos con ganas, junto con el zumo de coco que el padre de Yoona había insistido en que fuera el acompañamiento.



—¡Me siento renovada! —La novia se había lavado la cara y se había quitado el maquillaje y las pestañas postizas. Mientras bajaba por las escaleras, hizo unos estiramientos. El novio subió para darse una ducha rápida.

Sentada junto a la ventana, la novia se frotó los ojos cansados.

—Lo siento, ¿hay algún sitio donde podamos tumbarnos un rato?

Jebi transmitió su petición a Seokyeong, que estaba ocupado editando fotografías en su pequeña sala de trabajo.

Seokyeong salió a la galería.

—Hay una habitación arriba que usamos como estudio. No tenemos cama, pero podemos poner una alfombra limpia en el suelo.

—Perfecto.

Encargada de hacer los arreglos necesarios, Jebi subió a la pareja al estudio. Mientras ella trabajaba, ellos se asomaron a las otras salas. La primera era muy sencilla, con una silla en el centro y una pared en la que se podían colgar fondos distintos. La siguiente era más elaborada, con flores blancas y un árbol de mandarinas falso lleno de frutas. La última habitación tenía un aire rústico, con dos sillas antiguas y una ventana que daba al mar.

—¿Puedo abrirlo?

Desde la puerta de la habitación, Jebi miró hacia donde señalaba la novia. Debajo de la ventana había una cómoda antigua que formaba parte de la decoración.

—Supongo que sí.

—Cariño, es atrezo, estará vacío —dijo el novio mirando avergonzado a Jebi.

—Nunca se sabe. Quizá haya fotos antiguas o un tesoro misterioso. Cuando era joven, me fascinaban las antigüedades. —Se le iluminaron los ojos y abrió el cajón—. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué es esto? —Sacó una caja.

—No deberíamos husmear ni tocar cosas que no son nuestras. —El novio lanzó otra mirada incómoda a Jebi.

—Pero parece que es para nosotros… —La novia le tendió al novio la caja que había encontrado. En el papel de regalo había un mensaje escrito: «Felicidades por vuestro matrimonio». Impaciente, la abrió. Dentro había un álbum de fotos blanco con el logotipo del estudio fotográfico Impreso en la portada.

Jebi sonrió.

—Supongo que *sajangnim* lo preparó como regalo sorpresa.

—Qué gracioso. ¿Quién imprime fotos y las pega en álbumes hoy en día? —se burló la novia, pero un suave rubor coloreó sus mejillas.

Jebi entró en la habitación de Seokyeong y sacó una alfombra y una manta del armario. De vuelta a la otra habitación, tendió la alfombra con cuidado y le quitó las arrugas.

La pareja volvió a la habitación y pisaron la alfombra con los pies descalzos.

—Ah, qué gusto.

Jebi le tendió una manta al novio.

—Aunque es verano estamos al lado del mar y puede hacer fresco.

—Gracias —dijo con una sonrisa.



Cuando Jebi volvió abajo, Seokyeong había terminado de elegir las fotos.

—Creo que podemos poner estas —dijo mientras le tendía el disco duro externo y cogía su delantal. Detrás de él, la impresora se puso manos a la obra.

—*Sajangnim*, ¿estás seguro de que puedes preparar la cena de esta noche?

—¡Por supuesto! —Seokyeong levantó un puño—. Cuando trabajaba en el restaurante, aprendí algo del chef: «Si eres un

principiante, no hagas nada».

—¿Qué? ¿Cómo cocinas sin hacer nada? —preguntó Jebi atándose el delantal.

—Lo que quería decir es que, si tienes buenos ingredientes, basta con servirlos tal cual. Y aquí nos sobra la materia prima fresca. Este cerdo es del corral del alcalde de hace dos días. —Seokyeong puso un trozo de cerdo en la tabla de cortar. Tenía filamentos negros aún visibles en la piel.

Jebi soltó un chillido y retrocedió. Seokyeong raspó las cerdas y limpió la carne con un cuchillo de carnicero. La envolvió con hojas de palmera y la puso en una vaporera antes de echar un buen puñado de granos de pimienta. Al mismo tiempo que la carne se cocinaba, lavó y peló patatas y las coció al vapor. Mientras se enfriaban, preparó mayonesa.

Luego descongeló el pulpo en el microondas, lo cortó en rodajas y preparó un salteado sencillo. Lo emplató todo y espolvoreó semillas de sésamo molidas mezcladas con sal por encima para completar el plato.

Terminó de servir justo cuando la pareja bajaba con aspecto renovado. Una bonita pieza de piano se filtraba por los altavoces. Las luces del techo proyectaban un cálido resplandor sobre la mesa y el cerdo negro al vapor haría la boca agua a cualquiera. Seokyeong, que parecía el chef de un restaurante con estrellas Michelin, usó unas pinzas de madera para pelar las hojas de palmera y cortó el cerdo en trozos gruesos.

La novia sacaba fotos con su móvil mientras sujetaba los palillos con la mano izquierda.

—Disfrutad de la comida. Nosotros nos encargamos de las fotos —dijo Seokyeong señalando a Jebi, que les enseñó tímidamente la cámara RX0 que tenía en la mano.

La novia sonrió y se llevó rápidamente los palillos a la mano derecha. Consciente de que debía mantener su figura para la sesión, solo había comido unas cuantas galletas esa mañana. Aunque los bollos de pulpo la habían saciado un poco, estaba hambrienta.

—El vino de mandarina marida excelentemente con la comida —dijo la novia mientras comía.

—Sí, justo cuando la comida empieza a parecer un poco pesada, un sorbo de vino limpia el paladar y estoy listo para comer más. —El novio sonrió.



—¡Disfrutad de la presentación!

Seokyeong se había quitado el delantal y estaba junto a la pantalla. Desde la ventana algo abierta soplaba un viento fresco procedente del mar. Fuera había un precioso atardecer morado. Los novios, sentados uno al lado del otro, parecían relajados y felices.

Pero cuando apareció la primera foto, se sorprendieron. Era una de la tienda de novias.

—¿No dije que no quería fotos de ahí? —El novio estaba enfadado.

—No, espera. En realidad, me gusta esta… —La novia se frotó la barbilla, pensativa—. Cuando veo las fotos me siento mejor con todo el fiasco, como si no hubiera sido para tanto.

Jebi suspiró aliviada.

Seokyeong le lanzó una mirada de complicidad, recordándole que se centrara en sacar fotos. Sin embargo, a Jebi le resultaba difícil. Nadie se había fijado en ella cuando iba por ahí sacando fotos con el gran grupo de motoristas, pero ahora que solo había dos personas, temía ser demasiado intrusiva si seguía rondando a su alrededor.

—No pasa nada. Están concentrados en la presentación —le susurró Seokyeong al oído.

Con la siguiente foto, la pareja estalló en carcajadas. La novia estaba rodeada por el personal de la tienda, mientras el novio intentaba esquivarlo. Mientras tanto, la encargada, vestida con un elegante traje negro, procuraba bloquear la cámara del móvil de la novia con la palma de la mano.

—Dios mío, ¡qué cara! Parecía una fiera. —La novia se volvió hacia su prometido—. Cariño, ¿soy así todo el tiempo?

—Em… No siempre. —Se rio entre dientes.

—Deberías habérmelo dicho. —Le dio una palmada en el brazo.

—Lo he hecho…

—¿Sí? ¿Cuándo?

—A veces. Como aquella vez que nos peleamos por los regalos de la boda…

—¡Oh! Esa vez. —Frunció el ceño un momento antes de cerrar los ojos y volver a abrirlos—. Está bien. Sigamos con la presentación.

A continuación, había una foto de la novia llorando en el todoterreno mientras el novio intentaba consolarla. A través de los cristales tintados solo se distinguían sus siluetas.

La novia chilló.

—Espera, ¿también has retratado eso?

—Pensaba que era obvio que no queríamos una foto así en nuestro álbum. —El novio miró a Seokyeong con el ceño fruncido—. ¿Por qué te molestaste en hacerla?

—Porque quería algo moderno, auténtico, diferente. Pensé que sería un recuerdo interesante incluirla aquí.

La novia hizo un pequeño gesto de aprobación mientras el novio, aún con el ceño fruncido, negaba con la cabeza.

La siguiente imagen era de la novia con el maquillaje arreglado y saliendo encantada del todoterreno.

El novio posó la mano con ternura en el hombro de su prometida y ambos intercambiaron una sonrisa de felicidad.

Las fotos del Museo de Arte Africano eran impactantes. El vestido blanco de la novia destacaba sobre el cielo azul y el edificio de ladrillos de barro, mientras que el novio estaba muy elegante con su esmoquin negro. Unas imágenes impecables, el trabajo de un verdadero profesional. La pareja aplaudió impresionada.

Ad ver la presentación, Jebi se dio cuenta de que las fotos que vio en Starbucks eran solo una pequeña parte de lo que Seokyeong

había hecho.

Seokyeong se apoyó en la pared, disfrutando de la respuesta entusiasta de los clientes, y Jebi se dio cuenta de que tenía una expresión completamente nueva, que nunca le había visto durante sus discusiones sobre asuntos administrativos y operativos.

Cuando salió la foto cómica con las estatuas de leopardo, la pareja soltó una risita; lo mismo ocurrió con las fotos en las escaleras de colores frente al Starbucks. Seokyeong había captado el momento en el que la novia posaba como una supermodelo y un transeúnte la saludaba con el pulgar hacia arriba. A continuación, un primer plano del novio, cohibido, con el sudor rodándole por las mejillas y formando una mancha en el cuello.

La novia le dio un codazo.

—Cariño, ¿estuviste sudando así durante toda la sesión?

—Ya te dije que lo estaba pasando mal con tantos pares de ojos sobre nosotros.

—No creí que lo dijeras en serio.

—¿Y por qué? ¿Acaso no me tomas en serio?

La novia parecía sorprendida por el arrebato repentino.

—No quiero decir eso. Pero si solo eran desconocidos. ¿Tenías que avergonzarte tanto?

—¡No puedo evitarlo! —El novio estaba rojo de rabia.

—No lo entiendo en absoluto. —La novia lo miró y se encogió de hombros—. Intenta que no te importe tanto.

—¿Intentar que no me importe? —El novio cerró los ojos y suspiró.

La preciosa melodía del piano sonaba de fondo, como banda sonora de la presentación, que había pasado a las imágenes en el pueblo de Mulkkureok. La novia se había quitado el vestido y se había puesto algo más cómodo. Tenía las cejas muy juntas, los labios fruncidos y una expresión tremendamente enfadada.

—Dios mío. ¿Soy yo otra vez? ¿Siempre estoy así? —Se dio una palmada en los muslos, sorprendida.

Su prometido volvió a suspirar.

La foto cambió. *El novio sonreía mientras contemplaba* los campos y los tejados de colores.

—Estás muy guapo en esa foto —exclamó la novia, pero luego su expresión se tornó pétrea—. Hacía años que no te veía sonreír así.

—Tonterías, siempre estoy sonriendo.

—Así no —murmuró ella.

Luego vinieron las fotos en las dunas. La pareja caminaba cogida de la mano, sorteando las depresiones de la arena. Detrás, el mar se extendía hasta el infinito.

Mientras miraban la foto en silencio, la pareja se cogió de la mano.

Jebi hizo una foto en silencio.

Cuando vio los pezones de su prometido a través de la camisa empapada, la novia soltó una risita ahogada. Él miró la foto entre los huecos de los dedos, reprimiendo la risa al ver cómo había intentado taparse el pecho con las manos sin éxito.

La imagen cambió de nuevo, apareció el novio con el *jeogori* blanco y pantalones negros, y la novia con el traje de las *haenyeo*. Ella se había colgado el *tewak* naranja al hombro como si fuera un bolso de diseño y se pavoneaba ante la cámara mientras el novio la perseguía con el ramo de algas. En la imagen siguiente, él se arrodillaba, le entregaba el ramo y ella levantaba la nariz.

La última foto era de la abuela de Mokpo corriendo hacia ellos con el puño en alto y Jebi intentando bloquearla. Los novios aplaudieron y la novia se rio tanto que tuvo que secarse las lágrimas.

Jebi observó a Seokyeong, que seguía apoyado en la pared con una sonrisa.

—Gracias. Me han encantado las fotos, era justo lo que esperaba. ¡Únicas! Como has dicho, serán buenos recuerdos —dijo la novia.

Era la primera vez que la escuchaban hablar con tanta amabilidad.

—Acompañadnos, por favor —dijo el novio.

Al ver que dudaban, la novia alzó su copa de vino.

—Sí, acompañadnos. Gracias por todo el trabajo duro que habéis hecho hoy. ¡Salud!

Dejando la presentación de fondo, los cuatro se sentaron a la mesa. Tras brindar con las copas de vino de mandarina, el novio estaba a punto de decir algo cuando sonó su teléfono.

—Maldita sea, es un cliente. No presagia nada bueno que llamen a estas horas. —Salió con cara de preocupación.

—Espero que no sea nada grave. —La novia suspiró mientras lo veía salir. Hubo un breve silencio. De repente, bebió el vino de un trago—. Para ser sincera, no quería casarme.

Seokyeong y Jebi intercambiaron una mirada de alarma. En la pantalla del proyector había una foto de la pareja respondiendo llamadas de trabajo en mitad de la sesión.

La novia sustituyó su sonrisa por una mirada penetrante.

—Mirad. ¿No parezco segura de mí misma en esa foto? Pasé cuatro años estudiando muy duro en la universidad para conseguir un puesto en la empresa en la que estoy ahora. Luego me maté a trabajar para ascender. En los últimos diez años he sufrido todo tipo de enfermedades: resfriados, gripes, infecciones…, pero nunca he cogido ni un solo día de baja…

Se giró para mirar hacia la puerta. El novio seguía al teléfono y movía la mano mientras caminaba de un lado a otro.

—Cuatro años en la universidad, diez en la empresa… y después de muchos proyectos en grupo, ni una sola vez me ha tratado mal. Es la única persona que nunca ha intentado apuñalarme por la espalda. Por eso decidí casarme con él. Pero… —Jebi llenó el vaso vacío de la novia—. Pero estaba arrepintiéndome. —Le temblaban los hombros—. He visto a muchas compañeras dejar de trabajar después de casarse. Muchos hombres esperan que sus esposas cuiden solas de sus hijos. ¿No es eso como si te apuñalara por la espalda alguien en quien confiabas? Tengo mucho miedo de que, cuando nos casemos, me traicione el hombre que antes nunca lo ha hecho. Solo fijaos en la sesión de hoy. Hemos tenido tantos desacuerdos…, sobre las ubicaciones y sobre las fotos en sí. He

pasado todo el tiempo pensando que quizá no encajamos bien…, que cuando volvamos al hotel esta noche, quizá debería cancelar la boda.

Seokyeong y Jebi se miraron sorprendidos. La presentación mostraba en ese momento un primer plano de la expresión del novio mientras veía a su prometida atender una llamada de trabajo.

Jebi miró la foto. ¿Era esa mirada más de admiración que de amor?

—Pero… después de ver estas fotos he cambiado de opinión. La boda sigue en pie.

Jebi se llevó una mano al corazón para tranquilizarse. En la pantalla había una foto de la novia en la tienda y el novio protegiéndola con todo el cuerpo.

—Este año me ascendieron a gerente. Cuando pedí un deseo a la estatua, recé para llegar a ser miembro de la junta directiva dentro de veinte años. Pero al ver estas fotos he cambiado de forma de pensar. Para convertirme en miembro de la junta solo tengo que trabajar duro. Pero ¿puede el trabajo duro ganarse el corazón de una persona?

Jebi negó con la cabeza y dio un sorbo al mismo tiempo.

Seokyeong la miró de reojo.

—Jebi-ssi tiene razón. El trabajo duro tiene un límite. Todo se reduce a la suerte.

En ese momento volvió el novio.

—¿Qué se reduce a la suerte? —preguntó mientras volvía a la mesa.

—Nada. Disculpad, necesito ir al baño —dijo la novia.

Cuando se levantó, Jebi la siguió y murmuró que limpiaría los platos.

El novio mordisqueó unas galletas de calamar mientras volvía a mirar la presentación. En la pantalla había un primer plano de la novia señalando con un dedo acusador a la empleada de la tienda de novias.

—Esta mañana casi quería rendirme.

Seokyeong giró la cabeza y miró alarmado al hombre.

—Estaba pensando…, ¿merece realmente la pena? ¿De verdad puedo vivir con esa mujer el resto de mi vida? —confesó el hombre en voz baja mientras se servía más vino—. Pero una foto despertó algo en mí. Aquí está. Es la forma en que nos cogíamos de la mano para no caernos en las dunas. —Se frotó la nariz—. Juhyeon… es increíble. Cuando se preocupa por algo, se concentra y se entrega por completo. Yo nunca lo consigo… Me resulta difícil poner el cien por cien de mí en lo que hago. No quiero decir que no trabaje duro. Lo hago. Pero es así. Todo el mundo me felicita por haber ido a una buena universidad y encontrar trabajo en una empresa conocida…, pero no es lo que quiero de verdad. No es mi sueño.

El novio miró fijamente la pantalla como si quisiera agujerearla. Continuó con calma:

—Pero hoy he comprendido algo. Al ver nuestra foto, he sentido que con ella a mi lado doy lo mejor de mí.

Seokyeong cogió su copa de vino y agitó el contenido. Se quedó mirando por la ventana el mar oscuro y frío, sin decir nada.

La novia volvió a la mesa mientras se secaba las manos. Jebi también había repuesto los aperitivos. Volvieron a brindar.

La presentación continuó y la música llenó la galería.



La pareja llamó a un taxi para que los llevara de vuelta al hotel. Seokyeong y Jebi recogieron en silencio y cuando él la llevó a casa, eran más de las diez.

Frente a la casa de la abuela de Mokpo, Jebi se volvió hacia Seokyeong.

—Esos dos… ¿Crees que serán felices juntos?

—Quién sabe si al final encajarán bien. —Se encogió de hombros —. Pero parece que confían mucho el uno en el otro. Aunque rompan, creo que lo harán amistosamente.

Jebi cruzó el oscuro jardín de vuelta a su habitación. Las luces de la casa de la abuela de Mokpo ya estaban apagadas. Jebi, agotada, se tumbó en la cama.

«Romper amistosamente».

Las palabras de Seokyeong le apuñalaron el corazón.



Capítulo 7
Un pulpo en tierra firme

Durante la mañana del día de paga, el salario de Jebi ingresó en su cuenta bancaria. Y justo cuando estaba terminando el trabajo del día, Seokyeong le puso algo en la mano.

Era un pequeño sobre con el logo del estudio fotográfico. De vuelta en su habitación, Jebi abrió la solapa y en el interior vio algo que parecía un cheque. Lo sacó.

> Pagaré
> Importe: 2 millones de wones
> A pagar en tu primer aniversario de trabajo

Abrazó el papel y se revolvió en la cama chillando. Luego se levantó de un salto, sacó la cinta verde y lo pegó detrás de la puerta. No podía creer que hubiera sobrevivido un mes entero sin tocar la tarjeta de crédito. La ausencia total de tiendas a poca distancia a pie sin duda había ayudado.

Tras pagar el teléfono y el seguro, también pagó el segundo mes de alojamiento en casa de la abuela de Mokpo. Aunque siempre estaba a punto de salir corriendo de aquella habitación llena de ciempiés, decidió quedarse para hacerle el favor a Seokyeong.



Pero ¿no te molesta que actuara así durante una sesión de boda? —preguntó Jebi a Seokyeong.

Él negó con la cabeza.

—Ella es la única que no me trata como a un forastero. —Era por la tarde y Seokyeong estaba sentado junto a la ventana de la galería limpiando las lentes de las cámaras—. Cuando llegué aquí por primera vez, Mokpo *samchon* compartió sus comidas conmigo. Como sabes, no hay muchos restaurantes cerca. Sobrevivía a base de *ramyeon* envasado mientras renovaba este sitio. Después de un mes, no podía más. Fui por el barrio, llamando a las puertas, diciendo a la gente que echaba mucho de menos la comida casera y pidiéndoles que tuvieran la amabilidad de venderme una ración. Pero como no era de aquí, no querían saber nada de mí. Solo Mokpo *samchon* fue diferente. Me dejó pasar. Un día cenábamos juntos y tal vez sintió que yo atravesaba un momento difícil, o había visto mis esfuerzos por acercarme a los lugareños, pero repentinamente me dijo… —Se detuvo.

—*¿Qué? ¿Qué* te dijo?

Seokyeong imitó la expresión y la voz de la abuela.

—¿Sabes lo que es *koendang*?

—*¿Koendang?*

—Sí, en Jeju se llama así a una relación familiar, un vínculo de sangre. Es lo que hace que las personas cuiden de los demás. Pero la abuela de Mokpo me dijo: «Si quieres ser *koendang*, la única forma de conseguirlo es casándote con alguien de aquí». Así que le pregunté si eso hizo ella. La abuela asintió. Y luego añadió: «Hay una muchacha que se llama Yanghee. Está divorciada y vive en casa de sus padres con su hijo pequeño. Es la única mujer joven de nuestro pueblo. Mañana voy a bucear. Ven cuando casi hayamos terminado y te la presentaré».

Así había empezado la historia de amor unilateral. Jebi sintió una

oleada de resentimiento hacia la abuela de Mokpo, pero no el suficiente para echarla de su casa. Se estaba encariñando con la anciana, y aún más con su comida.

Aunque Seokyeong a veces la invitaba a cenar con él en el estudio fotográfico, ella sabía que él era su jefe. Se sentía obligada a fregar los platos y no podía opinar sobre el menú. Con la abuela de Mokpo nunca tenía que fregar los platos. Y la comida siempre estaba riquísima. Hacía kimchi fresco con lechuga o cebollino de su huerto, y cocinaba al vapor la pesca del día, como caracoles marinos o percebes. Jebi engullía la comida en un abrir y cerrar de ojos. Antes de llegar a Mulkkureok, tenía la costumbre de tomar un helado después de cenar, pero después de engullir la comida casera de la abuela, no se le pasaba por la cabeza picar nada.

—¿Cómo vas a tener suficiente energía si comes tan poco? Las chicas tenéis que comer bien.

A Jebi le gustaba en secreto que la abuela de Mokpo le diera la lata. Su propia abuela nunca se había preocupado y crecer en ese ambiente la llevó a anhelar el afecto y la atención de un adulto.

Tras deducir sus gastos, Jebi ingresó lo poco que le quedaba de su sueldo en una cuenta de ahorro, donde poco a poco iría acumulando intereses. Al principio pensó en invertir en bolsa, pero después de leer al respecto, decidió dejar de lado la idea por el momento. Todos los libros sobre el tema aconsejaban invertir solo en un sector con el que se estuviera familiarizado, y Jebi no tenía ninguna experiencia en ese sentido.

Con un dinero que apartó, compró la mejor comida para perros que pudo encontrar.



—Justo cuando por fin empieza a funcionar el negocio, ya estamos a finales de agosto —se lamentó Jebi mientras llenaba el plato de Bell con pienso de salmón.

Con la lengua fuera, Bell se fue derecha a la comida.

—No pasa nada, Jebi. En Jeju el verano dura hasta septiembre. Hay mucha gente que evita el pico estival y viene hacia el final de la temporada. —Seokyeong estaba actualizando las fotos de la galería —. Echa un vistazo. ¿Qué te parece?

Jebi llenó un cuenco de agua fresca para Bell antes de acercarse a él. En la pared colgaba una foto del pulpo *jangseung* y, a su lado, una del grupo de motoristas recorriendo a toda velocidad la carretera de la costa.

La foto que más le llamó la atención fue el primer plano de una boca abierta: una lengua roja y unas muelas del juicio brillantes. La foto era atrevida, con un encanto extraño.

A su lado estaba la foto de Jungmi que Jebi había hecho con su móvil.

Jebi se quedó boquiabierta.

—¿Seguro que quieres colgar eso ahí? No es igual de buena que tus fotos…

—Está bien. Y mira, tu nombre también aparece aquí. —Seokyeong sonrió y lo señaló.

Al lado del marco había una pequeña etiqueta con la fecha en la que se hizo la foto y el nombre de la fotógrafa.

Jebi se tapó la boca con la mano.

—¡Dios mío! ¡Mi debut como fotógrafa!

Seokyeong sonrió.

—No del todo. Te he dado una oportunidad. Cuando entren clientes y vean la foto quedarán impresionados. Es una imagen que provoca una reacción en la gente. Pero un debut de verdad es cuando a alguien le gusta lo bastante tu foto como para pagar por ella.

Jebi frunció la nariz y dijo de broma:

—Es un poco raro escuchar a un artista como tú hablar de dinero.

—Por supuesto. El dinero es importante. ¿No te dije que compré este edificio en una subasta? —Seokyeong estaba usando un paño

de microfibra para limpiar los marcos—. No se me da muy bien tratar con los clientes, pero por suerte ahora te tengo a ti para que me ayudes. Jebi-ya, algunas personas piensan que el dinero y el arte van por separado. Pero en este mundo, después de la vida y la salud, lo más importante es el dinero. El verdadero arte tiene valor, merece la pena ponerle precio.

Jebi pensó en sus antiguos compañeros del estudio fotográfico de Seúl. No le gustaba cómo trabajaban e incluso los menospreciaba un poco. Pero consiguieron vender su trabajo.

De repente, Jebi sintió respeto por ellos.

—Expondré más obras tuyas en el futuro, si son buenas —dijo Seokyeong con una sonrisa.

Jebi se mordió el labio.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—¡Esa es la actitud! Pero no resultará fácil. Esta es la suerte del principiante. —Seokyeong señaló la foto de Jungmi—. Recuerda, si te empeñas en hacer fotos buenas, solo conseguirás hacer malas. No obstante, tienes que seguir intentándolo. Y, un día, llegará el momento en que te olvides de querer hacer fotos buenas. Entonces te convertirás en una fotógrafa de verdad.

Jebi se quedó de pie frente a los marcos dando golpecitos en el suelo con el pie.

—No importa quién sea el fotógrafo. Lo que importa es si las fotos son buenas. El arte de un aficionado o de un maestro siempre será reconocido.

—¿Esa es otra frase del tal Stephen?

—No. Es de Lee Seokyeong.

De pronto, Jebi notó que tenía una expresión sombría. «Ahora que lo pienso, lleva toda la mañana distraído».

—*Sajangnim*, ¿ha pasado algo?

—¿Hm? No, nada. —Seokyeong siguió quitándoles el polvo a los marcos. Un segundo después, le sonó el teléfono en el bolsillo. Rápidamente lo sacó y contestó.

Terminó la llamada poco después y levantó el puño

entusiasmado.

—¡Jebi-ya! ¡Nos han dicho que vayamos!

—¿Quién? ¿A dónde?



Jebi seguía confusa cuando Seokyeong le tendió el casco. Se subieron a la moto y se alejaron despacio: una niebla densa cubría el pueblo.

Aparcó frente a un edificio blanco largo. En un letrero de madera que había en la entrada ponía:



Jebi se detuvo al ver una multitud aglomerada en el gran vestíbulo. Todo el mundo estaba charlando en pequeños grupos. Cuando los asistentes vieron a Seokyeong y a Jebi intercambiaron miradas significativas.

—¿Qué pasa? —susurró Jebi mientras se colocaban en una esquina.

—Son los preparativos para el festival. En febrero del calendario lunar, el pueblo celebra todos los años la fiesta del pulpo gigante. Damos la bienvenida al pulpo que llega a tierra y luego elegimos al enviado que lo devolverá al mar.

Seokyeong saludó a todo el mundo con una sonrisa. Algunas *haenyeo* mayores que había conocido Jebi en la costa se acercaron a él y le dieron la mano con afecto, pero otras evitaban su mirada descaradamente.

—Muchas personas no parecen contentas de vernos —susurró Jebi.

—Bueno, no puedes esperar caerle bien a todos los vecinos, ¿•verdad? No pasa nada. Que nos inviten significa que nos reconocen como parte del pueblo. Llevo mucho tiempo esperando este día. —Seokyeong se irguió un poco más y respiró hondo.

—¿También es la primera vez que vienes? Vaya. Has tardado un año entonces.

—Sí, y eso se considera bastante pronto.

—Entiendo… No veo al padre de Yoona. —Jebi miró alrededor buscando a la familia.

—Claro. Porque se mudaron aquí hace seis meses.

—Pero yo llevo menos de seis meses.

—Te consideran como parte de mi familia. Aquí no se trata del individuo. Claro que a algunos no les gusta que estemos aquí. Oí que lo sometieron a votación, fue casi el cincuenta por ciento. Solo un voto lo decidió a nuestro favor. ¿Sabes de quién?

Jebi negó con la cabeza.

—Mokpo *samchon*.

Jebi vio a la anciana al otro lado de la habitación, sentada con los ojos cerrados. Por la forma en que movía ligeramente los labios, parecía estar rezando.

Justo entonces, Yanghee y su hijo Dongwon entraron e inclinaron la cabeza en señal de disculpa por su retraso. Al ver a Seokyeong, Dongwon se soltó de la mano de su madre y se abrió paso entre la multitud para llegar hasta él, dejando a Yanghee con cara de disgusto.

—¡Empezamos! —Tras comprobar que todo el mundo estaba sentado, el alcalde gritó pidiendo atención.

Dos jóvenes salieron de la habitación y regresaron llevando entre los dos una gran palangana de goma. Dentro había una estructura en forma de caja envuelta en tela negra. Todos se desplazaron automáticamente para hacer sitio a la palangana en el centro de la sala.

Con sus grandes manos, el alcalde desenvolvió la tela negra y dejó al descubierto un tanque transparente de agua. Dentro había una criatura marina extraña y maravillosa. Todos aplaudieron, se inclinaron profundamente y murmuraron en voz baja.

Jebi observó fascinada, dándose cuenta un poco tarde de que debía inclinarse igual que los demás.

Dongwon soltó una risita. Era un niño adorable, con sus rizos naturales y la nariz algo respingada.

—¿Qué pasa? —susurró Jebi a Seokyeong.

—¡Qué tonta! ¿No ves que es un *mulkkureok*? —interrumpió Dongwon.

Jebi lo miró antes de volverse a Seokyeong.

—¿No estamos en temporada de veda del pulpo gigante?

—Lo capturaron antes de que terminara la temporada y lo han mantenido en un acuario hasta ahora —dijo Dongwon mientras se subía a la espalda de Seokyeong.

—¿Quién?

—El alcalde, por supuesto. ¿Quién más? *Samchon*, esta *nuna*[11] no sabe nada.

Al otro lado de la habitación, Yanghee entrecerró los ojos a su hijo y se llevó un dedo índice a los labios. Inmediatamente, Dongwon guardó silencio.

—Una hembra de pulpo con huevos elige al *saja*, el enviado. La pescan antes de la veda y la cuidan. El alcalde ha sugerido varias veces retrasar la fecha de inicio de la veda, pero siempre rechazan su propuesta en las votaciones —susurró Seokyeong.

—Deprisa, empecemos —instó alguien.

En ese momento, el alcalde metió ambas manos en el tanque y cogió al pulpo. No solo era enorme y pesado, sino que sus ventosas se agarraban con fuerza al tanque, así que los dos hombres que lo llevaron a la sala se apresuraron a ayudar.

—Comprueba si es una hembra —dijo una de las ancianas *haenyeo*.

—Pensáis que no lo he comprobado en todos los meses que llevo

cuidando de ella —replicó el alcalde, pero los lugareños seguían insistiendo.

—¡Compruébalo! —gritó una de las buceadoras experimentadas, una *haenyeo sanggun*.

Con cara de frustración, el alcalde levantó el pulpo y se lo mostró a todos.

—Mirad, tiene ventosas en los ocho brazos. Si fuera macho, uno de sus brazos sería plano y no tendría ventosas en la punta.

Todos se acercaron y asintieron.

El alcalde volvió a meter el pulpo en el tanque y lo cubrió con la tela negra. De repente, empezó a darle vueltas al tanque.

—¿Qué hace? —Jebi alzaba el cuello para ver por encima de la multitud. La gente que los rodeaba se volvió para mirarla, como diciéndole que se callara.

—Trata de hacer las cosas justas. Observa y lo entenderás —respondió Seokyeong en un susurro.

Como un mago, el alcalde retiró de repente la tela negra. Todos se irguieron un poco, juntando las manos delante del pecho.

El pulpo, que parecía un poco molesto, empezó a salir del tanque y a maniobrar entre las piernas de la gente.

—¿Qué pasa? —Jebi se escondió detrás de Seokyeong. Mientras tanto, los aldeanos permanecían absolutamente quietos con las palmas de las manos juntas. Al toque del pulpo, bajaban la mirada y murmuraban: «Acércate», «Estoy a tu merced» o «Bendíceme».

—La *haenyeo* que elija el pulpo tendrá un año pródigo y recogerá los mejores abulones —dijo Seokyeong.

—Y si elige a un hombre, se casará con una *haenyeo* encantadora y será bendecido con muchos hijos —añadió Dongwon.

Cada vez que la criatura se arrastraba hasta las rodillas de alguien, la persona parecía visiblemente emocionada; cuando después se movía, arrugaba la cara con decepción. Como estaba prohibido influir de algún modo en la elección del pulpo, nadie se atrevía a moverse ni un milímetro.

Jebi observaba en silencio. Poco a poco, el pulpo se acercó y se

subió al regazo y luego a los hombros de la *haenyeo* que estaba a su lado. Era una *haenyeo junggun* de nivel medio. ¿Sería la elegida ese año?

Algunos suspiraron decepcionados, pero entonces el pulpo gigante volvió a bajar. Al momento siguiente, deslizó un brazo sobre el pie de Jebi.

Chilló y trató de quitárselo de encima.

—¡Deja de moverte!

—¡Te ocurrirá una desgracia!

Al oír las advertencias susurradas de los vecinos, Jebi se quedó paralizada.

El pulpo gigante de color marrón pálido estaba utilizando sus tentáculos para trepar por ella. Cuando sintió sus ventosas en la piel del cuello, no pudo soportarlo y Jebi gritó. Iba a intentar quitárselo con las manos, pero los que la rodeaban se adelantaron para sujetárselas a los lados.

—¡*Sajangnim*, ayúdame! —gritó Jebi.

Pero Seokyeong se echó atrás, encantado. Sacó la pequeña RX0 de su bolsillo y empezó a hacer fotos.

—*¡Nuna!* Ya casi está. Espera un poco más. —Dongwon saltaba de alegría.

El pulpo gigante trepó por las mejillas de Jebi hasta llegar a su cabeza. Y como si ya estuviera satisfecho, se quedó ahí.

—¿Lo veis?

—¿Qué pasa?

Había un murmullo de conmoción.

—¿Ha elegido a la chica del continente?

—¿Cómo es posible?

—¡Fíjate!

De repente, el pulpo lanzó un chorro de tinta. Muerta de miedo, Jebi dejó que el líquido tibio corriera por sus mejillas.

—Por favor —suplicó—, por favor, quitádmelo de encima… —Su voz apenas se oía. Sentía que estaba a punto de desmayarse.

El alcalde hizo un gesto con la mano e, inmediatamente, los dos

hombres se acercaron e intentaron separar con cuidado los tentáculos del pulpo de su cuello. Pero el animal se negaba a ceder.

Al final, los hombres consiguieron quitárselo de encima. En cuanto lo hicieron, Jebi se desplomó en el suelo.

Seokyeong corrió hacia ella y se arrodilló a su lado para limpiarle la tinta del pelo con un pañuelo.

—Deberíamos intentarlo de nuevo, ¿no? —se quejó alguien en voz alta.

—Calla, no digas eso. La mala suerte se cebará con nosotros —gritó enfadado el alcalde.

—Bueno, no tenemos elección. Ella es la elegida.

—Sí, sí —corearon las *haenyeo* ancianas.

—Por eso dije que solo se invitara a los habitantes del pueblo —se quejó una *haenyeo sanggun*.

—Es la voluntad del dios *mulkkureok*. ¿Qué vamos a hacer? Si interferimos repitiendo la ceremonia, puede que el pulpo no elija a nadie.

—¿Ha pasado eso alguna vez?

—Ha habido años así. Y el pueblo sufrió una mala cosecha y las *haenyeo* enfermaron.

—Vale, vale. Deja de decir cosas tan *poco propicias*:

Cuando se calmó el descontento, todos se volvieron hacia Jebi. Se hizo el silencio. Jebi miró a su alrededor con los ojos desencajados y temerosos.

—Ahora eres la elegida —declaró solemnemente el alcalde.

—Sí. Tú serás quien lleve la ofrenda de *mulkkureok* al mar —continuó una *haenyeo sanggun*.

—¿Acabas de decir al mar? Pero si no sé nadar. —Jebi, alarmada, agitó las manos.

Todos se miraron, el desdén era evidente en sus ojos.

—¿Quién va a hacerlo? —El alcalde rompió el silencio y miró a izquierda y derecha.

—¿Hacer qué? —preguntó una de las *haenyeo* ancianas.

—Alguien tiene que enseñarle a bucear, a nadar.

Al oírlo todos miraron a sus regazos, agitaron las manos *en* señal de rechazo y murmuraron que estaban ocupados.

El alcalde miró fijamente a la multitud y, de repente, chocó las palmas de las manos como si se le hubiera ocurrido una idea.

—Yanghee, hazlo tú.

Se levantó bruscamente.

—¿Por qué yo?

—Eres la elección obvia. La chica del continente ni siquiera conoce nuestro idioma. ¿Cómo esperas que las *sanggun* le enseñen? Sois jóvenes, ya os entenderéis.

Las palabras del alcalde fueron definitivas. Mientras Yanghee enterraba la cabeza entre las manos, frustrada, Dongwon corrió hacia ella para consolarla con un abrazo.

Seokyeong dudó. Por supuesto, él mismo podía enseñar a Jebi a nadar. Pero esta era una oportunidad para que Jebi estableciera una relación más estrecha con los vecinos, y con Yanghee, lo que no sería malo.

«O más bien, sería genial».



Capítulo 8
Bajo las olas

Los encargos empezaron a aumentar cuando la foto del pulpo gigante en la cabeza de Jebi que colgaron en internet se hizo viral, sobre todo después de que un famoso editor de una revista le diera un «me gusta». Quizá esta fue la primera de las bendiciones del dios *mulkkureok*.

Seokyeong y Jebi hacían sesiones cada dos días. La mayoría eran de vacaciones, con familias o grupos de amigos que querían fotos en lugares pintorescos de la isla. Pronto adquirieron experiencia y se dieron cuenta de que las sesiones al aire libre eran pan comido.

Todo iba bien, salvo que, de forma extraña, el bautismo del pulpo parecía haber privado a Jebi de los sentidos del olfato y del gusto. También había perdido el sentido del tacto en el rostro. Cada vez que se lavaba la cara o se maquillaba, se sentía desconcertada por la sensación o, mejor dicho, por la falta de ella.

Preocupado, Seokyeong la llevó al hospital de la ciudad.

—Es probable que se deba a las toxinas de la tinta del pulpo. Pero los síntomas deberían remitir pronto.

El médico le recetó varios medicamentos y le dijo a Jebi que regresara si no notaba mejoría.

De vuelta en el estudio fotográfico, lo primero que tenía que hacer Seokyeong era llamar al alcalde para informarle de que Jebi

había vuelto sana y salva al pueblo.

«Ten en cuenta que no puedes salir de la isla». El día que el pulpo la eligió, el alcalde le había advertido a Jebi que, si la elegida salía de la isla antes del próximo festival de primavera, caería la desgracia sobre el pueblo.

Además, los días que no tenía sesión programada, Yanghee daba clases de natación en el mar a Jebi.

La única manera de describir la actitud de la *haenyeo* hacia ella era fría. Jebi no la culpaba: la mujer no ganaba nada con esta tarea. A pesar de llamarlo lecciones, el pueblo no le pagaba por el trabajo, lo atribuía a la obligación de cada habitante de ofrecer voluntariamente sus servicios a la elegida.

Mientras Yanghee no se molestaba en ocultar su desdén, Jebi se esforzaba por mantener la cordialidad.

—¿Puedo llamarte *eonnie*? ¿Cuál es tu apellido? Yo soy Jebi, Yeon Jebi. —En el vestuario, Jebi metió un pie en el traje de neopreno que le habían prestado las *haenyeo* y se retorcía de un lado a otro para subírselo. Tras un largo forcejeo, por fin consiguió abrocharse al cuello el flotador infantil.

En la otra esquina, varias *haenyeo* se cambiaban y charlaban entre ellas en el dialecto local.

—Mi apellido es Go.

—Go… Yangyi. Ah, como *goyangyi*, un gato.

—¡Es Yanghee! Go. Yang. ¡Hee!

—No pasa nada, *eonnie*. Yo también crecí siendo objeto de burlas por mi nombre. Me llamaban *sujebi*, fideos rotos, y *jokjebi*, comadreja.

—¡Por Dios! Que a ti te dé igual que se burlen de ti no significa que a mí también. Ya basta de tanta tontería y métete en el agua —gritó Yanghee y entonces murmuró para sí misma—: Estaría mejor recogiendo abulones que…

Las *haenyeo* salieron del vestuario y Yanghee, con Jebi detrás, la siguió. Sentadas junto a la orilla, las buceadoras se frotaban las gafas con artemisa mientras las olas rompían en la arena.

Yanghee se dirigió hacia ellas. Detrás, Jebi caminaba despacio, con unas aletas amarillas en la mano.

—Tengo curiosidad. ¿Cuánto ganan las *haenyeo*?

—¡Shhh! —Yanghee empujó a Jebi para hacerla callar y lanzó miradas furtivas a su alrededor para asegurarse de que ninguna de las *haenyeo* mayores la había oído.

Jebi se tambaleó, perdió el equilibrio y hundió los pies en el agua. Sobresaltada, trepó rápidamente por las rocas, lejos del alcance de las olas.

—¿Es suficiente para criar a un niño? ¿Quién cuida de Dongwon cuando estás buceando?

—¡Haces demasiadas preguntas! ¡Métete en el agua! —Yanghee le dio otro empujón.

—Me meteré en el agua cuando me lo digas. —Jebi, que seguía ganando tiempo, se agarró al brazo de Yanghee y se separó tras un breve forcejeo.

Yanghee negó con la cabeza y soltó un suspiro de resignación.

—Vale. Mi madre cuida de él. ¿Hemos terminado con las preguntas?

—¿Y cuánto ganas en un año?

—Veinte millones de wones.

Jebi dio un traspiés por el asombro.

—Pero eso no es suficiente para criar a un niño.

—Por eso tengo otro trabajo —dijo Yanghee mientras se ponía la capucha del neopreno.

—¿Cuál?

Yanghee la miró exasperada.

—¿Estoy obligada a contártelo todo? He respondido a tus preguntas. ¡Ahora tienes que cumplir tu parte del trato!

Jebi asintió. Pero se retorcía de incomodidad y miraba al mar con ansiedad.

—Yo… tengo miedo al agua. Casi me ahogo en una piscina cuando era niña.

Yanghee se limitó a observarla.

—*Eonnie*, ¿puedo preguntarte algo? ¿Qué pasa si la elegida no puede nadar? ¿Y si se niega a meterse en el agua?

Yanghee le lanzó otra mirada feroz y curvó los labios en una sonrisa sarcástica.

—La elegida ha sido bendecida con la abundancia. Pero si no hace lo que debe, sufrirá un gran daño.

—¿Un accidente de coche, por ejemplo?

—¿Eso es lo que más temes? —Yanghee se volvió hacia el mar. Los *tewak* de las *haenyeo* flotaban en la superficie del agua como si fueran mandarinas—. Seguro que hay algo que temes por encima de todas las cosas —continuó mientras se sentaba en las aguas poco profundas y empezaba a limpiar sus gafas—. Creemos que, si no haces esto por el dios *mulkkureok*, se hará realidad lo que más temes.

Jebi palideció.

—Ajá, deberías verte la cara…, parece que hay algo. Entonces, seguro que lo consigues. —Yanghee recogió un poco de agua con sus gafas y se mojó la cabeza y los hombros.

—¿Y tú, Yanghee *eonnie*? ¿Qué es lo que más temes?

—Hm. ¿Por qué iba a decírtelo? —Yanghee se echó el *tewak* al hombro.

—Apuesto a que tiene algo que ver con Dongwon.

Yanghee, que ya se había levantado, se volvió hacia ella.

—¡Basta de cháchara! Métete. —Yanghee agarró el brazo de Jebi y tiró.

Jebi gritó y forcejeó hasta quitársela de encima. Desesperada por retrasar el momento de meterse en el agua, soltó:

—¡*Eonnie*! Por casualidad, ¿has probado alguna vez a hacer surf? —Jebi temblaba mientras se agarraba al flotador del cuello.

—No tienes remedio, ¿verdad? —Yanghee meneó la cabeza exasperada y se metió sola en el mar.

Jebi vio cómo el *tewak* de Yanghee se alejaba.

Desde la azotea del estudio fotográfico, alguien había presenciado toda la escena. Seokyeong bajó sus prismáticos y dejó

escapar un pequeño suspiro.



Lo único que consiguió Jebi fue meterse hasta los tobillos antes de dar por terminada la jornada.

De vuelta en el estudio fotográfico, Jebi, apoyada en el mostrador, consultando Instagram como de costumbre, vio un nuevo encargo. Corrió a la azotea, donde Seokyeong estaba preparando una fiesta al aire libre. Había una mesa de madera y sillas bien dispuestas y en las paredes colgaban hileras de luces multicolores.

—*¡Sajangnim!* ¿Sabes bucear en apnea? Tenemos una petición para una sesión bajo el agua.

Bell se acercó dando saltitos y empezó a lamerle los dedos de los pies.

—Sí. Aprendí un poco después de abrir el estudio —dijo Seokyeong mientras encendía las luces para probarlas.

Jebi se quedó mirando las luces LED que parpadeaban al sol. Cogió a Bell en brazos, estiró una mano y tocó las bombillas.

—Vale…, pero ¿crees que puedes hacer una sesión bajo el agua? ¿No es difícil bucear con una cámara?

Seokyeong se echó el flequillo hacia atrás.

—No te preocupes. Stephen Gertz hizo una vez fotos bajo el agua de un vertido de petróleo. Aprendí muchas cosas estudiando su trabajo. Sé lo que hay que hacer.

—¡Genial! —Jebi levantó el pulgar.



Seokyeong bajó a su habitación, encontró su GoPro y la carcasa sumergible y sacó su equipo de buceo de una caja que estaba

debajo de la cama.

Jebi asomó la cabeza por la puerta.

—Cuando estés con la sesión…, ¿qué hago? Sabes que no sé nadar… No creo que pueda ayudarte.

—¿Puedes ocuparte de los preparativos para la fiesta de después? —preguntó Seokyeong mientras revisaba el equipo.

Jebi se mordió el labio.

—Pero no sé cocinar.

—Todo el mundo empieza de cero. Yo te enseñaré. Aunque solo prepares los ingredientes, me vendrá muy bien. Una sesión submarina es un trabajo duro.

Jebi asintió con solemnidad.

—¿Dónde es la inmersión?

—Aquí. En nuestro barrio. —Seokyeong sacó su cuchillo de buceo, abrió la hoja y la examinó.

—¿Aquí? ¿Os lanzaréis desde la colina, por ejemplo?

Seokyeong se quedó boquiabierto.

—¿Qué dices? Si te tiras desde aquí caerías en las rocas. —Se quedó pensativo un momento—. Mokpo *samchon* me dijo una vez que aquí murió gente al perder el equilibrio. Creo que en parte por eso este lugar se subastó barato… —Sacudió la cabeza, aclarando sus pensamientos—. De todos modos, la apnea no consiste en lanzarse a bucear desde las alturas. Conoces el buceo con botella, ¿verdad? La apnea es básicamente lo mismo, salvo que se practica en aguas menos profundas y sin botella. Podemos ir donde trabajan las *haenyeo*. Aunque eso podría no ser muy factible… —Seokyeong dobló el cuchillo y lo guardó en su bolsa.

—¿Por qué?

—No importa. Seguro que no hay problema, supongo —dijo cerrando la bolsa.



Unos días más tarde, un grupo de seis personas, que parecían tener unos veintitantos años, llegó al estudio fotográfico en unos lujosos coches deportivos.

Jebi se puso un delantal y siguió a Seokyeong para recibir a los clientes. Cuando vio una cara conocida, casi le flaquearon las piernas.

—¿Yeon… Jebi? ¿Qué haces…? —farfulló uno de los hombres cuando la vio.

—¿Un amigo? —preguntó Seokyeong al tiempo que le tendía la mano para estabilizarla.

—No. Es decir… Él fue… —Negó con la cabeza y dejó que la frase se desvaneciera.



Seokyeong iba a llevarlos a bucear en apnea frente a la costa, donde las dunas. La Asociación de las Haenyeo le había dado permiso para bucear en la zona por treinta mil wones por persona. Sin embargo, tenían estrictamente prohibido coger marisco o dañar el ecosistema marino durante la inmersión.

En el mostrador, Jebi tomaba notas mientras Seokyeong le explicaba qué hacer en su ausencia. Primero, debía descongelar el pulpo y las caracolas, después, limpiar las caracolas con un cepillo mientras cocinaba el pulpo al vapor. Una vez cocido el pulpo, tenía que trocearlo asegurándose de que pudieran identificarse las diferentes partes. A continuación, limpiaría y prepararía la sepia recién pescada y los langostinos.

Después de comprobar que tenían arroz y *ramyeon* de sobra en la alacena, Jebi volvió a engancharse el bolígrafo en el delantal. Estaba nerviosa. ¿Y si no podía terminar todo a tiempo? ¿Cómo se las arreglaba Seokyeong para hacerlo todo él solo?

Mientras tanto, el grupo reía y charlaba echando un vistazo a la galería. De las dos mujeres, una tenía una melena hasta la cintura y

la otra un elegante corte recto. Uno de los hombres llevaba un pendiente de aro; otro tenía unos números tatuados en el brazo; el tercero era barrigudo y el último le sacaba una cabeza a los demás.

Al principio parecía que había dos parejas en el grupo, pero Jebi no tardó en darse cuenta de que solo el del tatuaje y la chica del corte recto salían juntos.

—Mirad esto. ¿Una persona puede tener tantos dientes? —exclamó la chica de pelo corto mientras miraba las muelas del juicio de Jungmi. Los demás se agolparon alrededor de la fotografía enmarcada.

—Vaya. ¿Esa boca es de alguien?

—Eso parece.

—Imposible. Apuesto a que es una foto compuesta, ¿verdad, *sajangnim*?

Seokyeong, que estaba haciendo varios viajes al todoterreno para cargar el equipo fotográfico y una botella de oxígeno (como era el fotógrafo, él se sumergía con botella), sonrió ante su reacción.

—No. Las cuatro muelas del juicio le salieron derechas, así que tiene treinta y dos dientes, una dentadura completa.

Hubo un momento de silencio mientras todos se palpaban la boca con la lengua.

—Este sitio es genial, me alegro de haber venido —dijo el alto mirando el resto de las fotos.

—¡Sí, te lo dije! —aplaudió la chica de pelo corto—. ¿Recordáis lo escépticos que erais? —Miró a los demás. La recién llegada llevaba un collar y una pulsera sencillos, pero, a todas luces, de muy buena calidad, probablemente de diseño.

—No es que no confiáramos en ti… —protestó el alto—. Oye, ¿esa eres tú? —Se volvió hacia el mostrador señalando la foto del pulpo en la cabeza de Jebi.

—Em, sí. —Jebi asintió mientras ponía el pulpo en la vaporera.

—¡Guay!

—¿Tuviste miedo?

El curioso grupo se reunió alrededor de la cocina.

—¡También podría estar editada! —La chica del pelo corto rio delante de la imagen.

—No. Es un pulpo de verdad. Lo capturaron en el agua, delante del pueblo —dijo Seokyeong, que regresaba del coche.

—¿De verdad? Vaya. ¿Y cómo es la sensación? —Los ojos de la chica de la melena se iluminaron mientras movía los dedos sobre su cabeza para imitar a un pulpo.

—Húmeda y viscosa —aseguró Jebi—. Tenía tanto miedo que me quedé en blanco.

—¿Debería posar así luego? —soltó de repente la chica del pelo corto, cambiando de tema. De pie en medio de la galería, con su traje de neopreno blanco de una pieza, extendió los brazos en una pose de balé e hizo un *split*.

—Así estás muy bien.

Todo el mundo volvió su atención a la chica del pelo corto, le sacaron fotos con sus teléfonos y se las enseñaron.

Ella sonrió.

—Estoy tan contenta de haber venido aquí.

—Sí. No hay nada peor que pasar el verano entre libros —dijo la de la melena larga; se pasó los dedos por el pelo y lo recogió en una coleta—. Juré que, aunque tuviera que repetir el examen de acceso a la universidad, nunca me presentaría dos veces a las oposiciones. Pero ¡maldita sea, ya es mi tercer intento! Y me he ido de vacaciones sin saber si he aprobado… Me gustaría dejarlo todo y vivir aquí. Podría abrir una tienda de buceo. A ti te vendría bien —dijo, volviéndose hacia la chica del pelo corto—. Sería la luz al final de tu túnel.

La aludida soltó una carcajada.

—Bueno, he entrado en el infierno laboral.

—Chica, yo me quedaría en ese infierno. No hay nada peor que estos exámenes.

—Señoritas, ¿podemos no hablar de estudios en vacaciones? Estáis cortando el rollo —intervino el alto.

—No puedo evitarlo. Lo tengo en la cabeza las veinticuatro horas

del día. Tú y Minah habéis encontrado trabajo, por eso no lo entiendes.

—Bueno, si tanto te deprime, deja las oposiciones y busca trabajo —le espetó el alto—. Y ya sé que me menospreciáis en secreto por trabajar en una empresa pequeña. Solo digo que es mejor aceptar lo que se pueda mientras hay alguien dispuesto a contratarte. En un abrir y cerrar de ojos estarás llegando a los treinta años.

Se hizo un silencio incómodo.

—Vamos, nadie te menosprecia. —La chica del pelo corto se rio nerviosa y le dio un codazo en el brazo.

—Hay que ser realistas, chicos. Si os fijáis, quedan muchas vacantes en empresas más pequeñas. —El alto le rozó la cintura a la chica del pelo corto antes de apartarse.

La interacción no escapó a los ojos del tatuado.

—Las pequeñas empresas pueden ser una auténtica pesadilla. Prefiero las oposiciones.

Todos, menos el alto, estallaron en carcajadas y el tío del tatuaje sonrió satisfecho al ver la cara enrojecida del alto.

—¿Podemos relajarnos? Estamos de vacaciones. Hemos venido a comer, beber y nadar —protestó el grandullón mientras se daba palmaditas en la barriga.

—Sí. Disfrutemos y creemos recuerdos que nos ayuden a sobrellevar la miseria de la rutina —dijo el del pendiente. Jebi se dio cuenta de que tenía la costumbre de jugar con el aro cuando hablaba.

Sin que el resto se fijara, el tío del tatuaje se dirigió a la encimera de la cocina.

Seokyeong le lanzó una mirada curiosa a Jebi, pero no intervino.

—Oí que habías venido a JeJu. ¿Estás aquí sola? —preguntó el tatuado en voz baja.

Al principio Jebi lo ignoró, pero el chico siguió rondándola y acercándose hasta que ella finalmente levantó la cabeza.

—¿Por qué? ¿Hay alguna razón por la que no deba estar sola? —

siseó mientras sacaba las caracolas congeladas de la nevera y las colocaba en un cuenco de acero inoxidable.

—No quería decir eso. ¿Por qué eres siempre tan susceptible? —El tío del tatuaje se llevó un dedo a los labios.

Jebi lo miró. Las cejas oscuras y la nariz aguileña eran como ella recordaba. También su piel clara. Jebi se alegró de haber perdido el sentido del olfato para no tener que respirar su característica colonia, que nunca dejaba de oprimirle el corazón.

La mirada de Jebi se posó en su brazo. «31102». El tatuaje de los números. Debía habérselo hecho después de que rompieran el 31 de octubre. Entonces, ¿el otro número? Jebi no pudo evitar la curiosidad.

—Debe estar guay trabajar en un sitio así. Qué envidia —dijo la chica del pelo corto mientras se acercaba a su novio y le pasaba los dedos por el tatuaje.

Jebi cogió el cepillo de cocina y empezó a frotar las caracolas con más fuerza de la necesaria.

El chico se volvió hacia ella.

—¿Qué hay que envidiar? Has aprobado las oposiciones.

Ella soltó una risita tintineante.

—Solo trabajaré en la oficina de aduanas. No es muy glamuroso. —Mientras hablaba, la mujer deslizó los dedos largos y finos sobre la madera de la encimera de la cocina, los cristales de las uñas brillaban con la luz.

Jebi ignoró lo rojas que tenía las manos por el agua fría del grifo. La sensación de ardor en el pecho era más difícil de ignorar. Le dolía que su exnovio la hubiera interrumpido tan bruscamente. La mujer le hablaba a ella y ella podía responder solita. Por muy bueno que fuera el trabajo de funcionaría, el estudio fotográfico Hakuda no estaba nada mal. Sin embargo, su exnovio lo rebajaba.

Sacudió la cabeza, siempre había sido así, le daban igual los sentimientos de ella.

Jebi metió las conchas limpias en la nevera y se dijo que no volvería a dejar que la trataran de ese modo.

—No te estreses, termina lo que puedas.

Jebi se sobresaltó. Mientras estaba absorta en sus pensamientos, su jefe se había acercado a ella.

Con un gesto de la cabeza, Seokyeong congregó a los clientes y se fue; solo quedaron en el estudio Bell y Jebi.



En las impresionantes dunas costeras, el grupo calentaba para la inmersión con máscaras de buceo y plomos. De los chicos, solo el grandullón optó por un neopreno de dos piezas; los demás iban con el pecho descubierto y les brillaban los músculos al sol.

Seokyeong, con un traje negro y un cinturón rojo en el hombro, sostenía la cámara subacuática en la mano. En la espalda llevaba una botella de oxígeno. Se colocó un profundímetro en el pecho y el cuchillo de buceo en la pantorrilla.

—Tengo entendido que sois profesionales de la apnea —soltó Seokyeong, y todos se hincharon de orgullo.

—Somos buceadores de nivel tres, no profesionales. Nos conocimos en el club de buceo de la universidad —respondió la chica del pelo largo.

—Sí, estamos en apnea dos minutos y treinta segundos y nos sumergimos hasta treinta metros de profundidad —añadió el alto.

—Yo no. Yo soy de nivel dos. Puedo bajar veinte metros y aguantar unos noventa segundos. —El tipo del tatuaje se sonrojó bajo las gafas.

Seokyeong asintió.

—Entendido. Disfrutad de la inmersión. Yo me moveré y haré fotos del grupo. Luego descansaremos brevemente y decidiremos el orden de las inmersiones individuales y las fotos.

Todos asintieron.

—Perfecto.

Seokyeong siguió con un tono serio:

—De nuevo, por favor, recordad que está estrictamente prohibido coger marisco. Si incumplís la norma pueden sancionaros con hasta diez millones de wones.

—Oye, escucha, no seremos buceadores profesionales, pero todos tenemos el título, no tienes que explicarnos algo tan básico —interrumpió el chico del pendiente.

Seokyeong sonrió.

—Por supuesto. No me cabe duda.

El grupo se metió en el agua.

Con las aletas de noventa centímetros de largo que llevaban en los pies, Seokyeong pensó que parecían seis peces de gran tamaño o sirenas que habían salido a la tierra por alguna razón de cuento de hadas y volvían a casa. Sus movimientos libres y experimentados conmovieron a Seokyeong, quien por un momento olvidó su tarea.

Terna treinta y cuatro años. Aún era joven, lo sabía. Pero no podía deshacerse de la sensación angustiosa de que el tiempo pasaba.

«Pero ¿querría volver a aquella época?».

Su pasado era como una película con manchas de moho y emborronada. Envidiaba la juventud del grupo, pero no creía tener la seguridad necesaria para revivir aquellos días. Durante los últimos diez años, había seguido adelante con un único objetivo en mente: abrir un estudio fotográfico. Trabajó sin descanso y sacrificó cualquier posibilidad de encontrar el amor para ahorrar y alcanzar su sueño.

Quizá ese grupo de jóvenes a los que envidiaba también pasaba por los mismos momentos difíciles.

Seokyeong se tomó un momento para ralentizar la respiración antes de descender. A medida que se sumergían, el agua se volvía de color azul tinta. En las escarpadas laderas de basalto almohadillado había corales de distintas formas y colores. Las algas danzaban con gracia mientras un banco de anchoas plateadas nadaba por encima como una lluvia pasajera.

Seokyeong hizo una señal de OK y el grupo le devolvió el mismo

gesto para confirmar que todo estaba bien. Estiró la mano, con la palma hacia delante, sugiriendo que se detuvieran a esa profundidad. Todos volvieron a hacer una señal de OK y bucearon explorando el arrecife.

Seokyeong encendió la iluminación subacuática y maniobró las asas sujetas a la carcasa de su cámara. Colocó el dedo sobre el disparador y se puso manos a la obra.



—¡Ha estado genial!

—¡El coral era precioso!

—Y ni un solo trozo de basura en el agua.

El grupo descansaba en la cima de las dunas; comían unos bocadillos con el zumo de coco que Seokyeong había comprado en Yoona's Bakes.

Para las inmersiones individuales se decidió que las mujeres fueran las últimas, así tendrían más tiempo para recuperar el aliento. Entre los hombres, el alto iría primero, seguido del chico del tatuaje, el del pendiente y, por último, el grandullón.

Para que Seokyeong pudiera aguantar, acordaron que se limitarían a dos poses bajo el agua.

El alto atravesó el agua con una inmersión de pato. Cuando estuvo a suficiente profundidad, se quitó las aletas e hizo como que paseaba por la arena. Seokyeong captó la pose desde varios ángulos. Más tarde, cuando el alto salió a tomar el aire, lanzó sus aletas a la superficie del agua y saltó sobre ellas, haciendo una pose de surfista.

El del tatuaje tardó en descender y se mantuvo peligrosamente cerca de los corales, a pesar de las señales de Seokyeong para que se alejara. Cuando, sin poder evitarlo, se arañó la pantorrilla y empezó a sangrar, Seokyeong le hizo señas para que subiera, pero él negó con la cabeza vehementemente en vez de volver y, durante un

rato, se quedó mirando el coral que le había herido.

Era sorprendente la flexibilidad del grandullón. Hizo varios giros elegantes de trescientos sesenta grados bajo el agua. Su vientre abultado le daba el aspecto de un pez globo y parecía sentirse más a gusto en el mar que en tierra.

El chico del pendiente también era un buceador consumado. En lugar de posar, le interesaba más admirar el precioso paisaje submarino. Cuando vio un pez payaso moviendo la cola entre las anémonas, se acercó con cuidado y, aunque le tendió la mano, el pez no se asustó y se alejó nadando. Seokyeong captó la interacción con la cámara.

Después le tocó el turno a las mujeres.

La chica del pelo largo, con un bañador verde menta, fue la primera en zambullirse. Al entrar en el agua, sus mechones ondulados se extendían detrás de ella como algas. Seokyeong pulsó el disparador. Entonces, cuando un banco de peces damisela de neón pasó por delante de la chica, la mujer cambió de dirección y lo siguió. Seokyeong capturó el caleidoscopio de colores con su cámara.

«¿No había dicho que quería abrir una tienda de buceo?».

¿Estaba atrapada en la carrera de la vida y apartando constantemente sus sueños? «Al menos en este momento —pensó Seokyeong—, estaba viviendo de verdad». En mar abierto, nadaba como un pez damisela. Su tarea era captar el momento para ayudarla a que nunca olvidara ese sentimiento. Seokyeong centró su silueta en el visor.

Llegó el momento de la última sesión del día. Al salir a la superficie, Seokyeong se sorprendió al ver que la chica del pelo corto había cambiado el neopreno blanco por un vestido naranja de raso. En la cabeza llevaba una guirnalda de rosas blancas.

—Consigue que parezca un hada mágica del agua.

Como la falda se le enredaba en las piernas, Seokyeong tuvo que acercarse nadando y ayudarla a ajustársela. Señaló hacia abajo con el pulgar y descendió más. Seokyeong la siguió, pero le hizo señas

para que redujera la velocidad.

La chica del pelo corto flotaba justo por encima de los corales, que agitaban sus tentáculos amarillos rechonchos. Bajo el agua, las anémonas de mar gigantes parecían flores de ciruelo en flor. La chica se quitó las aletas y nadó descalza. Seokyeong hizo fotos yendo y viniendo para asegurarse de que el vestido no le ocultaba la cara a la modelo.

La chica respiró un poco de la botella de oxígeno de Seokyeong, descendió hacia los lechos de sargazo y empezó a enroscarlos a su alrededor, lo que confundió a Seokyeong porque no entendía qué intentaba hacer. En ese momento, una forma pálida y fantasmal apareció detrás de ella. Seokyeong se apresuró a indicarle que algo iba mal.

Alarmada, miró detrás de ella. Una medusa gigante, del tamaño de un niño, nadaba entre el sargazo. La chica dio un respingo, pero en lugar de alejarse nadando para evitarla, hizo una señal con las manos para que Seokyeong siguiera adelante. Poco a poco, nadó hacia la criatura y estiró los dedos como si quisiera tocarla.

En ese momento, la medusa, arrastrada por la corriente, empezó a acercarse a ella. Seokyeong sabía que, si no intervenía, la medusa atraparía a la chica con los tentáculos y sufriría graves picaduras.

Pensando con rapidez, sacó el cuchillo de buceo y se lo lanzó a la medusa.

Esta retrocedió y se alejó nadando con la corriente.



De vuelta en la playa, Seokyeong estaba completamente agotado. Justo cuando iba a sugerir que el grupo regresara al estudio fotográfico, se detuvo. Faltaba algo. Alguien.

—¿Cómo? ¿El del tatuaje no está?

Seokyeong miró a su alrededor. Los chicos descansaban en las dunas después de cambiarse de ropa.

—Dijo que estaba aburrido y se metió al agua.

—¿Cuánto tiempo lleva debajo del agua? Su límite son noventa segundos, ¿no?

Sus amigos se miraron sin comprender. Como los chicos se habían cambiado y las chicas aún estaban cansadas de sus inmersiones, Seokyeong volvió al agua solo.

Pero el tío del tatuaje no aparecía por ninguna parte, ni en la superficie ni donde había posado antes para las fotos.

Seokyeong sintió pavor al pensar que podría haber sufrido un accidente.

De repente, una figura apareció frente a él. Un traje de neopreno negro: era una *haenyeo*. A través de la máscara de buceo transparente, Seokyeong pudo distinguir sus rasgos. Yanghee.

Le hizo una señal para que la siguiera a la superficie. Entre las dunas, se había reunido un grupo de *haenyeo*. Entre ellas yacía el hombre del tatuaje con los ojos cerrados.

—Respira —dijo la presidenta de las *haenyeo*.

—Lo vimos intentando cazar un pulpo. Estaba metiendo la mano entre las rocas cuando se le quedó atrapado el pie en el sargazo. La presidenta lo vio forcejear y lo salvó —dijo Yanghee mientras se quitaba la capucha de neopreno. Su tono era frío como el hielo.

—¿Un pulpo? —Seokyeong la miró anonadado.

—Lo devolvimos al mar, por supuesto —dijo la presidenta, mirando fijamente a Seokyeong—. Te lo advertí. Por el amor de Dios, ¿te imaginas lo que pasaría si hubiera cogido ese pulpo?

Seokyeong agachó la cabeza.

—Lo siento. Debería haber prestado más atención.

—Mira, ¡casi muere una persona! ¿De verdad un maldito pulpo es tan importante? —soltó la chica del pelo corto detrás del corro de *haenyeo*. El resto del grupo la había seguido y también miraba a las nativas.

—¿Un maldito pulpo? Entonces, ¿por qué quería atraparlo? Es nuestra deidad guardiana, nuestro salvavidas. —Las *haenyeo* estaban fuera de sí—. Cómo te atreves a poner un dedo encima de

un pulpo en temporada de veda.

—Estaba ahí, entre las rocas… —murmuró el hombre del tatuaje, tosiendo sin fuerza, como si buscara compasión para salir del embrollo.

—Cuidaba sus huevos, ¡por supuesto que iba a quedarse allí! ¿Esperas que abandone a sus hijos para salvarse? —tronó la presidenta.



—Esas *ajummas*[12] nos han cortado el rollo —se quejó la chica del pelo corto mientras abría de un empujón la puerta de entrada del estudio fotográfico.

Todos tenían una expresión sombría.

—Pero ¿se las puede culpar? ¿Por qué alguien en su sano juicio iría detrás de un pulpo? —La chica del pelo largo miró con asco al hombre del tatuaje mientras se escurría el agua del pelo.

—Tenías que dejarlo claro, ¿no? —El alto se hundió en el sofá y miró con desprecio al alborotador.

—¿Qué quieres decir? —respondió el tío del tatuaje. Llevaba al hombro una bolsa con las aletas de buceo.

—Que no eres un buceador de verdad. Que te transfirieron de un colegio universitario y te incorporaste al club mucho más tarde que el resto de nosotros.

—¿Qué coño? —El hombre del tatuaje lo miró fijamente, con cara de asco.

—Nunca toques la vida marina. Es la regla número uno. ¿Un idiota como tú quiere ser funcionario y ni siquiera puede seguir las instrucciones más básicas? Menudo chiste.

—Que te jodan. —El tío del tatuaje tiró su bolsa con las aletas y se abalanzó sobre el hombre.

El alto se levantó bruscamente y lo empujó con fuerza.

Los demás se apresuraron a separarlos.

—¡Dios mío, dejad de avergonzarnos! —gritó la chica del pelo corto. El grupo se dio cuenta tarde de que Seokyeong y Jebi estaban mirando.

—Lo hecho, hecho está. Vamos, dejadlo. —El hombre del pendiente le dio una palmada en el hombro al tío del tatuaje.

—Sí. Todavía nos queda la fiesta para ver las fotos. Estoy impaciente por saber qué se sirve —dijo el grandullón intentando sonar alegre, mientras tiraba del alto.

Seokyeong fue a la cocina a ver a Jebi.

—¿Cómo vas?

—He terminado de preparar todo. La barbacoa está lista en la azotea. Solo falta encender el carbón —respondió Jebi repasando la lista de tareas. Marcaba cada una cuando la acababa.

—Genial. No pensaba que pudieras con todo. ¡Buen trabajo! —Seokyeong echó un vistazo a los platos cocinados—. ¿Te han quedado bien?

—Sí, aunque todavía no huelo nada, me parecía que estaba preparando comida de juguete. —Jebi se encogió de hombros—. Por cierto, ¿qué ocurre?

Seokyeong le explicó brevemente lo que había pasado.

A Jebi se le cayó la mandíbula al suelo. Su exnovio casi muere por intentar pescar un pulpo.

Seokyeong negó con la cabeza y se pasó los dedos por el pelo mojado. Volvió con los clientes, que descansaban incómodos en la galería.

—La barbacoa está lista en la azotea. Hemos preparado un montón de marisco y panceta de cerdo para vosotros. Hay cerveza en la nevera y también tenemos fideos. Mientras vosotros disfrutáis de la fiesta, nosotros revisaremos las fotos de la sesión de hoy. Una vez que hayamos terminado, veremos las fotos arriba.

—Claro, tómate tu tiempo. —La chica del pelo corto sonrió. Desde que la ayudó a ahuyentar a la medusa, empezó a fijarse más en él.



Seokyeong encendió la parrilla mientras Jebi llevaba platos y cuencos de latón con comida a la azotea. Bell la seguía moviendo la cola.

De día, a Jebi le parecieron las luces poco vivas; al anochecer, estaban preciosas. Poco después la carne y el marisco chisporroteaban en la parrilla y la brisa marina expandía su delicioso aroma.

—Gracias por preparar todo esto. Por favor, sentaos con nosotros —dijo el chico del pendiente.

—Sí, comed algo —insistió el grandullón mientras daba un sorbo a la cerveza.

—¡Gracias! Pero también tenemos que hacer fotos de la fiesta… —Jebi enseñó la RX0 con una sonrisa.

—Ay, qué pena.

Los invitados conectaron un teléfono al altavoz y con la música electrónica mecían los cuerpos como las olas. Risas y charlas llenaron la azotea mientras disfrutaban de las caracolas y el pulpo recién asados y la cerveza.

El tío del tatuaje se apoyó en la pared y bebió solo. Nadie se molestó en hablar con él.

—¡Aléjate de mí!

Jebi enseguida bajó la cámara y se fijó en que su exnovio parecía intentar darle una patada a algo.

—¿Dejar suelto un chucho sucio cuando hay comida? Eso es estúpido y antihigiénico.

Jebi sintió que le subía la rabia desde el estómago cuando Bell lanzó un aullido asustado. Con el rabo entre las piernas se escabulló hacia ella.

—Nuestra perrita tiene el pelo corto y está más limpia que tú —gritó Jebi tan fuerte que probablemente la oyó todo el pueblo.

Se hizo un silencio antinatural. La música, que seguía sonando a

todo volumen por el altavoz, no ayudaba a romper la tensión.

Justo entonces, Seokyeong llegó a la azotea con un cubo de hielo.

—Jebi, ¿qué ocurre? —Se volvió hacia los clientes boquiabiertos y pidió disculpas.

—Oye, ven conmigo —dijo el del tatuaje mirando a Jebi. Sin esperarla, se dirigió a las escaleras.

—¿Se conocen? —preguntó la chica del pelo largo a su amiga, ella se encogió de hombros y no dijo nada.

Jebi le tendió la cámara a Seokyeong y bajó las escaleras.



Jebi y su ex bajaron la colina y se detuvieron al borde de la pequeña playa situada al pie de los acantilados. Las olas embravecidas chocaban en las rocas y parecían dispuestas a tragárselos en cualquier momento.

—¿Cuál es tu problema? No me digas que todavía me guardas rencor —preguntó el del tatuaje.

Jebi quería decir muchas cosas, pero de repente le costaba formar una frase.

Sin embargo, parecía que él interpretaba su silencio a su manera.

—Deberías saber que no fue fácil para mí pasar de un colegio universitario a una carrera de contabilidad de cuatro años en la universidad. El examen de traslado fue un infierno, y encajar con esa gente, aún más duro. —Levantó la barbilla hacia la cima del acantilado—. Ahora solo me queda aprobar la oposición y podré quitarme la etiqueta de «estudiante trasladado». —Suspiró con pesadez—. El año pasado estuve a punto de conseguirlo, pero me faltó una pregunta para aprobar. —Se volvió hacia Jebi y le mostró el brazo con el tatuaje—. ¡Mira! Incluso me tatué la respuesta aquí.

A Jebi se le cayó el alma a los pies. Así que esos números no tenían nada que ver con ella.

—¿Sabes por qué he vuelto hoy al mar? Quería pescar algo y cocinarlo en la fiesta. Quería impresionar a todos atrapando un pulpo con mis propias manos. Si no se me hubiera enredado la pierna en la maleza… Ese pulpo también era raro, apenas se resistía. Vi el hueco entre las rocas; allí había montones de huevos blancos pegados a la pared que se mecían como flores al viento. No podía respirar, así que seguí pataleando para liberarme. Debí golpear los huevos, porque vi cómo esas bolitas salían disparadas igual que burbujas y las arrastraba la corriente. Justo cuando iba a desmayarme, alguien me liberó de la maleza, gracias a Dios. ¿Sabes de qué me di cuenta en ese momento?

Jebi se encogió de hombros sin decir nada.

—A la mierda la oposición. ¿Qué más da si hice traslado de expediente? No es para tanto. Casi muero, pero he sobrevivido. Eso es lo que importa. Tú también deberías olvidarte del pasado. Ahora estamos vivos y con eso basta.

—Estamos vivos… ¿y con eso basta? —A Jebi le recorría una rabia intensa por el cuerpo—. ¿Cómo te atreves? ¿No tienes vergüenza? —le gritó.

Su ex se sorprendió.

—¿Vergüenza? ¿Por qué iba a avergonzarme? Y tú, ¿de verdad crees que eres mejor persona?

—¿A qué te refieres?

—Lo que pasó hace cuatro años fue duro para mí. ¿Sabes cómo me impactó la noticia? De hecho, ¡tú me debes una disculpa!

Jebi no podía creer lo que oía.

—¿Yo? ¿Disculparme?

—¿Por qué te haces la inocente? ¡No me lo puedo creer! —Se acercó a pocos centímetros de la cara de Jebi—. Vale. Te dejé embarazada. Pero eso es tan culpa tuya como mía, ¿verdad? Deberías haber usado métodos anticonceptivos adecuados. Ni siquiera me dijiste que no era un día seguro. Y ahora por tu culpa tengo que cargar con ese remordimiento…

—¿De qué habláis?

Los dos se volvieron hacia la voz. La chica del pelo corto estaba a unos pasos de distancia.

—Minah, no, no es lo que piensas… —El hombre empujó a Jebi rápidamente.

—¿No es lo que pienso? ¡Eres asqueroso! —La chica se giró y empezó a cruzar las rocas.

El ex de Jebi la siguió mientras le gritaba que tuviera cuidado.

Jebi escuchó la respuesta de la chica enfadada.

—¡Hemos terminado! De todas formas, por eso vine. Para crear unos últimos recuerdos bonitos antes de separarnos. ¡Un viaje antes de romper!



Jebi huyó.

Cuando llegó a casa de la abuela de Mokpo, se sentía vacía por dentro. La anciana regaba el jardín.

—¿De vuelta tan temprano? ¿No dijiste que regresarías más tarde porque había una sesión?

Al escuchar una voz conocida, a Jebi le brotaron las lágrimas.

Corrió hacia su habitación y empezó a hacer las maletas. Pero la nota pegada en la puerta la detuvo: «A pagar en tu primer aniversario de trabajo». Arrancó la nota y salió corriendo de la casa; la abuela de Mokpo se quedó mirándola perpleja.

Cuando Jebi se detuvo para recuperar el aliento, se dio cuenta de que estaba en la entrada del pueblo. El pulpo *jangseung*, con su pelo de erizo de mar, la miraba con severidad. Jebi recordó la primera vez que vio la estatua. Estaba empapada, sin teléfono y sin saber qué hacer. Recordó el cartel que ondeaba haciendo ruido en la oscuridad, y cómo metió los dedos en la boca del tótem y pidió un deseo.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, sacó el teléfono del bolsillo y marcó un número. Contestaron de inmediato.

—¡Jebi-ssi! Cuánto tiempo. ¿Cómo estás? —dijo una mujer—. No cuelgues, Jebi-ssi, por favor. ¡No cuelgues! La niña está bien. En un hogar bueno. Les di tu carta…

Era más de lo que Jebi podía soportar. Dejó caer el teléfono, sintió que las piernas le cedían y se desplomó hacia delante, dando con la frente en el suelo. Jadeaba, grandes sollozos sacudían su cuerpo. Planeaba dar las gracias a la mujer del teléfono y al pulpo *jangseung*, repetirlo diez, no, cientos de veces, pero las lágrimas no paraban.



Mientras se frotaba los ojos hinchados, Jebi regresó a casa de la abuela de Mokpo y vio que varias personas se habían reunido en el estrecho jardín. Junto a Seokyeong, la abuela se paseaba nerviosa. Cuando vio a Jebi, corrió hacia ella y la abrazó.

El alcalde tiró el cigarrillo que estaba fumando, lo pisó y se acercó con rapidez.

—¡Cuántas veces tengo que decírtelo! Si te marchas, ¡la desgracia caerá sobre nuestro pueblo!

—Ha vuelto. No digas nada más —le ordenó la abuela de Mokpo.

—Tienes razón. Está bien. Ha vuelto. —La presidenta de las *haenyeo* soltó un suspiro de alivio. Hubo un murmullo de acuerdo. Yanghee estaba entre la multitud.

—Lo siento. —Jebi hizo una reverencia profunda.

Después de que todo el mundo se fuera a su casa, la abuela de Mokpo preparó té de cebada tostada y sirvió una taza a Jebi y otra a Seokyeong.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado con los clientes? —le preguntó Jebi.

—Les ofrecí un reembolso del treinta por ciento y les pedí que se fueran. Les dije que les enviaría las fotos.

—Lo siento mucho. Por favor, descuéntalo de mi sueldo. —Jebi

agachó la cabeza y pasó el pulgar por el borde rugoso de la taza.

—Muy bien. Pero gracias por volver. —Seokyeong estiró la mano para quitarle la tierra de la frente. Seguramente se le pegó cuando cayó al suelo llorando.

Jebi no pudo evitar reírse. Notó el calor de su mano, el olor a jabón. Todo había vuelto a su sitio.



Capítulo 9
El hombre al borde del precipicio

A la mañana siguiente, Jebi se levantó al alba y ayudó a la abuela de Mokpo a regar el huerto. Se ofreció a rastrillar el jardín y, cuando llegó la hora, partió hacia la costa.

Media hora después, cuando todas las *haenyeo* ya empezaban a sumergirse, Jebi seguía de pie, rígida, en la playa. Los labios, azules por el frío, le temblaban.

—Para morir en el agua tendrías que estar metida hasta aquí —dijo Yanghee tocando la nariz de Jebi.

Jebi sacudió con fuerza la cabeza y retrocedió varios pasos.

—Entonces, está bien que el agua llegue hasta aquí, ¿no? —Esta vez, Yanghee le señaló el pecho.

Sin embargo, Jebi se negó a moverse ni un centímetro.

—Vamos, te sostendré. —Yanghee tiró de Jebi hacia delante.

Alarmada, Jebi se zafó y corrió hacia la playa. Ya habían repetido la situación varias veces: Jebi se disculpaba y, cuando Yanghee intentaba volver a meterla en el agua, huía.

Exasperada, Yanghee se abalanzó sobre ella.

—Le tienes miedo al mar y no confías en nadie. ¿Entonces, por qué vienes? Huye lo más lejos que puedas. —Cogió la capucha de neopreno que llevaba en la cintura y se la puso en la cabeza.

—No tengo a dónde ir. —Jebi bajó la cabeza. El agua cristalina le

llegaba a los pies.

—Algo habrá que te dé más miedo que ahogarte. —Yanghee se ablandó un poco y la miró—. Concéntrate en eso. Dite a ti misma que si no consigues meterte en el agua, ocurrirá lo que más temes.

Mientras Yanghee se estiraba y entraba en calor, Jebi se acercó al mar. El agua le llegaba a las temblorosas rodillas. Justo cuando estaba a punto de dar media vuelta, cerró los ojos con fuerza y dio otro paso adelante. Varios pasos después, el agua le llegaba a los muslos, al trasero y, por último, al pecho.

—Bien. Combate el miedo con miedo. —Yanghee se echó el *tewak* sobre los hombros. Metió la cabeza en el agua como un pato, se zambulló y volvió a salir a la superficie—. Un paso adelante. Un paso atrás. Hazlo cien veces antes de volver a casa.

Yanghee tiró de su *tewak* y empezó a nadar más lejos.

Jebi levantó la cabeza y entrecerró los ojos. El sol era deslumbrante y sintió que le escocía la piel. En el horizonte, los barcos pesqueros se balanceaban sobre el agua.

—Un paso adelante. Un paso atrás —murmuró Jebi en voz baja. A medida que se adentraba en el agua, se daba cuenta de que estaba superando el miedo que la atenazaba.

«Combate el miedo con miedo». La voz de Yanghee resonaba en sus oídos.

«Algo peor que ahogarse». Jebi se obligó a concentrarse en ese único pensamiento. Si aprendía a bucear y hacía lo que se le pedía a la elegida, aquello que tanto temía no ocurriría. La esperanza encendió una llama en su pecho que hizo que se desvaneciera su miedo. Un paso más y otro más… Jebi siguió avanzando. Nunca había llegado tan lejos. Se rio a carcajadas por la emoción y, de repente, se le metió agua salada en la boca.

Se atragantó y tropezó. «¡No puedo tocar el suelo!». Presa del pánico, Jebi agitó las extremidades con desesperación. Las olas la golpeaban, el agua le llenaba los oídos y la ensordecía.

«¡Me voy a ahogar!».

El mar la tragaba. Jebi intentó gritar, pero no le salió ningún

sonido. El corazón le dio un vuelco. Jadeaba, era como si le ardieran los pulmones. Distinguió borrosamente el resplandor naranja a lo lejos.

Después, solo oscuridad.

Confundida por las escenas que cambiaban rápidamente mientras su cabeza se balanceaba en el agua, Jebi cerró los ojos. Los recuerdos pasaban como en una película.

Jebi despertando a su bebé dormida y dándole el biberón. Cuando la niña se sació, la vistió con sus mejores ropas y cogió un taxi hasta el orfanato. La directora, a la que había visto varias veces, la recibió con una sonrisa, pero sus ojos expresaban tristeza. Después de cumplimentar y firmar los impresos, Jebi se quedó mirando a su bebé, que dormía profundamente en el sofá. «Es hora de despedirse», le dijo la directora. Jebi se agachó y abrazó a la niña, que gorjeaba y se agarraba dormida al cuello de Jebi. Entonces supo que no olvidaría aquel momento hasta el día que muriera.

«Vive bien y sé feliz», le susurró.

Cuando la directora cogió a la bebé, con el olor y el tacto desconocidos, la niña se retorció y se echó a llorar. Jebi la miraba, impotente; aquello fue demasiado para soportarlo, se tapó los oídos, se dio la vuelta y echó a correr…

Jebi gritó y abrió los ojos. Agitó los brazos, jadeó en busca de aire e inhaló aún más agua salada.

Lo último que vio fue una enorme ola que se acercaba.



—¡Respira! ¡Venga, Jebi-ya!

Jebi se despertó con un dolor punzante en el pecho. Alguien le bombeaba el pecho de forma rápida y constante. Entonces se dio cuenta. «RCP». Alguien le estaba haciendo la reanimación cardiopulmonar.

Sintió una oleada de náuseas, vomitó agua salada y se tumbó de

lado. Sobre ella veía el rostro de Seokyeong, completamente pálido. Jebi sintió que la sacudía. Dongwon también estaba con los ojos muy abiertos junto a su abuela. Parecía aterrorizado, sus rizos volaban al viento y se mordía las uñas con ansiedad.

Jebi sintió que una sensación agria le llegaba a la nariz, soltó un gemido y volvió a vomitar.

—¿Qué ha pasado? —Un grupo de *haenyeo sanggun* se agolpó a su alrededor.

Seokyeong no se giró. Tampoco dijo nada mientras seguía masajeando las extremidades de Jebi.

Yanghee dejó en el suelo su pesada red y se quitó la capucha.

—¿Qué pasa?

—¿Me lo preguntas a mí? —Seokyeong se volvió con el cuerpo rígido de rabia. Dongwon siguió mordiéndose las uñas. Sin esperar respuesta, Seokyeong se dio de nuevo la vuelta y ayudó a sentar a Jebi, después la cogió en brazos y la llevó hasta su moto.

Intentó dejarla en el asiento, pero se iba hacia atrás.

—A este paso, la elegida se caerá y se hará daño.

Un empleado de la cooperativa pesquera local, que había ido a recoger las capturas de las *haenyeo*, se apresuró a ayudar.

El empleado de la cooperativa prometió a las *haenyeo* que volvería, subió a Jebi en su camioneta y se dirigió a casa de la abuela de Mokpo.



—¿Cómo sabías…? —Mientras se quitaba la capucha de neopreno, Jebi se hundió en el colchón.

—Vi lo que pasaba con los prismáticos, desde la azotea —dijo Seokyeong y le puso una manta encima.

—Vaya. Espiando a tu empleada… ¿Eso no es un delito? Vas a salir en las noticias.

—Supongo que te encuentras mejor si tienes ganas de bromear

—contestó Seokyeong cortante.

Jebi se acurrucó con la manta y la olió. El aroma del detergente mezclado con el olor de la casa de la abuela de Mokpo la tranquilizaba.

—¿Por qué estás tan enfadado? ¿Por mi culpa?

Seokyeong se sentó a su lado.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Cómo?

—¿Por qué te has enfadado tanto? ¿Te preocupas… por mí?

En ese momento, la abuela de Mokpo abrió la puerta. Llevaba un cuenco de agua tibia con miel.

—Sí, por supuesto que me preocupo por ti —respondió Seokyeong. Le removió el pelo al levantarse—. *Samchon*, la dejo en tus buenas manos.

—No te preocupes por nada. Vuelve al trabajo.

La abuela de Mokpo le dio agua con miel en la boca. Jebi se sentía lo bastante fuerte como para alimentarse sola, pero fue obediente y siguió tumbada. Era la primera vez en su vida que alguien la cuidaba así.

Debió de quedarse dormida, porque cuando abrió los ojos, la habitación estaba a oscuras. Al oír voces fuera, se incorporó.

—Mokpo *samchon*, ¿estás en casa? —gritó una voz.

—¿Quién anda ahí a estas horas?

Jebi oyó el crujido de la puerta principal. Hubo un momento de silencio.

—Yanghee, ¿qué haces aquí?

Jebi creyó detectar un rastro de aprensión en el tono de la abuela. Tal vez estaba cansada después de un día duro.

—He venido a visitar a Jebi —respondió Yanghee, aunque con un tono tan frío que sorprendería menos si hubiera dicho que estaba allí para cobrar una deuda atrasada.

Jebi apartó la colcha, se levantó despacio y abrió la puerta.

—Siento todas las molestias que he causado.

—En absoluto. He venido a disculparme. —Yanghee entró en la habitación de Jebi y se sentó en un rincón.

—Gracias.

Jebi no sabía qué decir. Se preguntaba si «gracias» era una respuesta adecuada. ¿Por qué siempre que recibía una disculpa su primera reacción era de agradecimiento?

—Pero…, ¿por qué? —Jebi lanzó una mirada furtiva a la *haenyeo*.

—¿Por qué me disculpo contigo? Bueno…, tú eres la elegida. —Sus fríos ojos recorrieron la habitación—. ¿No lees? No veo ni un solo libro aquí.

A Jebi le subió un rubor por las mejillas.

—Em, no he tenido la oportunidad de ir a comprar libros.

—¿Te apetece leer algo en concreto?

—Em…, sí, muchas cosas. Quiero aprender más sobre fotografía, cocina y maquillaje…

—Puedes ver todo eso en YouTube. Nadie lee para aprender una nueva habilidad. Deberías leer para sentir.

—¿Sentir? ¿El qué?

Yanghee apretó los labios como si la pregunta no mereciera respuesta y le lanzó una mirada a Jebi.

—Me han reñido por no evitar que te hicieras daño. Mi madre, la presidenta y el alcalde.

Jebi se mordió el labio.

—Lo siento.

—Eres muy afortunada. En el pueblo todas aprendemos a bucear por nuestra cuenta.

Jebi ladeó la cabeza.

—¿No te enseñó tu madre?

—¿A qué?

—A bucear.

—Supongo que hay gente a la que sí. —Yanghee soltó un bufido —. Pero cuando tu madre es una *haenyeo*, se espera que sepas nadar y bucear prácticamente desde que naces. Las *haenyeo* estamos solas; tenemos que encontrar el valor para zambullirnos

todos los días en el agua oscura y fría como si entráramos en el más allá. —Yanghee se levantó en silencio y se dirigió hacia la ventana. Levantó la esquina de la cortina, echó un vistazo al jardín y volvió a sentarse—. La mejor manera de convertirse en *haenyeo* es el matrimonio.

Jebi pestañeó. ¿Qué intentaba, decirle Yanghee?

—La mejor manera es casarse con un hombre de Jeju. —Su tono sugería que estaba contando un secreto a Jebi—. La hija de una *haenyeo* o la mujer de un hombre de Jeju está más cualificada para convertirse en *haenyeo*, aunque sea de fuera. Y la asociación de *haenyeo* de nuestro pueblo solo tiene una vacante.

—¿Hay un límite?

—Por supuesto. ¿Te imaginas cientos o miles de personas zambulléndose en la misma pequeña porción del océano? La vida marina necesita tiempo para reproducirse. Para no alterar el equilibrio del ecosistema, limitamos el número de *haenyeo*.

—Ya veo.

Yanghee lanzó otra mirada significativa a la ventana.

—La abuela de Mokpo se convirtió en *haenyeo* tras casarse con un hombre de aquí. Al principio, los vecinos la trataron como a una extraña, pero no mucho tiempo. Mi abuela por parte de madre se hizo amiga suya. Mi abuela era *haenyeo sanggun*, una de las más experimentadas y cualificadas. Ella fue quien le enseñó.

—Ah.

—Mi abuela murió en el mar. Salió con la abuela de Mokpo un día y nunca regresó. —Yanghee volvió a mirar a la ventana—. Aún hoy no sé de quién fue la culpa. ¡Ni siquiera sé cómo murió! La abuela se negó a hablar de eso; cerró la boca como si fuera una concha. Mi madre creció sola, después de perder a su madre con diez años. Le tenía miedo al mar, por lo que era imposible que se convirtiera en *haenyeo*.

Yanghee miró a Jebi a los ojos. No había animosidad en su rostro, solo frustración ante quienes temían al agua.

—Nunca pensé tanto en la muerte de mi abuela, hasta que me

divorcié y volví a la isla. —Se colocó un mechón de pelo suelto detrás de las orejas—. No es fácil criar a un hijo y ganar suficiente dinero para vivir en el continente siendo madre soltera. Sabía que si volvía aquí, al menos mamá podría ayudarme a cuidar de Dongwon; ser *haenyeo* es como trabajar por cuenta propia. —Se inclinó hacia delante y se estiró—. Es un trabajo duro y una cuestión de supervivencia para mí. Tengo que aguantar y sacarlo adelante. Nadie me ha enseñado. ¿Por qué debería enseñarte yo a ti?

—Entonces… —Jebi tragó saliva—. ¿Cómo aprendiste?

Yanghee tardó en responder.

—Con coraje y resiliencia… Y pensando en el pulpo.

—¿El pulpo?

—Sí, todos los que crecemos aquí conocemos a los pulpos. Sabemos que los machos mueren después de aparearse y las hembras ponen los huevos y los cuidan solas. Encuentran una grieta entre las rocas y, hasta que los huevos eclosionan, tienen que mover los tentáculos para crear burbujas y que los huevos reciban aire fresco constantemente. Los huevos tardan al menos cinco meses en eclosionar. En ese tiempo las hembras no comen. Cuando los huevos eclosionan, las hembras mueren. Los ancianos del pueblo siempre dicen: «Los Huevos que han perdido a su madre se pudren». Sabía que si no quería ese destino para Dongwon, debía convertirme en *haenyeo* y aprender a aguantar la respiración bajo el agua como han hecho las madres de la isla durante generaciones.

—Yo… Supongo que por eso no puedo nadar. Porque soy una madre terrible —susurró Jebi.

Yanghee ladeó la cabeza como si se preguntara si había entendido bien.

—Yo… Tuve una niña. —La voz de Jebi era un murmullo.

Yanghee echó la cabeza hacia atrás.

—No. No me cuentes un secreto.

—Por favor. Escúchame. Tengo que decírselo a alguien. Por favor…

—¡No! ¿Por qué tengo que ser yo?

—Pero ¿no has dicho que lo sentías? ¿No has venido a disculparte? —A Jebi le caían las lágrimas de los ojos.

Yanghee, que estaba a punto de levantarse, se detuvo. Se sentó a duras penas y se apoyó en la pared. Sin decir nada, miró a Jebi.

—Yo no lo inicié. Él me invitó a salir. —Las palabras salieron de Jebi como si estuviera vomitando—. Acababa de volver a la universidad después de terminar el servicio militar. A mí me pareció un adulto de verdad. Empezamos a salir y unos meses después me quedé embarazada. Al principio, estaba encantada. Nos imaginaba criando juntos a nuestro hijo. Pensaba que me quería, que trabajaría duro y saldríamos adelante juntos. Pero… no podía estar más equivocada. Me dijo a la cara que nunca había pensado en casarse conmigo. Que esa idea jamás se le pasó por la cabeza. «Voy a trasladar mi expediente de universidad», me soltó. La forma en que me miraba el estómago era como si estuviera viendo algo repugnante.

Jebi se limpió las lágrimas con la colcha.

—Di a luz sola. Tenía tanto miedo que no me atreví a ir al hospital… Fue tan doloroso que pensaba que iba a morir. Al final, llamé a una ambulancia. En ese momento vivía con mi abuela, pero ella solo me miraba con frialdad. Aunque ella había dado a luz a cuatro hijos, se negó a ayudarme. Cuando llevé a la bebé a casa y se reía o lloraba, mi abuela fingía no verla ni escucharla.

Jebi sonaba desesperada.

—No tenía ni idea de que alimentar a la bebé sería tan exigente y doloroso. Después de cuidarla una semana, por fin entendí cómo mi propia madre pudo abandonarme. Siempre pensé que la odiaría hasta el día que muriera, pero teniendo en cuenta que cuidó de mí tres años, empecé a sentirme agradecida. —Levantó la vista y se dirigió a Yanghee—: *Eonnie*, solo quería ser una universitaria normal y disfrutar de la vida. Me habría gustado volver atrás en el tiempo, regresar al momento en que mi hija aún era un óvulo sin fecundar. ¿Y él? Se mudó a otra ciudad y enseguida empezó a salir con otra, publicó sus fotos de pareja en Instagram como si nada hubiera

pasado.

Jebi cerró los puños y gritó.

—¡Pero yo no abandoné a mi hija por culpa de ese hombre! La dejé porque no podía amarla. No conseguía dejar de llorar, la angustia era abrumadora… Mi infancia había sido solitaria, sin amor, y me aterrorizaba que le ocurriera lo mismo a mi hija. No soportaba esa idea.

Se hizo el silencio.

—Si esperas que te consuele…

—¡No! —Jebi enterró el rostro en la colcha.

—¿Dónde está la niña ahora? ¿Quién la cría?

Jebi respiraba con dificultad.

—La adoptaron. Está en un buen hogar.

—Ah. Entonces, ¿de qué tienes tanto miedo?

—Me asusta que le pase algo. —Jebi recogió la colcha y la abrazó —. ¿Y si sus padres adoptivos son malas personas?

—Pero tú la dejaste y ellos la acogieron. —Yanghee se encogió de hombros—. ¿No crees que estás siendo ilógica?

—Sí. Pero… nunca sabré por qué la adoptaron. —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Y?

—Siento que si puedo completar mi misión, aprender a nadar y ser una elegida para el pulpo, mi hija será bendecida con una buena vida y sus padres adoptivos seguirán colmándola de amor.

Yanghee resopló.

—Eso es ridículo. Que sepas o no bucear no cambiará la personalidad de esa gente que ni conoces.

Jebi asintió, todavía llorando.

Cuando Yanghee volvió a hablar, lo hizo en un tono más amable.

—Pero aprender a nadar es algo que puedes hacer por tu hija.

Jebi la miró.

—¿Cómo?

—Puede que se caiga al agua algún día. ¿Quién sabe? Y puede que tú estés allí, en el lugar y momento oportunos. —Yanghee se

volvió a encoger de hombros—. Nunca sabes lo que va a pasar en la vida. Tal vez salves a una mujer de ahogarse y resulte ser la madre adoptiva de tu hija…

Jebi tragó saliva.

—*Eonnie*, ¿crees en el dios *mulkkureok*?

Yanghee frunció el ceño.

—Lo que crean los demás no debe influir en tu fe.

Miró el reloj y se pasó una mano por el pelo antes de continuar.

—Si existe un dios *mulkkureok* y no consigues meterte en el agua y sufres su ira como resultado, vivirás toda la vida lamentándote. Llorarás, tan apenada como ahora, y te dirás a ti misma: «¡Debería haber completado mi misión por encima de todo!». Pero si tienes éxito, nunca te arrepentirás, aunque el sufrimiento te sobrevenga igualmente. Así que aprende a nadar. En la vida, las cosas más difíciles son siempre las más importantes. —Yanghee se levantó y alisó las arrugas de su ropa—. Ven a la playa pasado mañana. Haré todo lo posible por enseñarte.

Jebi se levantó de la cama y la acompañó hasta la puerta. Incluso después de que Yanghee desapareciera por el camino, Jebi mantuvo la cabeza inclinada.



Seokyeong pasó toda la tarde limpiando y quitando el polvo. Pero daba igual lo mucho que intentara cansarse, la rabia que tenía dentro no se disipaba. Los recuerdos que los acontecimientos de esa mañana habían desenterrado eran tan intensos como si hubieran ocurrido ayer. Su madre, su padre y el inconmensurable dolor y tristeza…

Por la tarde, Seokyeong decidió sacar de paseo a Bell y pasar por casa de la abuela de Mokpo para ver cómo estaba Jebi. Cogió a la perrita, le ató la correa y buscó su cortavientos amarillo. En septiembre, Jeju seguía siendo tan caluroso como en pleno verano

durante el día, pero por la noche el viento era fresco; el fotógrafo podía sentir cómo se acercaba el otoño.

Cerró la puerta con llave y, cuando iba a cruzar el jardín, Bell ladró y tiró de la correa, intentando ir al precipicio, tras el muro de piedra. Seokyeong tiró con suavidad de ella, pero se resistió. Justo después, se soltó y, mientras la correa se le escurría entre los dedos, la perrita desapareció bajo la valla de seguridad.

Alarmado, Seokyeong la siguió y atrapó a Bell antes de que se aventurara demasiado cerca del borde del acantilado. Se detuvo mientras se enderezaba. Había alguien junto a la ventana que daba a la galería, no lejos del precipicio. Un anciano.

¿El oleaje era demasiado fuerte o estaba sumido en sus pensamientos? Porque incluso cuando Bell ladró con fuerza, el hombre no se movió ni un centímetro. Seokyeong se preguntó si debía llamarlo. No quería asustar al hombre por si se caía, pero dejarlo ahí parado tampoco era una opción.

—¡Eh! ¡No se puede mear aquí! —Seokyeong tragó saliva. Era lo único que se le ocurrió decir, pero después de oírlo le resultó ridículo.

El hombre se giró horrorizado.

—¿Cómo? ¿Qué clase de persona crees que soy? —Tenía una voz ronca, que a Seokyeong le recordaba el ruido de trozos rotos de cerámica cuando rozan entre ellos—. Estaba admirando las vistas. Este sitio es como un imán.

A pesar del tono y lenguaje corporal amable y tranquilo del hombre, Seokyeong se acercó con cautela.

—La vista es mucho mejor desde la azotea.

—¿En serio? —Sin pensar, el hombre dio un paso atrás, más cerca del borde, y alzó la mirada al edificio.

A Seokyeong le recorrió un escalofrío. «Un paso más y se caerá».

Acortó la distancia rápidamente y lo cogió del brazo.

—Si no ha cenado, venga conmigo. Se ha cancelado una reserva y tenemos comida más que suficiente.

—¿Cenar? ¿En un estudio fotográfico? Ahora que lo dices, me ha

entrado hambre. —El hombre se frotó el estómago—. Y qué cachorro tan inteligente.

Mientras entraban con cuidado en el jardín, Seokyeong recordó las palabras del hombre sobre la atracción magnética del precipicio. «Este hombre también tiene algo misterioso», pensó.

Mientras Seokyeong le sujetaba la puerta, creyó captar un destello en los ojos del hombre: ¿era amenaza o inteligencia lo que veía en ellos? Seokyeong no lo sabía. Se dio cuenta de que el hombre era fuerte cuando lo agarró del brazo y le lanzaba miradas nerviosas de reojo.



—Dios mío, ¿qué es esto? —El hombre abrió mucho los ojos al observar las fotos de la inmersión que había sobre la mesa. Sonriendo, se inclinó hacia delante, con las manos en la espalda, y estuvo un rato mirando cada una—. Los mejores años de la vida, sin duda. Nunca tuve la oportunidad de probar algo así.

En la habitación bien iluminada, Seokyeong observó con detenimiento al hombre. Vestía una camisa hawaiana roja. Parecía rondar los setenta años, pero tenía unos pómulos salientes y una mandíbula ancha que denotaban fuerza y una voluntad de hierro. Sus brazos musculosos también mostraban un bronceado saludable.

—Como la mayoría de la gente. —Seokyeong lo dijo con un tono amable y neutral, pero el hombre no respondió. En lugar de eso, apretó los labios y miró fijamente a Seokyeong—. Lo siento si me he expresado mal.

—Para nada. Solo me pregunto cómo un hombre tan joven como tú puede llegar a entenderme…

—¿Qué?

—Oh, no, no es nada.

Seokyeong puso algo de marisco en la nevera portátil, la metió bajo el brazo y llevó al hombre a la azotea. En lo alto de la escalera,

el hombre emitió un sonido sordo mientras observaba las habitaciones del primer piso. ¿Parecía magnificada cada pequeña cosa que hacía porque sus ojos eran muy grandes?

En la azotea, Seokyeong encendió la parrilla y, cuando las brasas estuvieron bien calientes, dispuso las caracolas y los langostinos sobre la rejilla. Luego calentó un poco de arroz en el microondas y vertió agua caliente en una taza de *ramyeon*. En un platillo con salsa de soja para mojar, añadió un pequeño trozo de rábano picante, mientras la salmuera de las caracolas burbujeaba con vigor. Al darse cuenta de que los langostinos estaban listos, puso un par en el plato del hombre.

El aire de la noche era fresco, pero el calor de la barbacoa mantenía el frío a raya, y el hombre parecía estar cómodo, mantenía la espalda recta incluso cuando las mangas de su camisa hawaiana ondeaban al viento.

—Me encanta el aroma de este carbón. ¿Qué he hecho para merecer esta hospitalidad?

—Usamos carbón de palma. Y no se preocupe, me angustiaba tener que acabar toda esta comida yo solo, así que me alegro de que esté aquí.

El hombre cogió los palillos y soltó una risita.

—Gracias. Qué regalo tan inesperado. —Se puso los guantes de algodón que le dio Seokyeong y cogió una caracola. Intentó sacar la carne con los palillos, pero la caracola se le resbaló de la mano y cayó al suelo. Luego cogió una segunda concha y la golpeó con fuerza contra la del suelo antes de sacar la carne y metérsela en la boca.

Seokyeong se quedó mirándolo mientras el hombre terminaba una ración de arroz en cuatro bocados y sorbía el *ramyeon* en tres.

Bell, disgustada por no haber salido de paseo, correteaba por la azotea.

—Desde aquí tienes una vista preciosa del mar. —Después de comer hasta hartarse, el hombre se levantó y caminó de un lado a otro, con las manos de nuevo entrelazadas a la espalda. El haz de

luz del faro sobre el rompeolas atravesaba la oscuridad e iluminaba los barcos de pesca nocturna en el horizonte.

—Espera. Parece que aún puedo disfrutar de la vista sentado. Joven, ¿tú has hecho esto?

En las paredes de la azotea había agujeros redondos a intervalos regulares, como marcos de *fotos* de forma circular.

Cuando el hombre volvió a sentarse, Bell trotó hasta sus tobillos y gimoteó. Él extendió una mano para acariciarle las orejas.

—Sí.

Seokyeong se preguntó si también debería intentar romper las caracolas, pero tras dudarlo un momento, decidió que no.

—Está muy bien hecho —comentó el hombre, que alargó la mano para tocar uno de los *agujeros*.

—¿Le interesa la arquitectura?

—Solo sé lo básico. Cosas de sentido común. Lo suficiente para ayudar en las investigaciones.

—¿Investigaciones?

—Soy detective, a eso me he dedicado *toda* la vida. —El hombre emitió un sonido fuerte mientras intentaba quitarse un trozo de comida atascado entre los dientes.

Bell corrió hacia Seokyeong.

—Ya veo.

Mientras acariciaba a Bell, Seokyeong pinchó el carbón con unas pinzas. Luego sacó un trozo de cecina del bolsillo y se lo tendió a Bell.

De espaldas a Seokyeong, el hombre se encogió de hombros.

—Mejor dicho, era detective. Me jubilé hace poco, aunque debería haberme ido mucho antes…



Después de recoger la mesa, bajaron a la galería. Mientras Seokyeong fregaba los platos, el hombre se entretuvo mirando las

fotos de las paredes y se quedó de nuevo frente a la mesa con las fotos de la inmersión.

—Hay tantas formas diferentes de vivir, tantas como personas en el mundo —reflexionó el hombre—. Pero en mi trabajo veía a menudo lo peor de la gente y, poco a poco, llegué a equiparar eso con la vida. Estas *fotos* hacen que recapacite. Pensaba que, por muy intachable que pareciera una persona, siempre salía algún trapo sucio si se escarbaba lo suficiente… —El detective hizo una pausa, extendió las palmas de las manos y las juntó, dejando un pequeño espacio entre ellas—. Este soy yo, atrapado en mi reducida visión del mundo.

Con el ceño fruncido, cogió la foto del joven que sonreía al pez payaso.

—La vida debería ser así. Llena de momentos que brillan.

«Este es un hombre que ha ido por la vida viendo solo el peor lado de la humanidad». Seokyeong sintió una oleada de simpatía hacia el anciano.

—¿Puedo hacerle una foto?

—¿A mí? ¿A un anciano? —El hombre se sorprendió.

—Me aseguraré de que sea buena. —Seokyeong empezó a desatarse el delantal.

—Hm. Pero no llevo el uniforme ni las medallas. —El hombre se acarició distraídamente la camisa hawaiana. Pero por la forma en que sus ojos se detuvieron en las fotos, parecía interesado—. Para ser sincero… Siempre he querido hacerme un retrato. Algo que pueda dejar en el mundo.

«Debe de estar pensando en su retrato funerario».

—Por supuesto. Por favor, deme un momento. Lo prepararé todo arriba.

—¿Puedo observarte mientras trabajas? Es solo la curiosidad natural de un detective.

En una de las habitaciones de la primera planta, Seokyeong preparó un telón negro que resaltaría bien la camisa roja del hombre. Mientras ajustaba la cámara y las luces, el detective lo

observaba con atención. Había sacado un pequeño cuaderno del bolsillo y garabateaba unas notas.

—¿Qué escribe?

El hombre levantó la vista, algo avergonzado.

—¿Esto? Ah, me temo que son gajes del oficio. Solo algunas observaciones esporádicas. No puedo dejar el hábito.

—Ya veo. Por ejemplo, cómo montar un trípode y colgar un telón de fondo, ¿ese tipo de cosas?

—No. —El hombre volvió a meter el bolígrafo en el bolsillo de la camisa—. Por ejemplo, que eres diestro, tienes una pequeña cicatriz en la mano izquierda y pareces un poco miope.

Se oyó un rasguño fuerte e impaciente. Bell estaba en la puerta.

—Un segundo, por favor. Debe de estar cansada. —Cuando Seokyeong abrió la puerta, Bell entró y se acomodó en una pequeña cesta que había para ella en la habitación. El hombre se colocó en posición al mismo tiempo.

—Es curioso, pero no encuentro la expresión adecuada para la foto —murmuró el detective mientras se echaba el pelo gris hacia atrás.

—Así está bien. Intente olvidarse de la cámara. —Seokyeong se acercó al trípode, miró por el visor y colocó el dedo sobre el obturador.

—Espera…, ¿no debería sonreír al menos? —El hombre estiró los labios con torpeza.

—Claro. Pero no lo fuerce. Piense en algo divertido.

—¿Divertido? No se me ocurre nada. —El policía miró al techo—. ¿Quizá el gamberro que se dio a la fuga delante de mí, mientras escribía el informe de su crimen en la comisaría? Pero no quiero pensar en eso al hacerme mi última foto.

«¿Ultima foto?». A Seokyeong se le pusieron los pelos de punta.

Durante el resto de la sesión, el hombre no dijo nada.



Más tarde, el anciano se sentó junto a la ventana en la galería y observó el mar.

Seokyeong le sirvió *omegisul*.

—Es un licor tradicional de la isla, hecho con *omegi*, un vino de arroz fermentado. Le ayudará a relajarse.

Seokyeong le dio un vaso al anciano antes de acercarse a la pantalla del proyector y bajarla. Cuando apareció la primera foto, el hombre abrió los ojos de par en par.

De entre más de cien fotos, Seokyeong eligió diez. Miró al sujeto en cada una de ellas. Una sonrisa tenue y benévola, y unas arrugas profundas. Cejas rectas, frente amplia, manchas de la edad en la piel y ojos penetrantes. Había algo familiar en los rasgos del hombre, como si los hubiera visto antes en alguna parte.

Seokyeong pasaba la mirada del hombre a las fotos y notó que la expectación en su rostro se había nublado.

—¿No le gustan? —preguntó.

—Hm… No es eso. Sé que es mi cara, pero hay algo… diferente, algo falso en ella. —Seokyeong sintió que se le paraba el corazón—. No, no debes sentirte mal. No tiene nada que ver con tu destreza. Es mi cara.

—Pero a mí me parece que está bien —dijo Seokyeong, sin apartar la vista de la pantalla mientras se sentaba junto al hombre.

—Coge un vaso para ti. Bebe conmigo.

Seokyeong obedeció.

—Esta es la primera vez que veo mi cara tan cerca. Es como si hiciera zum en un mapa de mi vida. Esta mañana me he visto en el espejo del hotel. Pero no reconozco esa cara en las fotos. Mira mis ojos ahí. —Señaló la pantalla—. Dan miedo. Como si fueran los de una bestia salvaje.

—¿Por qué cree que han salido así las fotos? —preguntó Seokyeong.

—Ni idea. —De repente el hombre se echó a reír—. Ay, Dios, hablo como un sospechoso.

—¿Un sospechoso?

—Sí, esos delincuentes que siempre insisten en que no son ellos los que aparecen en las imágenes de las cámaras. —El hombre se burló—. Debes de estar pensando lo mismo que pensaba yo cuando decían algo así. «Ridículo, las pruebas están literalmente delante de tus narices».

—Pero una foto es solo una prueba. —Seokyeong se rio entre dientes. Era como si estuviera jugando a los detectives—. ¿Sería suficiente para procesar a un sospechoso?

—Bueno, es lo que llamamos pruebas concluyentes. Por mucho que intenten negarlo, aunque contraten a un abogado caro, no podrán escaquearse.

—¿Y entonces qué pasaría?

—Tendría que obligarlos a confesar. Eso es lo que deberías estar haciendo ahora, jovencito: incitarme a reconocer la verdad. —¿Yo?

—Sí. Deberías decir: «Independientemente de lo que pienses de los ojos o la nariz, no se puede discutir que esa es tu cara». Tienes que ir con todo para convencerme.

Seokyeong suspiró. Sería difícil para él ser tan contundente con un cliente. En lugar de eso, sacó su teléfono y miró la hora. Era casi medianoche y le dio un vuelco el corazón. «Ya es muy tarde».

—¿Tiene dónde quedarse esta noche?

—No, he estado dando vueltas. Buscaré una habitación en algún sitio. —El hombre se llenó el vaso—. Me lo estoy dejando todo en este viaje. Hoy es el cuarto día que paso aquí. El primer día comí en un hotel elegante y pasé allí la noche. El segundo, igual. Entré en el restaurante más grande de la costa y pedí el menú más caro. Me sirvieron un pez sable a la plancha (la carne tenía cuatro centímetros de grosor) con abulón y erizo de mar, todo para mí. Esa noche me registré en la habitación más lujosa del hotel. ¿Cómo se llama eso? ¿Tuit? No, *suite*. Dentro había una bañera preciosa de madera de ciprés. Me eché unas sales o como se llamen y me di un buen remojón. A solas. Completamente solo… —Se bebió el licor de un trago y volvió a coger la botella.

Seokyeong se le adelantó.

—Beba despacio. Es bastante fuerte, tiene un trece por ciento de alcohol —dijo mientras le servía un poco. «A este ritmo, no podrá bajar la colina», pensó.

Seokyeong tuvo una idea.

—Si quiere, puede pasar la noche aquí —le ofreció.

—No te preocupes. Ya te he molestado bastante —respondió el hombre, con la vista en su vaso medio lleno.

—No es ninguna molestia. Pase la noche aquí y, la próxima vez, puede volver con su familia. —Seokyeong hizo una mueca. «Maldita sea. ¿Por qué he dicho eso? A lo mejor no tiene».

—Familia. —El hombre soltó una risa seca—. Hace mucho tiempo me hice un retrato de familia.

Seokyeong se sintió muy aliviado. Acompañó al hombre arriba, le enseñó el cuarto de baño y estaba a punto de sugerirle que durmiera en la habitación con las sillas antiguas cuando el hombre entró en el cuarto contiguo. Se quedó de pie, cautivado por el árbol falso de mandarinas.

—Esto no es posible.

—¿Eh? ¿A qué se refiere?

—El árbol de mandarinas. Hay flores y frutos creciendo al mismo tiempo. —El hombre extendió una mano huesuda para tocar una flor artificial.

—Ah, es solo atrezo. Lo uso de fondo.

El hombre asintió.

—Es un hecho que las flores florecen y se marchitan, y en su lugar crecen los frutos. Esperar flores y frutos al mismo tiempo es una tontería, una avaricia.

Seokyeong murmuró una respuesta vaga. El hombre no lo criticaba, pero Seokyeong se sonrojó.

—Sin embargo, puede pasar. —El hombre se volvió hacia Seokyeong—. A veces. Hay personas a las que la vida les da frutos cuando las flores aún están floreciendo.

—Suena a una vida afortunada.

—¿Sí?

Seokyeong soltó una risa incómoda mientras le tendía al hombre una alfombra limpia y una manta.



Seokyeong estaba en su cama muy despierto. «Qué día tan largo y agotador». Había abierto el estudio fotográfico con la esperanza de ganarse la vida, establecerse y formar una familia, pero nada iba bien. No avanzaba con Yanghee, Jebi casi muere y él había ahuyentado a los clientes. Quizá escribirían una mala reseña. Le palpitaba la cabeza.

—Disculpa.

Al escuchar un golpe repentino, Seokyeong saltó.

—¡Ya voy! —Se levantó inmediatamente y se dirigió a la puerta —. ¿Necesita algo?

El hombre, que se había puesto un pijama de Seokyeong, se quedó fuera. Bajó la mirada.

—Tengo que darte esto. —El hombre le tendió un sobre pequeño de los que se usaban en los estudios fotográficos hace décadas. Seokyeong lo cogió y abrió la solapa. Del interior del papel manchado y mohoso asomaba un trozo de plástico. Enseguida supo lo que era.

—Es un negativo.

El hombre asintió.

—¿Crees… que sería posible revelarlo?



En su cuarto de trabajo, Seokyeong cerró la puerta y corrió las cortinas para dejar el pequeño espacio a oscuras. Encendió la luz roja y sostuvo el negativo frente a ella. Los bordes estaban rugosos,

había huellas dactilares por toda la superficie y la película olía a viejo. A la luz distinguió vagamente lo que parecían ser arbustos y la silueta de una persona. Había alguien en la *foto*. Alguien con un vestido. Pero no pudo distinguir la imagen.

Seokyeong cogió un estropajo de limpieza y lo mojó bastante. Con cuidado, empezó a limpiar el negativo. Era una apuesta arriesgada: si presionaba demasiado, la película vieja podría dañarse aún más, o incluso desintegrarse. Ya tenía arañazos por todas partes, por no mencionar el moho y el polvo. Por suerte, no ocurrió nada de eso. El moho verdoso, las huellas dactilares y todas las manchas desaparecieron.

Seokyeong sacó el líquido revelador concentrado, un baño de paro y fijador y, con mano experta, diluyó el líquido en una bandeja de plástico. Tras asegurarse de que el negativo estaba bien sujeto, preparó un trozo de papel fotográfico.

En el estudio reinaba un silencio absoluto. Seokyeong miró al techo. ¿Qué hacía el *detective? ¿Dormía?* ¿Esperaba? O tal vez se había escabullido a escondidas.

Seokyeong volvió a centrarse en su tarea. Sujetó el papel con unas pinzas de madera y contuvo la respiración mientras la imagen se materializaba poco a poco.

La foto parecía hecha en una colina. Los árboles de alrededor estaban achaparrados, pero la imagen principal era la de una chica… tumbada en un hoyo. Seokyeong se echó hacia atrás sorprendido.

Fuera de la habitación, en la galería no había nadie. Subió las escaleras. La manta fina estaba bien doblada, pero no vio al hombre. Seokyeong trató de ignorar su creciente inquietud y subió a la azotea. Vacía. Recorrió con la mirada los agujeros redondos de la pared y, de repente, vio una figura familiar.

Como la primera vez que lo había visto, el hombre estaba de pie al borde del acantilado, a un lado del jardín.

Seokyeong bajó las escaleras y atravesó la puerta como una ráfaga de viento.

—¡Lo he conseguido! —El hombre se giró—. ¡La foto! Ha salido

—gritó Seokyeong, respirando con dificultad mientras se detenía frente al anciano.

El hombre se tambaleó.

Alarmado, Seokyeong lo agarró y tiró de él hacia atrás. El anciano cayó de rodillas hacia delante y unos guijarros cayeron por el precipicio.

—Después de tanto tiempo… —El detective reía para sus adentros, cuando el rayo del faro pasó iluminando su sonrisa grotesca.



—Es verdad…

El hombre estaba sentado en la mesa junto a la ventana y observaba la foto. Se apartó el pelo de la cara con el ceño fruncido.

—Tienes talento. Este negativo es de hace décadas, y aun así has conseguido que la foto parezca reciente.

Seokyeong tragó saliva.

—¿Quiénes…?

El hombre dejó la foto en la mesa en silencio.

—¿Tienes más de ese licor?

—Hemos terminado el *omegisul*, pero tengo algo de *gosorisul*. —Seokyeong se levantó a buscar la botella—. Esto es *soju* destilado del licor que acabamos de tomar. Es fuerte. Cuarenta por ciento de alcohol.

—Bien, lo necesito. —El hombre levantó su vaso.

Seokyeong sirvió el líquido claro, le temblaba la mano muy a su pesar.

—Toma un poco tú también. —El hombre cogió la botella y sirvió un trago a Seokyeong.

En silencio, saborearon el alcohol fragante. Cuando el hombre empezó a abanicarse la camisa como si el calor abrasador del alcohol le afectara, Seokyeong pulsó el interruptor bajo la ventana y

se abrió un panel. Inmediatamente, entró aire frío. Seokyeong se encorvó ligeramente.

—¿Quién es? La persona de…

—La niña que maté… hace mucho, mucho tiempo.



El hombre dejó su vaso vacío y miró con franqueza a Seokyeong.

—Esto era lanzar una moneda al aire. Si no se podía revelar el negativo, iba a dejarlo todo atrás.

Seokyeong balbuceó. De repente, sintió como si le ardieran el pecho y la garganta.

—A lo largo de mi carrera he salvado a innumerables personas —continuó el hombre mientras inclinaba de nuevo la botella sobre su vaso—. He metido entre rejas a muchos criminales: ladrones no faltan, por supuesto, un pirómano que quemó a su familia, un estafador que huyó con todo el dinero de mi pueblo, mafiosos que se masacraron entre sí en sus guerras. A todos ellos los atrapé yo. Y algunos condenados por error durante años, obtuvieron por fin la justicia que merecían. El alivio y la gratitud de la gente que salvé no tienen precio. Me pagaban por hacer mi trabajo, por supuesto, pero una buena acción sigue siendo una buena acción. Y pensaba como un tonto… que quizá todo lo que había hecho equilibraría mi único delito… ¿Existe algún dios que diga: «Está bien, has pagado tus deudas, quedamos en paz»?

El hombre inclinó la cabeza hacia atrás y vació el vaso.

—Tómeselo con calma. Este es fuerte… —Seokyeong alargó la mano para coger la botella.

—Maté a alguien —dijo el hombre mientras apartaba la mano de Seokyeong. Tenía los ojos inyectados en sangre—. No con mis propias manos, pero tuve la culpa, es imposible negarlo.

Seokyeong se tensó y esperó a que continuara.

—Esa niña… Solo tenía nueve años. Murió en mi jurisdicción,

Hace treinta años. Una víctima de Park. Ese monstruo la asesinó…

Seokyeong se quedó boquiabierto.

—¡Ay, no!

—La secuestró cuando iba a la escuela, la estranguló hasta matarla y la enterró en las colinas. Maldito loco. —El hombre extendió una mano nudosa y puso la foto boca abajo.

—Pero atrapó al asesino, ¿no? ¿Cuál es el problema?

El hombre negó con la cabeza.

—No podía permitir que la gente se enterara del asesinato. Al menos no en aquel momento, en mi jurisdicción, bajo mi vigilancia… Ni uno más.

Seokyeong ladeó la cabeza, confuso.

—Ese año habían matado a tres personas en mi jurisdicción. Las familias, enfadadas, iban a la comisaría y se negaban a marcharse. Nuestro jefe estaba sometido a mucha presión. Todos lo estábamos. Los medios de comunicación enloquecieron; los asesinatos aparecían en las noticias todos los días, los precios de la vivienda en nuestro distrito caían en picado… Si esa chica hubiera aparecido muerta, habría sido el colmo para nosotros. Así que yo… la salvé.

—¿Qué quiere decir?

—La convertí… en una persona desaparecida. Su padre fue a la comisaría, suplicándonos que encontráramos a su hija, decía que aún era muy joven. Le prometí que la encontraría y le aseguré que estaría viva en algún lugar. Su expresión aún me persigue: la esperanza que brilló en su rostro al oír mis palabras. Siguió acudiendo a la comisaría durante semanas y meses.

Los dos guardaron silencio.

—Joven, ¿vas a denunciarme?

—¿Yo? —Seokyeong se alarmó. No había pensado en eso. Únicamente había revelado una foto. Recordaba una novela negra que leyó en la universidad, en la que una foto fue la pista decisiva en la investigación de un asesinato. En el libro, siete personas observaron la foto y cada una vio algo diferente en ella. Pero aquello era una historia, ficción. Nunca pensó que algún día viviría algo

parecido en la vida real.

Seokyeong cogió la foto y la estudió durante un largo rato.

—La niña… parece demasiado limpia —dijo.

El hombre no contestó.

—No puede haber muerto allí, en ese hoyo.

—No, no la mataron ahí. —El hombre se rellenó el vaso.

—Hay dos palas —dijo Seokyeong tras una pausa—. Por cierto, ¿quién hizo esta foto?

—Yo.

—¿Usted cavó el hoyo?

—Sí.

—Pero hay dos palas. ¿Quién estaba con usted?

—Un joven del pueblo. Él descubrió el cuerpo de la niña y me avisó.

—¿Y estuvo de acuerdo en no decir nada? ¿Incluso cuando le pidió que lo ayudara a enterrar el cuerpo en secreto? —Seokyeong no podía evitar sonar impactado.

El hombre inclinó la cabeza, con los hombros temblorosos. Parecía estar riendo.

—Sí. Así era la gente entonces. Al margen de lo que ocurriera, cada uno se protegía a sí mismo en primer lugar. De esto hace treinta años. La gente no podía hablar, no si quería sobrevivir. Solo habían pasado treinta años desde el fin de la guerra.

—¿Dónde está ahora el joven que lo ayudó? Si la verdad sale a la luz ahora…

—Murió. —El hombre cogió el vaso vacío y lo observó—. En esos tiempos, la gente moría con facilidad. Una pequeña dolencia sin tratar podía matarte.

A Seokyeong le palpitaba la cabeza. Una niña muerta. Un testigo muerto. Un detective. Una guerra. Todo era un enredo en su cabeza.

—Se ha referido a esto como a lanzar una moneda… ¿Qué planea hacer?

—¿Qué quieres decir?

—Afirmó que dejaría todo atrás si la foto salía en blanco. ¿Y

ahora con la imagen impresa?

—Había decidido enviarla a las cadenas de televisión y luego suicidarme. Ese precipicio valdría.

—¿A la televisión? ¿Por qué no a la Policía?

—Sí, ¿por qué no? —respondió el hombre con despreocupación mientras se limpiaba una gota de licor de la comisura de los labios.

Seokyeong se dio cuenta de repente de que empezaba a hartarse del juego.

—¿Eso hará ahora? —preguntó con tono duro.

—No —dijo el hombre con una voz entrecortada. Cogió la botella de licor y la agitó para comprobar si estaba vacía. Luego, sin previo aviso, la estrelló contra el suelo. Los fragmentos volaron—. ¡Tengo hijos! Los dos son policías. Querían seguir mis pasos. —El hombre miró a Seokyeong con los ojos inyectados en sangre. Si cuento al mundo lo que hice, ¿qué será de ellos? No habrá sitio para ellos en ningún lado, no solo en la Policía; nunca levantarán cabeza.

El hombre estiró aguadamente de la camisa. Se levantó y fue tambaleándose hacia la galería. Recorrió con la mirada cada una de las fotos: las motoristas, la novia, la boca abierta llena de dientes.

Se volvió hacia Seokyeong.

—Joven, la convertí en una persona desaparecida. ¿Sabes que hice después?

Seokyeong negó con la cabeza sin responder.

—De camino a casa, compré pollo frito. Entonces, lo llamábamos *tongdak*. La mitad con salsa dulce y picante y la otra mitad con sabor original. Luego entré en casa. Mi hijo y mi hija corrieron a mis brazos en la puerta. Tenían seis y cuatro años. Les di la comida. Mi mujer estaba contenta, aunque refunfuñaba diciendo que eso era tirar el dinero, sonreía. Cuando vi a mi hija con una baqueta en la mano, pensé: «Parece muy contenta».

El hombre esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

Y Seokyeong al fin se dio cuenta de qué le sonaba la cara del detective.

Fue una especie de *déjà vu*: el rostro en una foto de Stephen

Gertz, de 1982; un dictador que acababa de cerrar una ciudad y planeaba una masacre. En la imagen, el hombre descansaba en una silla y acariciaba el pelo de su hija con cariño. *Retrato de un dictador* es su título actual, el anterior, *Retrato de un padre*.

—Jovencito, vas a denunciarme, ¿verdad? —El desconocido, que estaba de pie frente a los dientes de Jungmi, se giró con brusquedad. La luz de la galería rebotó con dureza en su frente.

—¿Yo? No, yo… —Sorprendido, Seokyeong se agarró al brazo de la silla.

—Declararás lo que hice cuando salga el sol, ¿no? —El hombre se acercó—. Dirás a todo el mundo que un policía retirado confesó haber encubierto un caso espantoso. Darás entrevistas aquí, en este pueblo perdido en medio de la nada, te harás famoso y ganarás mucho dinero.

Seokyeong, pegado a la silla, solo podía mirar al detective. Era un antiguo policía, pero también una persona mayor. Seokyeong andaba por los treinta. Podía reducirlo si fuera necesario. ¿No había empuñado un mazo cuando renovaba el estudio él solo? Pero se sentía incapaz de mover un músculo. Era como si volviera a ser un niño que miraba a su padre enfadado.

—¡No dirás nada! —El hombre levantó los brazos—. Toda mi vida he sido un padre modelo. Quiero que mis hijos sigan viéndome así. ¡Quiero protegerlos igual que cualquier padre!

—Tiene razón —susurró Seokyeong.

—¿De verdad? —El antiguo detective bajó los brazos.

—Por supuesto.

—Así que lo entiendes. Gracias, jovencito. —El hombre se dejó caer en la silla de enfrente y se frotó las manos con nerviosismo. Entonces se puso en pie, se acercó a la nevera y, sin preguntar, cogió una botella de *soju* y le quitó el tapón.

—Mi padre murió joven… —dijo Seokyeong de pronto.

—¿Oh? ¿Qué pasó? —El hombre sirvió un poco de *soju* a cada uno. Le temblaba la mano y llenó de más el vaso, así que se hizo un pequeño charco de licor claro sobre la mesa.

—Fue por mi culpa.

—¿Por tu culpa? —El hombre estaba de pie con la botella aún en la mano y una mirada lastimosa.

Seokyeong bebió de un trago el *soju*.

—Así que…, yo también he matado. No con mis manos, pero tampoco puedo decir que sea inocente.

—¿A qué te refieres? —El hombre dejó la botella de *soju* y se sentó frente a Seokyeong.

—Mi familia se mudó a Jeju cuando yo tenía diez años. No sé si había alguna razón en particular para marcharnos de Seúl, aparte de que mis padres estaban hartos de la vida en la ciudad. De vez en cuando, los oía hablar de que pasaron aquí su luna de miel; la isla estaba llena de recuerdos felices para ellos. Pero la realidad de vivir en Jeju fue muy diferente. En la ciudad trabajaban en una fábrica, así que tuvieron que buscar algo aquí o en las granjas. Era difícil. Entonces nació mi hermana. Mi madre soñaba con una golondrina nadando en el mar, así que decidió ponerle ese nombre, «Jebi».

Seokyeong se sirvió más *soju*.

—Mis padres pasaban el día trabajando, así que yo era quien cuidaba a mi hermana. La llevaba en la espalda a la playa todos los días para recoger conchas. Mamá disfrutaba cuando volvíamos con un cubo lleno. Las comíamos mojadas en salsa de soja o las hervíamos en un guiso de pasta de soja. Recuerdo que mi madre siempre nos besaba en la frente después de comer.

—Así son las madres. —Sumido en sus propios recuerdos, el anciano soltó una leve risita—. Cuando era pequeño, a veces robaba calabazas del jardín de un vecino. Mi madre me regañaba, pero aun así preparaba *banchan* con ellas: calabaza y gambas sazonadas. Estaba delicioso.

Seokyeong asintió antes de seguir la historia por donde la había dejado.

—Un día, mi hermana tenía tres años, fuimos a la playa como de costumbre. Era difícil manejarla con esa edad, y cuando no encontramos conchas, empezó a patalear y llorar. No podía pararla.

Estaba cansado de intentar tranquilizarla, así que la dejé en la arena y me alejé un poco para buscar conchas. Cuando por fin llené un cuenco, volví a recogerla…, pero ni rastro de la niña.

—Ay, Dios mío. —El anciano asintió sin fuerzas.

—Cuatro días más tarde, apareció su cuerpo en la orilla. —Seokyeong bebió otro trago.

—Tus padres estarían devastados.

—Sí. —La voz de Seokyeong era monótona—. Mi padre se ahogó en alcohol y pronto siguió a mi hermana. Se adentró en el mar y nunca volvió.

El hombre extendió la mano y le acarició el brazo.

—Tu padre se equivocó. No pensó en ti.

—Quería más a mi hermana.

El hombre asintió despacio.

—Los padres dicen que quieren a sus hijos por igual, pero no es cierto. Siempre quieren más a uno. A mí me pasa lo mismo.

Seokyeong hundió la cara entre las manos. Le caían lágrimas de los ojos.

—Pero debes tener esto en cuenta, jovencito. Aunque seas el hijo menos querido, siempre te quieren más que a nadie…

—¡No todos son así, sobre todo los padres! —replicó Seokyeong.

—Claro, pero no me refiero a esas excepciones, sino a la gente honesta en general. —El tono del hombre no daba lugar a la discrepancia.



Seokyeong no recordaba lo que pasó después. Cuando se despertó a la mañana siguiente con un severo dolor de cabeza, el sol ya estaba en lo alto del cielo.

Jebi lo sacudía con la nariz fruncida.

—*Sajangnim*, ¿por qué bebiste tanto? ¡Cómo una ballena! ¿Tuviste compañía?

—Ah, sí. Un cliente. —Seokyeong frunció el ceño. Notó que le entraban náuseas.

—¿Qué es esto? —Jebi cogió un sobre que había en la mesa con el logo del estudio fotográfico Hakuda.

Dentro había un negativo, un par de billetes de diez mil wones y una hoja que parecía arrancada del diario de Seokyeong, con una nota de caligrafía dura.

He visto la lista de precios y te adjunto el dinero en efectivo. Abajo está la dirección del padre de la niña. Todavía vive allí, esperando que regrese su hija. Te dejo el negativo. Lo que hagas con él depende de ti. Si vas a la prensa, confesaré el crimen a mis hijos. Si no, viviré el resto de mis días como un padre respetado. La decisión está en tus manos.

Seokyeong suspiró. El mundo le daba vueltas.



Capítulo 10
La geóloga arrogante

A finales de octubre, la hierba plateada florecía por todo el pueblo, lo que anunciaba el cambio de estación.

Era miércoles y el estudio fotográfico estaba cerrado, como de costumbre. Jebi, vestida con un traje de neopreno con un dibujo de un pulpo en el pecho, extendió un brazo y dejó que las hierbas le hicieran cosquillas en la palma mientras se dirigía a la costa. La luz del sol rebotaba en el agua brillante y le daba en la cara.

Jebi había entrenado duro, no dejaba de recordar lo que podría pasar si no aprendía a nadar y decepcionaba al dios pulpo. Dos o tres veces por semana, Yanghee le enseñaba a bucear, y los días que las *haenyeo* no salían al mar, lo hacía Seokyeong. Por las tardes, la abuela de Mokpo siempre tenía preparada la mesa con comida, y como se alimentaba bien todos los días, por la noche dormía con facilidad.

La primera vez que Jebi consiguió sumergirse por completo utilizando las aletas, Yanghee soltó un silbido agudo, un *sumbisori*, al salir de nuevo a la superficie. Jebi nunca había visto a su profesora sonreír tanto. La alumna jadeó con fuerza intentando recuperar el aliento y, al darse la vuelta en el agua, se dio cuenta de que varias *haenyeo* también habían emergido y hacían sus propios *sumbisori* para recuperar el aliento. Al escuchar el de Jebi, la

saludaron. Y aunque las aguas otoñales estaban frías, Jebi sintió un calor que le recorría el cuerpo. Incluso sin foto, Jebi estaba segura de que recordaría ese momento el resto de su vida.

Todos los vecinos parecían haberlos acogido por fin, y Jebi y Seokyeong estaban agradecidos. Acostumbraban a quedarse en casa después de las sesiones de entrenamiento de los miércoles para ayudar con las redes pesadas a las *haenyeo* y limpiar y preparar el marisco que habían recogido.

Aquel miércoles era el primero de noviembre. En medio de una ligera llovizna, las *haenyeo* estaban sentadas bajo una tienda descolorida instalada en la playa y preparaban los erizos de mar recién pescados. El trabajo de Jebi consistía en partirlos por la mitad con un cuchillo antes de pasárselos a Yanghee, que sacaba las vísceras y las ponía en un cuenco. Dongwon, que había ido con su abuela a esperar a Yanghee, se divertía con Seokyeong haciendo fotos de las *haenyeo* en plena faena.

Jebi se acercó a Yanghee y le susurró al oído.

—¿Por qué no te gusta nuestro *sajangnim*?

—¿Qué? —Con un erizo de mar en una mano y una cucha— rita en la otra, Yanghee miró a su alrededor. Las demás *haenyeo* charlaban entre ellas y ninguna parecía prestarles atención.

—Ya me has oído. ¿Por qué no te gusta? ¿Dónde vas a encontrar a un hombre así?

—Solo le intereso porque quiere echar raíces en el pueblo, no le gusto de verdad —dijo Yanghee volviendo a sacar las vísceras con mano experta.

—¿Por qué piensas eso?

Yanghee resopló.

—Se nota. Quiere que lo acepten aquí, ser *koendang*.

«Si quieres ser *koendang*, lo mejor es casarte con alguien de aquí». Se acordó de las palabras de Seokyeong. O más bien las de la abuela de Mokpo. De todas formas, igual había algo de verdad en las palabras de Yanghee.

—Pero dejas que haga buenas migas con Dongwon…

Yanghee los miró a ambos. Dongwon se había subido en la espalda de Seokyeong como si fuera un niño pequeño.

—No hay muchos Hombres jóvenes por aquí y a Dongwon parece caerle muy bien. ¿Qué puedo hacer? —Yanghee suspiró y le dio un codazo a Jebi—. Chica, ponte las pilas. Estamos perdiendo el ritmo.

—Oh. —Jebi volvió a concentrarse en su tarea, agarró un erizo de mar que intentaba escapar y lo cortó en rodajas.

Cuando terminaron, Seokyeong insistió en llevar a Yanghee y a su familia a casa. Hizo caso omiso de sus protestas y señaló que no sería bueno que la anciana y el niño fueran caminando bajo la lluvia. Como Dongwon quiso subir al asiento del copiloto, Jebi se sentó detrás, en el todoterreno, con Yanghee y su madre; Seokyeong lo había alquilado por una larga temporada por el aumento de trabajo.

La casa de Yanghee, que estaba a cinco minutos en coche, era la típica de piedra con un techo inclinado de color gris. Allí, la abuela de Dongwon insistió en que entraran sus invitados.

Después de las renovaciones, el interior no era muy distinto de un apartamento moderno. El salón, con el suelo tradicional *maru*, era pequeño pero pulcro. De la ventana que daba al jardín colgaban cortinas con motivos de flores silvestres. Y dos paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros.

Mientras tomaban té de cáscara de mandarina, Jebi se sintió un poco avergonzada al recordar la sorpresa de Yanghee cuando vio que en su habitación no había ni un solo libro.

«¿Quién lee para aprender? Deberías leer para sentir». La voz de Yanghee le resonó en los oídos.

Jebi sintió curiosidad. ¿Qué había sentido con todos esos libros? ¿Qué la empujaba a buscar uno nuevo? ¿Había encontrado la sensación que buscaba o seguía en ello?

—Tienes muchos libros. —Seokyeong dio voz a los pensamientos de Jebi y le revolvió el pelo con cariño a Dongwon mientras observaba la habitación.

Yanghee se había ido a su dormitorio después de servirles el té y Dongwon jugueteaba con la cámara de Seokyeong.

Jebi miró a su jefe tras recordar el último negativo que había visto dentro de un sobre en el estudio fotográfico. Durante un tiempo no sacó el tema. Al día siguiente le preguntaría. «Ya es hora de que tome una decisión», pensó.

—Sí. Mi mamá traduce del inglés —dijo Dongwon lleno de orgullo.

—¿Traduce? —Seokyeong y Jebi preguntaron a la vez.

Jebi recordó que Yanghee mencionó que tenía otro trabajo. ¿Sería este?



A la mañana siguiente, el cielo estaba despejado y volvía a ser de un azul brillante. *Los vientos fuertes* habían barrido las nubes, que se asemejaban a la lente de una cámara en lo alto.

Como de costumbre, Jebi y Seokyeong empezaron la limpieza de los jueves por la mañana. Para deshacerse del aire rancio de la galería, abrieron las ventanas y la puerta. Aquel día estaban inusualmente callados mientras realizaban sus tareas, Bell agitaba las orejas y ladeaba la cabeza, confundida.

Tras limpiar las mesas, Jebi puso el paño de cocina a remojo en agua hirviendo antes de quitarse el delantal. Luego fue al cajón, sacó otro delantal planchado y se lo puso.

Seokyeong escurrió el paño y lo colgó en el tendedero detrás de las palmeras.

—¡Tienes que enviar ese negativo! —soltó Jebi cuando él volvió del jardín.

—Lo sé, pero… —Seokyeong fue a lavarse las manos antes de quitarse el delantal. De nuevo, Stephen Gertz aparecía sonriente en su camiseta.

Jebi le tendió un delantal nuevo cuando volvió al mostrador.

—No lo entiendo. ¿Por qué lo alargas? Imagina que fueras el padre de la niña desaparecida.

—Pero…, ¿y qué pasa con la familia del detective? —Seokyeong desdobló el delantal, lo sacudió y se lo anudó a la cintura.

—Bueno, ha vivido muy bien —resopló Jebi.

—¿Y qué? ¿Tenemos que castigar a la gente por ser feliz? ¿Enviarles desgracia para hacerlos pagar su deuda? No lo creo.

—La desgracia es cosa de su padre, no tuya. —Jebi sacudió la cabeza frustrada.

Bell los observó discutir y se lamió los labios con ansiedad.

—Tampoco puedes decir eso exactamente. —Seokyeong cogió a Bell en brazos—. ¿Crees que ese anciano lo tiene fácil? Probablemente vive cada día con incertidumbre y miedo, sin saber si yo lo delataré, o cuándo lo haré. Ese tipo de inquietud es peor que un juicio o incluso la cárcel.

—¡Eso lo supones! —Jebi negó con la cabeza—. Bien. Lanzaremos una moneda. —Sacó una moneda del bolsillo: una de cien wones tan brillante que parecía recién acuñada.

—¿Qué?

—Eso es lo que escribió en su carta, ¿no? Que darte ese negativo era como lanzar una moneda. Así que hagámoslo de verdad. Cara, la envías. Cruz, te olvidas. ¿Te parece bien?

Seokyeong no contestó.

Jebi miró hacia la entrada del estudio y lanzó la moneda.

Como creía que Jebi la tiró para que Bell fuera a buscarla, la perrita intentó saltar de los brazos de Seokyeong, pero él la sujetó con fuerza por si se abalanzaba sobre la moneda y se la tragaba accidentalmente.

La moneda rodó por el suelo pulido, salió al jardín y chocó con una roca antes de caer al desagüe.

Jebi y Seokyeong salieron corriendo y miraron por el agujero. Lo único que oían era el ruido del agua; no había ni rastro de la reluciente moneda.

—Ah. —Se encogieron de hombros al mismo tiempo.

En ese momento sonó el teléfono de Seokyeong. Lo sacó del bolsillo y atendió la llamada.

—Hajun *hyung*, ¿qué pasa?

Como tenía el volumen alto, Jebi escuchaba la voz del padre de Yoona.

—He enviado una clienta al estudio. Ha estado haciendo fotos en las dunas estos dos últimos días y pasaba por la panadería para almorzar. Me ha dicho algo importante…

—Cariño, por eso no llamabas —le reprendió una voz amable. Jebi oía al fondo a la madre de Yoona y al bebé.

—Eh, sí, pero eso no era lo importante. La cámara…

—¿Qué cámara? —Seokyeong frunció el ceño.

—Bueno, no sé si puedes hacerlo, pero le he dicho que fuera a verte de todas formas.

—Espera, ¿de qué hablas?

Justo entonces, escucharon el crujido de las llantas de un coche negro que aparcaba fuera. Con el teléfono todavía pegado a la oreja, Seokyeong inclinó la cabeza hacia el coche. Enseguida Jebi se pasó la mano por el delantal para quitar las arrugas y enderezó los hombros.

—Creo que está aquí.

—¿Un Chevrolet Spark negro? Es ese. Vale, ¡espero que podáis ayudarla! —Después, el padre de Yoona colgó.

Una mujer salió del coche. Al contrario que la mayoría de sus clientes no vestía ropa playera. En lugar de eso, llevaba un sombrero de ala ancha, gafas de sol, camisa de cuadros, pantalones y botas de senderismo. Andaba cansada, como si acabara de escalar una montaña.

Se inclinó en el asiento del copiloto, cogió algo y lo agitó en su dirección mientras se acercaba.

—¿Puedes hacer algo con esto?

Seokyeong observó el objeto que tenía en las manos. Era una cámara. O más bien lo que había sido una cámara. La carcasa estaba tan destrozada que podía verse el interior.

—Tiene el espejo roto y arreglar eso supera mis competencias, deberías ir a un profesional. O… Sería más fácil reemplazarla.

La clienta bajó la cabeza y maldijo en voz baja.

Seokyeong y Jebi se miraron.

—En ese caso, ¿puedo alquilar una cámara? No tengo tiempo para repararla. —Se quitó las gafas de sol y Jebi se fijó en que era una mujer joven, tendría veintimuchos.

—Lo siento, pero no ofrecemos ese servicio. Si quieres fotos, las podemos hacer nosotros —respondió Seokyeong.

La clienta se puso una mano en la cadera y soltó una risa despectiva.

—No. No estarías a la altura —espetó.

—¿A qué te refieres?

La mujer alzó la barbilla con altanería.

—No todo el mundo es capaz de hacer las fotos que quiero.

Jebi levantó un poco la voz.

—¡Mi jefe no es todo el mundo! ¡Es un fotógrafo muy bueno!

Antes de que Seokyeong pudiera detenerla, Jebi cogió el brazo de la mujer y la arrastró al estudio. La mujer intentó soltarse, pero no lo consiguió. Bell se agachó y movió la cola con entusiasmo.

—¡Mira! —Jebi observó a la clienta y apuntó con un dedo hacia la pared de detrás del mostrador, donde estaban enmarcados el diploma del premio y la foto premiada. A la luz del sol, el cristal brillaba.

Seokyeong se dio la vuelta, avergonzado. Bell lo siguió hasta la galería, se tumbó a sus pies y se dio la vuelta para que el fotógrafo le rascara la barriga.

La mujer observó el diploma acariciándose el codo. Abrió mucho los ojos y movió un poco los labios mientras leía los detalles.

—Ya veo. ¿Es un fotógrafo diplomado? —La mujer asintió—. Como investigadora, lo respeto. Y su nombre… ¿significa «cuarzo»?

Se acercó rápidamente a Seokyeong. Se detuvo delante de él y extendió la mano.

—Me llamo Choi Songhwa. Estoy haciendo el doctorado en la Universidad Nacional de Jeju. Mi investigación se centra en los sedimentos de la costa de Jeju.

Seokyeong, que seguía acariciándole la barriga a Bell, se levantó. Se limpió la mano en el delantal y la extendió con indecisión.

La mujer le dio un apretón firme.

—Como habrás podido intuir, no fotografío personas sino rocas.

Seokyeong no respondió.

—No importa lo buen fotógrafo que seas, no me darás lo que busco. Tu estudio se asienta sobre una disyunción columnar, esas pilas de basalto con forma de prisma que hay al pie del acantilado, seguro que las has visto. Pero tú no sabrías qué aspectos de las rocas me interesan ni desde qué ángulo fotografiarlas. Eso quería decir: no sabes hacer fotos para un trabajo de campo académico.

—Sigue siendo fotografía. ¡No hay fotos que nuestro *sajangnim* no pueda hacer! —insistió Jebi.

—Ya vale, Jebi. —Seokyeong negó con la cabeza discretamente.

La mujer miró a Jebi con una expresión divertida. No era despectiva ni enfadada, simplemente la observaba.

Seokyeong cogió a Jebi de la mano y tiró de ella hacia el jardín, de modo que quedaron bajo las palmeras. A través de la ventana, podían ver a la mujer mirando las fotos de la galería.

—Jebi-ya, ¿qué te pasa?

Jebi señaló su camiseta.

—Solo tienes que estudiar sus fotos y aprender, ¿verdad?

Seokyeong bajó la vista al Stephen Gertz sonriente que tenía en el pecho y negó con la cabeza.

—No puedo.

—¿Qué?

—No he hecho fotos para investigaciones académicas ni a rocas.

Jebi abrió los ojos sorprendida.

—¿En serio? —Reflexionó durante un momento y después sonrió —. Vale, entonces aprende ahora.

—¿Eh?

—¡No puedes dejar que se vaya una clienta así! —Jebi frotó los dedos índice y pulgar, indicando que ganarían dinero—. Que te enseñe. Y dile que le harás un descuento. No perdemos nada: no

teníamos ninguna sesión programada para hoy.

—¿Debo pedirle que me enseñe a hacer fotos?

—Está bien. Si no sabes qué decirle, lo haré yo. —Jebi le agarró el brazo y lo miró a los ojos—. No olvides que el primer piso todavía es del banco.

Mientras ellos hablaban, la mujer se sentó y empezó a jugar con Bell. La perrita apretó las patas contra los zapatos de la mujer y movió la cola con vigor.

—¿Cómo se llama? —La mujer levantó la vista mientras acariciaba la cabeza de Bell cuando se acercaban los dos.

—Bell —respondió Jebi.

—¿Cómo la canción *Jingle Bells*?

—No. Significa estrella' en el dialecto de Jeju, *byeol* —explicó Seokyeong.

Era la primera vez que Jebi lo escuchaba y sintió una punzada de celos. La mujer solo llevaba ahí cinco minutos y ya sabía secretos importantes.

Seokyeong parecía haberse relajado un poco con la charla. Se acercó a la mujer y apartó a Bell.

—Lo siento, pero aquí no alquilamos material fotográfico. Es una cuestión de principios —dijo.

—Entiendo. —La mujer se levantó para marcharse cuando Seokyeong, que sonreía con timidez, se colocó delante de ella.

—Pero puedo ofrecerte un descuento…, si me enseñas cómo hacer las fotos que necesitas.

—No lo entiendo. Si eres un profesional…, ¿por qué lo harías? —La mujer miró a Seokyeong y luego el diploma en la pared, claramente sorprendida por su propuesta.

—Profesional o no, también necesito un sustento. —Se acarició el cuello avergonzado.

—No puedo pagarte mucho, soy estudiante…, y mi campo de investigación no está bien financiado.

Jebi sacó la lista de precios.

La mujer asintió.

—Una sesión exterior, con un descuento del cincuenta por ciento. ¿Vale?

—Treinta por ciento —intervino Jebi.

La mujer alzó la barbilla y miró a Jebi.

—Cuarenta.

—Treinta y cinco.

La clienta suspiró y miró su reloj.

—Está bien. Pero necesitaré que llevéis mi equipo.



En el maletero del coche de la mujer había una gran caja de plástico, de las que se utilizan para las mudanzas. Dentro había un surtido de herramientas, como un martillo, varios aparatos electrónicos y un casco. La geóloga lo metió todo en una mochila y se la puso a Seokyeong en los brazos.

—Estoy estudiando la formación de las dunas y las disyunciones columnares, en concreto en este lado de la isla de Jeju. Acababa de terminar de fotografiar las dunas cuando resbalé y se me cayó la cámara. Ahora solo necesito fotos de la disyunción columnar que hay debajo de tu estudio. También quiero obtener una vista panorámica del paisaje, así que vayamos primero al rompeolas.

Seokyeong colocó la mochila en el todoterreno antes de volver al estudio fotográfico para coger su equipo. Aunque no iban a hacer una sesión bajo el agua, metió su GoPro, además de la carcasa impermeable.

Mientras el todoterreno blanco descendía la colina, Jebi bajó un poco la ventanilla, para que el aire seco del otoño se colara en el coche. Fingió contemplar el paisaje y echó una mirada rápida a Seokyeong.

Desde la sesión de apnea, algo había cambiado entre ellos. Sus sentimientos por él habían empezado a evaporarse. El encuentro con su ex podría haber tenido algo que ver. Pero esa no era la única

razón. Seokyeong estaba diferente. Jebi sospechaba que el anciano que lo visitó aquella noche era el responsable. Cada vez que miraba el retrato del detective jubilado colgado en la pared, se convencía más.

Su visita había cambiado algo en el estudio fotográfico.



En el rompeolas, la geóloga se bajó del coche y se estiró. Desde allí, al otro lado de la bahía, podían distinguir claramente el estudio fotográfico y las disyunciones columnares sobre las que se asentaba.

Era la primera vez que Jebi contemplaba el pequeño edificio desde aquel punto y se le aceleró el corazón. Sintió como si estuviera a punto de presenciar algo maravilloso.

—Necesito que hagas fotos de todo. —La geóloga levantó el dedo y lo movió de izquierda a derecha para indicar la longitud de la colina, que sería de doscientos metros por la costa.

Desde ahí, el acantilado parecía la sección transversal de un pastel. «Una tarta de queso con arándanos y polvo de té verde por encima», pensó Jebi.

—Se han encontrado pruebas de flujos de lava basáltica por allí.

—¿Lava…? ¿Qué? —Seokyeong y Jebi miraron sin comprender a la geóloga.

—Lava basáltica. Básicamente, hay indicios de que la lava fluyó una vez por esa zona y formó el basalto que veis ahora —explicó—. Haz unas cuantas fotos panorámicas aquí, por favor —ordenó mientras agitaba los brazos—. Luego volveremos allí para los primeros planos y recoger muestras. En eso consiste el trabajo de campo geológico: caminamos, observamos y recogemos rocas para analizarlas. —La mujer parecía cada vez más emocionada—. Después de esto, tendré que volver al laboratorio para investigar la composición de la roca, empezaré por hacer un corte transversal.

—¿Un corte transversal?

—Sí. Prepararé un trozo de roca de 0,03 milímetros para ponerlo en un portaobjetos de cristal y verlo al microscopio. Ese trabajo será la base del artículo.

—¿Un artículo de investigación? —se apresuró a preguntar Jebi —. ¿Y mencionarás el nombre de mi jefe en los créditos fotográficos?

Seokyeong enrojeció.

—Jebi, ¡cállate!

—Por supuesto que te mencionaré. Sobre todo, porque me has hecho un descuento muy generoso —prometió la geóloga.

Seokyeong siguió sus instrucciones e hizo una foto tras otra. Incluso a través del visor, era un paisaje impresionante.

La geóloga se asomó por encima del hombro para mirar la pantalla. Abrió los ojos de par en par.

—Vaya. No pensaba que las fotos del trabajo de campo pudieran tener este aspecto. La composición, la iluminación. Increíble.

Seokyeong se sonrojó y se apresuró a cambiar de tema.

—Pero… ¿cuál es el propósito de estas fotos? ¿Dónde están los indicios de lava de los que hablabas?

—Justo aquí. —Presionó el botón para hacer zum en la foto—. Mira estos preciosos patrones. Los flujos de lava crearon estas formas que se cruzan. Fíjate en la capa rojiza del fondo. La superficie un poco ondulada sugiere que era un flujo de lava suave. Por encima de ella, la lava debe haber fluido más rápido. La erosión del viento durante un largo periodo de tiempo también ayuda a formar los patrones. ¡Imagínate! Una vez hubo lava al *rojo* vivo corriendo desde aquí —la geóloga se volvió para indicar la amplia franja costera—, hasta allí.

—Es tan extraño pensar que atraviesa nuestro pueblo —murmuró Jebi—. Sabía que Jeju era una isla volcánica, pero aun así…

—La tierra sobre la que se asienta el pueblo probablemente se formó hace unos 530000 años —añadió la geóloga—. Después de que la lava ardiente de una erupción volcánica se enfriara y formara las rocas.

—Me alegro de no haber estado aquí entonces —se rio Jebi.

—Desde luego. Pero podría volver a ocurrir en cualquier momento. Es totalmente posible.

Ante su tono firme, los dos se miraron alarmados.

—Técnicamente, el Hallasan es un volcán activo. Ha estado dormido durante los últimos mil años, pero si tenemos en cuenta la edad de la Tierra, eso es un abrir y cerrar de ojos. —Se rio entre dientes.

Los tres caminaron hombro con hombro por el rompeolas hasta el coche.

En el asiento trasero, la geóloga se apoyó en el reposacabezas y miró por la ventanilla. Pasaban por el pueblo costero. En los campos, un anciano usaba una hoz para cortar la hierba plateada que invadía su cosecha de zanahorias.

—Las erupciones volcánicas no solo provocan desastres —dijo—. También crean vida, dan a los campos un suelo fértil. Sin ellas, este pueblo no existiría, y nuestros caminos tampoco se habrían cruzado hoy.



Aparcaron el coche y recorrieron el camino restante hasta el pie del acantilado. Seokyeong y Jebi caminaban con dificultad por las rocas con el equipo a la espalda, mientras que la geóloga avanzaba a paso ligero. Pero a medida que se acercaban a las disyunciones columnares, ella empezó a ir más despacio y se encorvaba para observar cada rincón, hasta el punto de que Seokyeong y Jebi empezaron a frustrarse. Ellos veían las rocas todas iguales, pero la geóloga no parecía pensar lo mismo.

Al cabo de un rato, la mujer se enderezó y se volvió hacia ellos.

—Necesito fotos de esta sección.

—¿Has encontrado algo? —Jebi reprimió un bostezo.

Seokyeong, que tenía la cámara pegada al ojo, se volvió en la

dirección que apuntaba la geóloga.

—¿Lo ves? Cerca del nivel del mar hay un bloque parecido a un *sajilcheung*.

—¿Un… qué?

Seokyeong se acercó y metió los pies en el agua. A Jebi le impresionó que no se inmutara y que hubiera previsto cargar la carcasa impermeable para la cámara.

—Aquí, esta capa de sedimentos arenosos —dijo la geóloga. Se acercó con cautela a Seokyeong—. Y aquí están los sedimentos de lodo, el *nijilcheung* marrón anaranjado. Y en este estrato con un brillo violáceo, acércate y mira con atención, verás que hay una capa fina de ceniza volcánica mezclada dentro. Espera. —Se puso rígida —. ¿Es esto un fósil? ¡Dios mío!

—¿Un fósil? —Jebi, que fotografiaba la escena con la RX0, se acercó para observarlo mejor.

La geóloga entrecerró los ojos.

—¿Me estás haciendo fotos? ¿Por qué?

—Es mi aprendiz, espero que no te importe. —Seokyeong inclinó un poco la cabeza.

—Ah, ¿es estudiante? —Después de eso, la mujer volvió a fijarse en el fósil—. Mm…, parece que tiene algunas líneas alargadas… ¿Qué será? ¿Una serpiente marina? —murmuró la geóloga para sí misma mientras pasaba los dedos por la roca.

Jebi se acercó aún más. Giró la cabeza pensativa y, de pronto, la respuesta le vino a la mente.

—¡Lo sé! —gritó—. ¡Sé lo que es!

Los otros dos se giraron algo dudosos.

—¡Un *mulkkureok*! ¡Es un pulpo!

—¿Un pulpo?

La geóloga observó el fósil de nuevo.

Seokyeong acercó la lente, ajustó el enfoque y dijo:

—Bueno, las líneas son largas y, mira, parecen volverse más delgadas hacia la punta… ¿Y ves esos patrones redondos? ¿Podrían ser las ventosas? ¡Jebi quizá tenga razón! ¡Apuesto a que es un

pulpo gigante!

—Creo que sí. ¡*Sajangnim*, haz fotos, por favor! —La mujer aplaudió contenta. Mientras Seokyeong se ocupaba de fotografiar el fósil, ella sacó su teléfono y empezó a teclear con fuerza. Revisó el estudio que había encontrado en internet y soltó un grito de alegría —. ¡Es muy raro encontrar un fósil de pulpo!

A Jebi le iba el corazón a mil. Quizá este descubrimiento geológico —¿o zoológico?— la hiciera famosa. Imaginó que saldría en los telediarios y que conocería a personajes importantes del mundo académico. Más le valía insistir en que grabaran las entrevistas en el estudio fotográfico Hakuda. Eso atraería clientes.

Seokyeong ladeó la cabeza.

—Un pulpo, ¿en serio? ¿Cómo puede una forma de vida tan frágil y maleable dejar su rastro en la lava caliente?

—Hay un conocido fósil de amonita de un molusco del Jurásico, y los pulpos también son moluscos. Si el animal se enterró rápidamente en el sedimento, no es imposible.

Tras marcar la zona para volver más tarde, la expedición continuó sobre las rocas.



—*Sajulcheung…, nijilcheung…*, arena…, arcilla… Increíble. Pensaba que la roca solo era basalto. —Seokyeong se detuvo para quitarse el sudor de la frente con un pañuelo.

—Bueno, nosotros no somos solo humanos, ¿no? Con las rocas pasa lo mismo. Mira aquí. La pared es irregular, hay capas que sobresalen, ¿ves? Eso sucede cuando las capas superiores se desplazan de manera horizontal y van en una dirección diferente a las capas inferiores. ¿Y ves esos trozos brillantes? Bajo un microscopio se podría decir que es piroxeno, una mezcla de minerales como magnesio, hierro y titanio. Es muy posible que se trate de un tipo especial de basalto llamado olivino.

Jebi y Seokyeong se quedaron mirando a la geóloga.

—¡Venga, escalemos! —Con agilidad, la geóloga empezó a subir por el acantilado de basalto. Seokyeong y Jebi la siguieron con las cámaras en la mochila.

Desde lejos, parecía una pared de roca desnuda, pero entre las capas crecía vegetación.

—¿No es increíble que haya estratos de tierra entre las rocas? Se formaron durante una pausa en la actividad volcánica. Este acantilado no es la única capa de basalto que se creó durante una erupción.

Jebi se perdió en sus pensamientos. Envidiaba los conocimientos de la geóloga y su capacidad para identificar las rocas con una sola mirada. ¿Era posible mirar a una persona y hacer lo mismo?

«¿Quién soy exactamente?», se preguntó Jebi. «Una mujer de veinte años. Una madre fracasada. Una asistente de fotografía. Como la roca, era más que una sola cosa».

Jebi sacudió la cabeza para volver al mundo real.

—¡No puede ser! ¿Traquita entre la toba? Por favor, fotografía esta sección. —La geóloga se agachó mientras Seokyeong hacía zum —. Espera. Déjame poner esto aquí. —Sacó una regla metálica de quince centímetros y la colocó junto a la roca.

—Ah. ¿Necesitas saber el tamaño?

—Por supuesto. Esto es una investigación científica. Todo debe cuantificarse y medirse —dijo—. Espera, también tengo que recoger una muestra.

Con un martillo y un cincel, arrancó un trozo pequeño de traquita. Jebi fotografió el proceso y le pareció inspirador ver a alguien tan concentrado en su trabajo.

—Debe de ser genial que un grupo de académicos se reúna para hablar de su investigación —dijo Jebi en voz baja—. No importa lo difícil que sea la terminología, todos se entienden.

—No siempre. —La geóloga suspiró mientras picaba la roca—. Cuando presentamos nuestro trabajo a los compañeros es como si habláramos a un ordenador, los datos y números tienen que ser

completamente exactos y sólidos para que no los cuestionen. En cuanto a la terminología, tienes que hablar un idioma que entienda un ordenador. Si no, salta un error o deja de funcionar. O incluso explota.

Esbozó una sonrisa mientras metía las muestras de roca en bolsas amarillas de algodón.

Jebi se apresuró a capturar el momento tras recibir un codazo de Seokyeong.

Su jefe ojeaba las fotos que había hecho. La roca manchada de negro parecía tan sencilla, incluso aburrida. Hasta entonces había fotografiado sobre todo a seres humanos, que sonreían o al menos mostraban algún tipo de expresión. Pero el basalto era solo basalto. Incluso las fotos de paisajes marinos o forestales tenían más vida que las de los minerales, un cierto humor o personalidad.

Stephen Gertz le vino a la mente. Seokyeong pensaba que estaba dando lo mejor de sí mismo en la sesión, pero, en realidad, no sabía qué fotografiaba. Si la geóloga no lo hubiera guiado, habría sido incapaz de encontrar sentido a esas fotos.

Pensó en la clienta. ¿Por qué eligió estudiar rocas? Comprender cómo se formaron las dunas y las disyunciones columnares ¿qué felicidad proporciona y a quién?

«¿O todo el mundo debería tener esos conocimientos?».

Seokyeong dudó un momento.

—¿No te aburre mirar las rocas? ¿Por qué te interesan estas cosas?

—¿«Estas cosas»? —La mujer levantó la vista.

Seokyeong le enseñó la pantalla.

—Mira. No hay trasfondo en la foto, ni expresión…

—¿A qué te refieres con «no hay trasfondo»? ¿Y cómo que no hay expresión? —A la geóloga le brillaron los ojos. Con un martillo en una mano y un cincel en la otra, parecía un poco intimidante.

Desconcertado, Seokyeong miró a Jebi, que puso los ojos en blanco por la metedura de pata de su jefe. Parecía estar de parte de la geóloga.

—¿Qué…? —Su voz se la llevó el viento.

—El trasfondo es el tiempo y la época, por supuesto. Te he dicho que el magma brotó del volcán hace unos 530 000 años, ¿verdad?

A su lado, Jebi asentía.

—Y ¡que las rocas no tienen expresión! ¿No ves que esa está rígida, erguida e inmóvil? —Extendió una mano y tocó la roca—. Con unos ojos como los tuyos, ¿cómo ganaste ese premio de fotografía?

—Oye, no seas tan mala. —Jebi le dio un codazo.

—Vale. Lo siento —se excusó la geóloga—. Pero declarar que las rocas no tienen expresión… no es algo bonito de escuchar para una geóloga.

Jebi asintió.

El sendero rocoso que subía por el acantilado se había estrechado, así que las dos mujeres partieron de nuevo en fila india.

Seokyeong se quedó atrás rascándose la cabeza. Había olvidado que la fotografía es, en esencia, una búsqueda de la comprensión del sujeto. Todo lo que había pasado le hizo olvidar las cosas más básicas e importantes. «Debería conocer más a los clientes y prestar más atención a sus historias», concluyó. Sacudió la cabeza y siguió a las chicas haciéndoles fotos.



La sesión de trabajo de campo terminó justo cuando el sol se ponía sobre el mar azul oscuro.

La geóloga revisó sus muestras antes de echarse la bolsa al hombro.

—Te ayudo. —Seokyeong extendió la mano, pero la geóloga rechazó la oferta.

—Lo llevaré yo. Son importantes.

Le rugió fuerte el estómago y los tres se sorprendieron.

Jebi apartó la cara mientras intentaba contener la risa.

—Acompáñanos a cenar antes de irte —dijo Seokyeong con

suavidad.

—No tengo tanto dinero. Después de pagar la sesión, tendré que apretarme el cinturón este mes —respondió la geóloga ajustándose la correa de la mochila.

—Nosotros vamos a cenar, solo será un par de palillos más. Por favor, come algo antes de irte —le rogó Seokyeong mientras seguía adelante.

—Sí, ven con nosotros. —Jebi sonrió y entrelazó el brazo con el de la geóloga, que dudó una fracción de segundo antes de asentir.

Los tres volvieron al coche juntos, cada uno con una mochila.

—Normalmente ofrecemos una fiesta a nuestros clientes para ver las fotos de la sesión —soltó Jebi para llenar el silencio.

—¿Una fiesta?

—Sí, hacemos una presentación de las fotos para que los clientes las vean y servimos comida.

—¡Suena genial! Me encantaría hacerlo la próxima vez.

—Podemos hacerlo hoy —dijo Seokyeong de pronto.

—Bueno, pero no tengo…

—No pasa nada. Me has enseñado a hacer fotos de trabajo de campo. Considéralo un pago en especie. También tengo curiosidad por ver cómo han salido las fotos.



De vuelta en el estudio fotográfico, los tres se refrescaron rápidamente. La geóloga se quitó el sombrero de ala ancha y, tras lavarse la cara, se puso una cinta en el pelo con una gema de cristal.

Mientras Jebi limpiaba un lote de erizos de mar que le habían dado las *haenyeo* y la geóloga picaba las verduras para el *bibimbap*, Seokyeong se sentó frente a su ordenador.

Estaba a punto de empezar a seleccionar las mejores fotos, como de costumbre, cuando se detuvo. No era la persona adecuada para revisarlas: no tenía ojo para eso. Debería hacerlo la geóloga en su

laboratorio.

Volvió feliz a la cocina, donde limpió algunos caracoles marinos que había recogido con Dongwon en su día libre y luego, ajenos al sol de color mandarina que se ocultaba en el horizonte, los tres se sentaron a la mesa y disfrutaron de la comida. El *bibimbap* de erizo de mar estaba delicioso, pero el estofado de pasta de soja con caracoles marinos era una obra maestra.

Cuando por fin dejó la cuchara, la geóloga miró por la ventana. Se frotó el estómago y se recostó cómodamente en la silla.

—Este sitio es genial. Estaría bien celebrar aquí una fiesta tras defender la tesis.

—¿Una fiesta después de defender la tesis?

—Sí. El examen final de un doctorado es muy difícil, así que la gente suele celebrar una fiesta cuando aprueban. Pero no tengo amigos en la universidad…

—¿Por qué no? —preguntó Jebi, que ya empezaba a recoger los platos.

La geóloga se levantó para ayudar.

—La mayoría de los estudiantes son de aquí y yo no. Siempre bromean sobre mí en su dialecto. Creo que me ven como a alguien de paso.

—¿Piensas asentarte en la isla? —preguntó Seokyeong mientras doblaba el trapo y limpiaba la mesa.

—No estoy segura. Bueno, si pudiera conseguir un trabajo. Pero todo el mundo pensará lo mismo.



—Te toca. —Jebi se volvió hacia Seokyeong tras dejar los platos en el fregadero.

—¿Otra vez? —Seokyeong cogió el trapo y suspiró mientras Jebi le hacía una mueca.

Mientras Seokyeong se encargaba de los platos, Jebi abrió las

ventanas para que entrara aire fresco. Después abrió también la puerta.

Bell salió corriendo y ladró contenta. Estaba olisqueando con entusiasmo el suelo cuando se giró y empezó a ladrar. Alguien subía por la colina.

Jebi se alisó el delantal y se preguntó quién vendría de visita a esa hora. Enfocó la silueta de la persona.

Era un hombre de mediana edad con una camisa elegante. Parecía europeo.

—Ay, Dios mío. —Jebi estaba totalmente desconcertada—. Espere. Un minuto. Por favor —dijo como pudo en inglés. Corrió a la cocina—. *¡Saja…, sajangnim!* ¡Está fuera!

—¿Quién? —Seokyeong se dio la vuelta y levantó las manos con los guantes puestos.

Con un dedo tembloroso, Jebi señaló su camiseta.

—¡Él! ¡La persona de tu camiseta!

—¿Qué dices? —Seokyeong se giró para terminar de enjuagar los boles.

Mientras tanto, el desconocido entró en la tienda.

—¿Disculpad? —llamó.

Jebi sacó la cámara que llevaba en el bolsillo y empezó a hacer fotos de los ojos saltones de Seokyeong, de su expresión boquiabierta, del grifo por el que corría agua detrás de él. Como estaba impresionado, casi perdió el equilibrio y agitó los brazos. Era como si se hubiera abierto un agujero en el aire y lo hubieran absorbido a otra dimensión.

«¡Te pillé! Me reiré de él el resto de su vida». Jebi sonrió.



—Dice que está de vacaciones. La guerra civil que cubría ha terminado.

La geóloga era la intérprete de Jebi; Seokyeong entendía bien el

inglés.

«Pero ¿cómo sabe que no hablo inglés? ¿Parezco estúpida?». Jebi estaba un poco disgustada, pero se calló. No quería perderse lo que Stephen Gertz tenía que decir.

—¿Por…? ¿Por qué está aquí? —balbuceó Seokyeong mientras trataba de sacarse los guantes húmedos de las manos. No podía quitárselos, así que acabó tirando de ellos del revés.

El hombre se encogió de hombros.

—Mis pies me han traído hasta aquí.

—¿Podemos… ofrecerle algo de cenar?

—Ya he comido. Estoy buscando un sitio donde pueda beber algo. Seguí las olas y caminé hasta que empezó a ponerse el sol. Hacía mucho tiempo que no veía el mar.

—Entonces beba algo aquí. Bebamos algo juntos —dijo Jebi haciendo el gesto de tomarse un trago a la vez que miraba a Seokyeong.

Él abrió mucho los ojos.

Sin esperar respuesta, Jebi guio a Stephen a la mesa junto a la ventana.

—¡Maravilloso! —exclamó Stephen mientras se sentó en la silla con una sonrisa.



—¿Cuánto tiempo vas a seguir con esa cara? Pareces un pez. —Jebi le clavó el dedo a Seokyeong en las costillas.

—¿Es famoso? —murmuró la geóloga.

—Sí, es un fotógrafo muy conocido. Un fotógrafo de guerra y el ídolo de mi jefe.

La geóloga asintió y se dirigió a Stephen.

—Al parecer, es su ídolo.

Avergonzado, Seokyeong trató de callarla. Jebi tampoco esperaba que tradujera eso.

—Ah, ¿sí? —Stephen Gertz se volvió hacia Seokyeong. Posó la mirada en su rostro antes de fijarse en la camiseta que llevaba puesta. Se rio entre dientes—. No pensaba que alguien me conociera por aquí, en este país tan pacífico.

Seokyeong miró a su alrededor. Jebi se dio cuenta de que estaba temblando. Y no era la única que lo había notado.

Stephen se levantó para explorar.

—¿Es un estudio fotográfico? Vine aquí pensando que era una cafetería.

Parecía que Seokyeong iba a desmayarse, así que Jebi lo sentó en una silla. En la mesa, tres pares de ojos seguían a Stephen mientras caminaba lentamente por la sala. Cada una de sus acciones parecía magnificarse ante sus ojos. Lo observaron bajar la mirada, cruzar los brazos mientras estudiaba cada una de las fotos expuestas. Al pasar junto al grupo de motoristas, se detuvo frente a las muelas del juicio de Jungmi y empezó a susurrar algo con urgencia en voz baja. Tan baja que no oían lo que decía. Sonrió ante la foto de la pareja joven y, cuando llegó a la foto de Jebi elegida por el pulpo gigante, echó la cabeza hacia atrás, sorprendido.

—¿Es real?

—Pregunta si es real —repitió la geóloga en coreano.

—Sí, lo he entendido. ¡Por supuesto! Es real. Muy real. ¡Completamente real! —Jebi meneaba la cabeza con emoción mientras respondía en inglés.

—¿Eres tú la de la foto? —Cuando Stephen abrió los ojos de par en par, unas líneas horizontales le surcaron la frente.

Jebi asintió.

—Sí, yo. —Se levantó y se pasó una mano por la cara, como si eso le ayudara a reconocerla mejor en la foto.

La geóloga siguió traduciendo lo que decía Stephen.

—Ha dicho «Vaya, increíble. Voy a Ucrania mañana. Me encantaría comprarla como un talismán de buena suerte». Pregunta que cuánto cuesta.

A Seokyeong se le cayó la mandíbula al suelo.

—Es gratis.

—Cien dólares.

Seokyeong y Jebi hablaron a la vez.

Stephen se rio.

—¿Cien?

Rebuscó el dinero en su mochila. Seokyeong intentó rechazarlo, pero Stephen no se lo permitió. Su expresión era severa.

—Dicen que da mala suerte aceptar un amuleto gratis. ¿Puedes imprimirla en un tamaño más pequeño, para que pueda llevarla en la cartera?

Mientras Seokyeong imprimía la foto en su taller, Gertz volvió a las fotos enmarcadas y miró las submarinas con especial interés. Allí estaba la joven del pelo largo buceando junto a las medusas, el hombre caminando sobre la arena del fondo marino. Frente al retrato del detective retirado, se detuvo. Se acarició la barba y dejó escapar un suave suspiro.

Seokyeong volvió con la foto impresa y se la tendió a Stephen con respeto.

Gertz la aceptó y la guardó en su cartera. Entonces, miró a Seokyeong como si fuera a anunciar algo importante y dijo:

—¿Quieres ser mi hijo?

Seokyeong se quedó inmóvil.

Jebi y la geóloga observaban la escena con los ojos como platos.

—Bueno, ¿qué me dices? —Stephen sonreía.

—¡Sí, por supuesto! —respondió Seokyeong al fin. Levantó la cabeza sin dejar de mirar a Gertz.

—¡Genial! ¡Ese es mi chico! —exclamó Stephen.

La geóloga sonrió a Jebi y repitió lo que había dicho en coreano.

—Ha dicho que es un día maravilloso. Que, aunque no esté casado, ahora tiene un hijo.

Stephen abrazó a Seokyeong, que parecía estar teniendo una experiencia extracorpórea.



Había cuatro sillas, una al lado de la otra, mientras se preparaban para ver las fotos que habían hecho durante el trabajo de campo; Seokyeong y Stephen se sentaron en medio, y Jebi y la geóloga en cada esquina.

Jebi había preparado café a partir de granos enteros tostados con cáscara de mandarina y había colocado las tazas sobre la mesa.

—¿No ha dicho que venía a tomar algo? —dijo Jebi en voz baja a Seokyeong, imitando el gesto de beber un trago.

—No bebe alcohol. Dice que se ha acostumbrado a estar alerta todo el tiempo.

Seokyeong empezó la presentación usando el control remoto. Seokyeong se mantuvo en silencio y apretó los labios de la ansiedad.

Stephen cogió su taza, bebió un sorbo de café y lo saboreó sin dejar de mirar fijamente las fotos de la pantalla.

La geóloga también estaba embelesada.

—Son buenas. De verdad, increíbles. —Gertz suspiró cuando aparecieron las fotos panorámicas. La geóloga le explicaba con un inglés fluido cómo se formaba una disyunción columnar.

Jebi intentó seguir la conversación, pero había demasiados tecnicismos, así que volvió a centrar su atención en la pantalla. La disyunción columnar se parecía a la sección transversal de un pastel de la vida real, pero en la foto, el parecido era menos evidente. Quiso decírselo a Stephen, pero al final se quedó callada.

Stephen escuchaba a la geóloga y asentía con la cabeza. Cuando vio los primeros planos de las capas de arena y arcilla de las rocas, sonrió.

—Parece que las ha hecho un niño.

Seokyeong se puso rojo, como un alumno al que su maestro critica. Jebi también se sorprendió.

—La verdad es que son geniales. Ha aprendido hoy a hacer fotos así —respondió la geóloga en inglés.

—¡Vaya…! ¿Le has enseñado?

—Sí. Nunca había hecho fotos de trabajo de campo.

Stephen asintió.

—Yo tampoco.

—Es un gran alumno. Solo tengo que decirle algo una vez y enseguida lo entiende.

—Es maravilloso viajar por un país seguro, salir a pasear por la tarde y encontrar fotografías tan buenas —dijo Stephen poniendo un brazo sobre los hombros de Seokyeong.

—¿Ha hecho muchas fotos durante su viaje hasta ahora? —preguntó la geóloga.

Stephen negó con la cabeza.

—Ninguna. No me apetece trabajar en vacaciones. Solo quiero disfrutar al máximo.

—Pero serían fotos de vacaciones.

—Siguen siendo fotos. No analizarías una muestra de tierra de vacaciones, ¿verdad?

La geóloga puso los ojos en blanco.

—Cierto.

Se hizo un silencio agradable. En la pantalla había una foto del fósil del pulpo y traquita.

Stephen cogió el café y le dio un sorbo.

—Si no te importa que pregunte, me gustaría saber… ¿por qué geología? ¿Por qué las rocas?

La mujer vaciló antes de empezar a hablar.

—Había un profesor al que respetaba… Yo estudiaba Artes Liberales y no teníamos que decidir la especialización el primer año. Cursaba varias asignaturas y exploraba mis intereses, cuando conocí a un profesor increíble. Tenía aplomo y paciencia; no había nada que no supiera. Era geólogo. Y eso fue todo.

—¿Eso fue todo?

—Sí.

—Supongamos que si ese profesor te hubiera dicho que no siguieras con la geología. ¿La habrías dejado?

—Tal vez. Pero nunca me lo dijo. De hecho, hace poco se jubiló y sus estudiantes nos reunimos y le organizamos una fiesta. Bebimos mucho. Me puse un poco emotiva y le solté: «Hice geología por usted, profesor. ¿Cómo nos deja antes de que me gradúe?». Fui una aguafiestas. —Gesticuló—. Pero el profesor me puso una mano en el hombro y respondió: «Me hace feliz que sientas que elegiste este campo por mí. Pero si lo piensas bien, descubrirás que no es del todo cierto». Estaba confundida. No tenía ni idea de a qué se refería. Pero lo dijo con amabilidad. «Debe de haber algo más que te empuje a la geología. Tienes que descubrir qué es».

—¿Y qué pasó? ¿Descubriste el motivo? —Stephen le dio el último sorbo al café.

La geóloga entrelazó los dedos.

—Creo que lo estoy averiguando. Me gustan las cosas ígneas, como la lava que arrasa todo a su paso. Me gusta la forma en que podemos rastrear su flujo leyendo las pistas en la roca… Quizá por eso me atrae este tema…

Stephen asintió.

—Interesante. Sin embargo, necesitas pensar más a fondo. ¿Qué es exactamente lo que esperas borrar, hacer desaparecer? ¿Y podrías encontrar el poder en ti misma para conseguirlo, para labrar tu propio camino en lugar de seguir el de otros? —La miró—. Cuéntame. ¿Has perdido a alguien cercano? O hubo alguien que… No sé, ¿te haya hecho daño?

—¿De…? ¿De qué habla? ¡No hay nada de eso! —soltó la geóloga levantando la voz y sonrojada.

Stephen meneó la cabeza y la miró preocupado.

—No respondas tan rápido. Eres inteligente, por eso tienes que reflexionar con profundidad. Las personas inteligentes que intentan recuperar lo que han perdido siempre lo tienen más difícil. No puedes utilizar el trabajo para llenar un vacío; tampoco debes desgastarte sin saber lo que intentas conseguir. —Sus palabras eran enigmáticas.

—¿Más café? —Jebi dejó otra taza.

—Gracias. —Stephen sonrió a Jebi y los cuatro volvieron a sumirse en sus propios pensamientos mientras continuaba la presentación.

Esta vez fue la geóloga quien rompió el silencio. Miró a Seokyeong y preguntó:

—¿Por qué te dedicas a la fotografía?

Ante la pregunta, Seokyeong se puso rígido.

Gertz pareció darse cuenta de la reacción de Seokyeong y lo observó con interés.

—Mi… Mi madre… —Era como si le costara mucho decir esas palabras—. Cuando era niño, mi familia no tenía mucho dinero. Mi madre tuvo que pedir prestada una cámara para hacernos fotos a mi hermana y a mí. Después las imprimía y las guardaba con cuidado en un álbum. A menudo decía que le gustaría habernos hecho más fotos. —Seokyeong cogió con ambas manos la taza de café, que estaba ya frío—. Entonces… Mi hermana pequeña murió. De repente. Solo tenía tres años.

Stephen y la geóloga lo miraron con compasión.

Jebi estaba aturdida. Ella tampoco conocía esa historia.

—Después del funeral, mi madre dijo lo mismo mientras lloraba: «Debería haber hecho más fotos». Entonces pensé: «¿Te acuerdas de sus primeros pasos? Parecía muy satisfecha consigo misma. Si hubiera capturado ese momento… Y le encantaba comer fresas con las manos. ¡Ay, se le ponían los deditos completamente rojos! Debería haber hecho una foto de eso también…». Fue entonces cuando supe que de mayor sería fotógrafo. Quiero hacer fotos que la gente pueda ver años más tarde para recordar los momentos importantes y a los que ya no estén. Espero que las fotos ofrezcan algo de consuelo.

Se había levantado viento mientras hablaban y, de repente, las ventanas traqueteaban. Tal vez se avecinaba una tormenta. Coincidiría con la tensión que se respiraba en la galería en aquel momento.

—No es posible capturar todos los momentos en fotos —dijo

Stephen con sensatez—. E incluso si se pudiera, tu madre seguiría triste. Porque su hija murió. —Se detuvo. Se acarició la barba y añadió, cauteloso—: Pero ahora que lo pienso, ¿no es extraño? Tu madre no lo había olvidado. Se acordaba de todos los detalles, de los primeros pasos, de las fresas. Entonces, ¿por qué lamenta tanto la falta de fotos?

Fue como si algo sólido y frío que Seokyeong llevaba en el pecho desde hacía años se desmoronara en ese momento. Le dio de lleno. Su madre estaba… asustada. Ella no quería que Seokyeong olvidara. Quería que recordaran a su hija, no solo ella, sino todos los demás. O, al menos, su hijo…

Stephen se estiró y bostezó.

Después de dejarse llevar por sus pensamientos, Seokyeong se volvió hacia él.

—¿Está cansado? Puedo llevarlo al hotel.

—Hm. ¿Sería mucha molestia que me quedara esta noche? Tengo mucho sueño.

—¡Por supuesto!

Los dos subieron las escaleras y Seokyeong insistió a Stephen para que se quedara en su dormitorio.

—Eso es muy generoso por tu parte. Normalmente lo rechazaría —respondió el fotógrafo anciano frotándose los ojos, que tenía llenos de lágrimas de tanto bostezar—. Pero me voy mañana, y no estoy seguro de si te volveré a ver, hijo mío, así que supongo que no pasa nada por abusar de tu amabilidad una noche.

Seokyeong sacó una manta para él antes de correr la cortina que tapaba la tenue luz de la luna. Estaba a punto de salir de la habitación cuando Stephen habló.

—No te vayas todavía. Quiero charlar un poco más contigo, al menos hasta que me duerma.

Seokyeong se sentó en el suelo y Stephen le puso una mano rugosa en el hombro.

—No le he dicho mi nombre, ¿verdad? Soy Seokyeong. Lee Seokyeong. —Sabía que a los angloparlantes su nombre les

resultaba difícil. Pensó que debía contarle a Stephen la historia detrás de su nombre, para ayudarlo a que lo recordara—. Nací en el solsticio de invierno, la noche más larga del año. Es uno de los términos solares del calendario lunar. Eso es lo que significa mi nombre. En caracteres *hanja* significa «la noche más larga»…

En ese momento, la mano de Stephen se deslizó de su hombro. Parecía que se había quedado dormido.

Seokyeong salió de puntillas del dormitorio y bajó las escaleras. La geóloga se había ido y se había llevado las fotos en un USB.

—He hecho una copia, no te preocupes. —Jebi bostezó.

Seokyeong miró el reloj. Se estaba haciendo tarde.

—Creo que no podré llevarte a casa esta noche. ¿Quieres que te acompañe Bell?

—Vale.

Seokyeong le puso la correa a Bell. La perrita parecía emocionada por un paseo nocturno. Las dos se fueron y, durante un rato, Seokyeong pudo escuchar a Jebi intentando que Bell no tirara de ella hasta que sus voces se desvanecieran.



A la mañana siguiente, padre e hijo se sentaron al lado de la ventana mirando al mar y desayunaron juntos. Las olas se habían calmado y el sol apenas brillaba entre las nubes. Seokyeong había pedido a Yoonas Bakes que le enviaran una barra de pan, que cortó en rebanadas, asó y cubrió con huevas de erizo de mar estofadas.

Stephen asintió y emitió sonidos de placer mientras lo devoraba.

Después del desayuno, Seokyeong lo llevó al aeropuerto. Volaría a Europa antes de conseguir la ayuda de un contacto para entrar en Ucrania.

Stephen ya estaba en el mostrador de facturación cuando se volvió y caminó hacia Seokyeong.

—Si no te importa, quiero darte un nombre… como padre.

Seokyeong asintió nervioso.

—Me gustaría llamarte Quartz.

Seokyeong parpadeó.

—Ayer, mientras imprimías la foto, la geóloga me dijo que te llamabas Seokyeong, y que uno de sus significados en inglés es «cuarzo». Según ella, el cuarzo puede presentarse en forma de roca o de cristales, dependiendo del nivel de pureza. Pero, en cualquier caso, es uno de los minerales más fuertes y valiosos de la Tierra, además de ser uno de los más comunes. Y, lo sepamos o no, todos caminamos cada día sobre capas de cuarzo. —Le dio una palmada a Seokyeong en la espalda.

Mientras Seokyeong lo veía alejarse, una ansiedad repentina se apoderó de él, como si se encontrara en una encrucijada importante de su vida.

—¡Espera! ¡Llévame contigo! —gritó con unas lágrimas calientes cayéndole por el rostro.

Stephen se volvió, hizo un gesto con la mano y sacudió la cabeza. Luego caminó hacia Seokyeong. Era casi la hora de irse.

—En una zona de guerra… todo el mundo tiene que luchar… Donde acabo de estar, los soldados dejan a sus familias en casa o las envían a un lugar seguro. Y es lo mismo para mí… No creo que llegue a casarme o formar una familia en esta vida. Nunca tendré la oportunidad de engendrar un hijo. Pero los humanos no solo se reproducen a través de los genes. Un biólogo famoso, Dawkins, dice que mientras los genes se transmiten por el esperma y los óvulos, los memes se propagan de cerebro en cerebro. —Miró a Seokyeong durante un largo rato y le sonrió con cariño—. Quartz, ¿entiendes lo que quiero decir? Espero que te quedes aquí, en este país pacífico, y que vivas una vida larga. Eso es todo lo que espero de ti. —Stephen abrazó a Seokyeong y le acarició la mejilla con su gran mano.



Cuando volvió al estudio fotográfico, Seokyeong abrió su diario por primera vez en un tiempo. Desde hacía mucho soñaba con conseguir lo que su padre no pudo en la isla: formar una familia, echar raíces y vivir una buena vida aquí. Así que cada día escribía en su diario la vida que esperaba tener en algún momento.

La última entrada la escribió el día que llegó el detective. Pasó a una nueva página y apuntó la fecha. Se sentó en la mesa junto a la ventana que daba al mar y se puso manos a la obra.

«Algunos hombres se convierten en padres el día que nace su primer hijo. Otros, cuando el hijo es lo suficientemente mayor para reconocerlo como una figura paterna. Respecto a Dongwon…, en lugar de acelerar las cosas, espero que algún día piense: "Esta persona es mi padre"».



Capítulo 11
Fotos Polaroid

El solsticio de invierno; la noche más larga del año. El viento aullaba desde el amanecer y caía una tormenta de granizo.

En el pueblo del Pulpo Gigante, las *haenyeo* decidieron no salir al mar. Con las puertas y ventanas bien cerradas, se dedicaron a otras tareas: enviar algas secas a los clientes por correo, limpiar los frigoríficos en los que almacenaban las capturas, pagar al seguro los gastos del tratamiento de la enfermedad del buzo, que muchas de ellas padecían, y llevaban tiempo posponiendo. También aprovecharon para reparar los agujeros de los trajes de neopreno y arreglar las redes rotas.

El día pasó en un abrir y cerrar de ojos. Esa noche se sentaron con sus familias y comieron cestos enteros de mandarinas mientras escuchaban las quejas y desgracias del trabajo y el colegio. Escuchar era una de las muchas obligaciones de las *haenyeo*.

Pero la mayoría de los días en invierno, incluso cuando nevaba o granizaba, las *haenyeo* del pueblo del Pulpo Gigante salían al mar. Jebi también siguió entrenando.

—¡Me estoy congelando! Ya sé mantener la respiración bajo el agua. ¿Podemos empezar de nuevo en primavera? —gritó Jebi con los labios azules. Las olas eran como cuchillos fríos y afilados que le cortaban la mandíbula y las mejillas.

—Ninguna *haenyeo* se ha congelado en nuestro pueblo —replicó Yanghee. Llevaba un chaquetón sobre el traje de neopreno y estaba

de pie en la orilla, encima de una roca de basalto, lejos del alcance de las olas.

—Debe de ser un gen que heredáis las *haenyeo*. —En el agua, a Jebi le dio otro escalofrío.

—Tal vez. Antes de que se inventaran los trajes de neopreno, las *haenyeo* llevaban pantalones cortos de algodón y camisetas sin mangas. Como somos responsables del sustento de nuestras familias, siempre hemos necesitado resistir las inclemencias del medio ambiente y adaptarnos. Leí en alguna parte que las *haenyeo* de Jeju resisten más el frío que los inuit.

—¿Lo dices en serio? Pero en Alaska hace mucho más frío que en Jeju.

—Pero estamos hablando de aguas profundas, no de tierra firme —exclamó Yanghee—. Mi abuela volvió al trabajo cuatro días después de dar a luz a mi madre. Y eso fue en pleno invierno.

Jebi recordó aquel terrible verano de hacía cuatro años. Las contracciones fueron insoportables. ¿Cómo describirlas? ¿Un dolor de muelas terrible que te atormenta todo el cuerpo? No solo sintió que le destrozaban el estómago, sino también las extremidades. Ni siquiera eso podía definir con exactitud el dolor… Se sintió como un trozo de col frotada con sal. Además, durante el parto se le desgarró la vagina, por lo que no pudo andar bien durante un mes.

Pensar en volver al agua cuatro míseros días después hizo que le diera otro escalofrío.

Inspiró hondo, metió la cabeza en el agua y nadó a braza hacia las olas, sacando los brazos y pataleando fuerte como una rana.

Yanghee se cruzó de brazos.

—Qué raro. ¿Ninguna queja más?

«Porque quiero ser fuerte», era lo que quería decir Jebi. «Ser una mujer fuerte como tu abuela». Hace cuatro años, cuando descubrió que estaba embarazada, se sintió perdida y asustada. Sin embargo, estaba segura de una cosa: sería mejor madre que sus propios progenitores y, a diferencia de su abuela insensible, sería muy cariñosa.

Su sueño de toda la vida era formar una familia con un hombre al que amara. Por eso eligió estudiar Educación Infantil en el colegio universitario. Pero entonces la abandonaron sin reparos y la dejaron sola con el embarazo. Cuando llegó su hija, se dio cuenta de que toda la teoría que había aprendido era inútil. Una madre tiene que ser fuerte, física y mentalmente, tan fuerte como un guerrero. Pero como un soldado arrastrado a la batalla demasiado joven, Jebi había fracasado estrepitosamente. Y la experiencia la dejó maltrecha y magullada, sobrevivió a duras penas.

Se imaginó a la abuela de Yanghee nadando en el mar oscuro y frío, con el cuerpo aún hinchado y la barriga de posparto moviéndose… ¿Cómo esa misma valiente *haenyeo sanggun* terminó muriendo en el mar?

Quizá la abuela de Mokpo conocía el secreto.

—¿Por qué no te gusta nuestro *sajangnim*? —Jebi caminó por el agua hasta la orilla. Se secó con una toalla y enseguida se puso su chaquetón.

—Ya te lo he dicho. Me usa para conseguir lo que quiere —dijo Yanghee mientras se quitaba el chaquetón y se lo tendía a Jebi. Empezó a estirar los brazos para calentar.

—¿Cómo puedes saberlo si no has tenido una cita con él? Quizá te quiere de verdad.

—Solo soy un objeto para él, una herramienta —protestó Yanghee mientras giraba el cuello.

Jebi inclinó la cabeza. «Una herramienta». Le dio vueltas a la palabra que usó Yanghee.

—Por cierto, *eonnie*, ¿por qué no hablas conmigo en dialecto?

—¿Y por qué quieres que hable en dialecto? —Yanghee ya tenía las piernas en el agua cuando se giró. Metió las gafas de buceo y se echó agua por los muslos y los brazos.

—Sería más… honesto, de alguna manera. ¿Más íntimo? Como si hablaras desde el corazón.

Yanghee chasqueó la lengua con incredulidad.

—Las personas pueden hablar en dialecto y seguir mintiendo,

¿no?

—Es verdad… —Jebi asintió primero y luego negó con la cabeza —. Pero el jefe no es ese tipo de persona.

—¿Cómo lo sabes?

—Tiene un diario —dijo Jebi—. Escribe en él todos los días sobre las cosas que hará cuando sea padre. ¿Conoces a algún otro hombre que haga eso?

Yanghee se colgó el *tewak* sobre los hombros y echó la red.

—El coreano estándar es igual de eficaz para transmitir sinceridad. Odio cuando alguien de fuera insiste en utilizar el dialecto. Nunca lo hablan bien. Me pone de los nervios. —Después de eso, se zambulló en el mar, su cuerpo atravesaba el agua.

Jebi se levantó. Lo único que tenía en mente en ese momento era un buen baño caliente en el vestuario.



El traje de neopreno se le había pegado a la piel y saltó sobre una pierna mientras maldecía. Pensó de repente en la geóloga y en cómo había maldecido en voz baja por su cámara rota. Jebi soltó una risita.

Llenó una palangana de agua caliente y se sumergió en ella. «¿Cómo había acabado siendo geóloga? ¿Era realmente como Stephen Gertz sugirió? ¿Intentaba curar algún tipo de herida o era cierto lo que dijo, que simplemente se había inspirado en su profesor?».

Jebi cogió agua caliente y se la echó sobre los hombros. «Quién sabe», pensó. Estaba claro que Seokyeong intentaba llenar el vacío de la muerte de su hermana convirtiéndose en fotógrafo. ¿Le pasaba lo mismo a la geóloga? La voz de Stephen resonó en sus oídos.

«No puedes usar el trabajo para llenar un vacío, tampoco debes desgastarte…».

«Quizá yo también tenga un vacío», pensó Jebi.

Mientras su cuerpo se relajaba en el agua caliente, Jebi se recostó contra la palangana y poco a poco empezó a soñar.

En la escena llena de niebla, empujaba la puerta de la guardería en la que una vez había trabajado, pero en lugar de los sentimientos familiares de frustración y fatiga que le producía un día de trabajo, la envolvió una emoción diferente.

La culpa.



Jebi se despertó al escuchar el acelerón de una moto fuera. El agua de la palangana se había enfriado y corría una corriente gélida.

Estornudó varias veces, se secó rápidamente y se vistió. Tal vez sería mejor que se tomara un paracetamol antes de acostarse, notaba que estaba resfriándose. Se puso el chaquetón y abrió la puerta.

—*¡Samchon!* ¿Podemos dar unas vueltas más, por favor? —pidió Dongwon con entusiasmo.

—Tu abuela estará preocupada. Le dije que solo daríamos una vuelta más antes de volver —respondió Seokyeong en dialecto.

—Llegas pronto —dijo Jebi mientras salía.

La moto blanca llevaba un sidecar del mismo color, del que asomaba la cabecita de Dongwon. Bajo el casco, los ojos del niño brillaban y, debido al viento frío, sus mejillas parecían manzanas sonrosadas.

—Sí, hemos dado una vuelta de prueba por la carretera de la costa —respondió Seokyeong.

La idea de acoplar un sidecar a la moto se le ocurrió después de la sesión con las motoristas el verano pasado. Pero había estado tan ocupado que no lo encargó hasta hacía poco.

Después de pasar todo el otoño practicando, Jebi se había sacado el carné de moto. El otro día, la había conducido con Seokyeong en el sidecar y la sesión de prueba fue un éxito.

«Así es mucho más seguro. El día de las motoristas pensaba que iba a morir». Seokyeong sonrió mientras bajaba del estrecho sidecar.

Entonces le dijo a Jebi:

—¿Por qué no te tomas el resto del día libre? Empezaremos mañana al amanecer.

Se inclinó hacia delante y volvió a arrancar el motor. Dongwon extendió los brazos y gritó de alegría.

Al ver la moto desaparecer en la distancia. Jebi sonrió. Hacía mucho tiempo que un niño no le arrancaba una sonrisa.



A la mañana siguiente, Jebi se despertó con el sonido de su alarma. Una familia que iba a pasar tres días en Jeju durante las fiestas de fin de año había reservado una sesión fotográfica.

En los últimos meses, Jebi había conocido a clientes de todo tipo en el estudio fotográfico Hakuda, pero era raro que pasara por allí una familia joven. Aún le dolía el corazón cuando veía a unos padres cariñosos con su hijo. No obstante, se levantó y se duchó. Seokyeong la estaba esperando.

Como la familia quería capturar cada momento del viaje, Seokyeong y Jebi decidieron empezar la sesión en el aeropuerto. Estaban en la zona de llegadas con un pequeño cartel:



Por la puerta salía un montón de gente y entre ellos había una familia de tres miembros. Seokyeong los reconoció enseguida: un

padre, una madre y una niña con abrigos de invierno a juego, exactamente los mismos de la foto que habían enviado por correo electrónico. Su hija de siete años llevaba unas gafas de sol con forma de corazón.

—¡Hola! ¿Tú debes de ser Hyeyong? ¡Encantado!

Después de hacerles fotos mientras recogían el equipaje, Seokyeong le extendió la mano a la niña. Siempre le encantaron los niños y, después de pasar tanto tiempo con Dongwon, cada vez se sentía más cómodo con ellos.

Hyeyong no le hizo caso, sonrió con timidez y se escondió detrás de su padre. Pero el fotógrafo notaba que estaba de buen humor. Cuando sonrió, se dio cuenta de que le faltaban las paletas, lo que le daba una expresión traviesa.

Jebi los condujo hasta el todoterreno mientras Seokyeong cargaba las dos maletas grandes en el maletero. Se metió en el asiento del conductor y marcó en el GPS la granja de mandarinas a la que iban. El plan era recoger mandarinas y montar a caballo; al día siguiente, Año Nuevo, subirían el monte Hallasan.

La familia charlaba en los asientos traseros.

—¡Vaya, palmeras incluso en invierno! Qué calor hace aquí.

—¿Aquella cumbre nevada es el Hallasan?

—¡Mira! Allí hay un río.

—Claro que hay un río. No es nada excepcional —le dijo el marido a la mujer riendo.

—Bueno, realmente… —intervino Hyeyong. Se subió las gafas de sol por la nariz—. Jeju es una isla volcánica, así que la mayor parte del agua de lluvia va al subsuelo. Los arroyos suelen estar secos, solo llevan agua cuando llueve. Probablemente habrá llovido los últimos días.

Seokyeong miró a través del retrovisor.

—Sí, llovió ayer.

—¡Vaya! ¿Hay algo que nuestra niña no sepa? —exclamó el padre de Hyeyong encantado.

Seokyeong sonrió al ver a la familia feliz y, en ese momento, se

sintió agradecido por ganarse la vida así.

Miró a Jebi. Aunque ella también sonreía, tenía los ojos tristes. Seokyeong veía una expresión similar en su rostro cada vez que hacían una sesión familiar. Se preguntó qué podría decir para consolarla, pero no se le ocurrió nada apropiado.

Click. Znnng. Se oyó un zumbido mecánico. La madre de Hyeyong estaba haciendo instantáneas con una cámara Polaroid.

Jebi se giró. A lo lejos aún se veía el Hallasan.

—Mamá, no uses todas.

—Vale.

Jebi se preguntó para qué querían una cámara si habían contratado un fotógrafo. La instantánea en el regazo de la madre de Hyeyong estaba empezando a aparecer. Jebi la miró. Era una foto buena y Jebi se preocupó: ¿y si eran clientes quisquillosos?

El todoterreno pasó junto a unos arbustos de camelia que se alineaban a ambos lados de la carretera, con sus flores como racimos de campanillas de terciopelo rojo.

—Qué bonitas —exclamó la madre de Hyeyong mientras tomaba varias fotos, una tras otra.

—Como los adornos del árbol de Navidad —dijo el padre de Hyeyong.

Hyeyong apoyó las manos en la espalda de su madre y estiró el cuello para mirar por la ventana.

Al entrar en la granja, Seokyeong paró el coche.

Hyeyong y su padre salieron inmediatamente.

—¡Vaya, las mandarinas son de un naranja tan brillante! Y hay montones de cajas llenas. Oh, una viene rodando hacia nosotros. ¡Venga, Yong-ah! Vamos a cogerla —gritó el padre y corrieron cogidos de la mano.

El dueño de la granja, que estaba volcando cuidadosamente las mandarinas de una cesta a una caja, se detuvo y levantó la vista. Enderezó la espalda y sonrió para dar la bienvenida a la pareja de padre e hija.

—Aparcaré el coche y enseguida vuelvo —dijo Seokyeong a la

madre, que seguía sentada detrás.

—De acuerdo. —Ella sonrió, luego se mordió el labio ligeramente, como si estuviera pensando sus próximas palabras.

Seokyeong y Jebi intercambiaron una mirada.

—Yo… Nuestra hija no puede ver.

Seokyeong y Jebi se giraron para mirar por la ventana. Hyeyong daba saltitos mientras escuchaba al dueño las explicaciones sobre la granja.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de la anoftalmia?

Seokyeong y Jebi negaron con la cabeza.

—Hyeyong nació sin ojos. Los médicos dicen que puede deberse a un trastorno genético o a una anomalía cromosómica. Cuando se quite las gafas de sol…, veréis lo que quiero decir —añadió la madre, con voz tranquila, como si hubiera repetido lo mismo cientos de veces—. Intentó utilizar ojos de cristal, pero sufría infecciones continuamente… Lo digo para que no os coja desprevenido.

—Entiendo. —Seokyeong asintió. Jebi también, con el corazón oprimido.

—Siento no haberlo mencionado antes. —Hubo una pausa—. Espero que no la tratéis de forma diferente… Sé que habríais preferido saberlo de antemano, pero… no queríamos alborotos. Lo que estáis haciendo es estupendo. —Sonrió y se apresuró a reunirse con su marido y su hija.



—¿Tengo una expresión extraña? —le preguntó Seokyeong a Jebi mirándola.

—Un poco. Algo rígida.

—Tú también, la verdad. —Seokyeong suspiró y miró el reloj—. Venga, vámonos. —Seokyeong abrió el maletero del todoterreno. Sacó la cámara de la bolsa, se la colgó al hombro y le pasó el reflector a Jebi.

Jebi lo cogió, pero se quedó en el sitio, como aturdida.

—Sí —dijo entonces con decisión. Volvió a la parte delantera del coche, abrió la guantera y cogió una caja de caramelos ácidos que había allí. Los compró para combatir el sueño durante el viaje y le apetecían mucho.

Ambos se metieron unos cuantos en la boca y, mientras masticaban, fruncieron el rostro al mismo tiempo.

Se miraron y estallaron en carcajadas.



Tras pagar al dueño de la granja la cantidad acordada, la familia de Hyeyong recibió unas tijeras de podar y una cesta.

—Coged todas las que podáis —indicó el granjero con una sonrisa.

La granja era un bosque de mandarinos. A medida que se adentraban, las ramas bajas golpeaban las gafes de sol de Hyeyong.

—Me las voy a quitar —dijo mientras las guardaba en el bolsillo. Seokyeong, que miraba a través del visor, se detuvo. Jebi también bajó el reflector sin pensarlo.

Hyeyong tenía los párpados casi cerrados, sus pestañas eran oscuras y gruesas como las de una muñeca.

—¡Yong-ah, aquí hay mandarinas! —dijo el padre mientras le agarraba de la muñeca—. Venga, tócala. Está delante de ti. ¿Podrás cortarla?

—¡Claro! —Hyeyong cogió la rama con la mano izquierda antes de golpear la fruta con las tijeras. Con cuidado, le cortó el tallo. Su padre cogió la fruta y se la puso en las manos.

Hyeyong miró a Jebi, mejor dicho, se puso frente a ella.

—*Eonnie*, ¿te has asustado?

—Un poco. —Jebi soltó una risa incómoda, de la que se arrepintió al instante.

—No pasa nada. Pero no estarás rara todo el día, ¿verdad?

—No, por supuesto que no. —Estaba colorada.

Hyeyong caminó hacia ella, con los brazos extendidos hacia delante. Cuando accidentalmente rozó el estómago de Jebi, dio un paso atrás con un «Ups». Le tendió la fruta.

—Tiene una textura interesante. Es diferente a las que comemos en casa —dijo.

Jebi la cogió. La fruta estaba tibia por el contacto con la mano de la niña.

—He oído que se pueden comer enseguida.

Jebi dejó rápidamente el reflector y abrió la fruta.

—Qué olor tan delicioso. —Hyeyong estaba encantada.

—¿Quieres un poco? —Jebi le tendió un gajo.

—No, gracias, *eonnie*. Para ti. Yo pelaré una para mí. Hay muchos gérmenes en las manos de otras personas.

Al ver que Hyeyong se daba la vuelta, con cara remilgada y santurrona, Jebi hizo un mohín de burla. Los padres de Hyeyong se rieron. Seokyeong también.

Como estaba trabajando, Jebi se metió rápidamente la mandarina entera en la boca y se agachó para recoger el reflector.

—Me encantan las mandarinas —dijo Hyeyong—. La piel es rugosa, pero la pulpa es muy suave. Son ácidas y dulces al mismo tiempo.

Seokyeong sacó fotos mientras la familia se apresuraba entre los árboles. Pronto, tres cestas estaban repletas de fruta.



Para almorzar, habían reservado en un lugar famoso por el pez sable a la parrilla. En el restaurante, condujeron a la familia a un salón privado.

—Comeremos allí —dijo Seokyeong, indicando una mesa en el comedor principal. Los padres de Hyeyong asintieron.

La niña volvió a ponerse las gafas de sol.

—¿Por qué?

—¿Cómo? —Seokyeong y Jebi se sorprendieron ante la pregunta repentina.

—¿Por qué no queréis comer con nosotros?

—Siempre comemos en otra mesa para dejar tranquilos a los clientes y darles un poco de intimidad —explicó Jebi.

De repente, Hyeyong hinchó las mejillas con rabia.

—¡No! ¡No os gusto! ¡No os gustan mis ojos! —Debajo de las gafas de sol, empezaron a rodar lágrimas por sus mejillas.

—¡Yong-ah, eso no es cierto! —La madre parecía afligida.

Los demás comensales lanzaban miradas curiosas al grupo.

—Lo siento. A veces se comporta como una bebé —se disculpó el padre—. La mimamos mucho. Pensaba que sería bueno para ella conocer a otras personas en las vacaciones antes de que empiece el colegio…

—¿Os importa acompañarnos? —preguntó la madre con una sonrisa, ya recompuesta.

Seokyeong y Jebi intercambiaron miradas incómodas y asintieron.

Hyeyong fue con su padre a lavarse las manos y, cuando regresó, volvía a ser la misma; olfateó el aire para saber qué platos había en la mesa.

—Yong-ah, el arroz está a tu izquierda, la sopa de algas a tu derecha. Hay erizo de mar en la sopa —explicó la madre de Hyeyong.

—Delante hay sopa de huevo, algas asadas y tofu estofado. El plato es rojo, así que puede ser un poco picante —añadió el padre mientras le quitaba las espinas a un pescado.

Hyeyong asintió. Con los palillos en la mano derecha y la cuchara en la izquierda, comió con ganas.

Su padre le puso el pescado sin espinas en la cuchara.

—¡Papá! ¡Es un trozo enorme! Tengo la boca llena. —Hyeyong soltó una risita, emocionada, y su madre la hizo callar, diciéndole que no hablara con la boca llena.

Seokyeong y Jebi comieron en silencio.

La madre de Hyeyong solo había dado unos mordiscos antes de rebuscar en su bolso las instantáneas que había hecho durante el viaje en coche. Empezó a hacer agujeros en las fotos con lo que parecía ser un bolígrafo. Jebi y Seokyeong la miraron. Al observar de cerca, se fijaron en que no era un bolígrafo, sino una aguja unida a un bolígrafo de plástico.

—Mamá, ¿has terminado con las fotos? —Hyeyong tragó el último bocado de arroz de su cuenco.

—Sí, aquí tienes la primera. ¿Quieres que te diga lo que es? —La madre de Hyeyong giró los hombros y se sujetó la nuca para aliviar la tensión de los pinchazos precisos que había estado haciendo.

—¡No! ¡Mamá, no digas nada! —le pidió Hyeyong.

Los adultos sonrieron.

Hyeyong cogió la primera foto emocionada y pasó los diez dedos por encima.

Seokyeong contuvo la respiración y sintió un hormigueo en el corazón.

—¡Ya sé! ¡Es el Hallasan!

—¡Bingo! Lo vimos de camino a la granja. —La madre de Hyeyong esbozó una gran sonrisa. Jebi y Seokyeong aplaudieron.

—Vaya. ¿Tenía tanta nieve? Qué guay… Vamos a ir mañana, ¿verdad? —Hyeyong tocó el pico de la montaña en la foto.

—¡Tenlo por seguro! —respondió su padre.



De camino al centro hípico, la familia de Hyeyong discutió. La niña insistía en que quería montar sola, pero sus padres se oponían rotundamente. Decían que era demasiado peligroso.

—Pero ¿no es cruel que dos personas monten un caballo? —preguntó Hyeyong.

—Son caballos fuertes. Grandes —respondió su madre.

Durante el resto del viaje, Hyeyong se enfurruñó.

La discusión se resolvió con un giro sorprendente.

—No podemos dejar que dos personas monten en un caballo, no sería seguro —sentenció el monitor. Tenía un silbato colgando del pecho, parecía un árbitro.

—Pero ¿no lo hacen siempre en las películas? —preguntó la madre.

—Bueno, son películas —respondió el monitor mientras ayudaba a Hyeyong a ponerse el casco.

La niña sonrió. Aguzó el oído en dirección a los caballos, escuchó el cloc de los cascos, los relinchos y aplaudió complacida. Cogida de la mano del monitor, subió con cuidado al pequeño escalón de montaje que había junto a una de las yeguas más pequeñas. El monitor metió las manos bajo los brazos de Hyeyong y la subió al lomo.

Hyeyong enderezó la espalda buscando el equilibrio con los labios apretados. Parecía contener un grito de felicidad. El monitor le explicó que no debía hacer ruidos bruscos para no asustar al caballo.

El joven, de pie junto a la cabeza del caballo, tiró suavemente de las riendas con la mano derecha y el caballo echó a andar.

Seokyeong hizo fotos y captó las expresiones de orgullo de los padres mientras Hyeyong estaba sentada elegantemente en el caballo con una expresión muy alegre.

Después de montar, siguió al monitor hasta los establos para la siguiente fase de la experiencia.

Un poco nerviosa, extendió la palma de la mano con una zanahoria encima. Un potro se acercó despacio, Seokyeong fotografió los ojos oscuros y delicados del animal cuando se detuvo frente a la niña, le rozó con los labios la palma de la mano y mordisqueó la zanahoria.

Cuando extendió la mano con cautela y acarició el hocico del caballo, el animal no se apartó.

—Qué suave —susurró.

Envalentonada, estiró un poco más la mano, pero rozó sin querer

los ojos del potro.

Con un bufido, el animalito echó la cabeza hacia atrás.

—Lo siento. ¡Lo siento mucho! —gritó Hyeyong. Agitando los brazos, trató de consolarlo, pero el potro se escabulló y ni siquiera pudo atraerlo de nuevo con una zanahoria.



Todos querían estar bien descansados al día siguiente para la subida al Hallasan. Quedaron en el vestíbulo del hotel de los clientes a las siete de la mañana, así que cuando salieron de los establos, Seokyeong los llevó directamente al hotel. El padre de Hyeyong la sacó del coche. Estaba cansada por las actividades del día, así que se acurrucó en su cuello.

Mientras el todoterreno recorría la carretera asfaltada de vuelta al pueblo del Pulpo Gigante, Seokyeong y Jebi permanecieron en silencio, cada uno pensando en su propia familia… Si hubieran hecho algo más… ¿Se podía hacer más…?



Más tarde, esa noche, Seokyeong se puso el pijama y se acurrucó con la colcha como si fuera una capa. Se acordó de que tenía que cerrar con llave, así que bajó las escaleras. En la distancia, el rayo de luz del faro pasó por la ventana. La nieve caía con fuerza sobre el mar de tinta. Mientras giraba la llave en la cerradura, pensó que si seguía nevando toda la noche, cerrarían el Hallasan a los visitantes. Necesitaría un plan alternativo.

Por la mañana, la nieve había amainado considerablemente. Seokyeong consultó la página web del Parque Nacional de Hallasan: no había anuncio de cierre. Justo entonces llegó Jebi, guardaron

todo el equipo necesario y cargaron en el maletero las cámaras, las botas de montaña con agarres para la nieve y el *ramyeon*.

Cuando llegaron al hotel de Seogwipo, dejaron el coche en el aparcamiento subterráneo y subieron al vestíbulo. Seokyeong se fijó por primera vez en el bloque amarillo con escritura braille del suelo.

En un rincón de la sala había un sofá negro donde Hyeyong y su familia esperaban sentados.

—¡Pero dijiste que querías subir el Hallasan! —decía el padre.

La niña estaba en plena rabieta.

—¡Ya no quiero ir! Está nevando.

Seokyeong se detuvo en seco.

Al darse cuenta, la madre de Hyeyong se levantó.

—Le da miedo la nieve. La del suelo no le importa, pero la que cae… —La madre de Hyeyong sonrió cansada—. Es importante que oiga lo que pasa a su alrededor. La nieve lo amortigua todo, tanto el ruido de los vehículos que se acercan como el de la gente hablando. Le resulta muy frustrante y tampoco le gusta que el suelo esté resbaladizo.

El padre miraba a su hija con expresión de reproche.

—¿Así que te vas a rendir? ¿Dónde está tu espíritu de lucha?

Hyeyong se enfurruñó y se cruzó de brazos.

—¿Qué sabes tú? —Sorbió por la nariz—. ¡Tú tienes ojos!

Se hizo un breve silencio. Era como si el grupo estuviera en una burbuja, separado del resto de la gente del concurrido vestíbulo. Una pareja con ropa de alpinismo salió del ascensor, charlando y riendo. Un bullicioso grupo de amigos de mediana edad, que hablaban en voz alta, pasó por delante de la recepción. Uno de ellos se detuvo para preguntar por el tiempo.

—¿Va a nevar todo el día? Queremos ir al Hallasan.

El recepcionista, un joven de veinte y pocos años, se levantó nervioso. Miró hacia la entrada y asintió.

—El pronóstico es de nevadas hasta las nueve de la noche.

—¿Una tormenta de nieve en Jeju? ¡Increíble! —exclamó alguien.

—Sí, no es nada común —apostilló el empleado—. Justo esta

mañana, mi madre me ha dicho que no nevaba así desde hacía muchísimo tiempo, desde que ella era niña.

Seokyeong, tras escuchar eso, se sentó al lado de Hyeyong.

—Entonces, ¿qué te apetece hacer?

La madre se sentó al otro lado.

—Sí, elige tú.

—¿Papá? ¿Dónde está papá? —Hyeyong estiró los brazos hacia delante y agarró el aire.

Frustrado, el padre les daba la espalda. Parecía estar respirando profundamente intentando calmarse.

—¡Papá! ¿Estás ahí? Contéstame —gritó Hyeyong.

La madre se inclinó y tiró de la chaqueta de su marido, mirándolo fijamente mientras se daba la vuelta.

Volvió al sofá y agarró la mano de su hija.

—Papá está aquí. Venga, hijita, di, ¿qué quieres hacer?

—¡Quiero jugar con arcilla con papá! —Hyeyong saltó y sonrió.

El padre suspiró exasperado.

—¿Arcilla? Para eso hemos venido hasta aquí, a Jeju. —Hyeyong se estremeció al oír la dureza de su voz. Él se dio cuenta y bajó la cabeza, frustrado—. Eso lo hacemos siempre en casa, cariño.

—Papá…, arcilla. Quiero jugar con arcilla ahora… —gimoteó Hyeyong.

La madre agachó la cabeza, avergonzada.

—Necesitaremos algo de tiempo. Lo siento, ¿podemos llamaros dentro de unas horas?

—Por supuesto —dijo Seokyeong mientras Jebi asentía. Los dos vieron a la familia seguir los bloques amarillos escritos en braille que conducían al ascensor.

Agarrada al brazo de su padre, Hyeyong volvió a sonreír.



Cuando Seokyeong y Jebi salieron del vestíbulo del hotel, el viento

frío les sorprendió de nuevo. No tenía sentido volver al estudio fotográfico, así que decidieron quedarse en Seogwipo y pasar el rato en una cafetería cercana. Siguieron caminando y encontraron una en una calle tranquila, alejada del barrio turístico principal.

Al cruzar la puerta, se encontraron en un espacio de aspecto industrial: tuberías a la vista, suelo de hormigón sin pulir, paredes de ladrillo cara vista. No había paredes de piedra ni estatuas de roca como los *dol hareubang*, ni árboles de mandarinas.

Jebi de pronto sintió nostalgia. Era como si hubiera vuelto a Seúl. La ventana daba a la triste pared del edificio contiguo. Una canción genérica de *jazz* se filtraba por los altavoces.

—¿Qué te apetece?

Echaron un vistazo al menú. Jebi pidió café de menta y Seokyeong, un *espresso*.

Al sentarse a una mesa, Jebi se dio cuenta de que, a poca distancia, el gato de la cafetería los observaba con recelo. Pensó en Bell, sola en el estudio fotográfico. ¿Se aburriría? ¿Habría comido bien? Quizá deberían haberla dejado en casa del alcalde. Casi sin poder evitarlo, Jebi pensó en su hija. Aún recordaba lo que sentía al abrazarla, al ver las expresiones de su carita, al tranquilizarla cuando se despertaba por la noche. La niña a la que nunca puso nombre. ¿Qué haría y con quién estaría? ¿Se reiría? ¿Lloraría? ¿La cuidarían bien? «Sí, estará bien», pensó Jebi con firmeza.

Justo después se sintió avergonzada porque había pensado en Bell antes que en su hija.

—No es nada fácil criar un hijo. —Seokyeong suspiró mientras sacaba su tarjeta de crédito.

—Ya —dijo Jebi y asintió.

—Por supuesto. Tú debes saberlo bien. Trabajaste en una guardería, ¿verdad?

—Pero lo dejé. —Jebi se encogió de hombros y pasó la mano por la mesa, sumida en sus pensamientos.

En ese momento sonó el timbre que indicaba que su pedido estaba listo y Seokyeong se levantó para recoger el café. Cuando

regresó, miró a Jebi.

—¿Qué tal va todo con las lecciones de natación? Supongo que deben de ser bastante duras.

—Ni tan mal. —Jebi cogió la taza, dio un sorbo al café y saboreó el toque de menta mezclado con lo amargo. «Qué diferente», pensó.

Seokyeong frunció el ceño.

—Em… —empezó Jebi vacilante.

—¿Sí?

—Tengo una curiosidad…

Seokyeong asintió como indicándole que continuara.

Jebi echó un vistazo alrededor con disimulo y susurró:

—Según tú, ¿qué crees que me falta?

—¿Te refieres a tu apariencia física o tu yo interior? —se burló Seokyeong.

—¡A mi yo interior! —Jebi resopló indignada—. De eso hablaba Stephen Gertz el otro día, ¿verdad? Dijo que las personas se definen por lo que les falta.

Seokyeong saboreó el café y ladeó la cabeza pensativo.

—¿En serio? Yo lo recuerdo de otra forma. ¿No dijo que no usaras el trabajo ni a las personas para intentar compensar lo que te falta?

—Es lo mismo. —Jebi puso los ojos en blanco—. La gente hace todo lo posible para tratar de llenar el vacío. A veces logran cambiarse a sí mismos, pero otras veces no.

—Hm. —Vació la taza de café.

Una oleada de arrepentimiento invadió a Jebi. No debería haber preguntado. «Solo es tu jefe. ¿Qué esperabas que dijera?», se reprendió.

Sacó el móvil y se puso a leer las noticias del mundo del espectáculo. Había un titular sobre una famosa a la que habían demandado por meterse en una pelea. Jebi se metió en el artículo.

—En mi opinión, eres… inteligente. Piensas rápido —dijo Seokyeong—. En cuanto a lo que te falta…, no estoy seguro.

Empezó a esbozar una sonrisa, pero Jebi la reprimió, desvió la

mirada y guardó el teléfono en el bolso.

—Por cierto, he imprimido esto. —Seokyeong sacó una foto del tamaño de una tarjeta de su cartera.

En la imagen, Jebi estaba detrás del mostrador en el estudio. La había sorprendido con una expresión vidriosa, los ojos algo desenfocados y la boca abierta.

—Un regalo para ti.

Era tan ridículo que Jebi se echó a reír.

—¿Cómo que un regalo? ¡Salgo horrible!

—¿Así lo ves? Yo creo que sales mona. —Seokyeong miró la foto y sonrió.

Jebi frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué? ¿Mona? ¿Te gusto o algo?

—¡Claro que sí! Desde que estás aquí han cambiado muchas cosas. Nunca habría podido hacer todo esto yo solo.

Jebi suspiró para sus adentros y cogió la foto. Se acordó de cuando la hizo. Acababa de empezar a trabajar en el estudio fotográfico; la cafetería estaba vacía y Seokyeong hacía fotos de prueba. Fue la mañana en la que el padre de Yoona le llevó para probar los bollos. Justo después de que Jebi le preguntara a Seokyeong por qué había sido tan duro, este le hizo la foto.

Seokyeong se cruzó de brazos y se inclinó hacia delante.

—En cuanto a lo que te falta, tú lo sabrás mejor. Igual que todo el mundo. Nadie puede responderte a eso. Estás aquí, viva, respirando… Para mí, eso es lo único que importa.

Jebi sintió un escalofrío, pero estaba bastante contenta.

Tal vez Seokyeong sentía lo mismo; mientras sacaba rápidamente el teléfono buscando algo que hacer, el móvil sonó en su mano.

—¿Hola? ¿Estáis cerca? Estamos pensando salir.

Jebi escuchó a la madre de Hyeyong por el altavoz y la voz alegre de Hyeyong:

—¡Quiero comer algo especial! ¡Comida que solo se haga en la isla!



Seokyeong condujo hasta el pueblo del Pulpo Gigante. Iban de camino a Yoona's Bakes para que Hyeyong pudiera probar su especialidad: bollos de pulpo.

La tienda de Hajun estaba junto a las dunas. El repostero compró una casa vieja con un tejado bajo a dos aguas y la reformó; Seokyeong lo ayudó y entablaron amistad compartiendo pasteles y bollería. En ese tiempo nació Yoona. La familia vivía en el pequeño anexo detrás de la tienda, y una vez instalada la cocina y el mostrador, en la panadería solo cabían dos mesas.

—¡Bienvenidos! —los recibió Hajun con entusiasmo. Llevaba un uniforme blanco de repostero y estaba colocando tartas recién hechas en el expositor refrigerado. Deliciosos aromas dulces y salados flotaban en el aire como globos de fiesta.

Hyeyong olisqueó de puntillas con hambre. Los padres elogiaron la decoración mientras miraban a su alrededor, sin olvidarse de describir los detalles a su hija.

Hajun juntó rápidamente las dos mesas y la familia se sentó mirando al mar.

—¿Esto es nuevo? No recuerdo haberlo visto antes. —Jebi echó un vistazo al expositor refrigerado.

—Hablan de las tartas —explicó a Hyeyong su madre.

Hajun sonrió.

—La novedad de la casa. La profesora me dio la idea. —Contempló sus creaciones con orgullo.

—¿La profesora? ¿Te refieres a la geóloga?

—Sí. La experta en rocas. Me aconsejó muy bien, ya sabéis, el día que rompió su cámara. —Hajun parecía ansioso por relatar la historia—. Vino a tomar un café con hielo y me contó sus penas, entonces la aconsejé que fuera al estudio fotográfico de Seokyeong. En ese momento, sonó el horno, así que me apresuré a sacar la bandeja de bollos de pulpo; cuando los colocaba en la rejilla la

mujer les echó un vistazo y me preguntó qué eran. Le Contesté: «Nuestra especialidad regional», se rio y dijo: «Yo en tu lugar haría crepes».

—¿Crepes? ¿Eso qué es? —preguntó Jebi.

—¡Yo lo sé! —interrumpió Hyeyong—. Son tortitas finas. Puedes apilarlas para hacer una tarta.

—¡Vaya! ¡Anda que no eres lista! —Hajun esbozó una sonrisa amplia.

Satisfecha consigo misma, Hyeyong sonrió y se quitó las gafas de sol. La sonrisa de Hajun vaciló durante una fracción de segundo, pero fue tan sutil que solo alguien que lo conociera bien lo habría captado. Continuó con la historia.

—Me dijo: «Las crepes apiladas tendrían el mismo aspecto que la sección transversal de la disyunción columnar de los acantilados, ¿no crees? Claro que habría que darles la vuelta». Entonces levantó la barbilla así —la imitó—, y dijo con frialdad: «Eso sí sería una especialidad regional».

Seokyeong se echó a reír. Podía imaginarse la escena.

—En ese momento sentí una oleada de inspiración. Cuando estaba a punto de pasarla al papel, me dijo: «Entra en la página web de geoparques de Jeju y mira las imágenes de las capas volcánicas. Eso te dará ideas. Y la isla también tiene el Seongsan Ilchulbong, el volcán del Pico del Amanecer, no lo olvides». Cuando se fue, encendí inmediatamente el portátil. Me alegro de haberla conocido. Hice algunos bocetos rápidos y experimenté con los diseños. He decidido lanzar estos dos. ¿Qué os parecen?

Hajun señaló las tartas del expositor.

—Recuerda a una duna de arena, ¿verdad? Es una variación del *tigré*, un bizcocho en forma de donut con ganache de chocolate. Utilicé varias capas de bizcocho, hice un agujero en el centro y lo rellené de chocolate. Luego lo cubrí con crema de moca y le di forma de duna. ¿Veis el chocolate en forma de pulpo? Simboliza nuestro pueblo. Y este de aquí —señaló la otra tarta— es una recreación de las disyunciones columnares de la isla. Para conseguir el color del

basalto utilicé tinta de pulpo y capas de tortitas gruesas con crema de sésamo negro. Luego lo giré para que pareciera un corte transversal de la roca. —Sonrió a su público—. Y mirad, esta es la parte artística, utilicé un tenedor para raspar los lados y recrear los detalles de los patrones que se pueden ver en las fotos de cerca. Me llevó una hora hacerlo. Encima…

—¡Está el estudio fotográfico! —gritó Jebi.

—Bingo. Lo hice con chocolate blanco.

Jebi miró de cerca y pudo distinguir las palabras estudio fotográfico Hakuda escritas en letras diminutas sobre la puerta de la delicada figurita de chocolate.

Seokyeong sonrió.

—¡Increíble! ¿Se vende bien?

—Lo he puesto a la venta hoy. Por favor, apoyad mi pequeño negocio. —Hajun rio afablemente, antes de quitarle importancia—. Las cosas están difíciles. Vendo los bollos de pulpo por mensajería, y eso me mantiene a flote por los pelos. La mayoría de mis clientes fueron tuyos primero. ¿Recuerdas las motoristas del verano? Me piden bollos. Sus hijos y la pareja de novios publicaron comentarios en Instagram, diciendo que estaban deliciosos. Pero no es suficiente. Tengo que encontrar la manera de promocionar mi pastelería. —Hajun miró por la ventana las dunas ondulantes y, más allá, el acantilado. Cuando volvió a hablar, fue en un tono solemne—. Ojalá este pueblo fuera tan popular como otras zonas turísticas de Jeju.

La familia de Hyeyong pidió los bollos de pulpo rellenos de alubias rojas y tres vasos de leche caliente. También pidieron un trozo grande de la tarta con forma de acantilado, ya que, aunque Hyeyong podía caminar por las dunas, las disyunciones columnares serían más complicadas para ella. Sus padres querían que lo experimentara, aunque fuera en un dulce.

Hyeyong se lavó bien las manos, partió un trozo de tarta, como si arrancara una columna de roca, y se lo comió, con el polvo de té verde pegado a los dedos.

—Delicioso. Pero este me gusta más. —Levantó el bollo de pulpo

relleno de alubias rojas. Los ojitos, la nariz y la boca eran de chocolate y el cuerpo redondo tenía cuatro brazos gruesos.

Estaban charlando y riendo cuando la puerta crujió y Yanghee entró con Dongwon de la mano. Al ver al grupo, se detuvo. En el momento en el que iba a darse la vuelta para marcharse, Dongwon tiró de ella hacia el interior de la tienda.

—A Dongwon se le ha antojado un bollo de pulpo. —Algo incómoda, fijó la mirada en los expositores—. Quiero tres, por favor, uno de cada: pulpo, alubias rojas y carne.

—Genial, ¡gracias! —Mientras Hajun iba detrás del mostrador, Yanghee se dirigió hacia la puerta, como si pensara esperar fuera. Jebi se levantó y puso la mano en el hombro de Dongwon.

—¿A dónde vas, *eonnie*? Dongwon debe de estar helado. —Le tocó ligeramente la mejilla—. ¡Oh, Dios! Parece un muñeco de nieve. Ven y siéntate con nosotros.

—No, no, estamos bien. —Yanghee agarró del brazo a Dongwon.

—Por favor. Fuera nieva. —Jebi miró a la familia de Hyeyong—. Dongwon va a cumplir siete años, ¿verdad? Igual que Hyeyong. Pueden ser amigos.

—¿Vamos a ser amigos solo por tener la misma edad? —intervino Hyeyong—. *Eonnie*, ¿te haces amiga de todo el mundo de tu edad?

—Em…, no. —Jebi rio y se sonrojó un poco.

—Ya basta. —Avergonzada, la madre de Hyeyong regañó de buena forma a su hija.

Dongwon se volvió hacia su madre.

—Mamá, ¿por qué tiene los ojos así? —Su voz sonó por toda la tienda.

Yanghee se puso colorada.

—¡Cállate!

Hyeyong se levantó y se puso las manos en las caderas.

—Tengo anoftalmia. Nací sin ojos por un problema genético o anomalía cromosómica. ¿Te sirve eso?

Acobardado, Dongwon se escondió detrás de su madre.

Hyeyong frunció los labios.

—Hm. Bueno, ya no creo que nos hagamos amigos…

Yanghee agarró a Dongwon por el cuello y lo arrastró para que se pusiera delante de ella.

—Deja de esconderte detrás de mí y di algo.

Dongwon se zafó de la mano de su madre y fue a esconderse detrás de Seokyeong.

—Solo pregunto porque tengo curiosidad… —Miró a Hyeyong suplicante.

De repente, Seokyeong se giró y le hizo cosquillas a Dongwon en las costillas. El niño apretó los brazos y soltó una risita mientras caía en el abrazo de Seokyeong. Eso alivió un poco la tensión.

—*Samchon*…, ¿podemos montar… en eso otra vez?

—¡Dongwon! Te dije que no fueras insolente —espetó Yanghee a su hijo.

Hyeyong se volvió hacia Dongwon.

—¿Eso? ¿Qué es «eso»?

—Em, el sidecar.

—¿El sidecar?

—Sí. Es un coche pequeño enganchado a la moto de Seokyeong *samchon*. ¡Súper divertido! Te sientes como un pájaro con el viento soplándote en la cara. Estoy seguro de que a ti también te gustaría.

Hyeyong se limpió las manos con una servilleta y se agarró del brazo de su madre.

—¡Mami! Quiero probarlo.



Las dos familias se dirigieron al estudio fotográfico tras salir de Yoona’s Bakes. Yanghee quería que Dongwon fuera solo, pero como era un poco tímido con los desconocidos, pidió a su madre que lo acompañara.

—Tienes un hijo encantador —le dijo la madre de Hyeyong a Yanghee.

—Y tu hija es muy mona. —Yanghee vio a Hyeyong subir sola al todoterreno—. Es tan alegre y enérgica.

—Pues hoy, no tanto. —El padre de Hyeyong subió al asiento trasero y la rodeó con un brazo.

—¡Eh! ¡Siempre tengo energía! —Hyeyong hizo un mohín.

Seokyeong aparcó y estaba a punto de abrir la puerta del estudio cuando, al otro lado, Bell empezó a ladrar y a arañar la puerta con fuerza. Cada día estaba más grande y la puerta de madera traqueteaba en el marco.

Jebi se volvió hacia los padres de Hyeyong.

—¿Os gustan los perros?

—Nos encantan. Pero es imposible tener perro en un apartamento —respondió el padre de Hyeyong.

La niña se agarró a la mano de su madre e inclinó la cabeza. A través de la rendija de la puerta, Bell salió corriendo y saltó juguetonamente alrededor de la pierna de Seokyeong.

—¡Un san bernardo! ¡Uno de los mejores perros de búsqueda! —dijo Hyeyong emocionada.

Dongwon se quedó boquiabierto.

—¡Un momento! ¿Cómo lo has sabido?

—Por el ladrido. Aunque al principio estaba un poco confusa. —Enderezó los hombros con orgullo.

—Claro, porque la madre de Bell es un perro de Jeju y su padre, un san bernardo —explicó Jebi—. ¡Increíble cómo lo has adivinado!

—¡Esa es nuestra chica! —El padre de Hyeyong le dio unas palmaditas en el hombro—. Le encanta escuchar la enciclopedia. Oye algo una vez y ya lo recuerda. La educamos en casa porque tiene un coeficiente intelectual muy alto.

—Dios mío, cariño, te encanta hablar. —La madre de Hyeyong puso la mano en el brazo de su marido como un suave reproche por alardear.

Mientras tanto, Dongwon miraba a Hyeyong con respeto.

«Si pudiera verlo ahora mismo, se harían amigos enseguida», pensó Jebi.



En el jardín, Seokyeong quitó la funda al sidecar y después lo fijó a la moto.

Dongwon se subió; los padres de Hyeyong observaron con detenimiento para comprobar si era seguro. Yanghee le puso el casco a Dongwon y se lo ató. Hyeyong se quedó a un lado, con la cabeza inclinada, mientras escuchaba el rugido del motor.

La moto aceleró y partió, el sonido se hizo más distante a medida que desaparecía.

—Cariño, ¿qué te parece? Creo que es bastante seguro.

Al escuchar eso, Hyeyong empezó a saltar de alegría.

Mientras Dongwon paseaba en la moto, los padres de Hyeyong exploraron la galería, con su hija de la mano, deteniéndose en cada imagen para describirla detalladamente a su hija. Yanghee, sentada a una mesa, tomaba una taza de café y leía algo en el teléfono. Jebi echó un vistazo a la pantalla, estaba todo en inglés.

Volvió a la cocina y comprobó que tenían todo lo necesario para la fiesta posterior.

—Quiero dar otra vuelta, por favor… ¡Por favor! —Oyeron a Dongwon engatusar a Seokyeong cuando la moto se detuvo frente al jardín.

Hyeyong se dio la vuelta y perdió todo interés por la foto del buzo y el pez payaso que sus padres le describían.

—Mamá. Ahora me toca a mí.

El padre de Hyeyong asintió y la cogió en brazos para llevarla y subirla al sidecar.

—¡Eh, no me miréis así! —De repente, Hyeyong empezó a retorcerse como si hubiera telarañas a su alrededor. Sorprendidos, se miraron unos a otros. Todos estaban pendientes de la niña.

—No te miramos porque seas tú, también hemos mirado a Dongwon. Solo queremos asegurarnos de que vais seguros —contestó la madre de Hyeyong.

Cogió el casco a Yanghee y ayudó a su hija a ponérselo mientras su marido le abrochaba el cinturón. Entretanto, Jebi se dedicaba a hacer fotos.

—¡Ah! ¡Es una montaña rusa! —gritó Hyeyong cuando la moto bajaba por la colina.

Después de pasar por el suelo de cemento lleno de baches, la moto y el sidecar siguieron por la carretera de la costa. Seokyeong aceleró un poco y el pelo ondulado de Hyeyong empezó a bailar con el viento. Por el retrovisor lateral, la miró a la cara. Tenía la boca abierta y los brazos levantados, los estiraba por encima de ella y movía los dedos como si intentara tocar el cielo. Captó todas sus expresiones con la cámara instalada en el sidecar.

—¿Cómo te sientes? —gritó Seokyeong.

—¡No lo sé! ¡No puedo describirlo!

Siguió un rato, disfrutando del viento y del sonido de las olas. Pero entonces, preocupado por si la niña se resfriaba, decidió dar media vuelta.

Cuando la moto se detuvo en el estudio, Hyeyong sollozó.

Al ver sus lágrimas, sus padres se sobresaltaron.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te has asustado? —le preguntó la madre preocupada.

La niña no dijo nada.

—Increíble, ¿verdad? —interrumpió Dongwon.

Hyeyong de repente sonrió y asintió.

—¿Cómo te has sentido? ¿Cómo un pájaro?

Hyeyong negó con la cabeza.

—Como un huevo, frágil. Ha sido emocionante, pero también me ha dado un poco de miedo. Si pudiera ver, no me habría asustado tanto… —Hyeyong bajó del sidecar con la ayuda de su padre.

—Pero por eso es divertido, ¿no? Porque da miedo. —Dongwon ladeó la cabeza, confuso.

A Hyeyong le dio hipo y se secó las últimas lágrimas. Como si de repente se le hubiera ocurrido algo, agarró la mano de su padre.

—Quiero ir al Hallasan.

A su padre se le iluminó la cara, pero al segundo siguiente se le borró la sonrisa. Miró la hora.

—Es demasiado tarde. Aunque saliéramos ahora mismo, no nos daría tiempo a llegar al lago del cráter Baengnokdam.

—¿Tenemos que ir hasta allí?

—Bueno, supongo que no.

—Entonces podemos ir, ¿no? —Se volvió hacia Dongwon—. Eh, ¿quieres venir con nosotros?

—Claro. Mamá, ¿puedo? —Dongwon miró a Yanghee con entusiasmo.

Yanghee le dirigió una mirada severa y negó con la cabeza.

—Es peligroso. No es un monte para niños.

Yanghee habló en coreano estándar y Jebi se dio cuenta de que esa respuesta no era solo para su hijo. Yanghee se volvió hacia los padres de Hyeyong.

—¿Puedo preguntarles si han subido alguna vez al Hallasan?

Negaron con la cabeza, confusos ante la pregunta.

—¿Hacen senderismo con regularidad?

El padre se rascó la cabeza.

—Esporádicamente, antes de casarnos.

—Cuando salíamos de novios, a veces íbamos al monte —añadió la madre de Hyeyong.

La mirada que Yanghee lanzó a Seokyeong lo dijo todo: «¿Cómo se te ocurre llevar a esta gente al lago del cráter?».

Seokyeong parecía querer defenderse, pero se mantuvo en silencio. Dongwon tenía los brazos alrededor de la cintura de Seokyeong.

—En ese caso, deberían ir al Wollabong —dijo Yanghee con tono firme.

Hyeyong se dio la vuelta.

—¿Wollabong? *Ajumma*, ¿qué significa ese nombre?

—«Wol» significa «luna», y «ra» se refiere a una línea; básicamente significa el pico de la montaña donde nace la luna. Es un monte pequeño, de doscientos metros de altitud —explicó

Yanghee.

—¡Qué nombre tan bonito! Papá, ¡vamos! —imploró Hyeyong.



El Wollabong estaba cubierto de nieve; parecía que alguien hubiera volcado un cuenco de arroz en la cima. Tras bajar del coche al pie de la montaña, el grupo subió lentamente por el estrecho sendero. Al sol, la nieve se derretía.

La madre de Hyeyong aplaudió encantada.

—¡Qué suerte que haya dejado de nevar!

—Nosotros iremos delante —ordenó Yanghee, y empujó a Dongwon delante de ella.

Seokyeong la siguió, caminaba de espaldas a la pendiente, enfocando con la cámara a Hyeyong y sus padres. La madre hizo un gesto con la mano.

—Por favor, no te preocupes de las fotos aquí. Es muy peligroso.

—Si resbalas, nos haremos daño —añadió el padre de Hyeyong, muy serio.

—No os preocupéis, nos preparamos para la subida al Hallasan —dijo Seokyeong sacando un palo de selfi modificado. Tenía un espejo al lado del hueco para la cámara—. Así podré hacer fotos mirando hacia delante. He practicado con Jebi.



Y siguieron la marcha. Dongwon y Yanghee iban delante, seguidos de Seokyeong, Hyeyong y sus padres. Jebi cerraba el grupo, vigilando a todos. En caso de accidente, llevaba suministros médicos y agua embotellada en la mochila. Si alguien resbalaba, ella lo cogería y, si alguien se hacía daño, estaba preparada para curar las

heridas.

Hacía mucho tiempo que no sentía tanta responsabilidad sobre sus hombros, pero no le disgustaba. No se parecía en nada al ambiente estresante de la guardería. Pasar el rato con una familia feliz no estaba resultando ni mucho menos tan malo como temía.

Volvió a pensar en la niña de la que se había separado tres años antes. Entonces, la responsabilidad era demasiado pesada, dura, fuerte e intensa. Al final se rindió. Durante mucho tiempo, al pensar en eso, sentía que había cometido un crimen irreparable. Pero aquel día, mientras subía la montaña, sus pensamientos iban en otra dirección. «Di a luz a una niña muy sana».

Jebi respiró profundamente el aire frío de la montaña. Delante de ella, Hyeyong caminaba entre sus padres y, de repente, tropezó. Había cierta distancia entre los dos grupos, el de Hyeyong y el de la familia de Yanghee. Había sido un error pensar que sería fácil subir un monte más pequeño. Las rocas estaban afiladas y la pendiente era escarpada.

Quizá también, consciente del creciente retraso, Seokyeong plegó el palo de selfi, se colgó la cámara al cuello, volvió sobre sus pasos y se detuvo junto a Hyeyong.

—¿Quieres que te lleve?

En cuanto la mano de Seokyeong tocó la de Hyeyong, ella la apartó con fuerza. Todo el mundo se quedó helado.

—¡No! —gritó, respirando con dificultad.

Su padre se disculpó.

—Lo siento, tiene las manos sensibles.

—Porque ve el mundo a través del tacto —añadió su madre—. Nosotros sentiríamos lo mismo si alguien nos tocara los ojos.

Seokyeong dio un paso atrás.

—Ya veo, no pasa nada. Lo entiendo.

—Un poco más adelante, el camino se abre y resulta más fácil. Hay esterillas de goma y escaleras de madera —gritó Yanghee desde arriba.

—Gracias a Dios que no subimos el Hallasan. Este camino ya es

bastante duro. —El padre de Hyeyong sacudió la cabeza y se secó el sudor de la frente.

—Pues yo no estoy nada cansada —gritó Hyeyong. Frunció los labios y siguió adelante. Su padre aceleró el paso para seguirla.

—Mamá, ¿debería ayudarla? —Dongwon se quitó el jersey y se lo ató a la cintura.

Yanghee sonrió y le revolvió el pelo a su hijo.

—Ve. Pero pregúntale primero. Puede que no quiera.

—Entendido.

Dongwon soltó la mano de su madre y bajó.

Hyeyong estaba haciendo todo lo posible para seguir el ritmo de su padre.

—No tengas prisa, la montaña es muy bonita. —Dongwon revoloteaba a su alrededor y correteaba por la cuesta empinada como un cachorro.

Hyeyong giró la cabeza en la dirección del sonido.

—¿En serio? ¿Qué ves?

—Hm… Hay pinos a nuestro alrededor, con nieve blanca posada en las ramas. Los pinos son como las cerdas de un cepillo de dientes. Acaba de pasar corriendo una ardilla pequeña. Ha sido superrápida.

La niña levantó las comisuras de los labios.

—Qué raro. Había oído que no hay ardillas en Jeju.

—¿Quién dijo eso? Acabo de ver una.

—Lo leí en internet.

Dongwon se encogió de hombros.

—Pues he visto una. Era regordeta, con dibujos bonitos en el pelaje y una cola larga y tupida.

—Pero… ¿las ardillas no hibernan en invierno? Eso dice la enciclopedia.

—Puede que algunas lo hagan. Pero lo que yo he visto era una ardilla. No estoy mintiendo. —Dongwon se agachó y recogió un poco de nieve—. ¿Quieres subir conmigo? Conozco muy bien este lugar.

Hyeyong asintió.

—¿Quieres cogerme de la mano? —le ofreció Dongwon.

—No. Cógeme tú del brazo. —Hyeyong extendió el brazo derecho. Dongwon lo cogió y empezó a andar, medio paso por delante de ella. Justo delante, el estrecho camino se hizo lo suficientemente ancho para dos personas.

Yanghee los esperó y se colocó detrás de los dos niños. Los padres de Hyeyong se dieron cuenta y asintieron en señal de agradecimiento, Yanghee les devolvió una breve sonrisa.

Jadeando, Jebi se puso a su altura, los adelantó y se acercó a Seokyeong, que iba en cabeza.

—Ahora te toca a ti ir detrás. Intercambiemos las mochilas. —Le tendió su pesada mochila a Seokyeong.

Cuando le quitó la mochila de los hombros, se dio cuenta de que pesaba aún más que la suya. Pero era demasiado tarde para cambiar de opinión.

—Jebi… No tienes por qué… —Seokyeong echó una mirada a Yanghee que se acercaba.

Jebi lo empujó.

—Ve.

Durante unos instantes, Seokyeong se quedó allí de pie, sin saber qué hacer mientras, uno a uno, el grupo pasaba a su lado. Yanghee fue la última.

—Sigue. Estaré bien detrás —dijo.

—No, yo debería ir… el último. —Seokyeong se trabó.

—Por favor. No me gusta tenerte detrás de mí… —Yanghee se dio la vuelta, sin mirarlo.

Desde la altura que habían alcanzado, el mar y el pueblo, abajo, parecían pequeños.

—De acuerdo. —Seokyeong siguió caminando. Hizo unas cuantas fotos de Hyeyong y su familia, luego se detuvo y se volvió.

—Concéntrate en tu trabajo, por favor. —El tono de Yanghee era poco amistoso.

—Claro. —Unos pasos más tarde, se giró de nuevo.

—Si tienes algo que decir, dilo.

—No. Solo estoy preocupado —murmuró Seokyeong.

—Nací aquí. Crecí subiendo la montaña. Puedo hacerlo con los ojos cerrados. ¿Por qué te preocupas?

—Bueno, está nevando.

Yanghee no respondió. Después de unos minutos de silencio, como si nada, le preguntó:

—¿Estás enfadado conmigo?

—Por supuesto que no. ¿Por qué iba a estarlo? —Seokyeong se acercó. Que Yanghee hablara con él era suficiente para que le estallara el corazón de alegría.

—Aquel día en la costa… Jebi casi murió… por mi culpa.

—Bueno… sí, en ese momento, me enfadé mucho —dijo Seokyeong en voz baja—. Pero todo el mundo comete errores. Y Jebi está bien.

Seokyeong se giró y se colocó justo delante de Yanghee. Los demás estaban demasiado lejos para oír la conversación, casi en la cima del Wollabong.

—Me… Me gustas, Yanghee-ssi.

Yanghee entrecerró los ojos.

—¿Por qué?

—Porque sí. Me gustas desde el primer momento en que te vi.

—Odio esa frase. ¿Porque sí? Eso es lo que la gente dice cuando no sabe lo que siente de verdad o cuando no te toma en serio.

Yanghee empujó a Seokyeong a un lado para pasar junto a él. O, mejor dicho, lo intentó, pero Seokyeong extendió una mano y cogió la de la chica, esta perdió el equilibrio y cayó encima de él. Los rodeaba el aliento del otro.

Seokyeong habló en un susurro.

—Yanghee-ssi, me gustan tus ojos marrones. Me gusta tu sonrisa. Me gusta tu voz. Y cómo te tiras al agua…

—¡Ya basta! —Yanghee se soltó y siguió adelante.

Pero Seokyeong no se dejó intimidar.

—Solo sé hacer fotografías… No soy bueno con las palabras. Dame una cámara y una buena iluminación y te sacaré una foto que

muestre tu mejor ángulo. Pero hablar, eso es mucho más difícil… Siento ser tan deficiente. Pero… Me gustas de verdad. Lo digo desde el fondo de mi corazón.

Yanghee miró hacia la cima. Dongwon saltaba y la saludaba. Ella se puso de puntillas y le devolvió el saludo.



Cuando Seokyeong y Yanghee llegaron a la cima, la familia de Hyeyong y Dongwon posaban para las fotos. En los últimos meses, Jebi se había sentido cómoda dando indicaciones a los clientes y sabía lo que era una buena composición. Decidió hacer las fotos con el mar en su inmensidad y el cielo de fondo.

Seokyeong las revisó y sonrió.

—Cada vez lo haces mejor, ¿eh?

Jebi levantó la nariz.

—Son elementales.

Dongwon corrió hacia ellos.

—*Samchon*, ¿puedo hacer yo también algunas fotos?

—Claro. ¿Te acuerdas de lo que te enseñé? ¿Y si haces una foto a Hyeyong?

—¿A mí? ¿Sola? —La niña se sonrojó.

Después de asegurarse de que estaba en un lugar seguro en la cima de la montaña, los padres de Hyeyong se apartaron con una sonrisa.

Dongwon se cruzó de brazos y miró alrededor en busca de un buen fondo.

—Estaría bien que tuvieras detrás el monte Sanbangsan. —Dongwon cogió a Hyeyong por los hombros y la giró.

—¿Sanbangsan? He oído hablar de él. Es un domo de lava —dijo Hyeyong.

—¿Un domo de lava? —Dongwon inclinó la cabeza.

En ese momento, Jebi pensó en la geóloga que había conocido a

principios de año. Habría estado bien que los hubiera acompañado.

—Sí, tiene la forma de una campana invertida —explicó Hyeyong.

—Pues este no se parece mucho a una campana… —Dongwon cerró un ojo y observó a través del visor.

—¿En serio? ¿A qué se parece?

—Em…, a una tortuga, o, mejor dicho, al caparazón de una tortuga. O a un sombrero.

—¿Un sombrero?

—Sí, un sombrero de ala ancha.

—¿Así que no es como una campana? —preguntó Hyeyong de nuevo. Sonaba un poco decepcionada, aunque Jebi no estaba segura de si alguien lo había notado.

—No, una campana sería más alta. El Sanbangsan se extiende mucho en la parte de abajo. —Dongwon pulsó el disparador.

Seokyeong miró por encima del hombro del niño.

—Buena foto —dijo.

—Yo… también… quiero —murmuró Hyeyong.

La madre de la niña se agachó hacia delante.

—¿Qué has dicho, cariño?

—Yo también quiero hacer una foto.

En ese momento, todos los ojos estaban puestos en Hyeyong. Para no herir sus sentimientos, sus padres nunca le habían dado una cámara, con la esperanza de que dejarla tocar las instantáneas pinchadas sería suficiente.

Seokyeong y Jebi intercambiaron una mirada. ¿Había alguna forma de enseñarle? La mente de Jebi estaba en blanco.

—Pero… ¿cómo la harías? —Horrorizada, Yanghee le tapó la boca a su hijo con la mano.

—Mamá, ¿qué pasa? Solo estoy preguntando…

—¡Ya basta!

Yanghee miró a los padres de Hyeyong y movió la cabeza en señal de disculpa. También debía disculparse con la niña, pero no sabía qué decir.

Hyeyong apretó los puños y empezó a sollozar.

—¿Y por qué crees que siempre verás? —Hundió los hombros delgados—. Podrías haber tenido la misma enfermedad que yo. O, ¿quién sabe?, a lo mejor te caes y te afecta a la vista o te clavas una rama en el ojo, o un lápiz.

Ante su arrebato, Dongwon también empezó a llorar. Se dio la vuelta y enterró la cara en el estómago de Yanghee.

—Mamá, solo he preguntado por curiosidad…

Yanghee consoló a su hijo.

—Lo sé, no pasa nada.

Pero Hyeyong estaba cada vez más alterada.

—La curiosidad no es excusa para preguntar lo que quieras. Ya te he perdonado una vez en la panadería.

—Cariño…

Los padres de Hyeyong intentaron calmarla, pero no se tranquilizaba y siguió gritando a Dongwon.

—¡Vale! ¡Entonces te preguntaré algo por curiosidad yo también! ¿Por qué no has venido con tu padre? ¿Dónde está ahora mismo?

Se hizo el silencio; solo se oía el aullido del viento. Yanghee bajó la cabeza y abrazó más fuerte a su hijo. Dongwon sollozaba, pero intentaba no hacer ningún ruido.

—Lee Hyeyong, si te pones así, volveremos directamente al hotel —le advirtió su padre—. Te he dicho que no está bien herir a los demás, aunque estés enfadada.

—¡Me da igual! De todas formas, no quiero ser amable —replicó Hyeyong.

—¡Lee Hyeyong!

El padre de la niña se volvió hacia Yanghee.

—Lo siento, se ha pasado de la raya. Dongwon-ah, lo siento mucho. La castigaremos.

Dongwon lloraba cada vez más.

Avergonzado, el padre de Hyeyong miró a Seokyeong con impotencia.

Al ver a Jebi detrás de un árbol, capturando todo esto con la cámara, Seokyeong le lanzó una mirada de advertencia. Ella bajó la

cámara y gesticuló:

—Dijiste que tomara fotos de todo.

Yanghee le dio a Dongwon una palmada reconfortante en la espalda.

—Hay momentos en los que deberías guardarte los pensamientos en la cabeza, mi amor. Aunque tengas curiosidad. Las preguntas pueden ser hirientes. ¿Lo entiendes?

Dongwon asintió.

—¿Tienes algo que decir a tu amiga?

Dongwon se secó las lágrimas y giró la cabeza para mirar a Hyeyong, antes de volverse hacia ella.

—Lo siento.

Hyeyong también se secaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—Vale.

—¿Eso es todo? —La madre de Hyeyong le dio un golpecito.

Hyeyong dio una patada al suelo con la punta de sus zapatillas.

—Yo también lo siento.

Entonces Seokyeong suspiró aliviado en silencio.

—¿Y si te enseño a hacer fotos? Seokyeong *samchon* me enseñó a mí —se ofreció Dongwon.

—Vale —respondió Hyeyong.

La reconciliación llegó tan rápido como el disgusto. Dongwon llevó a Hyeyong hasta el trípode y Seokyeong se apresuró a ayudarlos a ajustar la altura.

—Vale, pon el ojo aquí. Así podrás ver el paisaje —dijo Dongwon.

Hyeyong negó con la cabeza.

—Pero no puedo ver.

—Oh. —Nervioso, Dongwon miró a su madre en busca de ayuda. Ella se encogió de hombros. Dongwon pensó un momento y se le ocurrió una idea. Se colocó detrás de Hyeyong, le cogió las manos con suavidad y las levantó a la altura de los hombros, separándolas medio metro más o menos.

Hyeyong no se resistió.

Jebi se sorprendió. ¿Era la misma niña que se había quejado de que las manos de la gente estaban llenas de gérmenes?

—Puedes ver desde aquí… —le tocó una mano—, hasta aquí —le tocó la otra mano—, por el visor —explicó Dongwon.

—¿Cuánto hay desde aquí hasta aquí?

Dongwon se rascó la cabeza.

—Hm… Desde una punta del pueblo hasta la otra. Alrededor de mil, no ¿diez mil pasos? Y después está el mar.

—Sigo sin entenderlo —dijo Hyeyong—. Mil y diez mil pasos son muy diferentes. No hace mucho medí la distancia de mi propio paso: son cuarenta y seis centímetros. Mil pasos serían cuatro mil seiscientos metros, y diez mil pasos serían cuarenta y seis kilómetros. Entonces, ¿cuánto es?

Dongwon volvió a mirar a su madre. Yanghee estaba ocupada tecleando en su teléfono. Un segundo más tarde, sonrió y le enseñó la pantalla.

—¡Oh! Son dos kilómetros. Mi madre ha calculado la distancia con el mapa del móvil.

Hyeyong movió ligeramente los labios y agitó los párpados.

—Cuatro mil doscientos cuarenta y ocho pasos, redondeando. —Sonrió—. ¿Podemos ver tu casa desde aquí?

—Sí, está allí, a la izquierda. La que tiene el techo gris.

—Vale, haré la foto ahora.

—Adelante. —Dongwon le cogió el dedo y lo colocó sobre el obturador—. Pulsa aquí. Escucharás un clic cuando hagas la foto.

—¿Se ve la luna?

Dongwon levantó la vista.

—Si, hay media luna. Parece un caramelo, un dulce de leche a medio comer.

Hyeyong rio.

—Quiero que salga en la foto, porque el lugar se llama Wollabong.

La niña se apartó y Dongwon puso el ojo en el visor para ajustar ligeramente la posición y el ángulo de la cámara.

—Listo. Ya puedes pulsar el disparador.

Dongwon la guio hacia la cámara.

Clic.

Hyeyong se volvió hacia sus padres con una sonrisa radiante.

Estaban cogidos de la mano mientras observaban a su hija. Desde atrás, Jebi inmortalizó el momento.

—¿Quieres hacer alguna otra foto? —preguntó Dongwon.

—Una a ti. Tú eres mi primer amigo y quiero una foto tuya.

Dongwon se sonrojó.

Yanghee sonrió y miró a su hijo.

—Tú tienes muchos amigos, ¿verdad?

—Em, sí, tenía, cuando vivíamos en Seúl. —Bajó la cabeza—. Pero ahora…, no. Seokyeong *samchon* es mi único amigo.

A Yanghee le tembló la sonrisa.

—¿Puedo tocarte la cara? Quiero saber cómo eres antes de hacer la foto.

—Em, vale, dame solo un segundo, por favor. —Dongwon corrió hacia el bosque. Se agachó, cogió un puñado de nieve y se la restregó por las mejillas. Se limpió la humedad con las mangas rápidamente y volvió a colocarse frente a Hyeyong—. Bien, ya estoy.

Hyeyong extendió con cautela la mano y le tocó la cara. Empezó por el pelo y recorrió con la mano la frente, el puente de la nariz, las mejillas, los labios, la barbilla.

Dongwon se sonrojó, pero se quedó inmóvil.

Hyeyong vaciló.

—Tus ojos. ¿Puedo tocarlos también?

—Pues claro. —Dongwon cerró los ojos.

Con cuidado, Hyeyong extendió la mano. Rozó con los dedos las cejas antes de posarlos suavemente en la curva de los párpados. Los globos oculares, bajo los párpados, se movieron un poco.

—Están calientes. Ojalá tuviera ojos… —susurró Hyeyong.

Detrás, alguien sollozó. Hyeyong se dio la vuelta.

—Papá, ¿estás llorando?

—No, no, solo hace frío aquí arriba, así que tengo un poco de

mucosidad. —El padre de Hyeyong mantenía la voz alegre.

—Toma, coge esto. —Hyeyong se desató la bufanda y se la tendió. La madre de Hyeyong empujó a su marido hacia delante. Él se agachó frente a su hija. Después de estirar la mano para comprobar que estaba lo bastante cerca, Hyeyong le rodeó el cuello con la bufanda. Luego le tocó la mejilla—. Papá, has mentido… otra vez —murmuró.

—Lo siento.

Con ambas manos le secó las lágrimas.



En la plataforma de observación de la cima del Wollabong, tres bancos de madera, colocados uno al lado del otro, dominaban una vista despejada del pueblo del Pulpo Gigante y el mar azul cobalto.

Seokyeong y Jebi invitaron a todos a sentarse antes de repartir los fideos instantáneos. Como habían tenido que aminorar la marcha para adaptarse a los niños, tardaron más de lo esperado en llegar a la cima.

Había sido idea de Jebi.

—Fideos instantáneos de calidad Michelin en la montaña. El plato perfecto para acompañar el aire frío y el paisaje abierto.

Como pensaba que a Hyeyong no le gustaría la comida picante, Jebi pidió fideos *udon* instantáneos por internet. Había comprado dos cajas, así que estaban de suerte porque tendrían más que suficiente para Yanghee y Dongwon.

Como si fuera un regalo inesperado, todos canturrearon felices mientras arrancaban el envoltorio de plástico, abrían la tapa hasta la mitad y vertían la sopa en polvo en un vaso. Seokyeong y Jebi sacaron un termo grande de sus mochilas y echaron agua caliente en cada vaso. Solo habían almorzado tarta y bollos, así que a todos les rugía el estómago.

Se sentaron en silencio mirando a su alrededor con admiración,

mientras esperaban que los fideos instantáneos se hidrataran. Pero en cuanto la comida estuvo preparada, se olvidaron de la belleza de las montañas y el mar y devoraron la comida, sorbiendo los fideos y bebiendo la sopa. De repente, la madre de Hyeyong soltó una carcajada y todos se unieron a ella. Los niños también tenían mucho apetito. Cuando terminaron sus propios fideos, pidieron a gritos más a sus madres. Jebi siguió haciendo fotos.

Después de asegurarse de que no dejaban basura, la expedición empezó el descenso poco a poco.

—¡Bajar es mucho más difícil! —se quejó Hyeyong con las piernas delgadas temblorosas.

Pero Jebi y Seokyeong estaban felices, las mochilas pesaban mucho menos.



De vuelta en el estudio fotográfico, el grupo se sentó para descansar, y el dulce aroma de té de mandarina que Jebi había preparado inundó la sala.

Mientras sus invitados se masajeaban las extremidades, Seokyeong y Jebi fueron a la cocina a preparar la fiesta. Estaban tan ocupados que se olvidaron del cansancio.

Habían comprado y preparado todos los ingredientes el día anterior, así que solo quedaba cocinar. Jebi miró el reloj de pared. Eran las cinco y media. Aunque habían comido fideos instantáneos en la cima de la montaña, supuso que los niños todavía tendrían hambre.

Sacó una tortilla de la nevera, la untó con salsa de tomate y le añadió carne de caracol marino, beicon y mucho queso rallado por encima. El olor a *pizza* en el horno recorrió la galería.

El padre de Hyeyong veía las noticias en su teléfono. Como era Año Nuevo, el locutor informaba de la gran aglomeración de gente que había ido a ver el primer amanecer del año. Enfocaron el tráfico

intenso de la autopista en dirección a Donghae antes de que la escena mostrara hileras de rostros emocionados: todos cerraban los ojos para pedir un deseo mientras se elevaba la bola de fuego.

Luego volvió a hablar el locutor en tono serio.

—Noticias de última hora. En 1982, una niña de nueve años, Kim Seonghee, desapareció. Aunque su familia peinó todo el país buscándola, nunca regresó a casa. Sin embargo, la semana pasada, apareció una nueva pista de este caso sin resolver: el padre de la víctima recibió por correo un sobre anónimo con un negativo que captó una escena crucial. Con esta información, la Policía pudo recuperar los restos de Kim. Las investigaciones preliminares revelaron que el detective encargado del caso ocultó el cadáver intentando encubrir el asesinato. La noticia ha conmocionado al país.

—¡Maldito bastardo! —escupió el padre de Hyeyong con un gesto de odio.

En la cocina, Jebi a punto estuvo de cortarse el dedo. Dejó rápidamente el cuchillo y se acercó al mostrador para mirar el teléfono por encima del hombro del padre de Hyeyong.

El presentador continuó:

—A continuación, una entrevista con el padre de Kim.

Una voz diferente resonó en el pequeño altavoz del teléfono.

—¡Y no se puede castigar a los responsables porque el crimen ha prescrito! Nadie me creyó cuando insistí en que mi hija nunca se habría ido de casa voluntariamente. Dios, solo tenía nueve años.

En la pantalla, un anciano delgado con una espesa cabellera blanca se desplomó en el suelo, llorando. El presentador volvió a tomar el relevo:

—Cuando comentó el caso, el jefe de la Agencia Nacional de Policía dijo: «Expreso mi más sentido pésame a la familia de la víctima. Haremos todo lo posible por descubrir la verdad…». —Las imágenes mostraban a otro hombre, también de edad avanzada. Llevaba traje y caminaba a paso ligero con la cara pixelada.

Jebi se volvió para mirar la foto colgada en la pared.

En el reportaje informativo, el viejo detective levantaba las

manos para proteger la cara de las cámaras y, de golpe, la emisión terminó.

El padre de Hyeyong estaba indignado. A su lado, su mujer hizo un ruido de desaprobación y le quitó el teléfono de la mano.

—¿Por qué te enfadas tanto, cariño?

El padre de Hyeyong comenzó una diatriba.

—¿No te parece obvio? ¡Es imposible criar un hijo sin preocupaciones en este país cuando ocurren cosas así! ¿Cómo confiar en nadie? Si yo fuera ese padre, nunca le perdonaría lo que hizo a ese detective inútil. Jamás. ¡Malditos canales de televisión! Qué historia más horrible para empezar el año.

Jebi se retiró con sigilo a la cocina.

—Esa niña volverá a casa después de cuarenta años. La familia por fin sabrá algo. ¿No son noticias que se deban anunciar el día de Año Nuevo? —replicó la madre de Hyeyong.

Seokyeong preparaba la col del kimchi con mano experta.

—Así que enviaste el negativo —susurró Jebi.

—¿No me pediste que lo hiciera?

El líquido rojo del kimchi se derramó por los lados de la tabla de cortar de madera.

—Pensé que me dijiste que no lo enviarías.

—No dije eso… Solo estaba dudando. —Puso el kimchi en una sartén y encendió el hornillo de inducción, añadió un chorrito de aceite de cocina y espolvoreó un poco de azúcar antes de continuar —: Después de despedirme de Stephen, empecé a reflexionar sobre muchas cosas. —El kimchi chisporroteó y su fuerte olor agrio empezó a expandirse.

Jebi esperó a que continuara.

—A veces pasan cosas malas y no hay ninguna prueba. Pero Stephen… ha dedicado su vida a grabar pruebas. Es ese tipo de persona.

—Tienes razón. Está haciendo un trabajo importante —dijo Jebi y asintió—. Debe castigarse a los criminales.

Seokyeong se detuvo.

—Él pensaba lo mismo…

—¿Stephen? —preguntó Jebi mientras sacaba la *pizza* del horno.

—No, el viejo detective. Dijo que creía que algunos errores o crímenes no pueden perdonarse, al margen de las buenas acciones posteriores. —Seokyeong miró a Jebi—. Parece que estás de acuerdo.

Jebi se quedó parada con la *pizza* en las manos.

Seokyeong puso el kimchi salteado en un plato y espolvoreó semillas de sésamo. Cansados de esperar, Dongwon y Hyeyong se acercaron sigilosamente por detrás de Jebi y cogieron su *pizza*. Dieron algunos bocados ansiosos y se rieron, se habían manchado la boca de salsa.

Cuando la comida estuvo lista, todos se reunieron a la mesa. La familia de Hyeyong se sentó frente a la ventana que daba al mar, Yanghee y Dongwon, enfrente y Jebi, en la cabecera de la mesa. Seokyeong llenó un cuenco con arroz y estofado y se fue a la oficina para comer y montar la presentación al mismo tiempo.

En la mesa había cuencos de arroz con hojas de calabaza y guiso de huevas de erizo de mar. En el centro estaban los platos para compartir. Dos doradas grandes, que Seokyeong había asado con aceite de sésamo en la azotea, chisporroteaban en la plancha. Había kimchi salteado con tofu y tortitas de cebollino fritas con carne de caracol marino, servidas con una salsa de soja y semillas de sésamo espolvoreadas por encima. Para los niños, Seokyeong también había preparado huevos fritos y hojas de alga asadas.

—¡Todo huele que alimenta! —Hyeyong se movía de un lado a otro emocionada mientras olisqueaba la comida de la mesa.

—¡Qué bien sentaría ahora algo de beber! —El padre de Hyeyong chasqueó los labios.

—Hemos preparado algo especial. —Jebi dejó una botella en la mesa—. Esto es *swindari*, una bebida de arroz fermentado. Sabe a *makgeoli*[13] pero no tiene alcohol, así que los niños también pueden tomarlo. Es una bebida tradicional de Jeju. —Jebi llenó los vasos de todos.

—Oh, ¡nunca he probado nada igual! —exclamó contenta la madre de Hyeyong.

—No le diría que no a algo de alcohol… —El padre de Hyeyong dejó la frase en el aire. La madre de la niña le pellizcó el muslo—. Bien, ¡brindemos! —dijo un poco a regañadientes— ¡Por la amistad de Hyeyong y Dongwon!

—¡Salud! —gritó todo el mundo. Los niños se bebieron del tirón el *swindari* e imitaron los sonidos que hacen los adultos cuando beben. Y con su torpe destreza con los palillos, cada uno cogió una tortita.



Después de cenar, Jebi fregó los platos mientras Seokyeong preparaba la presentación. Las sillas se colocaron en fila y todos se sentaron frente a la pantalla, esperando ansiosos a que empezara. Seokyeong puso música pop alegre y la primera foto del aeropuerto de Jeju apareció en la pantalla.

Los tres miembros de la familia, con sus chaquetones negros a juego, aparecían nítidamente enfocados en medio de un mar de turistas borrosos. Al ver a Hyeyong sonriendo con sus gafas de sol de corazón rojo, todos aplaudieron encantados. Hyeyong parecía confusa, así que su madre le susurró al oído una descripción de la foto.

Las siguientes fotos se hicieron en el trayecto a la granja de mandarinas: una del perfil del padre de Hyeyong con un brazo alrededor de los hombros de su hija charlando alegremente; un primer plano de la mano de la madre cuando hizo una foto del paisaje con la cámara Polaroid; otra imagen en la granja, con Hyeyong arrugando la nariz concentrada mientras cortaba un tallo… Y luego Hyeyong montada a caballo, sonriendo orgullosa a sus padres.

A través del visor de su Sony RX0, Jebi se dio cuenta de que la

sonrisa de Yanghee flaqueaba y había algo parecido a envidia en sus ojos mientras sostenía a Dongwon en su regazo.

En la siguiente foto, Hyeyong arrancaba un trozo de la tarta con forma de acantilado con las manos. Le siguió otra de su manita agarrando un bollo de pulpo y luego una más del grupo fuera de la panadería, con Hajun despidiéndose de ellos a través del cristal.

Yanghee volvió a sonreír al ver la cara de Dongwon en la esquina de la foto.

Luego apareció una foto de Dongwon y Hyeyong acariciando la barriga a Bell y una serie de Hyeyong subiendo al sidecar con sus padres ayudándola cariñosamente a ponerse el casco y el cinturón de seguridad. Hyeyong tenía la boca abierta y las manos extendidas, y el viento le echaba el pelo hacia atrás. La foto se hizo con una cámara de ojo de pez acoplada al sidecar, así que la nariz de la niña salía agrandada. Era una imagen bonita y desternillante a la vez. Todos estallaron en carcajadas.

Las fotos del monte que Seokyeong hizo con el palo selfi no eran buenas en cuanto a composición, pero daba igual, eran fotos en acción. En una, Seokyeong captó el momento en que Hyeyong resbaló cuando saltaba en la nieve. En la siguiente, su madre, intentando ayudarla a levantarse, también se caía.

La madre de Hyeyong, que describía cada foto a su hija a medida que pasaban, se quedó callada.

—¿Qué pasa? ¡Dime! ¿Qué hay en esta? —insistió Hyeyong.

—Oh, es… —Sus padres lanzaron miradas de desaprobación a Seokyeong, enfadados por haber incluido esta foto, pero él fingió no verlo. En lugar de eso, se quedó de pie con los brazos cruzados, esperando a que le describieran la escena a su hija.

Dongwon intervino.

—Es tu madre.

—¿Mi madre?

—Cuando te ayudaba a levantarte se cayó. Tiene un rasguño en la mano y algo de sangre.

Alarmada, Hyeyong palpó las manos de su madre. Cuando

encontró la herida con los dedos, bajó los hombros.

—Mamá está bien. —La madre de Hyeyong le acarició el pelo e intentó tranquilizarla.

—No, no estoy bien…

—¿Qué pasa? Lo que sea, lo siento.

—Yo soy la que debería disculparse. ¡Te caíste porque me estabas ayudando!

Seokyeong pasó a la siguiente imagen con el control remoto.

En la cima del Wollabong, la nieve de los pinos se derretía y las gotas de agua brillaban como joyas. Debajo de los árboles, Dongwon y Hyeyong estaban cogidos de la mano y al fondo se veía a Seokyeong con Yanghee.

La siguiente fue la foto de Hyeyong sola con el monte Sanbangsan detrás.

—¡Eh! ¡Mirad! —Dongwon saltó de su asiento—. ¡Esa la hice yo! —Se volvió hacia su madre con una sonrisa de orgullo.

Yanghee sonrió y le acarició el hombro.

—Mamá, quiero esa foto —dijo Hyeyong—. Quiero saber si un domo de lava se parece al caparazón de una tortuga.

—Por supuesto, te la pediremos.

En la siguiente imagen, los padres de Hyeyong, muy nerviosos, intentaban consolar a su hija. Ella gritaba. Tenía la boca abierta y parecía un agujero negro. Dongwon lloraba abrazado a su madre.

Avergonzado, el niño apartó la mirada.

«¿Por qué me quedé ahí parado? ¿Por qué no consolé a Dongwon?». Seokyeong miró la foto. Muchas veces había imaginado su reacción como padre ante distintas situaciones, incluso había escrito una entrada de tres páginas en su diario detallando cómo respondería si un hijo suyo se peleaba con otro niño, pero cuando sucedió de verdad delante de él, se quedó ahí parado, impotente, viendo cómo se desarrollaban los acontecimientos. Al mirar la foto, sintió que se había defraudado a sí mismo.

—¿Por qué has hecho esas fotos? —El padre de Hyeyong parecía enfadado y confuso.

—Porque, en el futuro, agradeceréis estos recuerdos —explicó Jebi.

Negó con la cabeza.

—Lo dudo.

—Si solo hay fotos felices, se pierde la emoción —añadió Seokyeong—. Cuando aparecen imágenes como esta, en las que los niños sonríen, aún tienen más valor. Espera y verás. Después de un año, o quizá de diez, os alegraréis de tener esta foto.

La madre de Hyeyong asintió. Ella parecía entenderlo.

A continuación, llegó la foto que hizo Hyeyong al paisaje. Detrás del pueblo del Pulpo Gigante, el mar se extendía hasta el horizonte. En el cielo había una luna pálida, casi translúcida.

Todos miraban fijamente la pantalla, En el corazón de Jebi surgió un sentimiento peculiar. ¿Era sorpresa o fascinación?

—No se parece a nuestro pueblo —dijo Dongwon.

—¿Por qué? ¿Hay algún problema con mi foto? —Hyeyong movió la cabeza de un lado a otro, con el rostro ansioso y los puños apretados.

—No, es genial. Parece un pueblo de cuento de hadas.

Hyeyong esbozó una sonrisa.

La siguiente foto que apareció en la pantalla fue un primer plano de Dongwon.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tengo la cara enorme!

Hyeyong soltó una risita.

—Mamá, esta foto también la quiero, por favor.

Su madre sonrió y le acarició el pelo.

Yanghee observó a su hijo.



Cuando terminó la presentación, Dongwon y Hyeyong se pusieron a corretear por la galería. Seokyeong sabía que no era fácil que los niños de su edad permanecieran sentados mucho tiempo, así que

trasladó las mesas y las sillas al jardín para que los niños tuvieran espacio suficiente para jugar sin peligro de golpearse con las esquinas.

Imprimió las fotos para la madre de Hyeyong antes de ir a buscar una alfombra suave y colocarla en el suelo para que los adultos pudieran sentarse cómodos.

Jebi llevó otra botella de *swindari* y se unió a ellos mientras la madre de Hyeyong colocaba en una bandeja la foto de su hija con el Sanbangsan de fondo y empezaba a agujerearla para trazar el contorno de las formas.

—Es una aguja interesante —comentó Yanghee llevándose el vaso a los labios.

La madre de Hyeyong se la tendió.

—Es un lápiz braille. Lo uso en las fotos para que Hyeyong pueda tocarlas.

—Eres una madre maravillosa.

—No, como cualquiera. Tú también lo harías. —Sonrió y, cuando volvió a hablar, bajó el tono de voz—. Mi hija… es un milagro. La concebimos después de dos abortos.

Yanghee, sorprendida, lanzó una mirada a los niños. Estaban jugando a Marco Polo en la galería vacía. Dongwon tenía que pillar a Hyeyong siguiendo su voz con los ojos cerrados.

La madre de Hyeyong continuó:

—Durante el embarazo de Hyeyong estaba muy ansiosa. Incluso un poco de cansancio me volvía paranoica. Un día, vi unas gotas de sangre y fui al hospital. El médico me hizo una ecografía y descubrió un derrame interno. Me dijeron que era síntoma de aborto. Pasaron unas semanas, cada día me pareció un año, pero Hyeyong siguió adelante. En la siguiente ecografía la vi por primera vez, en una imagen borrosa en blanco y negro. El médico dijo que se estaba agarrando las rodillas y dándose la vuelta, ¡como si le molestara la ecografía! Nunca olvidaré cómo me sentí en ese momento. —La madre de Hyeyong lanzó una mirada a Yanghee—. Estoy segura de que sabes a lo que me refiero.

Yanghee sonrió y asintió.

—A veces la gente me pregunta si sabía lo que le ocurría cuando estaba en el útero.

El padre de Hyeyong parecía afectado. Cogió el teléfono y empezó a deslizar el dedo por la pantalla sin mirar, como si esperara silenciar la conversación.

Yanghee, Seokyeong y Jebi contuvieron la respiración.

La madre de Hyeyong dejó el lápiz braille y se volvió hacia ellos.

—Así es. Durante el octavo mes de embarazo, fui a una revisión y el médico me dijo que mi hija no tenía ojos. —Suspiró—. Soy una persona normal. No soy una santa. Claro que me costó. Pero… pensadlo. ¿No tener ojos es una razón para quitarle la vida a alguien, justo cuando está a punto de empezar? Imaginad ser ese bebé. No me gustaría morir de esa manera. Pensé que era tan injusto. Así que la salvé, como me salvaría a mí misma. Y verla crecer… Es tan preciosa. Hemos tenido muchos momentos felices juntos.

Yanghee asintió con decisión.

—Pero no ha debido de ser fácil. Basta con ver lo que tienes que hacer con las fotos…

—Ah, ¿esto? Cuando estamos en casa, uso la máquina de coser. —La madre de Hyeyong sonrió—. Se puede hacer con o sin hilo. A veces es un poco complicado.

Todos la miraron, esperando que se explicara. El padre de Hyeyong dejó el teléfono.

—Cuando hay demasiados elementos en la foto —dijo la madre —, si lo perfilo todo, acaba siendo un lío. Por eso me gustan las fotos sencillas. En las más complicadas, tengo que elegir en qué centrarme y resulta complicado…, es como si limitara su mundo.

Jebi sintió que la invadía una oleada de tristeza. Pensó en su bebé, en la expresión de concentración de su carita cuando le dio el pecho por primera vez, en su bonita nariz, en sus labios que se estiraban mucho cuando sonreía. Y los dos dientecitos.

«¡No pudo criarla, aunque era una niña sana!».

Sentía que se le desgarraba el corazón. Era el mismo dolor que sintió el día que dejó a su hija en el orfanato. Jebi apartó la mirada de los demás y se maldijo a sí misma…

De repente, se oyó un fuerte ruido detrás de ella. Seokyeong y los demás adultos levantaron la vista. Hyeyong había tropezado mientras jugaba con Bell y Dongwon.

Dongwon señaló el mostrador.

—¡Se ha dado un golpe en la cabeza con esta esquina!

—¡Deberías haber tenido más cuidado! —riñó Yanghee a su hijo.

—¡Lo teníamos…! —protestó Dongwon molesto.

—¿Estás bien, Hyeyong-ah? —El padre de Hyeyong corrió hacia ella y la abrazó con fuerza. Tenía la cara pálida.

—No me he hecho daño. *Ajumma*, no es culpa de Dongwon. —La niña bostezó.

—Hora de irse a la cama. Volvamos al hotel —dijo su madre.

Hyeyong intentó zafarse de los brazos de su padre.

—¡No! ¡Quiero quedarme y jugar con Dongwon!

—¡Yo también quiero seguir jugando! —suplicó Dongwon mirando a su madre.

—Si queréis…, podéis quedaros aquí a dormir —sugirió Seokyeong.

—¿Aquí? —repitió la madre de Hyeyong perpleja.

—Sí. Sería como uno de esos campamentos escolares con todos durmiendo juntos en las aulas.

—Ah, sí, ¡yo estuve en uno! —intervino el padre de Hyeyong.

—Pero…, no hemos traído ropa para cambiarnos. —La madre de Hyeyong dudó y miró a su marido.

—Los niños se lo están pasando en grande. Podemos pasar una noche sin ducharnos. ¿Qué más da?

Seokyeong y Jebi subieron y bajaron con más alfombras y mantas suaves. Los niños tuvieron una intensa pero corta pelea de almohadas antes de caer rendidos.

Mientras observaba a los niños dormir, la madre de Hyeyong dijo:

—Bueno, tú también podías quedarte.

—No, debo irme… —Yanghee sacudió la cabeza. Ya había cedido bastante dejando a Dongwon pasar la noche allí.

Sin embargo, la madre de Hyeyong le cogió las manos.

—Piénsalo. Cuando Dongwon se levante mañana, se sentirá muy decepcionado si no estás aquí. Arruinarás el regalo especial que le has hecho. Pero si te ve al despertar, se pondrá contentísimo. Guardará este recuerdo en su memoria mucho tiempo.

Yanghee dudó un momento antes de asentir.

Cogió una manta, hizo con ella una almohada y encontró un sitio junto a Jebi. Seokyeong apagó las luces con el control remoto y se colocó junto al padre de Hyeyong, tumbado al lado de su hija.

Estaban todos acostados en fila y bostezando. Había sido un día duro, pero por algún motivo no podían dormir. Cada uno rumiaba sus pensamientos mirando las estrellas por la ventana.

—Sois unos padres geniales —soltó Seokyeong poco después, en la oscuridad.

—No digas eso. —El padre de Hyeyong se giró bruscamente para apartar la mirada—. Porque parece que piensas que la condición de nuestra hija es algo terrible.

Seokyeong se incorporó.

—No, ¡no quería decir eso!

El padre de Hyeyong suspiró y observó a su hija dormir. El pecho de Hyeyong subía y bajaba a un ritmo regular.

—Lo sé. Lo siento, estoy exagerando. —Suspiró—. No siempre he sido un buen padre. Para ser sincero…, una vez intenté marcharme.

Habló tan bajo que Seokyeong tuvo que esforzarse para oírlo.

—No podía entender por qué, de todas las personas del mundo, le había tocado a mi hija —continuó—. Estaba devastado. Cuando la niña tenía seis años, me fui de casa un mes, intenté ahogar mis penas en alcohol. Un día mi mujer me llamó. Me dijo que habían evaluado a Hyeyong en la escuela y que era una niña prodigio… —Todos contuvieron la respiración esperando que siguiera hablando—. Cuando volví a casa, mi mujer no dijo nada. Al principio pensé que lo entendía, que me había perdonado. Pero ahora sé que no.

Seokyeong, Jebi y Yanghee se quedaron quietos, lanzaban miradas discretas a la madre de Hyeyong.

—¿Por qué has sacado el tema aquí? —preguntó a su marido con frialdad.

—Supongo que me he emborrachado con el *swindari* —respondió girando la cabeza para mirarla.

Después de un silencio incómodo, ella habló.

—Nos consideráis buenos padres…, pues la verdad, no es para tanto. Somos personas videntes, todo es fácil para nosotros. Pero si Hyeyong fuera madre algún día…

Jebi intentó imaginar cómo sería su propia vida dentro de veinte o treinta años y le dio un escalofrío. La madre de Hyeyong continuó:

—¿Y si entonces ya no estamos a su lado? Sigo pensando que si mi hija fuera madre, lo tendría mucho más complicado que nosotros. Pero me he dado cuenta de que lo único que puedo hacer por ella es criarla para que se convierta en una persona fuerte y no se rinda. —Se encogió de hombros e inclinó la cabeza hacia su marido—. No sé lo que él piensa.

El padre de Hyeyong se sorbió la nariz.

—¿Yo? Solo espero que sea feliz. No me importa no tener nietos.

—¡Esto no es por los nietos! —susurró con fuerza la madre de Hyeyong—. Es por nuestra hija. Quiero que experimente la misma felicidad que yo al verla crecer. Espero que un día forme una familia propia y viva bien —afirmó conteniendo las lágrimas.

En la oscuridad, Yanghee se pasó un brazo por los ojos y sollozó. De hecho, Seokyeong era el único que no lloraba.

La madre de Hyeyong se dirigió de nuevo a su marido.

—Gracias por volver con nosotras… Estoy muy agradecida de tenerte. Tu amor por Hyeyong es un gran apoyo para mí… Supongo que lo que trato de decir es… Algunas personas consideran que ciertas cosas no pueden perdonarse, o que cuando el amor y la confianza se pierden, es para siempre…, pero creo que no es tan sencillo como parece.

—¡Cariño! —Con la voz entrecortada por la emoción, el padre de

Hyeyong intentó abrazar a su mujer por encima de los niños dormidos.

Ella lo apartó rápidamente.

—¡*Omo*![14] ¿Qué haces? Duérmete.

En la oscuridad, todos estallaron en carcajadas silenciosas entre lágrimas. Pronto, el padre de Hyeyong roncaba suavemente.

Mientras escuchaba la respiración de los niños, Seokyeong cerró los ojos. Le pesaba el corazón. ¿Por qué pensó alguna vez que sería un buen padre? La duda se había apoderado de él y tenía miedo. ¿De dónde venía su antigua confianza? ¿Confiaba en sí mismo porque las cosas siempre habían sido fáciles con Dongwon, o porque podía decir que incluso cuando a veces no sabía qué hacer o cometía errores, todo iba bien con Dongwon?

Seokyeong daba vueltas en la cama, incapaz de dormir. ¿Y si él fuera el padre de Hyeyong y tuviera que criar a una niña ciega? ¿En qué mundo estaría metido? No lo podía imaginar. Estaba convencido de que ser padre solo traía felicidad…

Pensó en su propio padre, que había muerto muy joven. ¿Qué significó para él ser padre? No estaba muy orgulloso de su hijo o no habría elegido marcharse como lo hizo.

Se giró sobre el otro costado y se acurrucó, como si volviera a ser un niño pequeño.

De repente, el haz de luz del faro pasó junto a las fotografías enmarcadas en la pared y las caras de los clientes sonriendo brillaron. Seokyeong recordaba cada encuentro.

Ya no tenía padre, pero Seokyeong sabía que no estaba solo. En el estudio fotográfico lo rodeaba mucha gente, y eso no iba a cambiar.



Los adultos se despertaron con el sonido amortiguado de los niños jugando. Empezaba a amanecer.

Hyeyong y Dongwon subían y bajaban las escaleras con todo el silencio del mundo, tenían la frente mojada de sudor, pero no podían reprimir unas risitas. Bell también se había unido al juego y los perseguía con la lengua fuera.

Jebi se levantó y se recogió el pelo en un moño. Antes de lavarse los dientes, fue a por la cámara e hizo unas cuantas fotos a los niños.

La madre de Hyeyong y Yanghee se turnaron para refrescarse en el baño de arriba, mientras los hombres se lavaron los dientes en el aseo.

Prepararon el desayuno entre todos. En ese momento, mientras se movían por la cocina, no había diferencia entre jefe, empleado y cliente: se habían convertido en una gran familia que pasó malos y buenos momentos durante los pocos días que convivieron. No había mucho en la nevera, pero prepararon lo que encontraron entre charlas y risas.

Después del desayuno, se reunieron en el jardín, con el estudio fotográfico Hakuda de fondo, y se hicieron una última foto en grupo.

Más tarde, Seokyeong dejó a Yanghee y a su hijo en casa. Yanghee se bajó del todo terreno y se despidió de los padres de Hyeyong mientras Dongwon miraba a Hyeyong con tristeza.

—Adiós. Vuelve pronto.

—Vale, también tú puedes ir a Seúl.

—Mamá, ¿puedo? —Dongwon observó a Yanghee. El niño sonreía antes de que su madre le respondiera.

—Bueno, lo pensaré.

La puerta principal de la casa con el tejado gris se abrió.

—¡Abuela! —Dongwon fue corriendo a abrazarla.

Hyeyong se quedó en su asiento, desolada.



De camino al aeropuerto, los padres de Hyeyong describieron a la

niña el paisaje por donde pasaban. Jebi, que los escuchaba, a veces asentía.

Habían pasado seis meses desde que empezó a trabajar en el estudio fotográfico. El paisaje de Jeju, que tanto la fascinó al principio, formaba parte de su vida diaria. Había dejado atrás tres estaciones desde que llegó a Jeju.

Jebi recordaba al hombre que la empujó al mar el último día de sus vacaciones. Con el teléfono estropeado, buscó ayuda y encontró el estudio fotográfico Hakuda. Aquel día acabó colaborando en la sesión de fotos de celebración de los cien días de la pequeña Yoona, luego se montó en la moto con Seokyeong y fue a la costa, donde conoció a Yanghee. Por eso había perdido su vuelo.

«¿Y si hubiera vuelto a Seúl?».

Intentó imaginarse lo que podría haber pasado.

«Supongo que habría sobrevivido de alguna manera… Habría conocido a otras personas por el camino».

Pero ¿habría sido feliz? No lo creía. «No tan feliz como aquí».

Ya en el aeropuerto, Hyeyong llevaba su propia mochila. Seokyeong siguió haciendo fotos mientras facturaban el equipaje. Después, llegó la hora de despedirse.

—Esto es… algo más de nuestra parte. —Jebi metió la mano en su bandolera y sacó un pequeño paquete.

El padre de Hyeyong lo cogió, curioso.

—Pasamos algunos vídeos a un USB para que Hyeyong pueda escucharlos.

El padre de Hyeyong miró el regalo un momento y se lo dio a su hija. Hyeyong lo cogió y lo palpó por todas partes.

—¿Estudio fotográfico Hakuda? —Levantó la cabeza—. *Eonnie*, ¿sabes escribir en braille?

—Uy, no.

—¡Vaya! ¿Por eso lo preguntaste? —La madre de Hyeyong se rio. Se volvió hacia su hija y le explicó—: Jebi *eonnie* me preguntó cómo escribir el nombre del estudio fotográfico en braille, así que lo hice por ella.

Hyeyong asintió, se guardó el regalo en el bolsillo y se puso las gafas de sol rojas.

—*Eonnie*…, ¿qué significa *hakuda*?

—*Hakuda* en dialecto de Jeju significa yo lo haré' —explicó Seokyeong—. En el estudio fotográfico Hakuda hacemos todo lo posible para crear fotos bonitas en todo momento.

—Entiendo. —Hyeyong asintió.

El padre de Hyeyong le cogió la mano y la condujo hacia la puerta. Se oía a la niña cantar «¡Hakuda, hakuda!» mientras saltaba feliz. La madre de Hyeyong los observó alejarse antes de volverse hacia Jebi y Seokyeong. Parecía que quería decir algo.

«Igual que el primer día que nos conocimos. Cuando nos habló sobre la condición de Hyeyong». Jebi esperó con ansias.

—Gracias por todo —dijo.

—No hay de qué, nosotros también estamos agradecidos —respondió Seokyeong.

—No sé si conocernos y ver nuestras dificultades os ha afectado de alguna manera, vosotros ni siquiera estáis casados todavía… —La madre de Hyeyong agachó la cabeza como si hubiera cometido algún delito.

—En absoluto.

—Por favor, no digas eso.

De repente, Jebi se enfadó. ¿Por qué se disculpaba la madre de Hyeyong, no había hecho nada malo? ¿Acaso por ser madre anteponía los sentimientos de los demás a los suyos? Pero Jebi guardó silencio y pensó que exageraba. Tal vez la madre de Hyeyong siempre había sido así.

—Solo quiero deciros esto…, no me arrepiento de nada. —La madre de Hyeyong levantó la vista y sonrió. Cogió sus manos y las puso una encima de la otra—. Espero que vosotros también podáis formar vuestra propia familia. Los dos.

Después, la madre de Hyeyong se fue con su marido y su hija.

Seokyeong y Jebi se quedaron plantados en medio de la terminal con la gente pasando a su lado, intercambiaron una mirada y se

echaron a reír.

Seguían sonriendo cuando se metieron en el todoterreno, contentos por conocer a personas felices.

Antes, los dos se habían sentido desgraciados y llenos de ira, porque pensaban que todos los seres humanos del mundo eran iguales y que había cosas en la vida que no se podían perdonar. Pero en el estudio fotográfico Hakuda aprendieron que la vida estaba llena de momentos felices. Y en cuanto a los niños… Cuanto más amor recibían, más cariñosos y adorables crecían.

Seokyeong salió del aparcamiento pero detuvo el coche junto a la carretera y bajó la ventanilla.

Hyeyong y sus padres querían grabar cada momento de su estancia en Jeju. Así que apuntó la cámara hacia arriba y sacó una foto de su avión mientras ascendía hacia el cielo azul.



Capítulo 12
El festival del pulpo gigante

Era un miércoles por la mañana y Jebi se había quedado en la cama hasta tarde. De pronto, notó algo frío en la cara. Abrió los ojos.

En cuanto se incorporó, un ciempiés rojo cayó a la colcha. Lo apartó, se levantó de la cama y se miró en el espejo. «Todo bien». Abrió el cajón. Con la cinta verde en la mano, observó el techo y las paredes. «Te encontré». Junto a la ventana había un pequeño agujero.

—No importa cuántas veces tape los agujeros, siempre encuentran una manera de entrar. Qué tenacidad.

Arrancó un trozo de cinta adhesiva, la pegó en el agujero y anotó mentalmente que tendría que enmasillar la pared después del desayuno. Sacudió la colcha, recogió el ciempiés y lo arrojó al huerto.

—Malditas criaturas. ¿Han vuelto a entrar? —La abuela de Mokpo, que estaba fuera llenando una cesta de brócoli, frunció el ceño. Con una azada, cortó en dos a la criatura y la enterró en la tierra—. Este aún era pequeño —murmuró en voz baja.

Jebi llevó la cesta a la cocina. Cuando se mudó allí, el huerto estaba lleno de lechugas y cebolletas, pero la abuela de Mokpo empezó a plantar brócoli el otoño pasado, después de descubrir la pasión de Jebi por el brócoli escaldado con una pasta de guindilla roja y vinagre.

Después de un desayuno tardío —para la abuela era un almuerzo

temprano—, salieron juntas. En el jardín cada una cargó en los hombros una gran cesta atada con una cuerda, llena de algas secas de musgo de Ceilán y conchas de abulón que habían recogido durante todo el año.

Aunque la abuela de Mokpo tenía más de ochenta años, caminaba con la espalda recta. Jebi nunca tuvo que aminorar la marcha por ella.

A lo largo del trayecto de treinta minutos hasta la Asociación de las Haenyeo, se les unieron varias mujeres con cestas o redes a la espalda. Jebi admiró la colza que, con la llegada de febrero, florecía en todo el pueblo.

—Mokpo *samchon*, ¿has visto algas cerca de la orilla? —soltó bruscamente una *haenyeo sanggun*. Parecía tener unos cincuenta años, los pómulos marcados y los ojos afilados bajo el pelo rizado. Llevaba una red de pesca dorada colgada del hombro.

—No. Quizá porque las aguas se están calentando. ¿Y más lejos?

—Allí tampoco. Es preocupante.

El invierno tocaba a su fin y en marzo terminaría la temporada de veda para la recolección de algas. Pero las *haenyeo* empezaban a notar que apenas crecían algas ese año. Su sustento dependía del tiempo; cuando las olas estaban demasiado agitadas, era imposible bucear. Pero por muy buen tiempo que hiciera, si la vida marina no se reproducía, bucear sería una pérdida de tiempo y energía.

—Vamos a tener que rezar mucho en el festival y preparar una buena cantidad de ofrendas. —La *haenyeo* parecía preocupada.

En cuanto Jebi entró en la sala, la saludó un abrumador olor a algas. Más de veinte *haenyeo* del pueblo se habían reunido y parecía todo preparado.

Las puertas de cada una de las tres salas estaban abiertas de par en par. Pensando que las mujeres de dentro le recordaban a pulpos en las cuevas, Jebi siguió a la abuela de Mokpo a una de las habitaciones. Las *haenyeo* se movieron para hacerles sitio.

—Muy bien, todo el mundo sabe lo que tiene que hacer, ¿verdad? Empecemos —ladró la presidenta.

Hubo un poco de ajetreo cuando todo el mundo se puso manos a la obra. En cada habitación, una persona se encargaba de doblar el grueso papel *hanji*[15], teñido de marrón oscuro con zumo de caqui. La parte superior del papel doblado se ataba y la inferior se abría hacia los lados para dar forma de bolsillo y la siguiente persona de la fila introducía musgo de Ceilán en su interior. Durante todo el año, las *haenyeo* habían guardado los manojos de musgo de peor calidad que recogían para este fin. El siguiente paso consistía en coser los lados del bolsillo con algas a medio secar. Las algas, rasgadas en tiras para convertirlas en un hilo fino que pudiera pasar por el ojo de una aguja larga y gruesa, eran sorprendentemente fuertes.

El trabajo de Jebi consistía en coser las conchas de abulón a los bolsillos con forma de salchicha; otra persona ya había hecho dos agujeros en cada una de las conchas. Con cuidado, cosía cada una al bolsillo.

El equipo de la sala principal hacía lo mismo, pero a gran escala. En un bolsillo del tamaño de una sábana grande doblada, metieron varias cestas de musgo de Ceilán antes de coser los lados. Para evitar que las costuras reventaran y al mismo tiempo asegurarse de que los lados se pudieran cerrar, varias *haenyeo* trabajaban a la vez, una de ellas en la parte superior colocando el papel en su sitio, y otras dos en la parte inferior cosiendo rápidamente los extremos. Mientras tanto, las *haenyeo* de cada una de las salas más pequeñas unían seis o siete bolsillos para formar una estructura larga en forma de brazo.

Dos horas más tarde, por fin habían terminado la ofrenda del *jumul*: un pulpo gigante del tamaño de un coche. Las algas trenzadas en cuerdas se habían atado al pulpo como correas de mochila.

«¿Yo? ¿Llevar eso? Me aplastaría». A Jebi le costó guardarse el pensamiento.

Las *haenyeo* se reunieron en la sala principal y se colocaron frente al *jumul*. Todas se inclinaron con gran respeto, con las palmas de las manos juntas, murmurando una oración. Ante la mirada

severa de las *haenyeo*, Jebi se apresuró a inclinar también la cabeza.



En el estudio fotográfico, Seokyeong disfrutaba de un día relajado por primera vez en mucho tiempo. Se preparó un café y se dedicó a renovar la colección de la galería tarareando. El marco horizontal que había encargado para la panorámica de los acantilados llegó esa mañana. Junto a él había una foto de la traquita, las líneas negras del fósil sobre la piedra gris parecían arte abstracto. En la pared, junto a la escalera, colgó una foto de la familia de Hyeyong y, a su lado, una de la niña gritando y Dongwon llorando. Debajo puso una pegatina: «Foto de Yeon Jebi».

Seokyeong sonrió. Justo entonces le sonó el teléfono. Era un número desconocido. Dudó un momento antes de contestar.

—¿Hablo con el señor Lee Seokyeong? —dijo una mujer con un tono seco y cortante.

—Sí. ¿Quién es?

—Kim Yeri, editora de la revista *OUR*. Querríamos ver algunas fotos suyas para el número de abril.

Seokyeong se quedó boquiabierto. ¿*OUR*? ¿La revista *OUR*? ¿Cómo había conseguido su número la editora de una revista tan prestigiosa? Impresionado, se olvidó por un momento de que seguía al teléfono.

—¿Hola? —dijo Kim Yeri.

—Sí, estoy aquí —contestó Seokyeong con el corazón a mil—. ¿Podría saber el tema del artículo, por favor?

—«Salvaje». He visto su trabajo en Instagram y me parece muy bueno. ¡La foto de ese horroroso pulpo gigante en la cabeza de la modelo!

—Ah, Jebi… —Se apartó el pelo de la cara—. Entendido. ¿Cuándo necesitará las fotos?

—A finales de mes. —De repente, la voz se alejó—. Esto es

demasiado hortera. ¿Qué ha dicho Chanel? —Entonces, con la voz clara otra vez, la mujer añadió—: Pero no le garantizo que las publiquemos, antes tenemos que valorarlas.

—¿Solo fotos? —preguntó Seokyeong. Se había acercado a la ventana y observaba el mar. Bell merodeaba por la galería y olisqueaba las esquinas.

—Sí, con descripciones simples. Pero si las fotos son buenas, le haremos una entrevista, en cuyo caso le enviaremos las preguntas.

—Entendido —dijo y se cortó la llamada.



Era el uno de febrero del calendario lunar —el vigésimo día del mes del calendario gregoriano—, y el día del festival del pulpo gigante.

Al amanecer, la presidenta y el comité ejecutivo de la Asociación de las Haenyeo llegaron a casa de la abuela de Mokpo con el traje de la elegida. Jebi se sorprendió al ver que se trataba de un *mulsojungi* desgastado, un traje tradicional de una sola pieza de algodón amarillo. Lo llevaban las *haenyeo* antes de que se popularizaran los trajes de neopreno, parecía una camiseta de tirantes con unos pantalones cortos.

Jebi se quedó mirando la abertura lateral, que facilitaba la tarea de ponerse y quitarse el traje. Le dejaría al descubierto los costados y los muslos. ¿Cuándo fue la última vez que se pesó? Se imaginó reventando las costuras.

—¿Solo esto? Pero hace mucho frío fuera… —Jebi se armó de valor para dirigirse a la presidenta.

La *haenyeo* la fulminó con la mirada y la hizo callar con un silbido. Todas apretaron los labios y le indicaron que se pusiera el traje de inmediato. Desconcertada, recordó de repente que la abuela de Mokpo le había dicho de pasada la noche anterior que hablar antes del festival traía mala suerte.

Como no veía otra salida, Jebi se quitó el chándal que llevaba

puesto y deslizó una pierna dentro del traje. Enseguida, la presidenta le dio una palmada fuerte en la espalda.

—¡Au! ¿Por qué me has pegado?

La *haenyeo* se golpeó el pecho con frustración y tiró del tirante del sujetador de Jebi.

—¿Quitarme eso? De ninguna manera.

Tiró a un lado el *mulsojungi* y se abrazó a sí misma, horrorizada. El resto de las mujeres la miraron con impaciencia, señalaron con los dedos el reloj de pared e hicieron la señal de «date prisa». Justo en ese momento, traquetearon las ventanas: fuera se levantaba viento.

«¡Ay, Dios! ¿Por qué tengo que llevar el *mulkkureok* gigante al mar, vestida solo con esta tela fina? ¡Esto es demasiado!». La rebeldía se apoderó de ella.

Exasperada, la presidenta rebuscó en el armario de Jebi, sacó su chaquetón y se lo sacudió delante de la cara, indicándole que podía ponérselo por encima del *muhojungi* para ir al agua.

—Caminar por la playa no es el problema. —A Jebi le preocupaban más otras cosas que no hablar—. Tengo que meterme en el agua, ¿no? Estará completamente helada, ¿cómo sobreviviré solo con esto? Y sin ropa interior —se lamentó.

Pero sus protestas cayeron en saco roto. Las *haenyeo* se mantuvieron firmes. Como no querían perder más tiempo, le colocaron en la cabeza una capucha de algodón con volantes. Se le ajustaba perfectamente a las orejas y el cuello, y solo dejaba a la vista los ojos, la nariz y los labios. Alguien se le ató con una cinta debajo de la barbilla.

Sin embargo, Jebi se negó a quitarse la ropa interior. Con el *muhojungi* en la mano, la presidenta miró fijamente a Jebi, con los ojos desorbitados. El tiempo corría. De repente, se abrió la puerta y entró la abuela de Mokpo. Llevaba el pelo bien puesto hacia atrás y vestía un precioso *garot*, un vestido de estilo *hanbok* que llevaban las mujeres de la isla.

—¡Abuela! ¡Ayúdame! —suplicó Jebi.

La abuela de Mokpo asintió, como si entendiera la situación. Sin

decir nada, juntó las manos. Miró a Jebi a los ojos, se puso de rodillas e hizo una profunda reverencia, tocando el suelo con la frente.

—¡Abuela! ¿Qué haces? —Anonadada, Jebi se encorvó para ayudarla a incorporarse.

—No tienes que avergonzarte por nada —le dijo la abuela a Jebi.

La presidenta y miembros del comité, conmocionadas, hicieron gestos con los dedos en los labios para que la abuela de Mokpo se callara.

—¡Abuela! No deberías hablar. Trae mala suerte… —susurró Jebi.

La abuela de Mokpo negó con la cabeza.

—Durante muchas generaciones… las *haenyeo* han trabajado duro para poner comida en la mesa de sus familias. En Jeju, los hombres escasean; muchos se pierden en el mar. Casadas o no, todas las mujeres de Jeju tienen que trabajar, y para las que tienen hijos las cosas son aún más difíciles.

La abuela de Mokpo le quitó el *mulsojungi* a la presidenta.

—Hasta los años setenta no utilizamos los trajes de neopreno. Cuando llegué a la isla, yo también me ponía un *mulsojungi*. ¿Sabes para qué sirve la abertura lateral? Para que quepa una barriga embarazada. Incluso en pleno invierno, incluso cuando estamos a punto de dar a luz, seguimos buceando. Eso es un *mulsojungi*: la ropa de una madre. No llevamos ropa interior para que, cuando volvamos a la orilla, podamos amamantar rápidamente al bebé que dejamos durmiendo cerca.

—Abuela, ya lo entiendo… No hables más. No quiero que tengas mala suerte… —Jebi bajó la cabeza. Las lágrimas salpicaron la tela que sujetaba entre las manos.

Las *haenyeo* salieron de la habitación y, poco a poco, Jebi se quitó la ropa interior y se puso el *mulsojungi*. Se miró en el espejo y se llevó una mano al estómago. Su bebé había desaparecido: había fracasado como madre. Cogió el teléfono y buscó la foto que había mirado una infinidad de veces. Los mismos ojos redondos que tenía ella, la nariz chata, la frente prominente heredada del padre… su

pequeña preciosidad.

A su hija solo le puso un apodo, como si temiera que darle un nombre propio le impidiera dejarla marchar.

—Mamá se va hoy al mar, mi pequeña avellana —susurró Jebi—. En este pueblo, mamá es la elegida. Llevaré el pulpo gigante al agua. Si lo consigo, evitaré que ocurran cosas malas. Mi niña, rezaré para que crezcas bien, para que nunca enfermes… Siento mucho que esto sea lo único que puedo hacer por ti.



Cuando Jebi llegó a la costa con las botas forradas de piel y un chaquetón largo sobre el *mulsojungi*, los vecinos estaban colocando las mesas de las ofrendas. El viento era fuerte y las olas altas, así que se aseguraron de que la comida que habían preparado con mucho esfuerzo no saliera volando. Era impresionante ver las mesas extendidas a lo largo de la costa. Además de las ofrendas típicas, como manzanas, peras y pasteles de arroz *omegi*, cada familia había puesto especialidades propias: botellas de licor *gosorisul*, bizcochos *castella* y guarniciones de carne. En varias mesas había platos de abulones recién pescados y erizos de mar vivos. Los vecinos, de pie ante sus mesas, rezaban fervientemente por un año de paz y una cosecha abundante.

Seokyeong, que llevaba un jersey con un Stephen Gertz sonriente, acababa de colocar las ofrendas en la mesa asignada. Las había preparado el día anterior con Jebi: tortillas con beicon y carne de caracol marino, sopa de pollo, panceta de cerdo a la parrilla, *ramyeon* de almejas, café tostado con cáscara de mandarina y té de mandarina. Era una comida generosa, pero la mesa que más llamaba la atención era la de la familia de Yoona.

En grandes platos había un surtido de manjares, como porciones de tarta de las dunas, del acantilado y los característicos bollos de pulpo. En el centro de la mesa, se veía una enorme tarta decorada

con detalle. La crema azul y blanca representaban el mar y el cielo, y en el agua flotaban *tewaks* anaranjados de glaseado, junto con varias figuritas de chocolate de *haenyeo* que regresaban a la orilla.

Tras la ceremonia de oración, muchos vecinos sacaron sus teléfonos para hacer fotos de la magnífica tarta mientras recorrían la hilera de mesas. Hajun echó los hombros hacia atrás con orgullo. A su lado, Heeun parecía emocionada. Llevaba en brazos a su hija de nueve meses, que señalaba el pastel con el dedito y decía:

—¡Papá! ¡Tataaaa!

—¿Se han estado vendiendo bien las tartas? —preguntó Seokyeong.

Hajun sonrió.

—Sí, gracias a ti.

La foto que hizo Seokyeong de la tarta del acantilado se volvió viral en Instagram. La colocó en una mesa al aire libre y la enfocó desde un ángulo ingenioso para que pareciera que las columnas emergían del mar como los acantilados reales que se veían al fondo.

—Espero que nos inviten a la ceremonia de «elección» este año —dijo Hajun nervioso.

—Yo creo que sí. A todo el pueblo le encantan vuestros dulces —dijo Seokyeong mientras sacaba varias fotos más de la mesa.

Hajun echó un vistazo a la pantalla de la cámara y asintió.

—Voy a dar lo mejor de mí. Para los forasteros como nosotros que queremos echar raíces aquí…, trabajar duro es la única manera de ganar la confianza de los vecinos.

—Funcionará. También está Yoona.

—Ay, sí. Todo el mundo adora a nuestra niña. La gente se para a charlar cuando nos ven…

Seokyeong le hizo una foto rápida a la sonrisa de Yoona.

Detrás de él, un ruido como de un trueno cortó de repente el aire. Seokyeong se giró y vio a un grupo de músicos vestidos con coloridos trajes de chamán que tocaban gongs, bombos y tambores *janggu* de dos membranas. Los diez músicos estaban sentados en círculo sobre una estera con los colores tradicionales del *obangsaek*

(azul, rojo, blanco, negro y amarillo). Unos hombres vestidos con un *durumagi* rojo, el abrigo tradicional coreano, agitaban ramas de bambú mientras realizaban un ritual de danza. Pronto, una voz resonó y anunció el comienzo del festival.

—*¡Daewang Mulkkureok maeul,* pueblo del Pulpo Gigante, da comienzo el festival *mulkkureok!* —Era un grito inusual, casi como una canción cuyas últimas sílabas se arrastraban y reverberaban en el aire.

Al oírlo, los vecinos se reunieron; con los brazos en alto, bailaron al ritmo de la música alegre.

Entonces se abrió la puerta del vestuario de las *haenyeo* y salieron las submarinistas. Todas llevaban un abrigo largo o un chaquetón hasta los tobillos y, debajo, con las pantorrillas al aire, un *mulsojungi*. En el centro del grupo estaba Yanghee, y Jebi apareció al final.

Seokyeong las saludó con la mano, pero ninguna lo vio.

—Increíble, ¿verdad?

Una voz sonó junto a su oído y dio un respingo.

—Profesora, ¿qué haces aquí?

La geóloga agitaba orgullosa su nueva cámara.

—He venido a grabar unos vídeos para mi canal de YouTube.

—¿Qué tipo de vídeos? ¿Lo haces sola?

—Sí, he abierto un canal sobre geología y la forma de interactuar con ella a diario. Estoy empezando con vídeos, pero espero, algún día, recopilar toda esa información en un libro.

—Suena excelente. ¿De dónde sacaste la idea?

La geóloga se encogió de hombros, pero mantuvo la mirada fija en los bailarines.

—Gracias a ti, a Jebi-ssi y, tal vez, un poco a mí también. —Levantó la cámara y probó diferentes ángulos—. Ese día, en el estudio fotográfico, cuando llegó Stephen Gertz, me impresionó cuánto lo admirabas. Te comportaste con él como Jebi-ssi contigo. Yo… creía estar viéndome a mí misma. Y lo que Stephen dijo de mí…, no se equivocaba. Pensándolo bien, decidí estudiar geología

porque mi profesor era el primer adulto al que respetaba.

Apuntó con la cámara hacia el agua y grabó unos segundos antes de continuar.

—Le dije a Stephen que investigaba los flujos de lava porque me atraía la intensidad del calor, pero cuando llegué a casa esa noche, me di cuenta de que no era cierto. Lo que me cautiva no es el calor, sino lo que emerge de él, las huellas y formas que deja tras de sí. Yo también quiero dejar huella de alguna manera. Y quién sabe, quizá lo haga. Entonces, si por casualidad vuelvo a encontrarme con mi profesor, puede que sea él quien me admire a mí. —Esbozó una leve sonrisa.

Seokyeong asintió y pensó en Stephen. La semana anterior, había recibido un correo suyo. Adjuntaba unas cuantas fotos de niños ucranianos sonrientes con edificios bombardeados de fondo. En el mensaje, Stephen decía que echaba mucho de menos Jeju.

«Corea fue un campo de batalla, pero ahora es un país pacífico y seguro. Que la paz vuelva a estos niños algún día también. Creo que llegará».

A Seokyeong le temblaban las manos mientras miraba fijamente las palabras en la pantalla. Imaginó que Stephen habría hecho fotos más tristes, pero había decidido quedárselas para él.

«Debería enviarle una foto de hoy», pensó Seokyeong, y comprobó las imágenes en la pantalla de su cámara. Su objetivo gran angular había captado el cielo y el mar, a los espectadores, Hajun, la geóloga y a Jebi.

Le vino a la cabeza una pregunta y se acercó a la geóloga, que ya se alejaba.

—Perdona, pero ¿qué tiene que ver este festival con la geología?

Mientras masticaba el pastel de arroz con miel que acababa de ofrecerle un anciano de la mesa de al lado, la geóloga señaló a uno de los percusionistas, que seguían sentados en la estera bajo un gran árbol.

—¿Sabes qué instrumento es ese?

—Creo que lo leí en algún libro, pero no recuerdo el nombre.

¿Pyeon…?

—Un *pyeonggyeong*. Está hecho de dieciséis piedras en forma de L, colgadas en un marco de madera.

—Oh, vale…

—Escucha con atención. Los tambores, los gongs… El sonido es precioso, pero no suena como la música tradicional que conocemos, esta es más suave, ¿no crees?

—Hm, ahora que lo dices, parece que falta algo. —Seokyeong se rascó la cabeza—. Ah, ¿el gong *kkwaenggwari*?

La geóloga asintió sonriente.

—¡Exacto! Como el estruendo molestaría a los *mulkkureoks*, no utilizan el *kkwaenggwari* durante el festival. El alcalde me lo explicó. Ahí es donde entra en juego el *pyeonggyeong*. El instrumento está hecho de piedra pómez y produce un sonido característico, claro, pero también suave. La piedra pómez es un tipo de roca volcánica que se forma cuando la lava se enfría muy rápido durante una erupción.

En ese momento, uno de los músicos cogió un *gaktoe*, un palo de madera con un cuerno de vaca en un extremo, y golpeó una de las piedras en forma de L. Una nota clara y preciosa reverberó a su alrededor, que dejó a Seokyeong con la sensación de que todo lo malo de su interior se evaporaba.

La geóloga levantó la cámara y grabó la actuación mientras narraba con voz alegre:

—¿Saben cómo se hacen los *pyeonggyeongs*? La piedra pómez se moldea con una piedra de afilar; los distintos tamaños producen notas diferentes. Este proceso requiere destreza pero, una vez fabricado el instrumento, ni la temperatura ni la humedad le afectan, por lo que puede utilizarse para afinar otros instrumentos.

Justo entonces, un vecino se acercó para ofrecer un gajo jugoso de mandarina a la geóloga. Durante el invierno, la geóloga se había convertido en un rostro familiar para los lugareños: el descubrimiento del fósil del pulpo gigante causó sensación en el mundo académico y en los informativos. Una cadena de televisión

pública envió un equipo a los acantilados para fotografiar el fósil. Y aunque el estudio fotográfico Hakuda no aparecía en la grabación, la imagen del fósil de Seokyeong, bien enfocado, se difundió mucho, junto con, por supuesto, los créditos del estudio fotográfico Hakuda.

Aunque el reportaje no fue largo, aumentó considerablemente el turismo en el pueblo. Algunos lugareños ya se preparaban para abrir casas de huéspedes. Las *haenyeo* también planeaban abrir un restaurante y obtener así ingresos extra. El pueblo bullía de entusiasmo.

Así pues, el pueblo quería mucho a la geóloga, porque había convertido el pueblo en un destino turístico también por su patrimonio importante.



—¡Oh, elegida, es la hora! —gritó un chamán vestido de rojo de pies a cabeza. Golpearon dos tambores al mismo tiempo y la nota profunda flotó en el aire. El ambiente se volvió tenso de pronto.

El día anterior, las *haenyeo* habían trasladado el *mulkkureok* cuidadosamente desde su sala al vestuario de la playa, y en ese momento lo sacaban. Sin los abrigos, el viento del mar les raspaba la piel desnuda al caminar.

Jebi encabezaba la procesión. Agarraba con las manos las cuerdas de algas que llevaba en los hombros y daba pasos moderados. Los espectadores la seguían con la mirada en silencio. Seokyeong se mezcló entre la multitud con su cámara.

A medida que la procesión se acercaba a la orilla, los tambores se calmaron, mientras que el brillante tintineo del *pyeonggyeong* seguía ondulando por las dunas. Con cuidado, las *haenyeo* bajaron el *mulkkureok*. Jebi se ajustó las correas de los hombros y se arrodilló. Los vecinos se agolparon a su alrededor y empezaron a deslizar pequeñas ofrendas por los huecos de las costuras del pulpo gigante: manteca de cerdo hervida, carne de pollo, gajos de

mandarina e incluso billetes doblados. Después de que todos los vecinos dieran un paso atrás y juntaran las manos para rezar, Jebi se levantó. Al hacerlo, se oyó un fuerte desgarro seguido de un murmullo de ansiedad. Al comprobar de nuevo las correas, Jebi vio con alivio que solo una se había desgarrado un poco por el peso del pulpo, y parecía que aguantaba.

Las *haenyeo sanggun* se desabrocharon rápidamente los cinturones de plomo que llevaban en la cintura y se los ataron a Jebi. Tenía la espalda encorvada y las piernas temblorosas, pero avanzó con tenacidad.

Seokyeong captó con su cámara la escena del *mulkkureok* descansando sobre la arena. Un bulto ocultaba a Jebi, por lo que parecía que la criatura se arrastraba hacia el agua por sus propios medios. A juzgar por su tamaño, debía de pesar mucho más de diez kilos. A Seokyeong le impresionó ver cómo Jebi soportaba el peso sin quejarse.

Lentamente, el pulpo volvía al mar. Los tambores sonaron de nuevo. Vestidas con sus *mulsojungi*, las *haenyeo* se enfrentaron a las olas y cantaron. Las voces eran graves, roncas y ligeramente desentonadas. Los vecinos se unieron al coro.

Viento del este, viento del norte, aguas oscuras
mulkkureok, mulkkureok, el gigante mulkkureok
ve, ve, vuelve al mar.

Mulkkureok, mulkku-u-reok, el gigante mulkku-u-reok
mulkkureok, mulkku-u-reok, el gigante mulkku-u-reok.

Abulones, erizos, algas, caracolas
que las semillas se siembren en abundancia
mares agitados, aguas suaves y sedosas
que no se pierdan vidas de haenyeo, ni casadas ni solteras.

Paz, paz, que la paz llegue al pueblo

paz, paz, que la paz nos bendiga siempre.

Con esta canción resonando en los oídos, Jebi dejó de pisar la arena y empezó a nadar. Le dolían las manos y los pies por el frío glacial del agua, pero le daba igual, mientras pudiera oír las voces de las *haenyeo* de la playa. Sin embargo, a medida que pasaban los segundos, el sonido se hacía más distante y el peso del *mulkkureok* calaba más hondo en sus huesos.

Jebi intentó enderezar los hombros y estiró las piernas con fuerza. Mientras nadaba, luchando contra la corriente, los recuerdos se agolpaban en su mente.

El día que llegó al pueblo, metió la mano en la boca del *jangseung*, cerró los ojos y pidió un deseo. «Que mi pequeña avellana crezca sana y feliz».

Jebi respiró hondo, sumergió la cabeza en el agua y arrastró al *mulkkureok* con ella.

Bajo el agua, el paisaje era espeluznante y precioso a la vez. Siguió las escarpadas y resbaladizas rocas costeras más allá del banco de arena y descendió poco a poco. Ante sus ojos danzaban frondas de coral púrpura brillante. Un banco de peces ángel de rayas azules nadaba a su lado. Delante de ella estaba la cueva donde tenía que dejar el *mulkkureok*. Cuando llegara, las *haenyeo sanggun* se encargarían de depositar el pulpo gigante en la roca.

Aunque llevaba meses practicando, Jebi tenía mucho miedo. El frío la atacaba por todas partes y empezaba a sentirse mareada por la falta de aire. El agua a su alrededor era oscura, silenciosa, temía que algo apareciera de la nada y la atacara.

Jebi pataleó con fuerza y las aletas la impulsaron hacia abajo. Tuvo cuidado de no desequilibrar el peso en los hombros. Pero el *hanji*, entonces lleno de agua, se rasgó y el musgo de Ceilán salió por las costuras. En la oscuridad del océano, parecían mechones de cabello humano.

«¡No! No puede salir nada mal. ¡No dejaré que le pase nada a mi pequeña avellana!».

Como si el *mulkkureok* fuera un bebé que llevaba en la espalda, Jebi estiró las manos hacia atrás y empleó toda su fuerza para mantenerlo en su sitio. Tenía los pulmones tensos, los hombros doloridos, las caderas agarrotadas y molidas… Era como volver a los días en que cuidaba a su hija recién nacida.

Incapaz de aguantar más, soltó el aliento que había estado conteniendo y le salieron burbujas por la boca. Pensó que así aliviaría el dolor de su pecho, pero solo consiguió marearse más.

Sacudió la cabeza e intentó centrarse. Sentía un hormigueo en las puntas de los dedos de las manos y los pies. Al doblar el cuello, vio que la superficie del agua brillaba sobre ella. «Brillo… calor».

Jebi movió los hombros, la voz de su cabeza que le decía que abandonara el *mulkkureok* y saliera a tomar aire se hacía cada vez más insistente. Pero en ese momento, algo sucedió.

Algo brillaba frente a la cueva. Parecían luces amarillas, rojas y blancas que se mecían en el agua oscura. Entonces lo comprendió. Eran *mulkkureoks*, pulpos que esperaban para saludar a la elegida. No habían olvidado que ese día, los lugareños prometían entregarles un regalo todos los años.

Jebi apretó los dientes y volvió a patalear. Conforme se acercaba al fondo del océano, más le palpitaba la cabeza. Cuando por fin se detuvo frente a la cueva, tenía la visión borrosa. Los pulpos levantaban arena a su alrededor y se adherían a las ofrendas.

Aliviada, el cuerpo de Jebi se relajó, y tragó agua salada. Ya debilitándose, sintió que alguien le quitaba las correas de los hombros. Dos, cuatro y luego seis manos la despojaron de los cinturones de plomo que le rodeaban la cintura.

Las *haenyeo*, amables y fuertes, la sostenían, la empujaban hacia la superficie y, por fin, atravesó las olas agitadas. Varias manos le golpeaban la espalda mientras Jebi escupía agua y respiraba entrecortadamente de nuevo.

Derramó lágrimas en el mar y, mientras lloraba, Jebi soltó un largo *sumbisori*.

Momentos después, oyó un sonido lejano. La multitud de la orilla

vitoreaba. Todos estos meses, consideró el festival *mulkkureok* una superstición. Pero en ese momento, Jebi comprendía por qué los lugareños mantenían la tradición.

«Nadie puede vivir nuestra vida por nosotros, pero la vida también consiste en ayudarnos unos a otros».

Cuando Jebi llegó a la orilla, estaba completamente agotada. Las *haenyeo* ancianas la secaron rápidamente con toallas. Tenía pequeños capilares rotos por todo el cuerpo, que coloreaban su piel de púrpura y rojo, como un pulpo. Seokyeong, que no dejaba de sonreír, hacía fotos. Un viejo pescador le abrió la boca a Jebi y le dio licor caliente mientras las mujeres la envolvían en una túnica deshilachada, con motas.

—Este es el *bokcharim*, el traje de la suerte. Está cosido con tiras arrancadas de las prendas tradicionales que las *haenyeo* han llevado durante el último año —explicó la abuela de Mokpo.

Cuando las *haenyeo sanggun* salieron del agua, los vecinos hicieron lo mismo rápidamente, les dieron trozos de pastel de arroz y sorbos de licor caliente, y masajearon sus extremidades congeladas.

Jebi quería saber lo que habían hecho las mujeres con el *mulkkureok* después de liberarla de él, pero las *haenyeo* mantuvieron los labios sellados.

«Un día, lo descubriré. Un día, cuando haya estado el tiempo suficiente en el pueblo».



La cena fue en casa de la abuela de Mokpo. Seokyeong y Bell se reunieron en la cocina cálida y comieron las sobras del festival. Era una larga tradición compartir las ofrendas entre las familias.

La abuela de Mokpo preparó un delicioso estofado con rodajas de cerdo hervidas y hojas de calabaza sazonadas, así como *bibimbap* con huevas de erizo de mar y abulón y, de postre, tarta de las dunas de Yoonas Balees.

—Abuela, creía que no te gustaban los dulces —se burló Jebi en dialecto de Jeju. Seguía con la piel manchada, como si estuviera cubierta de tatuajes.

—Claro que sí. Los pasteles levantan el ánimo —respondió—. Lo primero que me compró mi difunto marido fue pan de leche relleno de nata.

—Oh, ¿en una cita? ¿Dónde fue? —A Jebi le animó conocer la historia de amor de la abuela.

—En Mokpo, por supuesto. Llegué a Jeju más tarde. Y… Bueno… Si hubiera sabido lo dura que sería la vida después de que él muriera tan joven, no me habría casado ni me habría establecido aquí.

La abuela de Mokpo soltó un largo suspiro y Jebi escuchó en silencio cómo los vecinos trataron con frialdad a la joven cuando se instaló en el pueblo.

De repente, se le ocurrió algo.

—Abuela… Tú conociste a la abuela de Yanghee *eonnie*, ¿verdad? ¿Cómo murió? Era una de las mejores *haenyeo sanggun*, ¿no?

La abuela de Mokpo lanzó una mirada a Seokyeong y se mordió el labio. En silencio, se levantó de la silla y recogió los platos. Jebi pensó que se había acabado la conversación, pero mientras lavaba los platos, la abuela habló.

—Aguantó la respiración más de lo que podía, *mulsum* como lo llamamos aquí. Tenía tres niños pequeños, a uno todavía lo amamantaba. Su vida era muy dura. Necesitaba dinero, así que insistió en entrar en el mar aquel día, a pesar del cielo oscuro y las olas traicioneras. Fui con ella, pero al ser una *haenyeo* novata, me quedé en aguas poco profundas. Más tarde, cuando volví a la costa, me dijeron que se había ahogado en el mar. —La abuela de Mokpo dejó de mover las manos y se quedó mirando al vacío—. Nunca le he contado esto a nadie. No quiero mancillar su honor.

Los tres se quedaron inmóviles, en silencio, perdidos en sus pensamientos.

—¿Por qué te quedaste aquí cuando murió tu marido? ¿Por qué no te fuiste con tus hijos a la ciudad? —Quiso saber Seokyeong.

—¡Menuda pregunta! Esta es mi casa. —La abuela de Mokpo lo miró como si hubiera dicho una tontería—. Después de casarme, me convertí en *koendang*. Igual que tú, elegida.

—¿Quién? ¿Yo?

—¡Por supuesto! El *mulkkureok* te escogió, ahora formas parte del pueblo. Ya no volverás a preocuparte por tener un sitio aquí.



Abril llegó con un sol radiante. Al oír el rugido de una moto, Bell salió corriendo del estudio. Era jueves por la mañana, Seokyeong y Jebi habían dejado la puerta abierta de par en par, mientras quitaban el polvo de las estanterías y limpiaban las mesas.

Dejaron los trapos y siguieron a Bell al exterior. La perrita, con la cola arqueada como una luna creciente, ladraba a un cartero larguirucho que bajaba la pata de cabra de su moto. El hombre le devolvió el ladrido y entregó el correo: un ejemplar de la revista *OUR.*

Seokyeong y Jebi terminaron con rapidez sus tareas y se lavaron las manos. Se sentaron junto a la ventana que daba al mar y abrieron la revista. Echaron un vistazo al índice, que tenía un diseño gráfico atrevido, y encontraron lo que buscaban. «SALVAJE: Las mujeres de Jeju». Anotaron el número de página y los dos intentaron hojear la revista al mismo tiempo.

—¡Para! ¡Vas a romperla!

—¡Por eso te he dicho que me dejaras a mí! —replicó Jebi.

Por fin encontraron la página.

—¡Hala! —Jebi, sorprendida, soltó un grito.

Seokyeong sonreía y se inclinó para mirar más cerca.

—Queda mejor en la revista que ahí —dijo Jebi señalando la pared de la galería donde estuvo colgado el retrato del viejo detective. Entonces, ese lugar lo ocupaba la foto del festival que publicó la revista: Jebi en la costa, inmediatamente después de dejar

el *mulkkureok* en el mar, tumbada en las dunas, con los diminutos capilares rotos bajo la piel tatuándole el cuerpo como si fueran tinta roja. Por el contraste, el *mulsojungi* de algodón que llevaba parecía de un blanco brillante. A través de la abertura del traje, se le veían las costillas y el contorno de la cadera. El pie de foto decía: «Festival *mulkkureok* en el pueblo del Pulpo Gigante, Jeju». A su lado, en un pequeño párrafo, se explicaba por qué Seokyeong abrió el estudio fotográfico Hakuda.

—¡Vamos a estar muy ocupados este verano! —exclamó Seokyeong emocionado.

—Sí, ahora recibimos varias solicitudes al día, y julio lo tenemos casi completo. —Jebi hizo una pausa y luego continuó inocentemente—: En este trabajo, los empleados no pueden disfrutar de vacaciones en verano, así que, ¿no crees que se merecen alguna recompensa en forma de bonificación?

Seokyeong se rio entre dientes.

—¡Ja! Sí, me parece bien. Seguro que algo apañaré —soltó exagerando.



Aunque el estudio estaba más animado que nunca, Seokyeong seguía dedicando tiempo a enseñar el arte de la fotografía a Jebi. Sus lecciones abarcaron varios temas, desde los distintos tipos de cámaras y objetivos, hasta la iluminación y cómo lograr buenas composiciones. También le enseñó a editar fotos.

—La fotografía, especialmente la digital, debe abordarse con imaginación, porque las imágenes pueden editarse. Cuando hagas una foto, piensa formas creativas de editarla.

Estaban en el jardín y Bell era la modelo.

Jebi inclinó un poco la cabeza.

—No esperaba que dijeras eso.

Seokyeong señaló a Bell.

—Ahora ya lo sabes, así que prueba de nuevo.

—Oye, oye, deja de moverte —gruñó Jebi corriendo detrás de la perrita con el ojo en el visor.

—De hecho…, lo mismo ocurre con las relaciones. —Seokyeong se encogió de hombros—. Ayuda saber desde el principio lo lejos que estás dispuesto a llegar por alguien.

Jebi se dio la vuelta.

—¿Te refieres a Yanghee *eonnie*?

—¿Qué?

Jebi hizo una foto de Seokyeong con una expresión de asombro.

—¡Oye, no me has avisado!

—Aprendí del mejor. —Jebi soltó una risita mientras miraba la foto—. *Sajangnim*, cuando hablas de fotografía se te iluminan los ojos.

Seokyeong se encogió de hombros. Mientras tanto, Bell, cansada de ser la modelo, se había sentado para rascarse. Seokyeong sacó un trozo de cecina del bolsillo y se lo lanzó. Ella saltó, lo atrapó en el aire y luego se lamió la nariz con su larga lengua rosada.

—En baloncesto, algunos jugadores levantan el puño justo después de soltar el balón, porque saben desde ese momento que van a encestar. A los fotógrafos nos pasa algo parecido. Incluso antes de pulsar el disparador, sabes si una foto será buena. Esa sensación es increíble. Jebi-ya, ¿conoces la palabra *yeolhwa*?

—No.

—*Yeolhwa* significa «fuego candente». A veces, cuando hago fotos, siento un calor intenso dentro de mí, como si me ardiera el corazón. ¿Y tú, Jebi?

—¿Qué quieres decir? —Jebi arrastró el zapato por el suelo, un poco enfurruñada.

—¿Alguna vez has sentido esa pasión por algo?



Era de noche y Jebi estaba tumbada en la cama con el teléfono en la mano. Había pasado una hora desde que buscó, la primera vez, el número en su lista de contactos y puso el pulgar en el botón de llamada, para luego salir de la aplicación y repetir el proceso.

Miró la fotito que tenía pegada junto a la ventana, la que había publicado la revista.

—El «no» ya lo tienes —murmuró para sí.

Jebi se incorporó aferrándose a la camiseta con ansiedad. Con una mano temblorosa, pulsó el botón de llamada; sentía el corazón en la garganta.

Tras un tono, alguien contestó.

—¡Jebi-ssi! ¿Cómo estás?

La voz amistosa infundió a Jebi un poco más de valor.

—Sí, estoy bien… ¿Y ella? —Jebi tanteó y se puso el teléfono en la otra oreja.

—La visité la semana pasada. Vamos a verla de vez en cuando, porque ha habido algunos casos… Bueno, nada que deba preocuparte, Jebi-ssi —dijo la persona con una risa incómoda.

Sin saber qué contestar, Jebi también forzó una carcajada.

—Es estupendo que hayas llamado. Iba a ponerme en contacto contigo. La madre me ha dicho que le parece bien que la visites. Se ha decidido por la adopción abierta.

—¿Adopción abierta? —A Jebi se le paró el corazón. Inmediatamente, le asustó que los amigos de su pequeña avellana se burlaran de ella en el futuro.

La voz del teléfono continuó alegremente.

—Quiere que la niña conozca a su madre biológica. Al fin y al cabo, tú le diste la vida. Le gustaría que conocieras a la niña.

Jebi se quedó en silencio. Le ardía la cara de vergüenza. «Su madre adoptiva tiene un corazón más grande que el mío».

Con unos padres así, no le cabía duda de que su pequeña avellana crecería feliz y fuerte.

—Ah, y le han puesto nombre. Se llama Sarang, amor'.

«Sarang…». Jebi repitió el nombre en silencio para sí misma. Un

poco cursi, pero no estaba mal.

—De todos modos, ¿querías algo?

—Oh. —Jebi tragó saliva—. Yo… Me preguntaba si podrías mandarme una foto. No quiero excederme, pero habrá crecido desde…

—¡Por supuesto! ¡Está mucho más grande! Ya ha aprendido a ir al baño y deberías ver cómo corretea. ¡Qué niña tan alegre y habladora! Tiene buen apetito y una risa adorable. Le pediré una foto a la madre de Sarang.

Jebi respiró hondo. Sin darse cuenta, le corrían lágrimas por las mejillas. «La madre de Sarang», esas palabras le hicieron un profundo corte en el corazón.

—Lo siento, Jebi-ssi, no quería…

—No, está bien, directora. No te disculpes —se apresuró a decir Jebi.

—Las dos sois sus madres y siempre lo seréis —añadió amablemente la directora del orfanato—. No hay por qué preocuparse. Y recuerda vivir bien tu vida.

—Gracias. —Después de eso, colgó.

«Mi bebé ahora está con su verdadera mamá».

Jebi se tapó con la colcha y lloró sobre la almohada. En ese momento decidió vivir una vida honesta, ejemplar y valiente, para que su hija nunca se avergonzara de ella.

Reflexionó sobre los pasos a seguir y no se durmió hasta mucho más tarde.



A la mañana siguiente, lo primero que hizo Jebi fue darse una ducha. Sentada en su habitación, con la toalla, comprobó su saldo en la aplicación del banco. Luego descargó una aplicación de inversiones y puso la mitad de sus ahorros en una cartera de agencias de viajes.

«Si alguna vez Sarang necesita dinero, quiero ser la persona que pueda ayudarla».

Y luego, buscó en el navegador información sobre los tipos de tablas de surf y sus precios.

Un mes más tarde, la tabla llegó por correo internacional. A partir de entonces, Jebi iba al mar todos los miércoles, su día libre. Después de calentar, probaba los trucos que aprendía en YouTube e ignoraba las risas de las *haenyeo* cada vez que veían a Jebi intentando ponerse de pie sobre la tabla.

—Para ganar dinero hay que sumergirse. ¿Qué sentido tiene balancearse en la superficie?



Después de ayudar a las *haenyeo* a levantar sus pesadas redes, Seokyeong se sentó frente al mar con Yanghee, que tomaba un té caliente de cebada tostada.

—Mokpo *samchon* me dijo que las *haenyeo* salís con hambre de las inmersiones —soltó, intentando darle de comer una bola de arroz casero con caracol marino en salsa de soja.

—Puedo comer yo sola.

Consciente de que las otras *haenyeo* andaban por ahí charlando, lo rechazó, cogió una bola de arroz de la fiambrera *dorisak* que estaba entre los dos y se la metió en la boca. Para evitar el dolor de estómago durante las inmersiones, las *haenyeo* se saltan dos comidas seguidas los días que salen al mar, por lo que siempre están hambrientas cuando regresaban a tierra. El fragante sabor de la bola de arroz caliente se extendió por su boca y cerró los ojos para saborearlo. Y como no había bebido ni un sorbo de agua desde el amanecer, el té de cebada tostada le pareció lo más dulce que había probado en su vida.

—¿Vas a venir todos los días? —preguntó Yanghee alejando el rostro de él. No quería que Seokyeong le viera las mejillas hinchadas

y las profundas marcas de las gafas alrededor de los ojos.

—Si me lo permites. —Destapó el termo y rellenó su taza vacía.

—Haces esto porque quieres ser *koendang*, alguien ligado al pueblo, ¿verdad?

La mano de Seokyeong se detuvo en el aire.

Sin esperar respuesta, Yanghee continuó.

—Entonces cometes un error… La gente puede divorciarse, ¿sabes?

Seokyeong respiró hondo, bajó el termo y dijo:

—Es cierto que me acerqué a ti porque quiero ser *koendang*.

Yanghee soltó una carcajada al comprobar que sus sospechas eran ciertas. Se peinó el pelo mojado con los dedos y se levantó. Las gotas de agua rodaron por el traje de neopreno.

Pero antes de dar un paso, Seokyeong la cogió de la mano y la miró.

—Pero yo solo quiero ser tu *koendang*.

Yanghee apartó la mano.

—Ya he tenido un matrimonio fallido, no quiero otro, y esta vez, no tendría a dónde ir.

—No fallará —dijo Seokyeong convencido.

Yanghee meneó la cabeza.

—Eso es algo que solo dirían los que nunca han fracasado.

Seokyeong se levantó. En las aguas poco profundas, Jebi se tambaleaba sobre su tabla de surf. La había visto intentar coger una ola, subirse a la tabla y resbalar justo después al menos cien veces. Casi automáticamente, levantó la cámara que llevaba colgada del cuello y pulsó el disparador varias veces seguidas.

—La evolución de la fotografía analógica a digital ha supuesto un cambio fundamental: la gente se preocupa menos por los fallos. Con una cámara digital puedes hacer todas las fotos que quieras, ver cómo salen y borrar instantáneamente las que no te gusten. Empecé a aprender este oficio en la época en que se popularizó la fotografía digital. Recuerdo que hice muchísimas fotos en una sesión y, cuando las cargué en el ordenador de casa, me di cuenta de que no me

gustaba ninguna. —Miró a Yanghee para asegurarse de que lo escuchaba—. En ese momento pensé que la sesión había sido un fracaso. Pero pasaron unos años y encontré aquellas fotos, de pronto, no me parecieron tan malas. La composición desordenada y la sobreexposición les daban cierta frescura y belleza. Recuerdo que pensé: «Bueno, era bastante decente en aquella época. Nunca podré repetir tomas como estas».

—Odio esto, nunca conseguirás que romantice el fracaso.

Seokyeong soltó un suspiro.

—Podría evitar el fracaso si nunca tocara una cámara. Pero ¿sería fotógrafo?

Con el ojo puesto en el visor una vez más, Seokyeong hizo otras cuantas fotos a Jebi.

—¡Eh! ¡Para! ¿No puedes esperar a que consiga subirme a la tabla? —le gritó Jebi con la voz entrecortada de cansancio.

La tensión se disolvió y Yanghee sintió que brotaba una carcajada de su interior. Hizo todo lo posible por reprimirla, pero le fue imposible. Se apartó de Seokyeong y rio hasta las lágrimas. Entonces se volvió, puso las manos alrededor de la boca y le gritó a Jebi.

—¿Por qué surf?

—¡Instinto! —le respondió Jebi—. Este verano… vendrán clientes… para hacerse reportajes surfeando.

Esperó la siguiente ola tumbada sobre la tabla. Como una falda ondeando al viento, la ola empezó a formarse. Para no fallar la ola, Jebi remó con fuerza y, en el momento justo, se impulsó para ponerse de pie sobre la tabla. Le temblaron las piernas, pero esa vez no se cayó.

Durante unos segundos, se subió a la ola.

«Algún día vendrá esa clienta».

Jebi apretó los dientes. Cuando llegara ese día, le enseñaría a surfear, nadar, bucear y a leer las olas.

Miró al cielo. El sol brillaba con fuerza entre las nubes de algodón y, de pronto, una fuerte ráfaga de viento levantó otra ola. Jebi

encontró el equilibrio sobre la tabla.

—¡Ah! —gritó surfeando la ola.



Nota de la autora

Tenía nueve años cuando me mudé a la isla de Jeju, y viví allí hasta los once.

El idioma, el entorno, todo era desconocido. Recuerdo estar asustada. Pero hice amigos pronto. Empecé a entender el dialecto y a jugar con otros niños en el mar. Cogíamos caracoles marinos y buscábamos percebes a lo largo de la costa de basalto. Por la tarde, los *ajusshis*[16] venían a la costa a recoger a sus esposas *haenyeo* cuando terminaban el trabajo del día. Cargaban los *tewaks* y las pesadas redes, llenas de conchas variadas y abulones, en los remolques o motocicletas, y regresaban a casa…

Todavía me acuerdo de mis vecinos. La gente de Jeju siempre estaba ocupada, ya fuera trabajando en el mar, en las granjas o en casa, aunque todo el mundo era amable y compartía su tiempo (y sus aperitivos) con los niños del barrio. Cuando pienso en esa época, el Jeju que se me viene a la mente es soleado y cálido: aguas brillantes, nubes esponjosas en el horizonte y un paisaje que quita el aliento.

La tienda de fotografía Hakuda es mi carta de amor a la isla, el hogar que quiero y que echo mucho de menos. El pueblo del Pulpo Gigante es ficticio, pero he referenciado lugares reales y paisajes de Jeju. Espero que este libro ofrezca algo de tranquilidad frente al ajetreo diario y anime a la gente a reflexionar sobre sus vidas y a crear nuevos recuerdos. Dar la bienvenida a los lectores al pueblo es como invitar a unos huéspedes a la casa que he construido. Imagino a la gente entrando en el estudio fotográfico Hakuda para ver las

imágenes enmarcadas de la galería, dando un paseo por el pueblo y haciendo fotos de las preciosas dunas de la costa.

Querido lector, gracias por elegir este libro. Espero que te haga feliz y que tus días estén llenos de paz y buena salud.



Agradecimientos

Escribir novelas y publicarlas me ha enseñado mucho sobre la naturaleza de las historias. Este libro es el resultado del tiempo, el cuidado y la creatividad de muchas personas. Quiero dar las gracias a todos aquellos que han contribuido a su creación.

A Kim Sunsik, CEO de Dasan Books, que me ha dado la oportunidad de publicar mi segunda novela. A Lim Kyungseop, por tu planificación excelente y perspicaz y tus profundos conocimientos editoriales. Gracias a ti, trabajar en el libro fue un verdadero placer. A Lee Hyeonmi, gracias por la preciosa ilustración de la portada y por ayudarme con el dialecto de Jeju cuando tenía una palabra en la punta de la lengua. Gracias a Song Yoonhyoung y a todo el mundo de Dasan Books.

Y a mi marido, que lo leía y me hacía comentarios cada vez que terminaba una escena. Eres mi pilar. Y Hai, mi niña preciosa, ¡te quiero!

Her Taeyeon



HER TAEYEON. Escritora coreana, ganadora de la 11.ª edición del premio Honbul, el mayor galardón literario de Corea, por su novela *El hombre que baila flamenco*, escrita en memoria de su padre. Su libro más reciente, *El hada madrina del mundo de segunda mano*, también ha sido un *best seller* en Corea. Escribió *La tienda de fotografía Hakuda* como un homenaje a los habitantes de la isla de Jeju y a los cálidos y hermosos veranos que pasó allí.

Notas

[1] Significa «hermana mayor», y lo utilizan las mujeres cuando hablan de otra mujer mayor con la que tienen cercanía. (N. de la T.) <<

[2] Estudio pequeño, conocido por ser la opción más económica de alojamiento en Corea del Sur. (N. de la T.) <<

[3] Manera que tiene una mujer para referirse a un hermano mayor. (N. de la T.) <<

[4] Honorífico que se usa para dirigirse al presidente o jefe de una empresa. (N. de la T.) <<

[5] Versión coreana de los fideos instantáneos o ramen. (N. de la T.) <<

[6] Término que significa «tío» u «hombre de mediana edad». (N. de la T.) <<

[7] Plato de la cocina tradicional coreana que se compone de arroz blanco y muchos vegetales, a los que se les añade proteína. (N. de la T.) <<

[8] Comida japonesa hecha a base de harina de trigo y pulpo. (N. de la T.) <<

[9] *Snack* coreano con forma de pulpo. (N. de la T) <<

[10] Término que usan los hombres para referirse a un hombre mayor, ya sea su hermano o un amigo cercano. (N de la T.) <<

[11] Manera que tiene un hombre para referirse a una hermana mayor. (N. de la T.) <<

[12] Término para referirse a una mujer de mediana edad. (N de la T.) <<

[13] Bebida alcohólica tradicional coreana hecha de arroz fermentado. (N. de la T.) <<

[14] Interjección que expresa sorpresa o emoción. (N. de la T.) <<

[15] Papel coreano tradicional que se elabora utilizando la corteza interna del árbol. (N. de la T.) <<

[16] Término para referirse a un hombre de mediana edad. (N. de la T.) <<